
tentación de
VECINO
SUS HIJAS NECESITAN UNA MADRE
SIL ZAFIA

tentación de VECINO

SUS HIJAS NECESITAN UNA MADRE

SIL ZAFIA

Copyright© 2022 SIL ZAFIA

TENTACIÓN DE VECINO

Portada: Sil Zafia
Maquetación: Sil Zafia

Está prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o formato —electrónico, mecánico o mediante procesos de fotocopia—, incluido el uso de internet, sin autorización expresa del editor (Ley 9.610 de 19/02/1998).

Esta es una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos que aparecen en ella son producto de la imaginación de la autora. Cualquier parecido con hechos reales es pura coincidencia.

Todos los derechos de esta edición están reservados por la autora.

Texto adaptado a las normas del Nuevo Acuerdo Ortográfico de la Lengua Portuguesa (1990), vigente desde el 1 de enero de 2009.

Esta obra contiene lenguaje informal.

Resumen

Sinopsis

Playlist

Nota de la autora

Capítulo 1

Capítulo 2

Capítulo 3

Capítulo 4

Capítulo 5

Capítulo 6

Capítulo 7

Capítulo 8

Capítulo 9

Capítulo 10

Capítulo 11

Capítulo 12

Capítulo 13

Capítulo 14

Capítulo 15

Capítulo 16

Capítulo 17

Capítulo 18

Capítulo 19

Capítulo 20

Capítulo 21

Capítulo 23

Capítulo 24

Capítulo 25

Capítulo 26

Capítulo 27

Capítulo 28

Capítulo 29

Capítulo 30

Capítulo 31

Capítulo 32

Capítulo 33

Capítulo 34

Capítulo 35

Capítulo 36

Capítulo 37

Capítulo 38

Capítulo 39

Capítulo 40

Capítulo 41

Epílogo

Agradecimientos

ARTHO – CLUB DE CANALLAS

UN REGALLO PARA EL CEO

Contratada Para Casarse Con El CEO

RECHAZADA POR EL CEO... CON UN BEBÉ EN CAMINHO

Sinopsis

Henrique Gonçalves es médico, exitoso y padre solo de unas gemelas adorables. Desde que le rompieron el corazón, ha cerrado las puertas al amor y huye de todas las mujeres que sus amigos se empeñan en empujarle.

Nicole Ferreira es joven, decidida y está desesperada por conseguir una plaza en la universidad. Es su única salida de ese pueblo que la asfixia… y de la casa de su madrastra, donde la han tratado como una criada toda la vida.

Cuando Henrique se muda a la calle de Nicole y necesita con urgencia a una niñera, surge la oportunidad que cambiará sus vidas.

Ella necesita dinero. Él, una excusa para librarse de las citas absurdas que sus amigos le organizan. El trato es claro: Nicole fingirá ser su novia y Henrique le pagará por cada encuentro falso.

Lo que ninguno esperaba es que el juego se les fuera de las manos.

Henrique es pura tentación: cuerpo tatuado, mirada que desarma y una voz que roza la piel como caricia. Nicole quiere mantenerse firme, pero ¿cómo resistirse si vive a pocos metros de semejante provocación?

Y cuando el deseo empieza a mezclarse con sentimientos peligrosos, un detalle del pasado de Henrique amenaza con destruir todo lo que están construyendo... incluso lo que nunca se permitieron soñar.



Escúchalo en Spotify

Queridas lectoras

Este es uno de mis primeros libros traducidos al español, y quiero agradeceros de corazón por darle una oportunidad.

Sé que puede haber algunos errores o expresiones que no suenen del todo naturales, y por eso os pido disculpas con toda la humildad. Estoy aprendiendo y mejorando cada día, y vuestra comprensión significa muchísimo para mí.

Gracias por estar aquí, por leerme y por formar parte de esta historia.

Con cariño,





Nicole

Martes, 12 de mayo

— Vigila el móvil — dice Inácio con aspereza—. Le he dado tu número al médico que se mudó al final de la calle.

Miro al hombre con quien mi madrastra está casada ahora, un tipo repugnante que adora mirarme las piernas cuando ella no está pendiente.

— ¿Limpieza? — pregunto, desviando la mirada. No soporto verlo mucho tiempo.

— Niñera. Parece que tiene gemelas y necesita a alguien por las noches. No te hagas la tonta, los médicos suelen pagar bien. Necesitas ayudar más en casa.

Muerdo mi lengua. Ya hago casi todo el trabajo doméstico; si además tengo que conseguir un trabajo a tiempo completo, no me quedará tiempo para estudiar. Aprobar el examen de acceso es mi única luz al final del túnel.

Quiero decir que no puedo aceptar un trabajo y cuidar de la casa, que necesito luchar por mi futuro, pero sé que lo último que Inácio o mi madrastra quieren es que me vaya de aquí, y mucho menos que vaya a la universidad. Me quieren justo aquí, con los pies clavados en el suelo de esta casa, limpiando, cocinando y cuidando a los niños.

— Vigilaré el teléfono. Ojalá me ofrezca un trabajo fijo — miento, pero estoy tan acostumbrada a fingir que acepto todo, que ni nota la mentira.

Cruzo la sala, recogiendo las chaquetas y mochilas que los niños tiraron al suelo al llegar, antes de que Inácio diga algo.

— ¿Dónde estabas? — lo oigo gritar en cuanto se abre la puerta principal.

Raissa apenas tiene tiempo de entrar y ya la bombardean con acusaciones e insultos. En ese momento, Pietra, la hija de tres años del matrimonio, aparece en el pasillo con los ojos como platos.

Corro hacia ella, la tomo en brazos y le tapo los oídos para que no escuche las cosas horribles que su padre le está echando en cara a su madre. Podría meterme, pero tengo suficiente experiencia para saber que no debo intervenir, no con Inácio.

Con Pietra aferrada a mi pecho, doy media vuelta, pasando junto a la pareja en la sala, intentando no escuchar los gritos, aunque me duele el corazón por presenciarlo.

Atravieso la cocina y entro en mi pequeño y sofocante cuarto, meciendo a la niña temblorosa. Yo también tiemblo cuando enciendo la luz.

Lloramos juntas, las lágrimas resbalan por nuestros rostros.

— Shhhh — intento calmarla. Es solo una niña inocente que no entiende por qué sus padres vuelven a pelearse así.

Por encima de mi susurro, oigo el ruido de metal cayendo al suelo. Me pregunto qué lo habrá causado: un cucharón, una olla de aluminio o... ¿un cuchillo?

— ¡Todo va a salir bien! ¡Todo va a salir bien! — digo más para mí que para Pietra.

Aprieto con todas mis fuerzas para que, esta vez, Raissa llame a la policía, ponga fin a este hombre, recuerde cómo la trataba mi difunto padre y se dé cuenta de que no debe aceptar menos. Aun así, no quiero gastar más energía preguntándome por qué expone a sus hijos a este tipo de convivencia.

El sonido de la puerta al cerrarse de golpe me hace saltar, luego, el silencio.

Mantengo a Pietra abrazada un minuto más. El silencio puede significar que Inácio salió a la calle o que lastimó tanto a Raissa que

finalmente recapacitó.

Pienso en Julia, Mariano y Giovane, hijos de Raissa de otras relaciones entre mi padre e Inácio, que deben estar en sus habitaciones, encerrados.

Giovane, con catorce años, tiene cuerpo de hombre, pero no interviene a favor de su madre, no la defiende. De todos nosotros, es el único que físicamente podría enfrentarse a Inácio.

Cuando noto que el silencio se prolonga lo suficiente, aflojo los brazos que sujetan a Pietra y entreabro la puerta. Veo el cajón abierto y un cucharón en el suelo. Raissa está sentada, con un cárdigan rojo nuevo, mordisqueando las piedritas que decoran sus uñas impecables.

— ¿Se ha ido? — pregunto desde la seguridad de mi habitación.

Ella me mira y pone los ojos en blanco, como si hubiera hecho una pregunta estúpida.

— ¡Mamá, mamá! — grita Pietra, empujándome para que la suelte. Salimos del cuarto, ella corriendo por delante y lanzándose a los brazos de su madre, que la coge pero está demasiado distraída para prestarle atención.

— ¿Qué has preparado para comer? — pregunta Raissa, como si no viera la marca roja en su cuello.

— Arroz, alubias, huevo y ensalada de col — respondo, cogiendo a Pietra de su regazo y notando la cabeza de Mariano asomando por el pasillo.

— ¿Y la proteína? — pregunta, levantándose y yendo hacia la cocina para destapar la olla, comprobando que el arroz está intacto.

Odia que coma antes que cualquier otro miembro de la familia—. Espero que no te hayas comido la carne que compró Inácio.

— No he cocinado carne porque ya no queda, y si hubiera, no me habría atrevido a comerla — respondo con un nudo en la garganta, sin poder disimular el tono áspero.

No he hecho absolutamente nada malo para que me hable así. No llevo ropa corta, ni siquiera leggings. Visto un viejo conjunto de felpa que no marca mi cuerpo. Esa es la razón principal por la que Raissa me vigila: usar cualquier cosa que ella considere provocativa cuando su marido está en casa.

Espero a que ella sirva la comida, luego me apresuro a preparar el plato de Mariano, que solo tiene ocho años y no alcanza las ollas del fogón. Siento a Pietra en una silla y le preparo también su plato, mientras Julia, de trece años, y Giovane aparecen.

— ¿No vas a pedirle a tu marido que compre proteína? — escucho a Giovane preguntar, mientras aplasto las alubias y las mezclo con el arroz y el huevo, escondiendo la col bajo el resto de la comida para que Pietra no la vea y se niegue a comer.

Tal vez si Raissa no gastara tanto en sus zapatillas y ropa de marca, no faltaría comida, pienso decirle a Giovane.

No es que vaya a defender al imbécil de Inácio, pero, a la edad de Julia, yo ya hacía trabajitos como niñera y ayudaba a comprar comida. Quizá era hora de que Giovane buscara algún empleo, ya que no quiere estudiar y siempre exige cosas caras a su madre.

Pietra está sentada a la cabecera de la mesa, en el lado opuesto a su madre. Me arrodillo junto a ella y comienzo la estresante tarea de darle de comer, deseando terminar pronto porque mi estómago también está vacío.

La familia empieza a comer mientras yo estoy arrodillada junto a la pequeña. Ella arroja un trozo de col a la mesa y salpica hacia mí, lo que hace que la escena parezca aún más humillante, aunque ya debería estar acostumbrada a todo esto.

Cuando todos se levantan de la mesa, dejando los platos sucios, resoplo indignada porque Raissa nunca enseña a sus hijos lo mínimo para aliviarme el trabajo. Entonces tomo el único plato que queda y como, por fin.

Todavía tengo que lavar los platos, limpiar la cocina y la mesa antes de ir a mi habitación a estudiar. Ya es casi junio y no he repasado ni un cuarto del temario. Necesito darme prisa para estar al día; competiré con alumnos que van a academias caras y estudiaron en los mejores colegios. Es mi tercer año presentándome al examen de acceso y necesito aprobar.

Estoy inmersa en un elemento de la tabla periódica cuando siento mi móvil vibrar sobre mi viejo cuaderno de apuntes. Miro la pantalla y veo que me llama un número desconhecido.

— ¿Diga? — digo al atender.

— Buenas tardes, ¿habla Nicole? — pregunta una voz masculina grave, tan aterciopelada que me pone nerviosa al instante.

— S-sí, soy yo — respondo, sentándome en la cama para mejorar mi dicción. — ¿Con quién hablo?

— Me llamo Henrique. Me mudé hace poco a la ciudad y necesito una niñera para trabajar por las noches. Tu... novio me dio tu número, dijo que cuidas niños.

— Inácio no es mi novio — respondo rápidamente. La idea es demasiado repulsiva incluso para imaginarla.

— Ah, disculpa la confusión, pensé que él... No importa. ¿Estás disponible para cuidar de mis hijas esta noche? Son dos niñas de año y medio, pero no dan mucho trabajo, y yo estaré en casa.

— ¿A qué hora quieres que vaya? — pregunto, consciente de que no puedo negarme. Este hombre de voz envolvente conoce a Inácio; si se entera de que rechacé el trabajo, las cosas pueden ponerse muy feas.

— A las seis estaría perfecto.

— Está bien. Puedo ir.

— Te paso la dirección por WhatsApp, ¿vale?

— Claro, estaré pendiente.

— Hasta esta noche.

— Hasta luego, doctor Henrique — digo, recordando que es médico.

Cuelgo el teléfono y suspiro, pensando que ese hombre está viviendo mi sueño de ser médica. ¿Cómo será la sensación? ¿Cuántas veces habrá hecho la selectividad hasta lograr entrar? Si lo consiguió a la primera, aunque haya sido en una universidad privada, debe de ser muy inteligente.

Un hombre inteligente con una voz cautivadora... interesante.

Sacudo la cabeza y vuelvo a mirar la tabla periódica, tamborileando el lápiz sobre la hoja del cuaderno, intentando volver a concentrarme.

Unos segundos después, mi móvil vibra con un nuevo mensaje de WhatsApp. Desbloqueo la pantalla, curiosa por ver la foto de

perfil del médico, pero no aparece su foto, sino la de una clínica pediátrica con dirección en el centro de la ciudad vecina.

Leo la dirección: el doctor Henrique se ha mudado a una casa grande, con muchos árboles, jardín e incluso piscina, situada al final de mi calle, que no tiene salida. Conozco bien la parte exterior de la casa porque, en un momento de locura por mi parte, acompañando a Giovane y a otros vecinos de la calle, saltamos el muro para hacer una fiesta a la luz de la luna, cuando aún no vivía nadie allí.

Respondo al mensaje indicando que sé dónde está la dirección, sin querer dar detalles sobre que soy su vecina, y vuelvo a bloquear la pantalla.

Tengo un montón de ejercicios de un simulacro de química por terminar y todavía quiero leer cien páginas de uno de los libros que aparecen en el temario de una de las universidades donde quiero presentarme a la selectividad, todo eso antes de bañar a los peques y dejar la cena preparada.

Esta es mi vida: dejar la casa y la comida listas, la ropa limpia y planchada, porque siempre me he encargado de las tareas domésticas desde que tengo uso de razón. Eso siempre me lo exigió Raissa, mi madrastra, con quien mi padre se casó cuando yo tenía un añito.

Mis padres eran inmigrantes, venían del norte del país, de una familia muy humilde. Mi padre era hijo único, y sus padres murieron después de que él se fuera. La familia de mi madre era abusiva, y por eso ella se fue con mi padre.

Mi madre acabó teniendo una hemorragia después de darme a luz y no se recuperó. Dejando a mi padre solo con un bebé. Viudo con una niña a la que cuidar, conoció a Raissa y se juntaron.

Cuatro años después, fue víctima de un atraco con resultado de muerte, y yo me quedé a cargo de Raissa. Nunca conocí a mis abuelos ni a ningún otro miembro de la familia. El único pariente del que guardo recuerdo es mi padre, que se fue cuando yo tenía solo cuatro años.

Raissa no tardó ni un mes en encontrar a otro hombre, del que quedó embarazada rápidamente de Giovane, y después de Julia. Con apenas cinco años ya me usaban de niñera.

Ya no tenía a mi padre para que me comprara ropa y un regalo en fechas como Navidad, Día del Niño o mi cumpleaños, y empecé a usar cosas que venían de donaciones. Raissa trabajaba, sí, pero todo lo que ella y su nuevo marido ganaban era para sus dos hijos. Yo pasé a ser la niña a la que ni Papá Noel recordaba.

Ese marido acabó pillando a Raissa en la cama con un hombre mucho mayor, lo que puso fin al matrimonio de tres años. Después de eso, empezó a trabajar en dos sitios y toda la responsabilidad de cocinar, limpiar, lavar, planchar y cuidar de Giovane y Julia recayó sobre mis hombros.

¿Qué edad tenía yo? ¿Ocho años? Como mucho nueve.

Entre la unión de ella con el segundo marido y con Inácio, pasaron por aquí un montón de hombres. Vi desfilar a varios por la casa, pero ninguno se quedaba mucho tiempo. No todos los hombres aceptan una relación con una mujer que ya tiene dos hijos y una pequeña carga encima.

No sé quién es el padre de Mariano, que nació cinco años después de Julia, pero a él nunca le faltó nada.

Cuando el niño más pequeño ya tenía tres años, Raissa se casó con Inácio, y los dos tuvieron a Pietra. Ella nació el año en que yo cursaba el último curso del instituto, cuando se suponía que debía

haberme dedicado intensamente a los estudios, pero claro que Raissa no me iba a dar esa tregua. Con la responsabilidad de un bebé, no conseguí centrarme lo suficiente como para aprobar el primer examen de acceso a la universidad.

Y aquí estoy, con veinte años y todavía metida entre libros, viviendo en un cuarto que antes era un trastero estrecho, sobreviviendo con migajas y haciendo trabajos como niñera, limpiadora y lo que vaya saliendo para ganar algo de dinero y ayudar con los gastos de casa, soñando con que algún día seré una neurocirujana importante, alguien que no tenga que esperar a que toda la familia termine de comer para poder sentarse a la mesa.

Si no apruebo el examen de acceso este año, estoy decidida a tomarme un descanso de los estudios y buscar un trabajo con el que pueda mantenerme lejos de aquí.

Ya son las cinco y media de la tarde cuando termino de bañar a los más pequeños. Al menos la cena ya está hecha. Giovane no está en casa y Julia se está partiendo de risa en su cuarto, viendo vídeos en el móvil.

Entro en su habitación con Pietra en brazos, ya perfumada y vestida con un conjunto nuevo de chándal con dibujos de unicornios, y la dejo sobre la cama.

—¡Nicole! —protesta Julia—. Quita a esa niña de aquí, va a toquetear mis cosas.

—No puedo, chica. Tengo que salir a trabajar, así que tienes que quedarte con tu hermana hasta que llegue Raissa.

—¿Y dónde está el padre de ella? —pregunta, sentándose y enrollándose el pelo pelirrojo, igualito al de mamá, en un moño.

— No ha aparecido desde la bronca del almuerzo — respondo, saliendo del cuarto, demasiado cansada para aguantar las quejas de la adolescente.

En cuanto llego al pasillo, la oigo lanzar un objeto contra la puerta, pero no vuelvo para protestar.

Necesito ducharme y prepararme.



Nicole

A las seis en punto estoy parada en la acera frente a la última casa de la calle.

Es raro estar aquí. Esta casa ha estado vacía desde que me mudé a esta calle. Incluso había rumores de que estaba encantada, que las personas que vivieron aquí habían muerto de una forma horrible, y ahora hay una familia con niños viviendo en ella.

Me pregunto por qué no fue su esposa quien me llamó, quizás ella también sea médica y esté de guardia. Padres muy ocupados.

Chasqueo los dedos y toco el timbre blanco, que fue instalado hace poco y que no combina mucho con la construcción de estilo colonial.

— ¿Quién es? — escucho una voz masculina preguntar, acompañada de estática.

— Soy Nicole, la niñera — respondo al aparato blanco fijado en la columna de piedra que sostiene el portón de hierro forjado.

— Un momento, Nicole — pide la voz, seguramente sea el dr. Henrique.

Golpeteo el pie sobre la acera agrietada, mirando a través de las rejas de hierro hacia el jardín que se extiende desde el muro hasta la entrada de la casa. Aunque sé que hay gente viviendo, todavía me parece una casa encantada.

Veo la puerta abrirse y mi corazón se acelera. Siempre me pongo nerviosa cuando empiezo un nuevo trabajo. Cierro los puños y hago un ejercicio de inspiración por la nariz y exhalación por la boca, intentando relajarme.

Una silueta masculina empieza a venir hacia mí, caminando por el sendero estrecho de piedras entre el césped y los parterres de azaleas azules que se han desordenado alrededor de la casa en los años que estuvo vacía.

Cuando se acerca más, me doy cuenta de que se trata de un hombre con físico de atleta, alguien que se ejercita con regularidad. Noto los hombros anchos y los brazos musculosos bajo la camiseta de manga larga blanca que lleva puesta. El pelo le cae sobre la

frente, y solo veo su rostro con más claridad cuando abre el portón y yo entro a la propiedad.

Estoy aún más nerviosa porque fue él quien vino a abrir el portón y no su esposa. Basándome en los años de experiencia que tengo con los novios de mi madrastra, sé que los hombres tienden a no ser de fiar cuando están lejos de sus novias o esposas.

Sin embargo, algo en su postura me hace sentir más tranquila. Inspiro por la nariz y suelto el aire por la boca otra vez, sintiendo el aroma de las azaleas y del césped recién cortado. Algún profesional ya ha empezado a trabajar en los jardines de la residencia.

— Buenas noches, Nicole — me saluda el doctor Henrique, estirando la mano para que se la estreche.

Su apretón es firme.

— Buenas noches, doctor — respondo.

— Las niñas están en el salón. Sígame — me dice, y empiezo a andar a su lado hasta la puerta de entrada.

Nunca he trabajado para un médico y no recuerdo haber visto a uno tan guapo, y mucho menos con unos ojos tan azules.

Cuando paso por la puerta con él, siento que el interior de la casa parece más frío que el viento helado de fuera. Estamos en mayo, cuando el invierno se acerca en mi ciudad. Ya estuve dentro de la casa, en aquel luau, pero no había electricidad y parecía más un mausoleo.

A pesar del frío, la casa tiene una iluminación amarillenta que hace que el salón sea acogedor. Veo que la mayoría de los muebles ya están colocados en su sitio.

— Estas son las niñas — dice, arrodillándose junto a dos niñas rubias de cabello rizado.

Sus ojos son azules como los suyos. Están montando algo indefinido con piezas grandes de Lego, lo suficientemente grandes para que no sean peligrosas para niños pequeños.

— Esta es Aurora — dice, quitándole el lazo rosa de la cabeza a la hija, arreglándole el cabello rubio y poniéndole el accesorio de nuevo con cuidado, luego besa la mejilla de la niña. Después coge una pieza de Lego de la mano de la otra y la coloca en el lugar donde ella intentaba encajarla. — Y esta es Jasmine.

Me agacho junto a las dos pequeñas y les hago un gesto con la mano.

— ¡Qué bonitas sois! — las elogio con voz suave. Son tan parecidas que al principio no consigo ver ninguna diferencia entre ellas. — Y también tenéis nombres muy bonitos.

— A su madre le gustaban las princesas de Disney — comenta el doctor Henrique. Noto que su voz se vuelve más grave al mencionar a la madre, como si eso le doliera.

— ¡Mamá! ¡Mamá! — exclama la niña a la que acaba de arreglar el lazo, estirando los bracitos hacia arriba. — ¡Mamá!

— No, mi princesa, esa no es la mamá — dice el doctor Henrique con la voz algo alterada. — Es vuestra nueva niñera.

— Niñera — repite la niña pequeña, y la otra, Jasmine, comienza a llorar. No sé si por el tono serio de su padre o por la mención de su madre.

Me estiro y cojo a Jasmine para consolarla, haciendo una nota mental para recordar que ella es la bebé con el lazo lila y Aurora la

que lleva el lazo rosa.

Percibo la tristeza en el semblante del médico y me doy cuenta de que su esposa no me llamó porque está muerta, él es viudo y estas dos niñas son huérfanas, igual que yo cuando murió mi madre.

Un nudo se me atraganta en la garganta al pensar en el dolor que ellas cargarán toda la vida, en cada momento especial, en la primera menstruación, en todos los días de la madre...

La ausencia de una madre será algo que nadie podrá llenar jamás.

Abrazo a la pequeña, acurrucando su carita en mi hombro y frotándole la espalda.

— Todo irá bien, mi amor, todo irá bien — digo con la mayor dulzura que puedo transmitir en mi voz.

Siento que el dolor aflorar y, en ese momento, es como si yo también me arrullara. Ellas aún tienen un padre, que parece quererlas mucho, y espero con todo mi corazón que no las abandone, ya sea por destino o por descuido.

Miro a los ojos azules del hombre en medio del salón, que sigue jugando a montar los juguetes con Aurora, pasando la mirada de las piezas de lego a la niña en mi regazo, que parece triste. Dudo que algún día las abandone.

— ¿Ya han cenado? — le pregunto, sintiendo mi propio estómago rugir discretamente de hambre.

Jasmine ha dejado de llorar y ahora sólo solloza, chupándose un gordito dedo pulgar.

— No, no. Suelen comer a las siete, después de jugar, se bañan y se acuestan hasta las ocho. Pero mi tía dejó todo preparado en la nevera.

— No se preocupe, me encargaré de calentar y servirles la cena — respondo, sintiéndome un poco animada, me encanta cuidar niños, y estas son tan adorables. — ¿Y usted ya ha comido?

Mi educación no me permite tutearlo, aunque no parezca tener más de treinta años.

Sus ojos azules se entrecierran y esboza una sonrisa torcida, pero no protesta.

— Todavía no he cenado — dice brevemente, soltando la pieza de lego y poniéndose de pie. — Si quieres, puedes prepararte algo, la nevera está llena, pero no te preocupes por mí, no te he llamado para que me prepares la cena. Pido algo más tarde, no quiero darte más trabajo.

Me muerdo el labio, conteniéndome para no decir que los médicos deberían dar buen ejemplo y no sustituir las comidas por meriendas, aunque nunca sería tan atrevida.

Observo sus músculos marcados bajo la camiseta y me pregunto si sigue alguna dieta.

El doctor Henrique se pone de pie y dice que va a estudiar, estará en la oficina, en el pasillo de la planta baja, si necesito algo.

Da un beso en la cabeza de Aurora, se acerca donde estoy y acaricia la cabecita rubia de Jasmine antes de besarla y salir de la sala.

Más tranquila, la niña pequeña empieza a hablar algo en su lenguaje particular. Apenas logro entender algunas sílabas.

— Niñera, brazos — pide Aurora, pareciendo tener un poco más desarrollado el habla.

Coloco a Jasmine pegada al lateral de mi cuerpo y extiendo el brazo para coger a Aurora, llevándolas hasta los carritos de bebé que están junto al perchero, en el hall de entrada.

Pongo a una y luego a la otra en sus carritos de Minnie, pensando en cuánto debería quererlas su madre.

Llevan conjuntos de pantalón, body y chaquetita, una con lunares rosas y la otra con lunares rojos.

Abrocho los cinturones y recojo las muñecas de trapo que están en la cesta inferior de los carritos, entregándoselas a las gemelas, y luego las llevo a la cocina.

Para mí, la casa aún tiene ese aire gélido y misterioso que tenía cuando la visité la última vez, vacía y abandonada.

Aunque hay niños aquí, la felicidad todavía no ha sustituido el ambiente austero. Quizá tenga que ver con el duelo por la madre de ellas.

Me pregunto cuánto tiempo hará que murió, pero el pensamiento me inquieta.

Empujo, torpemente, los carritos hasta la cocina, atraída por la habitación iluminada.

Veo una mesa grande y los armarios de madera oscura, antiguos, que han sido pulidos y limpiados para acomodar la vajilla y utensilios de la nueva familia.

La mesa tiene lugar para ocho personas y está cubierta con un mantel de encaje que parece tener varias décadas, como si fuera

heredado de la madre del doctor Henrique, o incluso de su abuela.

Veo algunos utensilios sobre la encimera, una cocina de seis fuegos oscura y una nevera de dos puertas en acero inoxidable que aporta un toque moderno al espacio clásico.

— Vamos, chicas — digo, mostrando entusiasmo en mi tono para espantar el ambiente pesado. — La niñera va a calentar vuestra cena y preparar algo para que papá coma.

En realidad, estoy más preocupada por prepararme algo para mí que para el doctor Henrique.

Aún no he cenado porque a Raissa le disgusta que coma antes que el resto de la familia, y si espero a llegar a casa para comer, puede que encuentre las ollas vacías.

— Papá — balbucea Aurora mientras se mete la manita en la boca, mordiéndola con sus dientecitos y soltando una risa adorable.

Juego con ellas, en la privacidad de la cocina, cantando y moviendo el cuerpo al ritmo de una canción de La Gallina Pintadita, arrancándoles risitas, mientras abro los armarios y la nevera para ver qué voy a preparar para la comida.

Tomo los tarritos de cristal con las verduras y la pasta de las niñas, entonces decido hacer un estofado de pollo con la pechuga que encuentro en el congelador, optando por no usar carne roja.

Preparo la cena, prestando siempre atención a las gemelas, y cuando el estofado y el arroz suelto están listos, pongo patatas paja en una fuente y voy hasta la puerta de la oficina a llamar al doctor.

— He hecho la cena — anuncio con voz suave, sin querer molestarle demasiado. — ¿Quieres comer mientras está caliente?

Estoy acostumbrada a no servirme primero, por eso necesito que él venga a comer.

— Ahora voy — dice y yo vuelvo a la cocina.

Mi barriga ruge cuando coloco a las gemelas en las tronas y empiezo a servirles la cena, dándoles cucharadas y manchando sus baberos, hambrienta, conteniéndome para no comer una cucharada de su comida.

Unos minutos después, el doctor Henrique aparece.

— Huele muy bien — dice, acercándose a besar la cabeza de cada una de las niñas, que están demasiado ocupadas devorando el brócoli y las zanahorias cocidas para prestar atención al papá.

— He hecho estofado, no sé si tú lo comes — comento, ansiosa por la cercanía y porque estamos solo nosotros cuatro en la casa.

Es la primera vez que atiendo la llamada de un viudo. Quizá por eso mis nervios están tan a flor de piel y mis sentidos en alerta.

No suelo sentirme cómoda en casa de otros, pero sola con un hombre y dos niñas pequeñas, es aún peor.

Para ser sincera, no consigo sentirme cómoda en ningún sitio. Es como si siempre fuera una intrusa.

Intento no mantener contacto visual para no acentuar mi estado.

— Yo como de todo y huele realmente bien — dice con su tono de voz elegante. — ¿Ya has comido?

— Todavía no, estaba esperando que tú te sirvieras primero — respondo con la cabeza baja, sin estar segura de si parezco maleducada.

— Ah, sí — murmura mientras se sirve en la mesa. Comenta justo después del primer bocado: — ¡Está muy bueno! Ni recuerdo la última vez que probé una comida tan rica.

No sé si está siendo amable o si realmente le ha gustado. Toma una cerveza longneck de la nevera y empieza a beber mientras come.

Estoy muriéndome de hambre, pero primero tengo que alimentar a las gemelas. Siento una ansiedad creciente dentro de mí por no haber esposa, por ser solo los niños, el doctor Henrique y yo. Por instinto, mis ojos buscan la salida más cercana y, como reflejo, giro el cuerpo hacia la puerta, por si necesito huir. Entonces me doy cuenta de lo que hago y trato de tranquilizarme pensando que no corro peligro.

El doctor Henrique mueve el móvil mientras come, lo que es un alivio. Así no puede ver que mis manos están temblorosas. Al terminar, bebe el último sorbo de cerveza y se gira.

Mi corazón late rápido cuando su mirada encuentra la mía.

— Gracias por la cena — dice con tono de voz ronco. — Estaba deliciosa.

Siento que algo se agita dentro de mi estómago. Quiero decir algo elaborado, pero no consigo manejar la ansiedad.

— Los ingredientes son tuyos — respondo mientras limpio a Aurora con una servilleta desechable.

Suelto una risa nerviosa mientras limpio a Jasmine. Entonces el doctor Henrique se levanta, va al fregadero y comienza a lavar los pocos platos que hay sobre él.

— Déjame que lo haga yo — digo, levantándome rápido y yendo hacia el fregadero.

Con la cercanía entre nosotros, veo asomarse una pequeña parte de un tatuaje que se asoma en el cuello redondo de su camiseta.

— No te preocupes, yo lo lavo — insiste.

Ninguno de los novios o maridos de Raissa jamás lavó los platos. No estoy acostumbrada a que un hombre haga algo así. Siempre soy yo quien recoge la mesa y limpia toda la cocina después de las comidas. ¡Siempre! Esa es mi función principal.

Aprieto un paño de cocina sobre el fregadero y lo observo más de cerca, a su lado, tan cerca que puedo sentir el aroma amaderado de su perfume. Algo en su semblante me hace pensar que no necesito estar llena de miedos y paranoias por estar a solas con un hombre, sin una esposa en la casa, aunque aun así, echo una rápida mirada hacia la puerta, calculando mentalmente cuántos pasos necesitaría dar para llegar a ella si el doctor Henrique intentara algo.

Trago saliva y sacudo la cabeza ligeramente para alejar esos pensamientos.

Él es alto, con hombros anchos y los contornos de sus músculos visibles bajo la camiseta, apenas llego a alcanzar su pecho, pero aun así me permito confiar en él y relajarme un poco en su presencia.

Mi corazón sigue agitado, pero trato de controlar la respiración.

Mechones de su cabello castaño claro caen sobre su frente y sus ojos azules se concentran en los platos.

¿Qué tatuajes podría tener un pediatra?

Quisiera ser lo suficientemente audaz para preguntar, aunque sé que nunca tendré el valor de decir algo así en voz alta.

Dejo los platos sobre la encimera mientras él los lava, y vuelvo mi atención a las niñas. Las bajo de las sillas altas y recojo sus platos con las sobras de las verduras. Los llevo hasta el fregadero, donde el doctor Henrique los toma para lavar.

Necesito aclararme la garganta para poder murmurar algo.

—¿Dónde están las habitaciones de las niñas y el baño? —mi voz suena baja, delatando mis nervios.

No quiero que piense que no sé cuidar a las niñas. Son tranquilas y él parece amable, quiero volver a trabajar con esta familia.

—Te acompaño —responde.

Me lleva arriba por la escalera de madera oscura, que le da un aire aún más austero a la casa. Él carga a Aurora, mientras yo llevo a Jasmine agarrada de la cintura, medio de lado. El doctor Henrique me muestra todo lo que necesito saber y vuelve a su despacho.

Me quedo con las niñas hasta las nueve y media de la noche, cuando finalmente están dormidas, bañadas y en sus camitas de princesas.

Llamo a la puerta de su despacho para avisar que terminé y él me paga. Más del doble de lo que suelo cobrar. No rechazo la

diferencia ni hago aspavientos. Suspiro emocionada con la idea de poder ahorrar un poco más esta vez.

—¿Puedo llamarte otra vez cuando necesite? —pregunta antes de que salga del despacho.

—Sí, claro. Fue un placer cuidar a tus hijas, son unas princesas —trato de sonar lo más amable posible, aunque no sé si lo consigo.

—Gracias —dice y me regala una sonrisa espontánea y dulce, como si hacía mucho que no tenía motivos para sonreír así.

Pienso en todas las preguntas que me gustaría hacer mientras agradezco la oportunidad y salgo de su despacho.

Al cruzar el jardín, sintiendo el aroma de las flores mojadas por la llovizna fina, veo el coche de Inácio estacionado en la acera de la casa.



Nicole

Trago saliva y respiro hondo, luchando contra las náuseas que crecen en mi estómago. Paso por la puerta y empiezo a andar con pasos largos, fingiendo ignorar el coche que empieza a seguirme de cerca.

Mantengo la mirada al frente hasta que paro frente a casa y me doy cuenta de que el candado ya está cerrando la puerta. No

tengo la llave.

Respiro hondo, molesta porque Raissa me trate así, por dejarme fuera sabiendo que solo salí a trabajar, a ganar un dinero que ayudará a pagar los gastos de la casa. Me muerdo el borde interno de la mejilla y me aseguro a mí misma que este será mi último año viviendo con ella, que algún día también seré médica, como el doctor Henrique, y ni ella ni sus novios estúpidos podrán tratarme mal.

— ¿La puerta está cerrada? — Inácio pregunta incrédulo. — No me creo que Raissa me haya dejado fuera de casa. ¿Qué estará tramando esta mujer?

— No fuiste el único al que dejó fuera — murmuro bajito, pero él no me escucha.

— ¿Sabes por qué llegó tarde a comer hoy? — me pregunta.

Inácio es un hombre de mediana edad, fuerte, alto y con la piel quemada por el sol que sufre en su trabajo como capataz de una finca en Avaré. Hoy es su día libre y estuvo en casa el tiempo suficiente para saber que Raissa no está llegando a casa a la hora correcta.

Me encojo de hombros, molesta por la cercanía. Siento el olor a aguardiente en su aliento y sé que se pone aún más nervioso cuando está borracho.

— No lo sé. No me dijo nada — respondo antes de que se enfade conmigo.

Siento sus ojos sobre mí y tengo que contenerme para no salir corriendo.

— Siempre fui fiel a ella, aunque me moría de ganas de ponerle los cuernos — su voz suena terrible. No levanto la mirada, pero siento su sombra sobre mí, sus hombros encorvados hacia mí. Sé que se refiere a ponerle los cuernos conmigo.

Mi estómago se revuelve y frunzo el ceño, sintiéndome abandonada, como si no tuviera a quién quejarme, un regazo al que correr, sola en la vida.

— Fui fiel hasta cuando la tentación fue demasiada — añade. — Y aun así, ella quiere hacerme el tonto.

Trago saliva con dificultad, deseando que abra ya la puerta para poder esconderme en mi habitación. Pero Inácio sigue mirándome desde arriba. Me atrevo a mirarlo por un instante y es como si me devorara con la mirada.

— ¿Crees que merezco que me engañen? ¿Crees que voy a aceptar que me pongan los cuernos? — me pregunta.

— Estoy segura de que Raissa nunca haría eso — comento, obligándome a quedarme allí.

Pienso en salir corriendo de vuelta a la última casa de la calle y pedirle al doctor Henrique que me deje pasar la noche allí, que su casa, aunque parezca vieja y encantada, parece un lugar más seguro para mí, pero ¿qué ridículo sonaría eso?

Solo por este año, una vocecita suena en mi mente.

— Ella ya lo ha hecho con otro. Es mal hablada en el pueblo, pero es mejor que no lo haga, o...

Oigo el tintineo de las llaves y finalmente abre el candado, abriendo las puertas para guardar su camioneta. Corro hacia dentro, pero la puerta principal también está cerrada con llave.

Empiezo a golpearla, sin importarme molestar a Raissa o a alguno de sus hijos. No quiero pasar ni un segundo más fuera con Inácio. Él no me respeta, la mayoría de los hombres que mi madrastra metió en casa nunca me respetaron.

Ella aparece, envuelta en un albornoz rosa de felpa, y me mira como si hubiera cometido un crimen.

— Tu marido está furioso — anuncio, pasándola y cruzando la sala donde sus hijos mayores están tirados en el sofá grande en forma de L, jugando con sus móviles.

Llego a la cocina y solo entonces me doy cuenta de que no he comido ese strogonoff divino que preparé en la casa del médico. Me muerdo el labio con fuerza, las náuseas en el estómago dando paso al hambre.

No puedo creer que me haya olvidado de cenar. Llego a la cocina, pero antes de que pueda comprobar si hay suficiente comida para Inácio y para mí, él irrumpe por la puerta principal y empieza a gritarle a Raissa palabras que no quiero oír.

Abro rápidamente la puerta del armario y encuentro la bolsa marrón de pan, cojo uno y corro a mi habitación, cerrando la puerta con llave.

Me tiro en la cama, el cansancio mental prevaleciendo, y doy el primer mordisco al pan solo. Termino de comerlo con tres mordiscos más. Siento que no es suficiente para llenar el vacío en mi estómago, pero no me atrevo a salir de la habitación. No con los gritos que vienen desde fuera.

Las peleas son cada vez más frecuentes. Esta vez no voy a salir de la habitación a buscar a los niños pequeños. Intento convencerme de que no es mi responsabilidad, pero quedarme aquí solo me hace sentir peor.

Miro los cuadernos sobre la pequeña mesa vieja y oxidada de bar, cubierta con un mantel de algodón descolorido, mi escritorio improvisado, y me levanto para coger las últimas anotaciones que hice de química. Cuando pongo el pie en el suelo, siento mi móvil vibrar en el bolsillo de mis pantalones de chándal.

Lo cojo y veo que es una llamada del doctor Henrique. Trago saliva, sintiendo el corazón empezar a martillear en el pecho y, ansiosa, contesto, preguntándome si he hecho algo mal.

— ¿Hola? — Mi voz suena insegura mientras repaso mentalmente los acontecimientos de la noche, tratando de entender dónde me he equivocado para que él me esté llamando.

— ¿Nicole? — pregunta él.

Mi corazón ahora late furioso, subiendo por mi garganta.

— Soy yo.

— Te olvidaste de cenar — dice el doctor Henrique con voz aterciopelada y calmada.

— Estaba tan preocupada cuidando a las niñas que se me olvidó — comento, respirando aliviada.

— ¿Por qué no vuelves y cenas aquí? El estofado estaba realmente muy bueno.

Su invitación es muy tentadora. Escapar de escuchar esa estúpida pelea entre Raissa e Inácio sería genial, pero eso implicaría pasar por ellos en la sala y explicar por qué iba a salir otra vez.

La incomodidad de cruzarme con Inácio una vez más esta noche y recordar sus insinuaciones sobre saltar la cerca está por

encima de un plato de estofado, por mucho que mi estómago esté vacío.

No es la primera vez que hace insinuaciones así cuando bebe, y temo que no será la última, pero no voy a exponerme a eso cuando puedo evitarlo.

Miro la ventana abatible en la pared de la habitación, consciente de que no puedo salir por ella, aunque sea delgada y bajita, y hago un puchero.

— ¿Nicole? — insiste el doctor Henrique.

— Gracias, doctor, pero ya estoy cenando en casa. Será para la próxima — intento sonar lo más amable posible, mientras me recojo mi largo cabello castaño en un moño desaliñado.

— ¿Estás segura?

— Sí, seguro.

— Buenas noches, entonces — dice y suspira. Parece que esa tristeza lo está dominando otra vez.

Quizás sea el duelo o solo mi impresión. Aun así, me pregunto si no me llamó porque quería compañía. Entonces me doy cuenta de que un hombre rico y encantador como él seguramente no buscaría la compañía de una niñera.

— Buenas noches, doctor Henrique — respondo antes de que la llamada se corte.

Suspiro, tratando de entender si había otra intención detrás de la llamada, pero me convenzo de que él es solo amable y atento.

Los gritos fuera del cuarto se escuchan más fuertes, acompañados de golpes. No quiero saber de qué se trata, pero no puedo dejar de oír que Inácio sacó a relucir algo que pasó hace al menos dos años — la vez que Raissa fue a una fiesta sin él, cuando estaban enfadados.

Quiero salir de la habitación para buscar a Pietra y Mariano, pero mi aparición podría empeorar aún más la pelea. Cojo mis auriculares, mis apuntes de química y, aunque cansada, decido que voy a estudiar al menos dos horas.

Si realmente quiero aprobar la selectividad, no puedo darme el lujo de dormir antes de la medianoche, no cuando tengo tantas otras ocupaciones durante el día.



Despierto con el sonido de la cerradura de mi puerta girando.
La luz sigue encendida y mi mejilla está apoyada contra el cuaderno, los auriculares colgados cerca de mis orejas transmiten una clase de química.

Me quedo inmóvil mientras la manilla gira.
Entonces empiezo a escuchar golpes suaves en la madera de la puerta.

— Nicole, ¿estás despierta? — Reconozco la voz de Inácio.

Mi corazón late dolorido en el pecho mientras rezo para que se vaya pronto.
No puedo desear que Raissa lo sorprenda, porque al final me cargarían a mí.



Nicole

Miércoles, 13 de mayo

— ¿Puedes explicarme por qué Inácio estaba en la puerta de tu habitación anoche? — escucho la voz acusadora de Raissa preguntar. — ¿Quedasteis para veros mientras yo dormía?

Estoy terminando de colar el café y no me molesto en levantar la cabeza para mirarla, parada en la entrada de la cocina.

— Preferiría morir antes que quedar con ese imbécil — respondo, consciente de que Inácio ya se fue a trabajar y está demasiado lejos para escucharme.

— Entonces, ¿por qué lo encontré parado en la puerta de tu cuarto?

Ella debería preguntarle a él, debería ser como una madre para mí, protegerme, pelear con su marido por encontrarlo a medianoche tocando la puerta de su hijastra. Pero he convivido con Raissa toda mi vida y hace tiempo perdí esa ilusión de que algún día esté de mi lado.

— Creo que deberías preguntarle a él — murmuro, colocando el colador en el fregadero, cerrando la cafetera y llevándola hasta la mesa.

Me sirvo una taza justo después de Raissa.

— No le comentaste que salí tarde la noche del viernes mientras él trabajaba, ¿verdad? — me pregunta, analizándome más de cerca para intentar descubrir si miento.

— Nunca te haría eso — digo, ya acostumbrada a cubrir todas sus faltas.

Aunque ella no sea una madrastra ejemplar, que me trate solo como la chica de las tareas domésticas y me haya criado a migajas, jamás me metería en su vida de esa forma, menos aún por cualquiera de los hombres con los que ya salió después de mi padre.

— Sabes lo que pienso de Inácio — añado.

— Sí, y no me interesa — dice con arrogancia, abriendo la bolsa de panes que compré antes de que ella despertara. — ¿Cuánto te pagó ayer? ¿Dónde trabajó?

— Me pagó lo que siempre cobro — respondo, temiendo que note que miento y que guardé parte dentro de mi paquete de compresas junto con el resto de mis ahorros para pagar los gastos de ir a hacer los exámenes a final de año. — Es el nuevo vecino, se mudó a la última casa de la calle, esa que estuvo abandonada años.

— Puaj, debe ser tan raro como esa casa — comenta Raissa, haciendo una mueca que acentúa las arrugas de su frente.

Pienso en decirle que no tiene nada de raro, que en realidad es muy encantador, pero no quiero alargar esta conversación.

— Es viudo y médico — informo, concluyendo que Inácio no le pasó información del doctor Henrique porque no es tonto para hacerle propaganda a otro hombre frente a su esposa.

— Hum, interesante — murmura y da un sorbo al café, luego extiende la mano hacia mí con la palma hacia arriba. — Dame el dinero. Necesito comprar mezcla para la comida. Inácio viene a almorzar a casa hoy.

Respiro hondo, sabiendo lo incómodo que será tenerlo en casa después de lo que hizo a medianoche.

— ¿Puedes pedirle a tu marido que no venga más a tocar la puerta de mi cuarto? — pregunto mientras saco el billete de veinte reales del bolsillo, la cantidad que suelo cobrar por cuidar a los niños unas horas por la noche.

— ¿Solo veinte? — pregunta mientras toma el dinero. Me pongo aún más nerviosa, notando que estoy mintiendo. — ¿Y es médico? Cuanto más dinero tienen, más agarrados son.

Ella no tiene idea de que guardé treinta reales extra que me pagó el doctor Henrique.

— Podrías pedirle más dinero a tu marido — digo, pronunciando la palabra marido con desprecio. — No gana mal, creo que podría ayudar mucho más con los gastos de la casa. Así no faltaría mezcla como suele faltar.

Sin mencionar que la mayor parte del sueldo de Raissa se destina a ropa, salón y cosas así, porque para ella es más importante que sus hijos y ella estén bien presentados que bien alimentados.

— Inácio no tiene ninguna obligación de mantenerte a ti ni a mis hijos mayores — responde. — Pero creo que deberías buscar un trabajo fijo. Voy a preguntar si alguna clienta necesita empleada. Eso ayudaría mucho más que esas monedas que ganas cuidando niños.

Pienso en decirle que este año necesito dedicarme a estudiar, pero no quiero tentar a la mala suerte con Raissa y mis planes.

— Si consigo un trabajo fijo, ¿quién va a cuidar la casa, a los pequeños, quién se quedará con ellos y cocinará? — le pregunto, sabiendo que no piensa poner a Julia a ayudar con las tareas domésticas.

No es que tenga miedo al trabajo. Nada de eso, soy responsable, no soy vaga. Pero este año dedicado a los estudios es mi oportunidad. Si consigo un empleo, no voy a poder con todo.

Podría salir de casa, conseguir un trabajo con un salario mínimo para pagar alquiler, comida y todas las demás cuentas, pero ¿y si no lograra estudiar todo el material que no aprendí bien en la escuela pública? Tengo que aguantar a Raissa al menos este año.

Tengo planes más grandes, quiero trabajar salvando vidas y ser respetada por ello.

Me enamoré de esta profesión desde niña y soy consciente de que no lograré mis objetivos si no me sacrifico un poco más. Aquí me humillan, pero tengo techo, comida y aún me sobra tiempo para asistir a las clases online. Si tiro la toalla ahora, me voy de casa en busca de independencia, puede que nunca apruebe un examen tan competitivo.

—Tú puedes con todo. Siempre pudiste —dice Raissa con tono burlón.

—Si no lo recuerdas, fue el año que nació tu hija menor cuando abandoné la escuela, justamente porque no podía con todo.

—Te graduaste hace siglos. Tienes todo el tiempo del mundo para trabajar —dice y me mira de arriba abajo con esa mirada desdeñosa. — ¡Estás muy vaga, Nicole! Voy a pasar por la carnicería y mando que traigan la carne aquí. Tendré que pagarla entera porque con veinte euros no compro prácticamente nada.

Pongo los ojos en blanco y empiezo a mover las ollas sucias de la cena de anoche, la que cociné pero no comí, mientras ella da órdenes de lo que tengo que hacer para el almuerzo.

—¿Podrías, por favor, pedirle a Inácio que no venga más a la puerta de mi cuarto a medianoche? —pido una vez más cuando ella sale para la tienda donde trabaja como gerente. — De noche o a cualquier otra hora.

—¿Qué crees que Inácio querría contigo? —me pregunta Raissa con tono burlón, como si se riera por dentro. — ¿Crees que él cambiaría a una mujer como yo por una chica como tú? Te crees demasiado, Nicole.

—No puedo creer que realmente pienses eso —digo sintiendo un nudo en la garganta. — ¡No es que él te engañe a ti, es que me acosa a mí!

Pero ella ya está cerrando la puerta detrás de sí y, si escuchó mi última frase, la ignora por completo.



Soy rápida, lavo los platos y paso un trapo por la casa una hora antes de tener que empezar a preparar la comida, por eso me sobra tiempo para ver una clase en vídeo sobre física, la asignatura que más me cuesta.

Mientras preparo la comida, mi móvil vibra con un mensaje.

Desbloqueo la pantalla y veo que el doctor Henrique me ha enviado una imagen por WhatsApp. Pulso rápido la notificación para ver de qué se trata.

Me encuentro con la foto de un plato con estofado de carne y arroz blanco. "Mi comida de hoy", está escrito justo debajo de la imagen.

Yo: ¿Te has llevado el estofado para comer?

Estoy sorprendida de que un médico lleve comida de casa al trabajo en lugar de almorzar en un restaurante.

Doctor Henrique: *Sí. Sobró bastante porque tú no cenaste y no me pude resistir.*

Yo: Entonces te ha gustado, ¿verdad?

Nada más enviar el mensaje, empiezo a preguntarme si realmente le ha gustado o si solo está buscando conversación conmigo. Otra vez me convenzo de que alguien como él no tendría motivos para hablar con la niñera.

Doctor Henrique: *No he mentido.*

Miro la foto de su clínica y me pregunto por qué no usa su propia foto de perfil o si está usando el móvil del trabajo para hablar conmigo.

Frunzo el ceño mientras muevo los frijoles con la cuchara.

Doctor Henrique: *¿Puedes cuidar de las niñas hoy?*

Pienso en preguntarle si va a estudiar otra vez, pero rápidamente lo descarto, no es asunto mío.

Yo: Claro. ¿A las seis?

Doctor Henrique: *Eso.*

Espero a ver si me pregunta algo más, y entonces envío otro mensaje.

Yo: Perfecto entonces. Pensaré qué preparar para tu cena.

Apoyo el móvil en la encimera dándome cuenta de lo exagerado que ha sido todo. Me muerdo el labio con fuerza mientras pongo el cucharón de los frijoles sobre un plato llano en el fregadero.

Considero borrar el mensaje, pero recibo otro de vuelta.

Doctor Henrique: *Estoy seguro de que me va a gustar.*

Me quedo mirando la pantalla. No tengo valor para responder nada más.



Nicole

No tengo mucha experiencia con hombres. Solo tuve un novio, en primero de bachillerato, y no duró mucho. No quiero pensar si hay alguna segunda intención detrás de estos mensajes.

No quiero y no voy a meterme ideas en la cabeza. Mi mente solo puede estar ocupada en los estudios, al menos hasta que haga la selectividad. No voy a fantasear con lo que este médico guapo y viudo podría querer conmigo.

Termino de preparar la comida y corro a mi cuarto para esconderme antes de que Inácio llegue para almorzar. No tengo ánimo para encontrarme con él. Mucho menos para presenciar una pelea de pareja durante la comida, con las niñas delante.

Prefiero comer después, cuando todos estén ya en sus habitaciones o hayan vuelto a sus trabajos.

Decido estudiar un poco de redacción y repasar algunos tiempos verbales en inglés. Aunque no tengan mucho que ver con el área biomédica, necesito sacar las mejores notas en todas las asignaturas si quiero aprobar.

Antes de las cinco de la tarde, me siento más ansiosa de lo normal, así que decido preparar la cena en lugar de darle atención a ese sentimiento. No quiero ni pensar por qué estoy ansiosa.

Preparo arroz recién hecho y frío unas patatas para acompañar el pollo al ajillo. Cuando dejo lista la comida, voy a arreglarme para cuidar de las niñas. Me doy una ducha y me lavo el pelo.

Me atrevo a entrar en la habitación de Raissa para coger el secador. Normalmente dejo que mi pelo se seque al natural, pero hoy me importa más cómo me veo. Lo seco hasta que queda liso, casi sin ondas. De vuelta a mi cuarto, en vez de unos pantalones de chándal, elijo unas mallas negras y una camiseta básica blanca.

Intento aprovechar lo que queda de mi rímel, que hace que mis ojos verdes resalten.

Cuando me doy cuenta, estoy delante del espejo de cuerpo entero, analizando cómo se ve mi trasero con esos pantalones.

Niego con la cabeza, reprobando ese gesto mío, luego me pongo un poco de colonia y cojo un jersey de lana por si hace frío

cuando vuelva.

A las seis en punto estoy tocando el timbre de casa del doctor Henrique.

Él aparece instantes después. Hoy lleva una camiseta de algodón de manga corta que me deja ver que tiene el brazo derecho completamente tatuado. Me fijo en una fecha y en dos pares de piececitos en su antebrazo izquierdo, y me imagino que será la fecha en que nacieron Aurora y Jasmine.

También noto que tiene las venas marcadas en el dorso de las manos, subiendo por las muñecas.

—Buenas noches, Nicole —dice.

Algo en su tono de voz me hace pensar que le gusta pronunciar mi nombre.

—Buenas noches, doctor Henrique.

Lo sigo hasta la casa y encuentro a las gemelas pintando unos papeles con ceras de colores. Me acerco a ellas mientras él se retira a su despacho.

Corren hacia mí gritando "niñera" sin parar y me abrazan.

Las cojo a las dos en brazos y beso sus mejillas sonrojadas.

—¡Hola, mis princesas! —las saludo—. Este es el primer abrazo que recibe la niñera hoy.

Aún no sé quién es quién, y sin su padre para decírmelo, no me queda otra que llamarlas "princesas", ya que no logran ponerse de acuerdo sobre quién tiene qué nombre cuando se lo pregunto.

Hoy están menos lloronas que ayer. Sus risitas puras e inocentes hacen que mi corazón se derrita, se llene de amor.

Paso una hora en el salón jugando con ellas y elogiando sus garabatos indescifrables, luego las llevo a la cocina, donde siguen dibujando mientras empiezo a preparar la cena. Filete a la parmesana con arroz. Encuentro su comida ya preparada en la nevera y me pregunto si fue la tía del doctor Henrique quien la cocinó.

Cuando todo está listo, chasqueo los dedos y voy a la puerta del despacho para llamar a mi jefe a cenar. Desde dentro me contesta que está ocupado en ese momento y que cenará más tarde.

No sé por qué eso me frustra tanto que incluso hago un puchero, pero vuelvo a la cocina.

El olor del parmesano es delicioso, así que me sirvo un plato y como mientras doy de comer a Aurora y Jasmine.

El doctor Henrique no aparece por la cocina mientras estamos allí.

Al final de la noche, cuando las niñas ya están dormidas, voy a su despacho y recibo un billete de cincuenta reales por unas cuatro horas de trabajo.

Quiero preguntarle si no va a cenar, pero está demasiado serio y no me atrevo a decir nada.

Quizá esté pensando en su esposa fallecida o en algún paciente con un diagnóstico preocupante. Nunca lo sabré.



Henrique

Miércoles, 13 de mayo

El Astronauta de Mármol, de la banda Nenhum de Nós, suena en el altavoz del MacBook, y esa canción siempre me transmite calma, pero esta vez no está funcionando.

Siento ganas de darle un puñetazo al teclado del MacBook, aunque sé que no lo haré.

— Vale — murmuro, presionando el índice y el pulgar derechos contra mis ojos, que arden.

— Sabes que necesitas casarte con una chica de buena familia lo antes posible, no puedes criar tú solo a esas niñas. — La voz de mi madre suena como martillazos en mi cabeza.

Mi último paciente ha cancelado, así que aproveché la última hora del día en la consulta para llamar a mi madre. Últimamente he estado evitando hacerlo. Parece que ha sido una pésima idea llamar hoy.

— Mamá, no voy a casarme con la primera mujer que me presentes. ¿En qué siglo crees que vivimos? — digo en automático. Ya he perdido la cuenta de cuántas veces hemos tenido esta conversación en las últimas semanas.

— ¿Y de qué te ha servido el amor, hijo? — insiste, hurgando en mi herida. — ¿De verdad supiste escoger compañera?

El Astronauta de Mármol termina y le sigue *La Fuerza del Amor*, de Roupa Nova. La pregunta de mi madre, junto con la canción romántica, me hace sentir el mayor de los idiotas.

Cierro el puño y golpeo las teclas, presionando el botón de pausa, y luego cierro la tapa del MacBook con fuerza.

— Lo único que he hecho estos días, además de cuidar de mis hijas, es controlar mi rabia, y tú no me estás ayudando en nada — espeto entre dientes antes de colgar la llamada.

Respiro hondo, intentando recuperar el control. No puedo dejar que mi madre tenga ese poder sobre mí. Tengo treinta y dos

años, hace quince que no vivo con ella, desde que terminé el instituto. Es inadmisible que siga afectándome así, pero echarme en cara que no supe elegir a la madre de mis hijas fue la gota que colmó el vaso.

El móvil vuelve a sonar con una nueva llamada suya, pero no le doy el gusto de contestar. Cuando cuelga, veo aparecer los mensajes de WhatsApp en la pantalla bloqueada. No quiero leerlos ni pensar en ella hasta calmarme.

Mis amigos y mi madre están intentando empujarme mujeres como si fueran productos para elegir.

Nadie consigue entender que estar solo en este momento es una elección mía, ninguno lo respeta.

Ninguno, salvo Paloma, mi tía paterna, que aceptó ayudarme a cuidar de las gemelas desde que nos quedamos solos.

Hace una semana que me mudé de Avaré a Itaí, una pequeña ciudad en el suroeste de São Paulo, para empezar de nuevo, para dejar atrás el pasado. No podía seguir en la misma casa, conviviendo con los recuerdos de Milena, en la misma calle, viendo las miradas de lástima de los vecinos.

Tía Paloma aceptó venir todos los días desde Avaré hasta Itaí, un trayecto de cuarenta kilómetros, para quedarse con mis hijas y ayudarles a adaptarse a la nueva guardería, hasta que empiecen el horario completo, mientras yo me reparto entre la clínica pediátrica y las guardias en el Hospital de la Santa Casa de Avaré.

Siempre he sido un apasionado de la medicina y de mi trabajo, pero desde que nacieron Aurora y Jasmine reduje a la mitad mi carga horaria para poder disfrutar de su crecimiento.

En la nueva ciudad todo está siendo más fácil, incluso teniendo que coger la carretera cada día.

Pensar en ellas me calma el corazón.

Me levanto de la silla giratoria, me quito la bata y guardo el portátil en el maletín de cuero antes de salir de la consulta. Al llegar al aparcamiento, suena de nuevo el móvil con una nueva llamada.

— No voy a ningún bar contigo hoy, Fred — respondo a mi mejor amigo en cuanto atiendo. — Estamos a mitad de semana y necesito estar con las niñas.

— Tu tía Paloma me dijo que ya encontraste una niñera en Itaí. ¿Qué te cuesta salir con los chavales a tomar unas cañas? — dice Fred.

— Cotilla — murmuro, entrando en el coche y cerrando la puerta con fuerza. — La chica solo trabajó un día, ¿de verdad crees que voy a dejarla sola con mis hijas tan pronto?

Es una pregunta absurda, Fred no tiene responsabilidades y mucho menos hijos, no lo puede entender.

— ¿Mañana?

— Humm — murmuro solo para hacerme el interesante. — No.

— Joder, tío, tienes que salir de esa. Hace ya un siglo que ella se fue.

— Parece que hoy todo el mundo ha decidido tocarme los cojones — gruño. — Fred, voy a coger la carretera ahora, tengo que colgar.

— ¿Nos vemos el fin de semana, entonces? — insiste, como si el hecho de que yo eligiera cuidar de mis hijas fuera algo que le afectara personalmente.

— Vale.

— Ha entrado una modelo nueva en la agencia, tienes que cono… — la voz de Fred se corta cuando cuelgo la llamada.

Fred estudió conmigo en el instituto, luego hizo derecho, pero nunca ejerció. Al final se decidió por estudiar fotografía. Tiene talento, pero siempre bromea diciendo que solo está en el negocio para ligar con modelos. Desde que me quedé solo, pensó que podría arrastrarme a fiestas todas las noches.



Consigo llegar a Itaí antes de las cinco de la tarde. Me quito los pantalones y la camisa social rápidamente, los dejo en el cesto de ropa sucia y entro al baño frío para darme una ducha caliente antes de que tía Paloma vuelva a su casa en Avaré.

Con ropa limpia y después de haber aliviado un poco del estrés en la ducha, voy al jardín, donde encuentro a mis princesas jugando en una casita hinchable con forma de castillo.

—Estuvieron en la guardería de nueve a doce —dice tía Paloma cuando la saludo con un beso en la frente.

—Ya es un avance, ¿no? —pregunto.

—Creo que en una semana ya estarán adaptadas y podrás dejarlas antes del trabajo y recogerlas al regresar.

—Ojalá —digo, cogiendo a Aurora en brazos.

—Ahora me tengo que ir, ya sabes cómo se pone el tráfico a esta hora.

—Cuídate, tía. Conduce con cuidado.

—Siempre conduzco. Nos vemos mañana, mis amores.

—Babá-babá —balbucea Aurora mientras juega con mis narices, mientras tía Paloma se despide de ellas con un beso.

—Es papá —la corrijo.

—Parece que se acuerdan más de la niñera que de ti —bromea tía Paloma y lanza un beso al aire antes de salir.

—Babá-babá —repite Aurora.

—Mamá —es el turno de Jasmine de balbucear, deslizándose por la pequeña entrada del castillo en forma de rampa y cayendo de culo sobre el césped recién cortado.

La cojo en brazos y la lleno de besos.

—Es papá —insisto, sintiéndome culpable por no haber estado con ellas anoche y por saber que hoy pasará lo mismo. *Papá promete que va a pasar el resto de la semana con vosotras. La niñera es solo por esta noche.*

—Mamá —dice Aurora mordiendo sus deditos.

Siento un nudo en el pecho. Sé cuánto echan de menos a su madre, que necesitan una figura materna y, por eso, ya se han encariñado con la nueva niñera.

Las cojo en brazos y las llevo dentro. El sol se está poniendo y la temperatura comienza a bajar rápidamente. Reparto hojas y ceras para que dibujen, y las superviso hasta que llega la niñera.

—Buenas noches, Nicole —la saludo en la puerta, notando cómo sus ojos tienen un tono de verde bonito, algo que no había notado antes.

—Buenas noches, doctor Henrique —dice con los labios rojizos. Su boca es pequeña pero carnosa, destacando junto a sus ojos grandes en un rostro con forma de corazón.

Huelo el aroma suave de su colonia de lavanda.

Nicole me hace pensar en cuánto tiempo ha pasado desde que besé a alguien con pasión genuina. Empecé a salir con Milena en el instituto; yo estaba en tercero y ella en primero. Mantuve la relación a distancia entre colegio, universidad y especializaciones. Cuando empezamos a convivir, ella quedó embarazada enseguida y dejó el trabajo. La amé con todo mi corazón durante mucho tiempo. *Creo que nunca volveré a sentir eso otra vez.*

Frunzo el ceño por los recuerdos que llegaron porque no me controlé por un momento. Vuelvo dentro de la casa y dejo a mis hijas con Nicole. Me encierro en el despacho porque el viernes por la mañana voy a dar una charla en una Facultad de Medicina en Botucatu, y siempre me gusta estudiar el tema con atención.

Un rato después, recibo una llamada de mi padre. Con mi madre puedo imponerme, plantarle cara, pero Rafael Gonçalves da Costa no es así. Mi padre es un gran hacendado del suroeste de São Paulo, y ya fue suficiente disgusto que su único hijo varón renunciara a aprender los negocios del campo y del agro para ser pediatra; *ser un padre solo con dos niñas de un año y medio es aún más vergonzoso para alguien como él* —lo dejó bien claro, que siente vergüenza de mí.

Puedo colgarle a mi madre, pero no a él. Escucho su sermón sobre la familia y las posibles candidatas al puesto de nueva esposa del heredero de la Fazenda Gonçalves da Costa durante un largo rato.

Cuando menciona el nombre de mi hermana Helena y me recuerda que el destino de la fortuna familiar depende de que haga un buen matrimonio con un tipo que sepa manejar los negocios, porque él no confía en una mujer para eso, aprieto los puños y clavo las uñas en las palmas. Helena solo tiene veinte años.

Llego a mirar el calendario en el portátil para asegurarme de que *realmente estamos en el siglo XXI*, donde ya no son los padres quienes deciden con quién se casan los hijos.

Respiro hondo y alejo el iPhone del oído al oír unos golpecitos en la puerta.

—¿Sí?

—Doctor Henrique, la cena está lista —oigo la voz suave de Nicole al otro lado de la puerta.

Pienso en dar una excusa a mi padre o simplemente colgarle y fingir que me he quedado sin batería, para ir a cenar con ella.

Entonces recuerdo lo incómoda que parecía ayer cuando me senté a la mesa. Intenté entablar conversación, pero con cada frase mía, era como si se encogiera. Llegué a pensar que me tenía miedo. Nicole ni siquiera consiguió cenar.

Le mandé algunos mensajes ayer y durante el almuerzo de hoy, para intentar crear un ambiente más ligero con ella, pero creo que mi intento fracasó.

No quiero que se sienta incómoda con mi presencia otra vez. No voy a llamarla para trabajar todas las noches, aun así, es mejor que pueda sentirse más a gusto en mi casa. Tanto por ella como por mis hijas.

—Estoy ocupado ahora mismo. Cenaré después —respondo.

Vuelvo a poner el teléfono en la oreja y dejo que mi padre me hunda aún más con su discurso arcaico, hasta que tenga la certeza de que no soy un buen hijo, no fui un buen marido y no estoy siendo un buen padre por privar a mis hijas de tener una nueva madre.



Nicole

Miércoles, 20 de mayo

Los días pasan y el dr. Henrique no vuelve a escribirme. Aunque no tenga sentido, y en realidad sea mejor para mis estudios tener las noches libres para ver las clases por vídeo, miro el móvil

rápidamente cada vez que me llega una notificación, con la esperanza de que sea él.

Me siento ridícula por desear volver a trabajar para él solo para echar otro vistazo a sus tatuajes y a sus ojos azules.

— *También me gustan las chicas* —digo frente al espejo, mientras cepillo mi largo pelo recién lavado—. *Y las echo de menos*.

La puerta de mi habitación está abierta, ya que Inácio está trabajando en la finca y no volverá hasta el próximo lunes. Aun así, me llevo un susto cuando Raissa entra y se sienta en mi estrecha cama.

— ¿Por qué no dijiste que nuestro nuevo vecino está tan bueno? —pregunta.

Siento un nudo en el estómago y pongo mala cara, mirando a mi madrastra a través del espejo.

— ¿De quién estás hablando? —Intento disimular mi incomodidad y el hecho de que sé exactamente a qué vecino nuevo y guapo se refiere.

— No te hagas la tonta —dice con desprecio—. Hablo del médico bueno con el que trabajaste dos días la semana pasada. ¿Vas a decirme que eres tan boba que no te fijaste en ese monumento de hombre?

Respiro hondo y dejo el cepillo sobre la cómoda.

— Fui allí para cuidar de las niñas, no de su padre —digo, y empiezo a ordenar mis pocos cosméticos sobre el tapete de ganchillo que adorna el mueble antiguo.

— ¿Cómo puede existir alguien tan boba como tú, Nicole? —pregunta con brusquedad mientras se levanta de mi cama y camina hacia la puerta.

— ¡Espera! —le pido, alzando la voz. Respiro hondo de nuevo, levantando la palma en señal de tregua—. ¿Cómo sabes que el dr. Henrique está bueno? ¿Dónde lo has visto?

— Acabo de verle jugando con las gemelas en la acera frente a su casa.

Siento cómo se me acelera el corazón.

— *Mmm* —murmuro con desinterés, pero corro de nuevo al espejo en cuanto Raissa sale del cuarto.

Tomo la toalla de baño rosa y comienzo a secarme el pelo todo lo que puedo. Luego, me aplico dos chorritos de colonia a cada lado del cuello y salgo, cerrando la puerta para que nadie ande fisgoneando mis cosas.

Julia está tumbada en el sofá con el móvil, al lado de una enorme pila de ropa que recogí del tendedero y aún tengo que doblar. Veo que ha empujado algunas prendas con el pie y están por el suelo. Me acerco, las recojo y las coloco de nuevo encima de la pila, sin que siquiera se dé cuenta.

Salgo hasta la verja. A través de las barras de hierro puedo ver al dr. Henrique empujando un triciclo lila de una de las gemelas, yendo de un lado al otro por la acera.

Trago saliva y aprieto los labios. Hace ocho días que no los veo.

Puedo acercarme y darles un beso a las niñas, ¿no? *Las echo de menos.*

¿Y si piensa que soy una metiche que ha ido solo para ver si consigue más trabajo?

Chasqueo la lengua, insegura, luego respiro hondo y abro la verja.

Lleva pantalones de chándal y una camiseta. Mientras cruzo las tres casas que separan la suya de la mía, noto los agujeros en los puños de mi camiseta de manga larga. Enrollo los puños rápidamente para ocultarlos. No me importan los rotos del pantalón, al fin y al cabo, los vaqueros rasgados nunca pasan de moda.

Mi corazón late en la garganta al pisar la acera de la última casa de la calle sin salida, centrada entre ambos lados. No sé de dónde saco tanto valor, pero aquí estoy, y no puedo salir corriendo.

— *Hola, princesas* —saludo a las niñas, agachándome para besar a la que está sola en el triciclo rosa, disfrutando del olor de su pelo. Luego me acerco a la que está siendo empujada por su padre —. Buenas tardes, dr. Henrique.

Me pongo de pie otra vez, lo miro un instante y luego aparto la vista, colocándome un mechón de pelo tras la oreja. Las niñas balbucean algo que parece "niñera". Creo que se acuerdan de mí por las sonrisitas que ponen.

— Buenas tardes, Nicole.

Me sorprende que aún recuerde mi nombre después de una semana.

— ¿Vives en casa de Inácio? —pregunta el dr. Henrique, mirando hacia donde venía.

— Es el esposo de mi madrastra —respondo.

Sin saber dónde poner las manos, empiezo a empujar el triciclo rosa de una de las gemelas, llevándolo con cuidado hasta la calle, donde sé que nunca pasan coches rápido, ya que no hay salida.

— ¿Esposo de tu madrastra? —Veo confusión en la cara del médico. Aprovecho para fijarme en los tatuajes visibles en su brazo.

— Estaba casada con mi padre, pero él falleció cuando yo era pequeña —explico brevemente.

— Lo siento mucho.

— Está bien —respondo, mientras la gemela hace ruiditos de alegría y golpea el manillar del triciclo rosa con sus manitas.

— ¿Y tu madre? —quiere saber el dr. Henrique, haciendo lo mismo que yo y trayendo a la otra niña a la calle, pasando muy cerca de mí.

— También falleció. Cuando yo era un bebé —digo, y acelero un poco el paso para empujar más rápido el triciclo, haciendo que la niña se ría.

Quiero preguntarle por qué no volvió a llamarme para trabajar, si ha encontrado una niñera mejor, pero no sé si me atrevo.

— *¡Qué vida más dura!* —dice, y su rostro se entristece.

— Cuidé de los hijos de mi madrastra, tengo mucha experiencia con niños —añado, solo para que sepa que realmente soy buena para el trabajo. No es que esté desesperada por volver a verle, es más por las propinas que me da. Voy a necesitar mucho ese dinero para la universidad. — Tiene cuatro hijos.

— ¿Todos pequeños? —pregunta, deteniéndose y frunciendo el ceño al coger a la niña en brazos—. Creo que alguien ha llenado el pañal.

Al instante, pienso que solo busca una excusa para entrar y librarse de mí, pero enseguida noto el olor también.

— Puedo cambiarla —me ofrezco.

— No hace falta que te molestes.

— No es molestia —insisto, aunque me da miedo parecer desesperada.

— Está bien. ¿Entramos?

Asiento con decisión y le ayudo a meter a las niñas y los triciclos. En el camino, las llama por su nombre y descubro que la gemela rubia en mis brazos es Aurora. Jasmine va agarrada a su cintura, jugando con los mechones del pelo de su padre.

Coloca a Jasmine sobre el cambiador, que ya les queda pequeño, y la cambio sin dificultad.

— Lo haces mucho más rápido que yo —observa el dr. Henrique.

— Es la práctica.

Noto que los rizos rubios de Jasmine, aunque limpios, están algo alborotados. La visto y la llevo a su cuna con barrotes. Luego encuentro su cepillo y unos lacitos, y le hago dos coletas.

Aurora baja de los brazos del padre y viene a sentarse a mi lado, protestando con ruiditos.

— ¿Tú también quieres que te peine, princesa? —pregunto con cariño.

— *Mamá-mamá* —balbucea, apretando los deditos en mi vaquero para llamar más mi atención. Se me encoge el corazón al oírla llamarme así, pero consigo disimular.

El rostro del padre se entristece aún más. Intento sonreír, pero creo que se parece más a una mueca.

— ¿Los hijos de tu madrastra son pequeños? —pregunta, tras aclararse la garganta.

— Pietra tiene tres años, Mariano ocho, Julia trece y Giovane catorce —digo, terminando los rizos de Jasmine y empezando a peinar a Aurora.

— ¿Y cuidaste hasta de los mayores? —El dr. Henrique parece realmente curioso.

— Sí.

— ¿Y tú cuántos años tienes? Perdona la indiscreción, yo…

— No pasa nada, tengo veinte años. Tenía seis cuando nació Giovane. Pero siempre ayudé.

Sus ojos azules me observan. Imagino lo que estará pensando —que tengo ya veinte años y aquí estoy, *mendigando un trabajo de niñera*.

De repente, me invade un resto de orgullo. Me pongo en pie, decidida a marcharme.

— Tengo un cumpleaños al que ir el viernes, el de la hijita de una amiga. ¿Podrías venir conmigo? — pregunta él—. Para

ayudarme con ellas.

Me muerdo el labio y me rasco la nuca. ¿Ir a una fiesta de cumpleaños con el Dr. Henrique?

— Te pagaré. Es en Avaré, a las seis de la tarde. Prometo no volver muy tarde.

— Acepto — respondo y froto mis manos frías contra el vaquero—. Les daré privacidad a usted y a las niñas. Necesito preparar la cena en casa.

Me agacho para besar a Jasmine y Aurora antes de salir de la habitación.

— Gracias por tu ayuda, yo... — dice el Dr. Henrique, apresurándose y pasando frente a mí hacia la puerta—. Voy a buscar mi cartera al coche.

— Por favor, no me pagues por cambiar pañales.

— Insisto.

— Y yo me ofenderé. Adoro a las niñas, no lo hice esperando algo a cambio — digo, recuperando mi orgullo.

Parece confundido, pero acepta.

Estoy nerviosa cuando él me acompaña a la puerta, llevando a una niña en cada brazo y dejándolas en el suelo al llegar al salón.

— No me llames de "usted". No soy tan viejo — pide mientras abre la puerta.

Aurora viene corriendo, gritando *"mamá, mamá"*, y Jasmine la sigue, estirando sus bracitos para que la coja en brazos.

Mi corazón se encoge otra vez: tres vidas marcadas por una pérdida, y son tan pequeñas. Sé exactamente cuánto se echa de menos a una madre.

— ¿No quieres quedarte a cenar con nosotros? Creo que te debo una cena — sugiere el Dr. Henrique.

Me pregunto por qué estaba tan serio la última vez que vine. Quizá estaba enfadado o demasiado triste.

— De verdad tengo que irme. Y usted... digo, ¡tú! No me debes nada.

Las niñas empiezan a quejarse cuando salgo, siendo consoladas por su padre.

Me alejo rápido; necesito ordenar mis pensamientos mientras doblo esa pila de ropa y preparo la cena.



Nicole

Jueves, 21 de mayo

Me despierto más temprano de lo habitual, preparo un café bien cargado, me sirvo una taza y vuelvo al cuarto con el propósito de estudiar hasta las nueve.

Después de cuatro horas repasando historia, despierto a Pietra, la cuido como de costumbre: le cambio el pijama por ropa

de estar en casa, le peino sus rizos rojizos, la alimento y la pongo a ver dibujos en la tele. Luego ordeno la casa y preparo el almuerzo. Los otros niños están en el colegio.

Mientras hago las tareas domésticas, intercambio mensajes con Brianna, la única amiga que conservé del instituto. Nunca fui exactamente popular: no llevaba ropa guay, no iba a los bailes de la zona, no me invitaban a barbacoas, ningún chico me miraba dos veces, y a nadie le importaba cuando faltaba para cuidar a los niños... excepto a ella.

Brianna y yo éramos el típico duo de empollonas que mantuvo la amistad después de graduarnos. Ella intentó entrar en Derecho y no lo consiguió, encontró trabajo como cajera en un supermercado y ahora estudia Administración gracias a una beca del PROUNI. Trabaja todo el día y estudia por la noche.

Yo... bueno, ya sabéis dónde estoy: corriendo contra el tiempo para conseguir una plaza casi imposible.

Bri es la única que puede ayudarme a encontrar un outfit decente para acompañar al Dr. Henrique al cumpleaños en Avaré mañana. Tengo ochenta reales y algunas monedas —ahorrados para los billetes de autobús y gastos de los exámenes— y nada en mi armario que valga para una fiesta.

Quedamos en el centro de la ciudad, en su hora de comer, a la una.

Termino de cocinar minutos antes de que Giovane, Julia y Mariano lleguen del colegio. Acabo de limpiar la casa fregando el baño mientras los niños almuerzan y revuelven la cocina que dejé impecable. Guardé la ropa que doblé al volver de casa del Dr. Henrique y me pregunto cómo reaccionaría Julia si le pidiera prestado uno de sus vestidos o unos vaqueros de marca. Usamos la

misma talla, pero seguramente se reiría en mi cara si me atreviera a pedírselo.

Empiezo a recoger el desastre del almuerzo antes incluso de que Raissa llegue a comer. Sabiendo que todos están en casa y que Pietra estará bien, me escabullo antes de las doce y media.

Vivimos en el barrio Marajoara, al sur de la ciudad, y desde casa hasta el centro hay un paseo de veinte minutos si voy a buen ritmo.

Encuentro a Brianna en la acera del supermercado principal de la Avenida Santo Antônio.

— He cogido prestado un casco de un compañero —dice, tendiéndomelo tras saludarme con un beso en la mejilla y un abrazo fuerte.

— ¿Adónde vamos? —pregunto, siguiéndola hasta donde está aparcada su Honda Biz roja, en la calle lateral del super.

— A mi casa. No necesitas comprar ropa solo para hacer de niñera en un cumple —dice Bri, arrancando la moto mientras me subo y me agarro a su cintura—. Sé que necesitas ahorrar, tía.

Gira a la derecha, entra en la avenida, cruza la carretera que une Itaí con Avaré y se dirige al Jardim Monte Alto, donde vive con sus padres, a tres calles del cementerio municipal.

Su madre, Doña Claudia, me pone un plato en cuanto me ve llegar. Le digo que ya he comido, pero al final claudico: ha hecho macarrones con albóndigas y no puedo resistirme.

— Entonces, ¿quién es la familia que vas a acompañar a ese cumple? —me pregunta Bri, tragando un bocado enorme de pasta.

— Es un médico y sus gemelas. Son muy pequeñas, tienen año y medio —expliqué.

— ¿Un médico con gemelas? —Mi amiga frunce el ceño y se sirve un zumo de piña—. ¿Tú sabes quién es, mamá?

— No lo conozco. ¿Seguro que es médico? —pregunta Doña Claudia (es Técnica en Enfermería y conoce a casi todo el sector sanitario de Itaí).

— No trabaja aquí, sino en Avaré. Se mudó hace poco, creo que ni siquiera lleva un mes. Es viudo, vive solo con sus hijas.

— ¿Viudo y padre de gemelas de año y medio? — Bri observa mi expresión mientras me da un codazo bajo la mesa—. No debe ser muy mayor.

— No lo es. Calculo que tendrá unos treinta. Es muy guapo, por cierto — termino soltando sin querer—. ¡Sus hijas también lo son!

Es todo lo que Bri necesita para empezar a crear una ficción romántica en su cabeza.

— "Viudo seductor se enamora de la niñera de sus hijas" — anuncia, moviendo las manos como si presentara un cartel de cine.

Su madre se ríe y yo siento cómo me arden las mejillas. Aunque avergonzada, entro en el juego:

— No me importaría que me sedujera — comento en tono de broma, antes de ponerme seria—. Pero él jamás se enamoraría de la niñera. Acaba de enviudar y debe tener cola de pretendientes mucho mejores.

— ¡Así que estás colada por el médico viudo! — me acusa Brianna.

— No he dicho eso. Como si tuviera cabeza o tiempo para enamorarme, Bri. Y menos para ilusionarme con alguien que nunca me miraría así. No soy tonta, no en ese sentido. Solo es un vecino con gemelas que necesita niñera ocasional.

— ¿Cómo se llama? — pregunta, ansiosa.

— Doctor Henrique.

— ¿Henrique qué?

— ¡No lo sé! Fue Inácio quien me lo recomendó. Me escribió desde el teléfono de la clínica. En la foto de perfil solo está el eslogan de la pediatría.

— Enséñame — pide, desbloqueando su iPhone y abriendo Instagram.

Le muestro el contacto. Ella estudia la foto de la clínica, teclea en su móvil y, segundos después, me extiende el dispositivo: una imagen del Dr. Henrique con bata blanca (que oculta sus tatuajes).

— Es él — digo, con un vuelco en el estómago.

— ¿Qué ojos azules son esos? ¡Y ese porte! ¿Es alto? ¿Está bueno?

— Sí, es alto y parece que va al gimnasio — respondo, intentando mantener neutralidad—. Tiene tatuajes en el brazo y el pecho.

— ¿Cómo lo sabes? — abre mucho sus ojos castaños mientras se recoge el pelo rubio claro en un moño.

— Trabajé en su casa. Lo vi en camiseta.

— ¿En este frío? ¡Vaya, qué caliente! — bromea, dándome otro codazo—. Vamos al cuarto. Hay que encontrar el outfit perfecto.

— ¡No es para tanto! — protesto—. Solo quería un vestido porque mi ropa está muy gastada. No voy a arreglarme para trabajar de niñera.

Me levanto para llevar el plato al fregadero, pero Doña Claudia me detiene:

— Yo friego, cariño. Ve a buscar algo para conquistar a ese médico.

— No quiero conquistar a nadie, Doña Claudia. Estoy centrada en estudiar.

— Lo sabemos, Nic — dice Bri, tirándome de la muñeca hacia su habitación—. Y haces bien en no ilusionarte con hombres, aunque estén buenos. Pero no me prohibas inventarme cuentos de Cenicienta.

Pongo los ojos en blanco y me siento en su cama, cubierta por un edredón floral. Tres cojines con frases motivacionales descansan sobre las almohadas. En la pared, dos cuadros blancos con marcos dorados exhiben más mensajes inspiradores.

No me considero envidiosa, pero desde que conocí a Brianna, a veces imagino cómo sería tener un cuarto bonito, sábanas nuevas y un armario con ropa elegida para mí. No es que me queje, pero debe ser agradable llegar a casa y encontrar comida caliente, una madre que te cuide y te apoye mientras estudias...

Hasta Raissa, aunque es dura y tacaña conmigo, ama a sus hijos. Los mima y protege (dentro de lo posible, considerando los

novios cretinos que elige).

— Dijiste que querías un vestido — la voz de Bri me devuelve a la realidad.

— Pensé que sería más barato comprar una sola pieza — me justifico—. Pero cualquier cosa vale.

— Hará frío — dice, soltando su moño y peinándose con los dedos.

— Pensaba "tomar prestadas" unas medias del cajón de Raissa — confieso.

Bri me lanza una mirada elocuente: si Raissa lo descubre, me las arrancaría con sus uñas de gel.

Saca un vestido de tul estampado colgado en una percha. Tiene escote en V, flores sobre fondo oscuro, mangas largas y lazos traseros. Es delicado y hermoso, mucho más de lo que esperaba ponerme.

— Te llegará a mitad del muslo. Tengo medias 7/8 negras — dice, entregándome la percha—. Pruébatelo.

— Es demasiado bonito para usarlo de niñera.

— ¿Por qué?

— Porque iré a trabajar, no como invitada.

— Apuesto a que es una fiesta elegante. Y el médico te invitó a ti.

— A trabajar. Me pagará. No tiene sentido ir tan arreglada.

Brianna pone los ojos en blanco, abre un cajón, saca un paquete de medias y luego alcanza una caja de madera de donde extrae una diadema de terciopelo bordada con piedras negras y plateadas.

— Quedarás perfecta. ¡Pruébatelo todo!

Sé que es inútil resistirme: seguirá insistiendo. Además, empiezo a pensar que quiero verme un poco más arreglada, para variar de los viejos chándales que siempre llevo.

Me quito los vaqueros rotos y la camisa de franela mientras Brianna revisa su móvil. Me alivia que esté distraída: mis bragas no son precisamente bonitas —están desteñidas y con el elástico flojo —. La habitación está fría y, como no llevo sujetador, siento cómo se me ponen los pezones duros. Me pongo el vestido rápidamente, luego las medias.

Bri me ayuda a atar los lazos de la espalda, me peina y coloca la diadema.

— Me encanta cómo tu pelo empieza liso en la raíz y termina en esos rizos gruesos —comenta, dejando caer mis mechas castañas sobre los hombros—. Pareces una muñeca. El médico solo no se fijará en ti si es ciego.

Pongo los ojos en blanco y me giro para mirarme en el espejo de cuerpo entero. No me siento como una muñeca, pero me gusta el resultado.

— ¿Qué calzarás? —pregunta Brianna.

— Mis botas, no te preocupes —respondo rápido. Ella es diez centímetros más alta y no calzamos el mismo número—. Ya haces mucho por mí. Siempre lo has hecho.

— Un día serás una neurocirujana rica y me llevarás a cenas elegantes —dice.

— ¡Dios te oiga, amiga! ¡Dios te oiga!



Nicole

Viernes, 22 de mayo

A veces cuesta creer que vaya a aprobar el examen de acceso a Medicina. Necesito un plan B. Este año cumplo veintiuno y no puedo seguir viviendo con Raissa e con Inácio.

Pienso en esto mientras friego el baño que ella vomitó y no limpió bien.

Aprovechando que su marido no está en casa estos días (está trabajando en la hacienda Gonçalves da Costa, en Avaré), ayer por la noche fue a un baile en Itaporanga, a sesenta kilómetros de Itaí —sabe Dios con quién—, y volvió borracha.

Ya le avisé que hoy trabajaré cuidando a las niñas del vecino y que no tengo hora fija para volver.

Son las tres y media de la tarde. He estudiado cuatro horas por la mañana, limpiado toda la casa, lavado la ropa de cama (que ya seca en el tendedero) y preparado comida suficiente para el almuerzo y la cena. En cuanto termine con el baño, me ducharé y empezaré a arreglarme.

Recibí un mensaje de WhatsApp del número personal del Dr. Henrique para confirmar la hora de salida hacia el cumpleaños. Era la primera vez que usaba su móvil particular y no el de la clínica.

En su foto de perfil lleva una camiseta blanca sin mangas y un pantalón corto que muestra sus muslos gruesos y tonificados. Está sentado en un barco, bronceado y con gafas de sol. Por el paisaje detrás, creo que es Tailandia (reconozco la vista de una película ambientada allí).

Su apellido es Gonçalves da Costa, igual que la hacienda donde trabaja Inácio. Me pregunto si es coincidencia o si el doctor está emparentado con el dueño, y por eso Inácio me recomendó como niñera.

Aprovechando que ni Giovane ni Inácio están en casa, tras la ducha camino envuelta en una toalla hasta el cuarto de Raissa para coger el secador. No me atrevería a ir así con hombres en casa.

Vuelvo a mi habitación y saco mis mejores bragas y el sujetador negro del primer cajón de la cómoda. Tiemblo de frío mientras me aplico crema hidratante en las piernas y enciendo el

secador. Me dejo el pelo bien seco y, aún caliente, lo recogo en un moño bajo para marcar los rizos en las puntas.

Con la habitación caldeada por el secador, me pongo las medias 7/8 negras con encaje en el borde, que se ajustan perfectamente a mis muslos. Me visto con el vestido y me calzo las botas negras, que he limpiado con betún y parecen nuevas.

Brianna me prestó un lip tint frambuesa y me enseñó a usarlo en mejillas y párpados para acentuar mis rasgos.

Con los labios rojizos, las mejillas ligeramente sonrosadas y una buena capa de rímel que destaca mis pestañas, me gusta el efecto: el rosa suave en los párpados contrasta con mis pestañas oscuras, haciendo que el verde de mis ojos parezca más intenso.

Me pongo colonía de lavanda en el cuello y las muñecas y me observo en el espejo estrecho, satisfecha con el resultado. El vestido me cae a la perfección, ceñido en la cintura y fluido sobre las caderas. Solo debo tener cuidado al caminar, porque se ve el encaje de las medias. No quiero parecer vulgar o provocativa.

Suelto el pelo —brillante y suave, con ondas que caen hasta mis costillas— y me coloco la diadema de pedrería.

Pero al mirarme de nuevo, me invade la inseguridad:

¿Por qué me he arreglado tanto para un trabajo de niñera?

— ¡Qué estupidez —protesto, frunciendo el ceño y quitándome la bota derecha para empezar a desvestirme.

Me sentiría mucho más cómoda con mis vaqueros rotos y un jersey viejo. Eso sí que va conmigo.

Pero suena mi móvil. Corro a mirar la notificación:

Henrique Gonçalves: *Estoy frente a tu casa. Cuando estés lista, podemos ir.*

Miro la pantalla fijándome en su nombre completo. No lo he guardado en contactos porque me pareció demasiado íntimo tener su número personal.

Yo: *Ya estoy lista, Dr. Henrique. Salgo en un minuto.*

Me vuelvo a poner la bota. No hay tiempo para cambiarme; no quiero hacerle esperar.

Voy al cuarto de Julia para recordarle que vigile a Pietra y Mariano hasta que Raissa llegue.

— ¿Quién eres tú y qué has hecho con Nicole? —pregunta, sorprendida al verme arreglada—. Pensé que ibas a trabajar.

— Voy a acompañar a dos niñas a un cumpleaños —me justifico, sintiéndome aún más fuera de lugar.

— ¿De quién es esa ropa?

Julia y yo no somos amigas desde que tuvo su primera menstruación y empezó a tratarme como a un trapo de piso, así que no pienso quedarme aquí dándole explicaciones sobre mi vida.

Me dirijo a la cocina, donde bebo un vaso de agua antes de salir.

Frente a la casa hay estacionada una Dodge Ram 2500 negra. Entiendo un poco de coches porque me gusta investigar qué auto tendré cuando sea neurocirujana, así que sé que esta camioneta cuesta más de 400 mil reales.

Abro el portón de hierro con el corazón acelerado. Entonces, el Dr. Henrique baja, da la vuelta y abre la puerta del acompañante para mí.

Lleva pantalones negros y una camisa azul que hace que sus ojos parezcan aún más azules. Los dos primeros botones están desabrochados, y puedo ver un pequeño fragmento de su tatuaje. Como si fuera poco, también viste una chaqueta de cuero negra.

Muerdo con fuerza mi labio, pidiéndole a mi corazón que se calme, cuando él extiende la mano para ayudarme a subir a la enorme pickup.

— Estás preciosa —dice mientras me siento, lo cual solo empeora mi estado.

Abro la boca para decir algo, pero no se me ocurre nada, así que solo sacudo la cabeza.

Me siento aún más incómoda cuando él entra por el lado del conductor y cierra la puerta. Me giro y veo que las gemelas están dormitando en sus sillas, vestidas como princesas de Disney, con tiaras de perlas y chaquetitas. Están tan adorables que me dan ganas de apretarlas y llenarlas de besos. Sus mejillas sonrosadas y sus rostros serenos me hacen relajarme un poco.

— ¿No prefiere que me siente atrás con ellas? —le pregunto al Dr. Henrique.

— No hace falta, siempre se portan bien —responde, abrochándose el cinturón.

Sacudo la cabeza y me abrocho el mío.

La carretera está congestionada cerca del penal, y trato de romper el silencio.

— Vi que su apellido es Gonçalves da Costa —comento tímidamente, con miedo de ser demasiado entrometida—. ¿Es pariente de los dueños de esa hacienda en Avaré?

— ¡Tú! —dice el Dr. Henrique en tono de advertencia.

Miro hacia mi regazo, verificando si mis muslos y el encaje de las medias están cubiertos, y respiro aliviada al ver que todo está bien.

— ¿Qué? —pregunto.

— Dije que no hace falta que me trates de "usted" — responde, con un tono más relajado.

— Lo siento, Dr. Henrique. Estoy acostumbrada a tratar a mis empleadores con formalidad, como señal de respeto. No quise ofenderlo.

— No tienes que disculparte, Nicole. No me ofendiste. Pero prefiero que me tutes, si no te importa.

— Intentaré recordarlo, lo prometo —digo rápidamente.

— Relájate. Y sí, soy pariente de ellos. La hacienda es de mi padre.

Abro los ojos como platos. No es solo un médico rico; está forrado, nació en cuna de oro. Probablemente trabaja por gusto, no

por necesidad.

Imagino un puente enorme tendiéndose entre él y yo, y de inmediato me siento ridícula por el pensamiento. No es mi amigo, nunca tendremos intimidad más allá de esto, no hay motivo para pensar en las diferencias sociales entre nosotros. El Dr. Henrique es solo el padre de las gemelas a las que cuido, el hombre que me paga por mirarlas de vez en cuando.

— Inácio trabaja para ustedes —comento en voz baja, arreglándome un mechón de pelo detrás de la oreja.

Me doy cuenta de que, en el lío de la ropa, olvidé coger una chaqueta y ya tengo frío. Aprieto el móvil entre mis manos y espero que la temperatura no baje demasiado. Ni siquiera son las seis de la tarde y el termómetro del coche ya marca quince grados.

— Sí, me ayudó con la mudanza de Avaré aquí —dice el Dr. Henrique, sin apartar los ojos de la carretera. Pasamos junto al embalse de Jurumirim, y me pregunto si tendrá una casa cerca de la costa, en la zona más exclusiva. Seguro que sí. — Me recomendó como niñera, dijo que eras muy responsable.

Pienso en confesarle lo desagradable que es Inácio conmigo, pero ¿para qué? No soy un problema del Dr. Henrique.

Me limito a asentir y esbozar una sonrisa forzada.



Todas las casas del barrio son lujosas. El Dr. Henrique estaciona la Dodge Ram en una de las pocas plazas libres que encontramos. Baja rápidamente y abre la puerta para mí. Apoyo mis manos en sus hombros mientras él sostiene mi cintura para ayudarme a bajar con cuidado, lo que me pone nerviosa y agitada.

— Hola, princesas —dice, despertando a sus hijas al abrir la puerta trasera de la camioneta.

Me pasa a Aurora, que apoya su cabecita soñolienta en mi hombro, mientras él carga a Jasmine en sus brazos junto con las bolsas de regalos.

La ansiedad regresa cuando veo la entrada decorada del salón de fiestas: arcos de globos en colores del arcoíris y cientos de flores en tonos rosa, lila y azul cayendo en cascada.

Una recepcionista elegantemente vestida está junto a la puerta, saludando y sonriendo a todos los invitados.

Sigo a mi empleador, temiendo quedarme atrás.

— Buenas tardes y bienvenidos al mundo encantado de Sophia —dice la recepcionista con una amplia sonrisa. Espero que me mire con desdén, que reconozca que solo soy la niñera, pero parece no notarlo. Al menos, no me trata con la indiferencia que anticipaba—. ¿Sus nombres, para dirigirlos a su mesa?

— Nicole y Henrique Gonçalves —responde él, sorprendiéndome al incluir mi nombre en la lista.

Alzo las cejas, asombrada, cuando la recepcionista confirma nuestros nombres y nos hace un gesto para seguirla.

— Por aquí, por favor.

Al entrar, tengo la impresión de que todo el PIB del estado de São Paulo se concentra en ese lugar. Jamás imaginé ver tanta riqueza reunida.

La decoración transforma el salón en un bosque encantado: luces, cristales, flores y globos por todas partes, pero con un gusto

exquisito. Es extravagante, pero no cursi.

— Yo me encargo de ellos —oyo decir a una mujer. Se detiene frente a nosotros con una sonrisa radiante. Es rubia platino, alta, delgada y de ojos azules.

— Como desee, señora. Disfruten —la recepcionista hace una especie de reverencia y regresa a la entrada.

— Henrique, temía que no vinieras —dice la rubia, extendiendo los brazos para saludarlo.

— Confirmé que asistiría —responde él, aceptando el beso que ella le da en la mejilla, con Jasmine entre ambos.

Las gemelas, ya despiertas, miran curiosas la decoración, señalando y balbuceando cosas que no logro entender.

— Me preguntaba quién era Nicole cuando vi la lista de confirmados —comenta la rubia.

— Ella es... — el Dr. Henrique comienza, me mira y hace una pausa de apenas un segundo, suficiente para guiñarme un ojo azul —. Mi novia.

Mi boca se abre en forma de "O", pero él guiña otra vez y la cierro.



Henrique

El impacto en el rostro de Lídia es evidente; no esperaba verme acompañado de una mujer.

Miro a mi alrededor y veo a la chica escultural sentada junto a José Antônio, su marido. Comprendo que ella era la "premiada", la mujer que pretendían empujarme como si fuera un paquete.

Vuelvo la mirada hacia Nicole. La confusión está grabada en su rostro.

No era mi intención involucrarla de esta manera, lo admito: fue egoísta de mi parte, actué pensando solo en mí. Pero no pude soportar la idea de pasar el evento siendo presentado a desconocidas que no me interesan. Le pediré perdón después, pero por ahora debo hacer creíble esto.

— José Antônio no me dijo que tuvieras novia —comenta Lídia, visiblemente incómoda.

— Nos estábamos conociendo. No quise adelantarme — respondo con una sonrisa cordial y voz suave.

Cambio las bolsas de regalos al brazo donde sostengo a Jasmine y extiendo la mano libre para tomar la cintura de Nicole. Siento su cuerpo estremecerse bajo mi contacto, percibo lo estrecha que es su cintura bajo el vestido, pero no me aparto. Ella me mira de nuevo, sus ojos verdes rebosantes de preguntas.

— Me alegra que hayas encontrado a alguien —dice Lídia, aunque no distingo si es sincera. Luego se dirige a Nicole—: Un placer conocerte. Soy la madre de la cumpleañera. Los acompañaré a su mesa.

— Los regalos —digo, entregándole las bolsas.

Lídia llama a una asistente disfrazada de hada, quien trae a Sophia para saludarnos y luego lleva los paquetes a la montaña de presentes.

— Hay una zona especial para niños pequeños. Las gemelas la adorarán. Tenemos asistentes haciendo pintacaritas —explica Lídia, señalando a otras dos hadas.

Las jóvenes son tan amables que logran llevarse a las gemelas con la cumpleañera de inmediato. Aunque me inquieta verlas ir con extraños, mentalizo revisar esa zona más tarde.

Me siento perdido sin Jasmine en brazos, así que tomo la mano de Nicole con firmeza. Su piel está fría, casi temblorosa.

Seguimos a Lídia hasta la mesa donde nuestros nombres marcan los asientos.

Cinco pares de ojos nos observan: las arquitectas Larissa y Bruna (viejas conocidas), Kevin (mi colega dermatólogo), mi amigo fotógrafo Fred y una pelirroja con vestido lila de escote profundo. Ella sonríe al verme, pero la expresión se congela al notar que llevo de la mano a Nicole.

— La famosa modelo —murmuro, deduciendo que era la candidata que Fred quería presentarme. Mantengo una sonrisa educada—: Buenas tardes. Esta es Nicole, mi novia.

— Hola —saluda ella, moviendo tímidamente la mano antes de sentarse junto a Kevin. Parece tan nerviosa que me invade la culpa.

No planeé esto. No quería usarla así. Solo deseaba evitar venir solo y que me atosigaran por estar soltero. Quería disfrutar del cumpleaños, ver a mis hijas felices... no más citas arregladas.

Con esta culpa en el pecho por exponer a una chica sencilla y dulce como Nicole a esto, me siento a su lado, cogiendo su mano otra vez y atrayéndola hacia mi regazo.

Un camarero pregunta al instante qué queremos beber, y acto seguido nos sirven *coquetel de frutas* sin alcohol y *minisalgados*.

Bebo un sorbo del *coquetel* y pruebo una *coxinha*, mientras mantengo la mano de Nicole en mi regazo y acaricio su espalda con

el pulgar. Ella sigue temblorosa, agarrando la copa del *coquetel* y mirando la decoración a su alrededor.

Asiento y emito sonidos monosilábicos ante las preguntas de mis amigos, pero estoy preocupado por Nicole. Necesitamos estar a solas cuanto antes, debo darle una explicación.

Deslizo la yema de mi pulgar hasta uno de sus dedos, sintiendo la aspereza de las cutículas y la uña mordida, y entonces noto que es la única mujer de la mesa sin uñas largas y cuidadas.

Ella aprieta mi mano con fuerza y me mira fijamente. Sus ojos verdes y expresivos parecen acusarme.

—¿Quieres que vaya a echar un vistazo a las niñas? —pregunta en voz baja.

Si sale sin mí para ver a mis hijas, arruinará la farsa. Mis amigos sospecharán que es la niñera.

—Vamos enseguida —respondo, inclinándome hacia su oreja, donde percibo el aroma a lavanda de su perfume—, por favor.

Ella asiente, coge un *rissole* y le da el primer mordisco.

—¿Cuándo pensabas contarme que tenías novia? —susurra Fred—. Joder, te había traído una modelo buenorra para presentarte.

—No aquí delante de Nicole —le pido con mirada seria. No quiero que suelte estupideces en voz alta que la avergüencen.

—¿Dónde vives? —pregunta Larissa a Nicole sin el tono acusador de Fred, pero aun así me inquieta.

—En Itaí —responde con voz ronca, como si le costara un enorme esfuerzo hablar.

—¿Y cómo os conocisteis? —pregunta Larissa.

—Somos vecinos —responde Nicole.

Noto que respira por la boca, con los labios carnosos entreabiertos, y aún siento su mano temblorosa.

—Voy a echar un vistazo a las niñas, ¿quieres venir conmigo? —pregunto para que ellos oigan.

Soy pésimo mintiendo; no debería haber inventado esto.

—Claro, voy contigo. —Nicole me lanza una mirada de agradecimiento, luego deja su copa en la mesa y me acompaña.

Pongo cuidado en apoyar mi mano en la base de su espalda mientras caminamos hacia la zona infantil.

—¿Por qué inventó eso? —pregunta en cuanto nos alejamos de la mesa—. Debía haberme avisado. Si preguntan más, no sabré responder.

—¡Henrique! —oigo una voz que me llama; al volverme veo a José Antônio, padre de la cumpleañera, acercándose—. No podía creerlo cuando Lídia dijo que tenías novia.

Respiro hondo. ¿Cuánto durará esta fiesta? Apenas llegué y ya quiero irme.

—¿Qué tal, Zé? ¿Cómo estás? —lo saludo—. Esta es Nicole.

—Un placer conocer a la mujer que logró doblegar a Henrique Gonçalves da Costa. No sabes cómo estábamos deseando que encontrara a alguien y saliera de ese pozo en que...

Le doy un pisotón, callándolo. Es un gesto infantil, pero no me arrepiento.

—No hace falta contar esos detalles —digo con sarcasmo, atrayendo a Nicole hacia mí—. Ya fue bastante difícil conquistarla.

Como si el mundo conspirara contra mí, otros colegas nos rodean; todos curiosos por conocer a Nicole.

Mi corazón se encoge por cómo la están exponiendo. Es tímida; no merece pasar por tanto bochorno.

Son personas difíciles de tratar cuando no eres de su mismo círculo. Algunos son frívolos y extremadamente selectivos con la clase social y las familias tradicionales. Convivo con ellos prácticamente desde que nací: frecuentamos las mismas fiestas, restaurantes y bares, vamos a las mismas playas. Los conozco demasiado bien para saber lo que piensan. Un rico reconoce a otro, y saben que Nicole no pertenece a nuestra clase social. Pero de esto estoy seguro: es muy hermosa y, pese a su timidez, tiene un carisma increíble. Eso es algo que el dinero no puede comprar.

No permitiré que verbalicen ningún comentario que la haga sentirse inferior. Además de dulce, solo tiene veinte años y parece inexperiente. No puedo dejarla ni un segundo a merced de ellos.

Me pregunto cuánto tardará mi padre en llamarme para preguntar por la mujer con la que salgo.

La alejo de ellos en cuanto puedo.

—Lo siento mucho —me disculpo, pero soy un pésimo mentiroso y mis excusas no son sinceras.

—¿Qué se le ocurrió decir que soy su novia? —pregunta ella junto a la *cerquitita* de madera que separa la zona donde juegan los niños.

Veo a mis hijas siendo atendidas por dos chicas vestidas de *elfos*, pintando mariposas en sus caras, y respiro aliviado al verlas felices.

—Me tocan los cojones cada vez que nos vemos: me presentan a montones de mujeres, insisten en que necesito una novia ya, casarme... No planeé mentir sobre ti, pero cuando vi que los anfitriones ya tenían a alguien para presentarme, no quise pasar por eso otra vez. Perdón.

—No necesita disculparse —dice, parpadeando con sus largas pestañas oscuras.

Sus ojos verdes se clavan en sus propios zapatos.

—Dudo que se lo crean —murmura.

—¿Miento tan mal? —susurro. Pese a la cacofonía de niños gritando, la música infantil y las voces de los adultos, ella me oye por estar tan cerca.

—No es por eso —Nicole me mira de nuevo con sus ojos expresivos—. Yo no soy como vosotros.

Alza el dedo índice y hace un círculo con él, refiriéndose a la gente a nuestro alrededor.

—Podría estar sirviendo mesas o cuidando niños —dice Nicole —, encajaría bien en esos papeles. Pero no como tu novia. Todos ven la discrepancia.

Aprieto su mano con más fuerza y espero a que una pareja pase cerca antes de continuar:

—¿No sabías que la belleza vale tanto como el dinero? Algunos aquí han gastado fortunas intentando tener un rostro

armónico como el tuyo. Ni con todo su dinero lo consiguen.

Ella jadea, como si mis palabras la conmocionaran, como si nadie le hubiera dicho jamás que es hermosa. Hablo de belleza exterior, claro, pero para mí apariencia y dinero van unidos.

—Tus amigos solo deben preocuparse por ti —dice. Al menos dejó de llamarme *señor*—. No quieren que estés solo.

—Y yo no quiero su preocupación —concluyo—. Tengo madurez para decidir por mí.

—Así que prefieres mentirles.

Nicole me hace sentir como un imbécil, pero tras meses sintiéndome así, ya me estoy insensibilizando.

—No es asunto mío, Dr. Henrique. No quise ser grosera. Solo... no estaba preparada. Debemos coordinar detalles: ¿Cuánto llevamos juntos? ¿Dónde nos conocimos? ¿Puedo decir que soy niñera de las gemelas?

—No. Ni niñera ni "doctor" —firmes—. Sospecharían. Nos conocimos en nuestra calle en abril, cuando negociaba comprar la casa. Te invité a salir y aceptaste. Tras unas citas, formalizamos la relación —esbozo una sonrisa calculada—. No podía dejar escapar a una mujer tan bella.

Ella ríe, sin tomar en serio mis palabras.

—Vale: nos conocimos en abril. Me pediste ser tu novia el último viernes del mes.

—No, esa mentira no *cuela*. Es nuestra primera salida como pareja: el finde pasado estaba en una *discoteca* de Botucatu con amigos que hoy están aquí.

—Ah... —murmura.

—Te lo pedí el martes. Y crucial: aún no te he presentado a mis padres. Pero mis hijas te adoran.

Ella asiente.

—¿Y si preguntan a qué me dedico? ¿Puedo decir que soy estudiante, en vez de trabajos esporádicos como niñera? —Tiembla al preguntar.

—Perfecto. ¿Qué estudias?

—Voy a hacer el *vestibular* para Medicina a fin de año.

—Mejor aún —elogio.

—No es mentira, de verdad estudio para eso —dice, estremeciéndose de nuevo.

Se frota las mangas del vestido y se abraza. Solo entonces noto que la tela es fina y no tiene abrigo.

—Tiemblas de frío —digo, quitándome rápidamente la chaqueta.

—Con las prisas por salir de casa, olvidé mi chaqueta —se justifica. Cuando empiezo a ponerle mi chaqueta sobre los hombros, protesta:

—No se moleste, no es para tanto.

—Eres mi novia —respondo, ajustando la prenda en sus hombros—. Y aunque no lo fueras, nunca te dejaría pasar frío.



Nicole

No consigo calmar mis latidos.

El Dr. Henrique se inclina y comienza a arremangar las mangas de la chaqueta mientras me la pone. Es al menos treinta y cinco centímetros más alto que yo, y la prenda me queda como un abrigo largo.

De repente me atrae hacia sus brazos, frente a todos en la fiesta, y besa la parte superior de mi cabeza. Sé que es solo por la mentira que contó a sus amigos, pero correspondo: apoyo mi rostro en su pecho, aprieto los labios contra su camisa y huelo su perfume amaderado y cálido.

—Las niñas se divierten. ¿Volvemos a la mesa? ¿Tienes hambre?

Asiento. Permito que tome mi mano y entrelace nuestros dedos.

Un caos de pensamientos me invade mientras cruzamos el salón cogidos de la mano. Aún pienso en lo que dijo sobre mi belleza, como si realmente valiera algo. Hasta hoy, mi apariencia solo sirvió para que los novios de Raissa se insinuaran y luego me culparan. Además, su contacto confunde mis sentidos: el Dr. Henrique es muy guapo y seductor. No estaba preparada para abrazarlo hoy, y mucho menos para caminar de su mano.

Temo que note lo afectada que estoy y me considere una ingenua.

Él sostiene el respaldo de mi silla para que me siente, y luego ocupa su lugar. Además de encantador, es un caballero como solo vi en películas o libros.

—¿Vas al partido en Campinas mañana? —pregunta el hombre a la derecha del Dr. Henrique, no retuve su nombre.

—¿Qué partido? —inquiero.

—Lo olvidé por completo, no se lo mencioné a Nicole —dice el Dr. Henrique con tono disculpable.

—Mi hermano pequeño Joaquim debuta en el equipo principal. Antes era suplente. Iremos al estadio y luego haré un *after* en mi casa. ¿Cómo lo olvidaste, Henrique? No podéis faltar.

Sé que él no quiere que vaya; se nota en su lenguaje corporal. Debo salvarlo.

—Gracias, pero no podré ir. Estudio para el *vestibular* —digo encogiéndome de hombros—. Pero tú puedes ir sin mí, Henrique. No te preocupes.

Es tan extraño llamarlo solo por su nombre... Sin el "doctor". Finge intimidad que no existe.

—Se te nota en la cara que no quieres que vaya solo —comenta el hombre.

—Perdóname, pero no voy sin Nicole —dice mi falso novio—. Y no puedo interrumpir su noche de estudio.

—No dejarás colgados a tus amigos solo por empezar a salir con alguien. Joaquim se decepcionará. Con Milena no era así; ella iba a todos los eventos, partidos, fiestas, reuniones y...

—No hace falta mencionar a la ex delante de la actual —murmura una de las chicas entre dientes—. Es solo uno de los muchos partidos que tu hermano jugará. Hay fiestas todos los fines de semana. No morirás si Henrique falta a una.

Trago saliva en seco, con la palabra *"ex"* resonando en mi mente. Quiero preguntar por qué llaman *"ex"* a su esposa fallecida, pero no puedo hacerlo aquí.

Siguen discutiendo. Asiento cuando se dirigen a mí, pero estoy demasiado inmersa en mis pensamientos para prestar atención.

La conversación fluye hasta cambiar de tema: hablan de un fin de semana en *Campos do Jordão* en julio.

No sé cómo manejará el Dr. Henrique su mentira. Cómo dirá que rompimos o admitirá la verdad. Pero eso no es mi problema. No debo desgastarme con preocupaciones ajenas cuando ya tengo las mías.

Me concentro en repasar química —lo estudiado esta mañana — mientras hablan de coches, apartamentos, viajes y sobre todo fiestas.

La comida es buena. Los niños están atendidos por las monitoras. Como hasta saciarme y descanso mi cuerpo exhausto de la *limpieza general*.

Antes de cortar la tarta, hago círculos con el cuello para aliviar la tensión en mis hombros. El Dr. Henrique lo nota:

—¿Estás bien?

—Solo un poco cansada —susurro, mirando mi móvil. Son más de las ocho.

—Ven acá —dice, atrayéndome hacia sí.

Apoyo la cabeza en su hombro mientras él masajea mis hombros con las yemas de sus dedos, haciéndome relajar.

Me envuelven su calor y su olor —aún en la chaqueta de cuero—. Pongo mi mano sobre su pecho y cierro los ojos.

Sería fácil ser su novia. Parece cariñoso y lleva una vida emocionante, llena de fiestas. Pero no puedo permitirme fantasear. No soy esa chica que él inventó para esta fiesta. Mi mente no tiene espacio para soñar con una vida que nunca será mía.

Necesito mantener los pies en la tierra y no dejar que esta noche me afecte. Si él logró hacerme sentir bien con sus abrazos, su caballerosidad y sus toques cálidos, debo olvidarlo.

Ya soy bastante mayorcita para creer en cuentos de princesas. Vi a Raissa vivir suficientes experiencias amargas con hombres para saber que no puedo depositar en un hombre mi esperanza de cambiar de vida.

Debo luchar yo misma por un futuro mejor. Los hombres vienen y van, pero una profesión y mi conocimiento nunca me abandonarán.



— Creo que podemos irnos —sugiere el Dr. Henrique unos minutos después de cantar "Feliz cumpleaños" a la pequeña Sophia.

— Sí —respondo, aliviada por saber que llegaré temprano a casa y aún podré estudiar algunas horas antes de desplomarme de sueño y agotamiento, tanto físico como emocional.

Son las 21:12 cuando recogemos a las gemelas y nos despedimos de los amigos del Dr. Henrique.

Para mi sorpresa, no vamos directamente a Itaí. Al subir al coche, explica que debe pasar por casa de los abuelos maternos de las niñas para dejarlas allí. Las pequeñas alternan sus fines de semana entre los abuelos paternos y maternos.

El trayecto hasta su casa dura quince minutos. Es una vivienda de clase media, nada extravagante. El Dr. Henrique me pide que espere en el coche, baja, pulsa el interfón y entrega él solo a sus hijas a un matrimonio amable de unos sesenta años.

No me ven dentro del vehículo. Supongo que él no quiere que lo hagan: al fin y al cabo, son los padres de su difunta esposa. No sé cómo sentirme al respecto. Solo quiero marcharme y olvidar todo lo que él me dijo e hizo.

En el camino de Avaré a Itaí, me asaltan mil preguntas que trato de ignorar:

No es asunto mío si él no quiere tener otra novia.

No es mi problema que prefiera mentir a sus amigos antes que expresar sus sentimientos.

No me incumbe que no tenga amigos de confianza para ser sincero.

Y sobre todo, no es mi responsabilidad la excusa que dará para no llevarme al partido en Campinas.

Suena una playlist de los noventa que me tranquiliza, pero anhelo llegar a casa, quitarme este vestido y olvidar que pisé un mundo al que no pertenezco. Ni siquiera esperaré que me pague; al fin y al cabo, no cumplí mi labor de niñera.

Frente a la penitenciaría, a pocos kilómetros de la entrada a la ciudad, lo oigo carraspear.

— ¿Podemos hablar en mi casa cuando lleguemos?

Giro el rostro hacia él, sintiendo cómo la ansiedad me invade de nuevo.

— ¿Sobre qué? —Mi voz suena baja y ronca tras tanto silencio.

— Todavía estoy ordenando mis pensamientos. Prefiero hablar cuando lleguemos, si no le importa.

Él ordena sus ideas y desordena las mías. Sus palabras son detonantes para mi ansiedad. Muerdo el interior de mis mejillas y hago ejercicios de inspiración lenta, intentando calmar el ritmo de mi corazón.

El coche gira en el último retorno para entrar a la ciudad, accediendo a la Avenida Santo Antônio. En minutos, llegamos al Marajoara. Pasamos frente a mi casa y nos detenemos ante la acera del Dr. Henrique.

Presiona un botón en el llavero y el portón metálico del garaje se abre con un chirrido. La pickup entra, y distingo otro vehículo utilitario y una moto grande aparcados.

Él abre su puerta y yo hago lo mismo, aplastando mi móvil entre los dedos, el cuerpo tembloroso. Aunque aún llevo su chaqueta, la ansiedad me hace tiritar.

Una luz automática se enciende en el pasillo que conecta el garaje con una sala donde nunca he estado. Veo un sofá de terciopelo y un televisor enorme sobre una chimenea.

El Dr. Henrique enciende la luz y se dirige al sofá.

— Siéntate —pide, acomodándose en el extremo izquierdo.

Yo ocupo el derecho, el más distante posible, y aprovecho para quitarme la chaqueta. Miro la hora en el móvil: dudo que pueda estudiar hoy, dependiendo de lo que él quiera decirme.

—¿Sabes por qué fingí que éramos novios? —pregunta.

Muerdo el labio, buscando una respuesta.

—Porque estás harto de que te presenten mujeres —digo, cuidando de no llamarlo *señor*.

—Hay otra razón —murmura. Su mano reposa sobre su rodilla y su torso se inclina levemente hacia mí.

Incluso después de toda la noche juntos, casi siempre de la mano, me cuesta mirarlo directamente. Su magnetismo me afecta más de lo que admitiría. ¿Sabrá el efecto que causa en las mujeres?

—¿Cuál? —susurro.

—Se ríen de mí —dice el Dr. Henrique.

Arqueo una ceja.

—¿Se ríen de ti? ¿Tus amigos? ¿Por qué? —pregunto rápido, girándome hacia él.

—No en mi cara, pero sé que lo hacen. Porque me quedé solo con mis hijas —responde, pero su explicación no tiene sentido para mí.

—¿Tus amigos se ríen porque tu esposa falleció? —No puedo ocultar mi asombro, ni siquiera controlar el *"usted"* que se me escapa—. ¿Se ríen de que seas viudo?

—No soy viudo, Nicole. ¿Quién te dijo eso?

—¿No? —mis ojos se abren como platos.

¿Qué me he perdido?



Nicole

—¿Quién te dijo que era viudo? —insiste el Dr. Henrique—. ¿Fue Inácio?

Parpadeo, tratando de recordar las palabras de Inácio, pero no mencionó viudez. Incluso me sorprendió saber que vivía solo con sus hijas.

—No fue Inácio. No vi a tu esposa en casa, y luego dijiste que la madre de las gemelas *"gustaba"* de las princesas Disney —hago comillas con los dedos, marcando el verbo en pasado—. ¿Tu esposa está viva? ¿Me usaste para darle celos?

No sé qué pensar.

—Sí, está viva. De hecho, nunca nos casamos. Ella... —hace una pausa que me pone más nerviosa.

—¿Ella?

—Fuimos novios muchos años, desde la secundaria, pero me dejó plantado cuando le propuse matrimonio —confiesa—. No te usé para darle celos.

Llevo mi mano a la boca, que se abre sola.

—No lo entiendo.

—Tuvimos una relación larga, pero vivíamos en ciudades distintas por los estudios. Yo estudié en Ribeirão Preto; ella, en Bauru. Cuando al fin volvimos a Avaré, quedó embarazada de las gemelas. Compré una casa, ella se mudó poco a poco... Aunque nos conocíamos desde niños, decía que no quería apresurar las cosas. Las niñas nacieron, pasó un año, y le propuesto matrimonio —su voz se quiebra—. Quería oficializar nuestro vínculo. Pero me dejó ahí, de rodillas con un anillo, como un idiota.

—¿Le propusiste matrimonio y ella dijo *no*? —No puedo disimular mi asombro.

—No fue solo el *no*. Ese mismo día empacó sus cosas y se fue —confiesa. Su rostro muestra lo difícil que es decirlo—. Teníamos dos hijas y años de historia. Hice todo por ella. Cuando quedó embarazada, dejó de trabajar (un embarazo gemelar es duro),

pero lo mío era suyo. Milena tenía acceso a mis cuentas, tarjetas... Nunca me quejé de sus gastos. No sé en qué fallé.

—¿Te dejó por proponerle matrimonio? —Aún no asimilo que alguien rechazara al Dr. Henrique.

—Sí.

—¿Y las gemelas? —pregunto, incapaz de mantener neutralidad.

—Nos abandonó —encoge los hombros, como si eso aligerara el golpe—. Quizá sabía que estarían mejor conmigo, por mi estabilidad económica. Pero solo pienso así cuando soy racional. Casi siempre... es incomprensible. Que la mujer que amé desde los 16 años nos dejara *por no estar lista para algo serio*.

Abro la boca sin palabras. ¿Cómo una madre podría hacer eso? Ni Raissa abandonó a sus hijos, ni siquiera a mí, que no soy suya... A menos que el Dr. Henrique amara a alguien peor que mi madrastra.

—Las niñas la extrañan mucho —murmuro con un nudo en la garganta.

—Sí. Te llamaron *mamá* la primera vez que te vieron —dice con una risa amarga.

Mi corazón se oprime. Yo perdí a mis padres, pero nadie me abandonó. Morir es distinto a saber que tu madre no quiso quedarse.

—¿Al menos luchó por quedarse con ellas? —pregunto, buscando algo bueno en esa mujer.

¿Y si él fue abusivo? ¿Si la maltrató y por eso huyó? No lo conozco. Podría ser...

—Ni siquiera lo consideró. Hizo las maletas y se fue, dejándonos atrás a los tres. Claro que, después de que se supo, descubrí que ya tenía a otro —confiesa, mientras sus hombros se encorvan.

—Ah... —es todo lo que acierto a decir.

Se nota en su rostro que no lo ha superado. El hombre fuerte y seductor ahora parece un niño destrozado. Quiero decir algo que lo reconforte, pero ¿qué soy yo para intentar consolarlo? Apenas lo conozco.

—Fred descubrió quién era el tipo. Adivina el cliché: el entrenador del gimnasio al que íbamos —dice con una risa nerviosa.

—Lo siento —murmuro—. Por ti y por las niñas.

—¿Entiendes ahora por qué se ríen de mí? Reduje mis horas de trabajo para ayudarla con las niñas. Le di todo lo que pude para aliviarle la carga de ser madre, algo que odiaba. Y al final, ella se acostaba con otro —su voz rezuma amargura, rabia aún viva.

Su semblante infantil vuelve a transformarse en el de un hombre, y el cambio acelera mi corazón.

—Son tus amigos, no se reirían de ti —intento suavizar.

—Sí, lo hacen. Mi hermana Helena los oyó burlarse de mí, llamarme cornudo. ¿Y qué puedo decir? Es la pura verdad.

Quiero decir que si se ríen a sus espaldas, quizá no sean sus verdaderos amigos. Pero ¿quién soy yo para juzgarlos?

—Quieren que encuentres a otra mujer —susurro—. Por eso mentiste sobre mí. Ahora lo entiendo.

—¿Y entiendes también que no quiero involucrarme con nadie? Que estoy bien criando a mis hijas solo. Que me hirieron demasiado para dejar que alguien se acerque de nuevo.

—Sí. Pero ellos, mejor que yo, deberían entenderlo. Son tus mejores amigos —digo con delicadeza.

—No es por amor, es por apariencias —murmura, y luego calla.

Quiero preguntar si discutieron, si fue agresivo. Quiero saber más del Dr. Henrique. He visto a Raissa golpeada por novios al descubrir una infidelidad. Aunque ella lo provocara, no imagino que él levantaría la mano contra la madre de sus hijas.

Lo peor es que no puedo saberlo. No me atrevo a preguntar, y aunque lo hiciera, podría mentir. Muerdo el labio.

—Es sobre tener una familia tradicional —digo, completando su pensamiento—, sin importar tu corazón.

—Exacto. Y además de mis amigos, están mis padres. No aceptan que pueda criar a mis hijas sin una esposa, como si les afectara. Mi padre no soporta la vergüenza de tener un hijo cornudo. Cree que si me caso de nuevo, la gente olvidará.

—¿Para él eso importa más que tus sentimientos? —pregunto, aunque no sé cómo es tener padres que se preocupen por ellos.

—Sí. Pero no quiero ni necesito a nadie. No quiero confiar en otra mujer. Las niñas ya se adaptan a la guardería, no dan tanto trabajo como Milena decía. Por suerte, son angelitos sanos. Puedo criarlas solo. Además, te tengo a ti. Te adoran.

Por primera vez desde que llegamos, esboza una sonrisa sincera. Y algo en mi pecho se calienta.

Quiero acercarme más, tocar su hombro y decirle que puede contar conmigo. Pero entonces recuerdo: solo estaré aquí un año más. Si todo sale bien y apruebo el *vestibular*, yo también me iré. No soy alguien en quien pueda apoyarse a largo plazo.

Siento un nudo en la garganta, pero debo recordar que no puedo involucrarme tanto en los problemas ajenos. Necesito la cabeza despejada para estudiar.

—Yo también adoro a tus hijas —digo con una sonrisa tímida.

—Hoy fuiste perfecta —susurra—. Es la primera fiesta desde que Milena se fue en la que no me obligan a conocer mujeres ni a fingir educación. Y mis amigos no me miran con lástima, como si mi vida amorosa fuera su proyecto personal.

Vuelvo a cuestionar la sinceridad de esas amistades, pero callo el pensamiento.

Su chaqueta sigue entre nosotros en el sofá. Mi corazón late con fuerza.

—Me alegra haber ayudado —digo, apoyando las manos en mis rodillas para levantarme—. Debo irme.

Solo ahora noto que estamos completamente solos en la casa. Y lo más sorprendente: me siento segura con él. No es un imbécil como los hombres que Raissa traía a casa. Tal vez deba darle un voto de confianza al Dr. Henrique.

—Necesito irme. Mañana me levanto temprano.

Camino hacia la puerta que da a una habitación oscura (¿la sala de estar?), pero él se levanta de golpe y toma mi muñeca, colocándose frente a mí.

Un pensamiento absurdo me invade: *¿Quiere besarme?* Jadeo.

—Espera. Tengo una propuesta que hacerte.

Tengo que levantar la cabeza para mirarlo tan de cerca. Sus ojos arden en los míos. No logro calmarme.

Al final, me siento de nuevo, cayendo torpemente sobre su chaqueta.

—¿Qué... qué propones?



Henrique

Se me pasan mil cosas por la cabeza.

Nicole está sentada en mi sofá, mirándome desde abajo con la barbilla levantada y esos ojos verdes brillantes. Sus brazos cuelgan a los lados y ni siquiera ha notado que el dobladillo de su vestido se ha enrollado en su cadera.

Miro la piel de sus muslos, pálida y suave, y algo se remueve dentro de mí. Lleva medias negras que terminan en un elástico ancho de encaje a mitad del muslo.

Me siento de nuevo, esta vez más cerca de ella. No quiero mirar sus piernas y desear pasar mi lengua por esa piel. La parte racional de mí espera que baje el vestido y se componga. Pero hay otro lado, dormido durante meses, que ha despertado y solo quiere un cuerpo como el suyo para saciar este deseo.

No es solo sexo lo que me falta. Es todo lo demás. Mi corazón está desesperado por volver a latir por alguien. Y sé que es traicionero: se aferrará a la primera mujer con la que me involucre. Me conozco: soy emocional, y aún debo entrenarme para no caer otra vez en la estupidez del amor.

No quiero sentir esto. No soportaré otro desengaño. Intento blindarme, pero aún no estoy listo.

—Como dije, hoy fuiste perfecta. Todos creyeron que somos pareja.

Ella parpadea, sus largas pestañas como cortinas. Su rostro de corazón parece confundido.

—¿Qué me propones? —insiste.

Respiro hondo. No hay forma bonita de decirlo.

—Que sigas fingiendo ser mi novia —declaro—. Que me acompañes a eventos...

—No —niega, sacudiendo la cabeza—. No puedo involucrarme más de lo que ya lo hice.

Odio los "no". Aprieto los dientes.

—Te pagaré —explico—. Por cada cita falsa.

—¡Ni hablar! —Sus ojos se abren como platos, indignada—. ¿Qué crees que soy, una prostituta?

—¡Dios, Nicole! No es eso —levanto las palmas—. No te ofrezco dinero por sexo. Solo por acompañarme, en público. Solo actúa como hoy.

Sus labios carnosos se fruncen, pensativa.

—Eso es ser acompañante. Podrías encontrar a alguien mejor para el papel —dice.

—No quiero a ninguna otra. Quiero que seas tú —le digo con voz suave, para no ofenderla.

—¿Por qué yo?

—Porque te llevas bien con mis hijas. Porque me gusta tenerte cerca de ellas. Eres perfecta para esto.

—No puedes tenerlo todo, Dr. Henrique —murmura, cruzando los brazos y haciendo que sus pechos se junten en el escote.

—Lo sé muy bien —respondo—. No te conté mi historia para que me compadezcas por ser cornudo, sino para que me entendieras.

—Entiendo la situación, pero sería una mentira descabellada —replica—. No tengo tiempo para acompañarte los fines de semana. Has sido muy amable conmigo, no lo tomes a mal, pero estoy luchando por estudiar. No puedo darme el lujo de perder los sábados y domingos. Son mis únicas horas reales de estudio.

Recuerdo que mencionó el *vestibular* de medicina y comprendo su prioridad.

—Necesitas entrar en una universidad pública o conseguir una beca —digo—. Sé lo difícil que es.

—Hago limpieza, cocino, lavo y cuido niños —exclama—. No tengo días libres. Los fines de semana son sagrados.

—¿Tienes novio? —pregunto, dándome cuenta de que nunca lo mencionó.

—No tengo tiempo para eso —suspira—. Casi no salgo. Solo trabajo como niñera para pagar gastos y ahorrar para los exámenes. Pasajes, comida... Mi madrastra no me ayuda. No tengo padres. No tengo a nadie. Este es mi tercer año intentándolo. Quizá el último.

—Inácio tiene auto. ¿No te ha ofrecido llevarte si no trabaja?

Ella ríe nerviosa, los hombros temblorosos. Descruza los brazos, liberando de nuevo su escote. Mi garganta se cierra.

—No quiero ser injusta —dice—, pero Inácio es un cerdo conmigo, con Raissa y hasta con los niños. Llega borracho y siempre arma problemas. Jamás me ayudaría.

Un dolor en el pecho. Estudiar bajo esa presión... Yo tuve privilegios y aún así me costó entrar a la pública.

Nicole es una guerrera.

Tal vez, si le pagara bien, podría mudarse sola. Sería más fácil estudiar.

—Te prometo llevarte a las ciudades donde rindas los exámenes —digo, no para ganarme su confianza, sino para aliviar su

carga.

Sus ojos grandes brillan aún más. Sus labios rosados se entreabren, pero parece no encontrar palabras.

—No soy tu responsabilidad —murmura, encogiendo los hombros.

—No estás acostumbrada a que alguien cuide de ti —observo, y ella niega con la cabeza—. ¿Por qué debes hacer todo sola en esa casa?

Nicole se endereza, pasándose las manos por el cabello ondulado y largo, separando mechas con las yemas de los dedos.

—Siempre fue así —responde, encogiéndose de hombros nuevamente—. Pero no quiero quejarme. Raissa se quedó conmigo cuando mi padre murió; no estaba obligada. Ni quiero imaginar qué habría sido de mí si me hubiera abandonado. Por eso mantengo la casa y cuido a los niños para que ella trabaje, y ayudo con los gastos cuando puedo. Ya no soy una niña; no puedo vivir y comer gratis en su casa.

Trago saliva, intentando disolver el nudo en mi garganta. Esta tal Raissa no la acogió por bondad. Adoptó a una niña para convertirla en sirvienta. Y lo hizo tan bien que la propia Nicole no ve el abuso.

—¿Te compraba ropa y juguetes cuando eras pequeña? —pregunto, aunque ya sé la respuesta.

—¿Desde cuándo esto se trata de mí? —replica, defensiva.

—Perdona, no es mi asunto —cedo, aunque ardo por saber más. Es detestable descubrir que ha vivido así desde niña—. Dijiste que trabajas como niñera para ahorrar, además de ayudar en casa.

Inácio trabaja, su mujer también, y aún así le exigen que contribuya, echándole en cara que vive "de caridad".

—Me encanta cuidar niños, sobre todo si son dulces como Aurora y Jasmine —dice Nicole, sonriendo con ternura—. Pero trabajo por necesidad, como casi todos.

—Te pago cincuenta reales cuando vienes —comento.

—Y te lo agradezco. Llámame cuando necesites.

Hago un cálculo rápido y multiplico por diez.

—Te pagaré quinientos reales por cada evento que me acompañes.

Sus ojos se dilatan y la boca se abre.

—¿Quinientos reales por una fiesta contigo? —pregunta, la voz un tono más aguda.

—Y puedes estudiar aquí cuando tu casa sea un caos —añado —. No me molesta. Las niñas empezarán jornada completa en la guardería pronto. La tía Paloma ya no vendrá. Tendrás silencio para estudiar.

—Tengo que cocinar y cuidar a los niños.

—Ella puede pagar a alguien. No puedes vivir para ellos eternamente. Cuando pases el *vestibular*, tendrás que mudarte.

Nicole muerde con fuerza su labio, luego frunce la nariz.

—Suena demasiado fácil. Nunca he tenido algo así en la vida.

El nudo vuelve a mi garganta. Es tan dulce, a pesar de todo, y aún así estudia para cambiar su destino. Deseo protegerla, darle el

mundo entero.

Carraspeo, sin saber qué más decir.

—¿Me juzgará si acepto, después de haber dicho que no? ¡Pero es que necesito tanto el dinero!

Alzo la mano y acaricio su cabello, apartando unas mechas brillantes detrás de su oreja. Ella estremece, luego se queda quieta, mirándome fijamente.

Mis ojos caen de nuevo en sus muslos, en ese maldito encaje que sigue asomando. Es más tentador porque no lo hace a propósito; su mente está tan ocupada que olvida incluso su vestido.

Retiro la mano y respiro hondo, inclinándome hacia atrás para poner distancia entre nosotros.

—Si serás mi novia falsa, ya no puedes llamarme "señor" ni "doctor" —le advierto.

Ella sonríe, mordiendo su labio, y debo recordarle a mi corazón que una mujer hermosa ya me hizo el tonto. No puedo rendirme otra vez.

—Henrique —dice Nicole, rodando los ojos—. Es raro llamarte así. No tenemos esa confianza. Eres mi jefe.

Quiero tomar sus manos como en el cumpleaños, solo por sentir un tacto femenino, pero entierro esos deseos profundamente.

—¿Tenemos un trato? —pregunto.

—¿Por cuánto tiempo?

—Hasta que entres a la universidad.

—¿Crees que lo lograré? Llevo años estudiando, pero es muy competitivo.

—Lo deseas con todo tu ser —digo, y ella sonríe—. Un profesor me dijo que eso ya es el 50% del camino. ¿Ya sabes qué especialización elegirás?

—Neurocirugía —responde, con orgullo legítimo.

—Serás una neurocirujana brillante. Eres dedicada y valorarás tu profesión. Eso es lo más importante.

Ella sacude la cabeza.

—¿Puedo hacerte una pregunta?

—Claro, Nicole.

—¿Era esta tu intención cuando me invitaste al cumpleaños?

—No, ni siquiera lo había pensado. Créeme. No fui con ese plan, pero cuando Lídia se acercó, actué sin pensar y te presenté como mi novia.

—Ahora tendremos que sostener la mentira. ¿Quieres que vaya al partido y luego a la fiesta de tu amigo?

—Sí.

—¿Suelen salir todos los fines de semana?

—Viernes y sábado en la noche siempre, domingos a veces por la tarde. También porque recojo a las gemelas al final del día en casa de los abuelos.

—Quinientos reales por cada salida... —murmura, pensativa.

—Empezando hoy —digo, abriendo mi billetera y sacando cinco billetes de cien—. ¿Tienes cuenta bancaria? Es más fácil transferir que pagar en efectivo.

—No tengo cuenta —responde, guardando el dinero en la funda de su móvil—. Muchas gracias.

—¿Puedes abrir una en un banco digital mañana?

—¿Puedo poner la dirección de aquí? Si llega alguna tarjeta, temo que Raissa la confisque.

—Claro. Mañana la abrimos y ponemos esta dirección, antes de ir a Campinas.

Estoy tan aliviado que quiero besarla en la mejilla.

—Este dinero será crucial para mis gastos. Siendo egoísta, espero que no consigas una novia de verdad tan pronto —bromea, con su sonrisa dulce.

—No te preocupes, nunca volveré a tener una relación —afirmo con convicción.

Nicole se levanta.

—Debo irme.

Yo también me pongo de pie y la acompaño, encendiendo las luces al pasar por la sala. Mientras abro el portón, mi lado oscuro emerge:

—¿No quieres quedarte a dormir? Ya es tarde —pregunto. No es cortesía, es puro instinto, como si un animal indomable habitara en mí.

—Ni loca. Vivo a tres casas de aquí.

Mi lado bueno suspira aliviado; el maldito maldice en silencio.

—Te acompaño hasta tu puerta —digo.

Ella abre la boca para protestar, pero desiste. Caminamos junto al bordillo, tan cerca que casi nos rozamos. La calle está vacía y la noche es gélida; ninguno lleva abrigo.

Al llegar a su portón, Nicole suelta un improperio.

—¡La puta madre, Raissa! —maldice, indignada.

—¿Qué pasa?

—El portón está cerrado. Seguro que también echó llave a la puerta. ¡Es increíble! Sabe que salí a trabajar.

Agarra los barrotes con sus manos pequeñas y apoya un pie en el travesaño central.

—Déjame saltar yo —me adelanto, sujetando su cintura para detenerla.

Piso el travesaño y salto el portón con facilidad. Me dirijo a la puerta y giro el pomo: cerrada con llave. Las luces están apagadas.

—¿Raissa? —grita Nicole.

—¿Habrá salido? —sugiero.

—No sé. La llamaré.

Hace la llamada y espera. Tras dos intentos, exhala con fuerza y suelta otro improperio.

—Puedes quedarte en mi casa. De todos modos, estoy solo.

—¿No seré una molestia? —pregunta mientras salto de vuelta.

—¿Por qué lo serías? —respondo, y escucho a la bestia dentro de mí gruñir con satisfacción.



Henrique

—¡Raissa! —Nicole vuelve a llamar a su madrasta, tan alto que seguramente despierta a los vecinos.

—Vente —digo, tomando su mano libre. Ella intenta llamar varias veces más, sin respuesta—. Deben de haber salido.

—Me preocupan Pietra y Mariano, son muy pequeños.

—Están con su madre —respondo—, pero si te tranquiliza, puedo golpear la puerta otra vez.

—No… tienes razón. No son mi responsabilidad, están con su madre —murmura, sin mucha convicción.

Suelto su mano y caminamos de vuelta a mi casa. Si Nicole supiera lo que deseo hacerle esta noche, ¿vendría igual?

—No quiero molestarte, de verdad.

—No lo harás —aseguro al cruzar el portón. Noto que un vecino ha encendido la luz del porche y nos mira desde la ventana —. Hay tres habitaciones vacías, pero sin muebles. Ni siquiera un colchón. Tú puedes dormir en mi cama y yo en el sofá.

—¡Ni loca voy a quitarte tu cama! —protesta.

Entramos y cierro la puerta con llave. Hace meses que no paso la noche a solas con una mujer.

—La única forma de que yo duerma en mi cama y no en el sofá… es si compartimos espacio —digo, plantado en el recibidor.

Sus ojos verdes se pierden, procesando mis palabras.

—Juro que no me importa el sofá. Me sentiré fatal si te quito tu lugar.

—No insistas, el sofá es mío.

—Entonces compartimos la cama, ¿no? Es matrimonial…

Estudio su rostro. Parece genuinamente inocente, y eso solo aviva mi deseo.

—Prefiero darte privacidad —miento, aunque mi lado oscuro adore la idea.

Estoy asombrado de mi propia desesperación. Nicole es hermosa, pero tiene solo veinte años. Nunca he estado con alguien tan joven. Pero mi cuerpo clama por sexo, ignorando la diferencia de edad.

El problema es que no sé hacer esto casualmente. Estuve años con la misma mujer, desde la adolescencia. No sé coquetear ni proteger mi corazón. Soy un romántico idiota.

Intento recordarme que aguanté más tiempo sin sexo cuando Milena y yo vivíamos separados. Resistí sin engañarla. Pero ahora…

¿Y qué ganaste siendo fiel?, una voz burlona me susurra al oído.

—Ven, te mostraré el dormitorio. Debes tener frío y estar cansada —digo, señalando las escaleras para que suba delante de mí. Me esfuerzo por no mirar el encaje que asoma con cada escalón —. Primera puerta a la izquierda.

Ella se detiene arriba y me deja pasar. Abro la puerta del cuarto —helado por la ventana abierta— y me dirijo al armario.

—¿Quieres una camiseta? —ofrezco.

—Sí, por favor —responde, frotándose las manos.

Le entrego una camiseta blanca, recojo unos pantalones de felpa para mí, una sábana, dos mantas y una almohada. Voy al baño por un cepillo de dientes nuevo.

—Podría dormir en la cama de las niñas —sugiere Nicole al volver—. No hay problema.

—Eres pequeña, pero no tanto como para caber ahí —digo, entregándole mi camiseta—. Quédate cómoda, usa las mantas que necesites. Hay un cepillo de dientes nuevo en el baño. Si necesitas algo, estaré abajo.

Ella frunce el ceño y niega con la cabeza. Cruzo la habitación lentamente, observándola de reojo mientras se sienta en la cama y empieza a quitarse las botas.

Dejo caer una almohada a propósito, solo para demorarme. Al salir, cierro la puerta poco a poco. La última imagen que atrapo es a Nicole quitándose la media.

Me quedo sin aliento en el pasillo, mirando la puerta a media luz, sintiendo cómo el deseo me pulsa en las venas.

No puedo mantener esta farsa si no controlo mis impulsos. Ella no querrá seguir fingiendo si me insinúo. Y yo no seré menos tonto si me enamoro de la niñera de mis hijas. No puedo confiar este corazón roto a nadie más, esperando que lo repare.

Debo repararme solo. Por eso estoy soltero.

Trago saliva y obligo a mis pies a bajar las escaleras. Mi lado oscuro está derrotado, refunfuñando dentro de mí.

En el sofá de la sala, extiendo la sábana, esperando que la erección ceda.

Después de cepillarme los dientes y cambiarme, me entierro bajo las mantas sin un ápice de sueño.

Es en estos momentos cuando la soledad pesa más: cuando la noche me recuerda que ya no hay una mujer con quien compartir el día, hacer el amor o simplemente descansar sobre mi pecho.

—Incluso cuando mi parte racional la odia, extraño su presencia, sus brazos, su cuerpo, su olor y su sabor. Y esta ausencia duele tanto en mi pecho que siento que no podré respirar nunca más.

Todo lo que deseo es hacer que este dolor desaparezca.

Tomo mi teléfono y escribo su nombre en WhatsApp, pero no hay foto de perfil, porque estamos bloqueados mutuamente.

—¿Cómo tuviste el valor de cambiar todo lo que teníamos por una aventura? —le pregunto a la pantalla, sintiendo el llanto atrapado en mi garganta.

Bloqueo la pantalla y dejo que las lágrimas caigan en la oscuridad de la sala. La odio con toda mi alma por dejarme así.

Los minutos pasan y me muevo de un lado a otro bajo las mantas. El sueño no llega.

Tomo el teléfono nuevamente y abro Instagram, dirigiéndome al direct donde Fred me envió fotos de una modelo.

Ya he visto esas fotos, pero intento observarlas con más atención esta vez. La mujer es muy hermosa, pero no siento atracción, no puedo imaginarme saliendo con ella.

—¿Por qué soy tan idiota? ¿Por qué no puedo ser un mujeriego como mi amigo?

Deslizo el dedo por la línea de tiempo, y una duda surge en mi mente: ¿Qué vi en Nicole que despertó este deseo repentino? Ella no tiene nada que ver con las chicas que mis amigos me presentan, no se parece en nada a Milena. Es mucho más bonita, claro, pero no sigue el estándar de las *niñas bien* de mi círculo social.

Escribo su nombre en la barra de búsqueda para intentar encontrar su perfil y ver sus fotos, pero no sé su apellido. Innumerables Nicoles aparecen en la lista, reviso varias, pero ninguna es ella.

Vuelvo a WhatsApp y abro el último mensaje que intercambiamos, entonces noto que está en línea.

—¿Qué haces despierta? —susurro a la pantalla—. ¿Con quién estás hablando?

Quiero enviarle un mensaje y preguntarle, pero no es asunto mío.

Nicole dijo que no tiene novio, pero podría tener muchos *contactos*. ¿Por qué no?

Reviso mis conversaciones y veo algunos mensajes de mujeres a las que rechacé educadamente.

—¿Qué estás haciendo ahora, Luana? —pregunto en voz baja, mirando la foto de una morena de ojos azules y generosos pechos en un diminuto bikini—. ¿Vendrías ahora mismo por un encuentro sin compromiso si te lo pidiera?

Antes no tenía ganas de salir con ella, pero con este deseo que me quema, quizá me arriesgue. Solo un polvo. No puedo ser tan sentimental como para querer algo más después.

No con esta mujer.

Escribo un *"Buenas noches"* y lo envío sin pensar. Ella no está en línea y mi *"visto por último"* está desactivado.

Salgo del chat y quedo mirando la pantalla, esperando una respuesta que no llega. Quizá el destino intenta salvarme de otra

estupidez.

Tras unos minutos, abro el chat con Nicole. Sigue en línea.

Respiro hondo, molesto. ¿Con quién hablará? ¿Qué estará diciendo? Mientras yo aquí, con el deseo ahogándome.

Antes que mi lado racional me detenga, empiezo a escribir:

Yo: ¿Qué haces despierta?

Envío y bloqueo la pantalla. Un segundo después, la desbloqueo para borrar el mensaje... pero veo el temido *"está escribiendo..."*.

Nicole: Estoy hablando. ¿Y tú?

Yo: *Perdí el sueño.*

Nicole: *Porque no estás en tu cama. Es mi culpa.*

Yo: *No tiene nada que ver con eso.*

Miro fijamente la pantalla, esperando que escriba más. No ocurre.

Abro su foto de perfil. Sus pestañas oscuras y largas enmarcan esos ojos verdes. Sonríe, mostrando dientes blancos y alineados, con una dulzura que oculta el mundo de problemas que carga. Sus cejas gruesas y un mechón brillante cayendo sobre su mejilla...

Su sonrisa revela el tamaño de su corazón y su fuerza.

Sus labios rosados y carnosos. Apuesto a que alguien le está diciendo que quiere besarlos ahora mismo.

Yo: *¿Con quién estás hablando?*

Envío el mensaje sin pensar, pero lo borro antes de que lo vea. Respiro aliviado por haber reaccionado a tiempo y bloqueo la pantalla, decidido a esperar el sueño mirando al techo antes de cometer una estupidez.

Apenas guardo el celular bajo la almohada, vibra.

Es un mensaje de Nicole. Mi pulso se acelera al abrir la app.

Es un *sticker*. Quiero ignorarlo, pero mi dedo lo toca antes de pensarlo.

—Dios leyó lo que borraste —susurro la frase escrita en letras amarillas.

Cierro WhatsApp sin responder justo cuando escucho una puerta abrirse arriba. Abro YouTube y navego sin rumbo, fingiendo

estar ocupado.

Sus pasos bajan las escaleras. Me controlo para no mirar, hasta que su silueta aparece junto al sofá.

Enciendo la linterna del móvil y la ilumino.

—¿Y? —pregunto.

—¿Y qué? —responde, arqueando las cejas.

Mi cuerpo reacciona al entender que bajó por algo... y ese algo podría ser yo.

—Si leíste lo que borré, ¿cuál es la respuesta?

—Hablabo con una amiga —dice, pasándose una mano por el pelo y cambiando el peso de una pierna a otra.

Mi camiseta solo le cubre hasta mitad de los muslos. Ajusto la linterna hacia ella y trago saliva al ver que volvió a ponerse las medias.

—¿Amiga? —pregunto. Quiero decir algo mejor, pero no se me ocurre.

—Sí —muerde el labio—. ¿Te importa si como algo? Tengo hambre.

—Claro que no —digo, sentándome en el sofá—. Adelante.

Mantengo el haz de luz sobre ella mientras camina hacia la cocina. Su cintura estrecha y su trasero generoso hacen que la camiseta se levante con cada paso, mostrando el encaje de las medias y un estrecho margen de piel en sus muslos.

—¿No tienes hambre? —pregunta al encender la luz.

—Sí, pero no de comida —se me escapa.

Ella frunce el ceño.

—Adelante —repito, y desaparece de mi vista.

La escucho moverse allí. Intento quedarme acostado, pero no resisto mucho y me levanto.

La encuentro haciendo un sándwich tostado.

—¿Quieres uno? —pregunta, mordiendo la punta de su pulgar antes de abrazarse por el frío.

El aire está helado. Sus pezones duros marcan la tela de mi camiseta.

Pasó la lengua por mis labios y niego con la cabeza.

Hay una mesa entre nosotros, pero podría cerrar la distancia en un parpadeo.

Apago la linterna y dejo el celular sobre la mesa.

—¿La cama es cómoda? —pregunto.

—¡Mucho! —abre la sandwichera y sirve el sándwich en un plato—. ¿Y el sofá?

—Mucho más —digo, guiñando un ojo.

Ella envuelve el sándwich en una servilleta y se apoya en la encimera para comer.

—No deberías guiñar así a las chicas.

—¿Por qué no?

—Eres demasiado guapo. Es golpe bajo —dice despreocupadamente, dando el primer mordisco.

Me quedo procesando sus palabras. Abro la boca para preguntar si realmente me encuentra atractivo, pero suena ridículo.

Doy unos pasos para rodear la mesa, acercándome. Abro la nevera y saco una cerveza, esperando que me relaje. Le ofrezco una a Nicole, pero rechaza.

Abro la botella y bebo un trago.

Noto sus ojos en mi cuerpo, recorriendo con curiosidad el tatuaje tribal en mi pecho mientras mastica rápidamente, soplando el sándwich caliente.

—¿Te gustan los tatuajes? —pregunto tras otro trago.

Con la boca llena, balbucea algo y asiente.

Me apoyo en la encimera con los brazos, permitiendo que vea mejor los diseños en mi piel.

—¿Puedo verlos más de cerca? —pregunta.

—Claro —esta vez, bebo cuatro tragos seguidos.

Termina el pan y se acerca.

Es difícil creer que no sabe lo sexy que está con mi camiseta, pero sus gestos son tan naturales.

Ruego que mi erección se calme mientras me examina con detenimiento.

—¿Cuántos tienes? —pregunta.

—Diecinueve. ¿Y tú? ¿Alguno?

Sonríe y se aparta un mechón de pelo detrás de la oreja.

—Ninguno, pero quiero hacerme uno si paso el *vestibular* —confiesa—. Y si tengo dinero, claro.

—Te regalaré uno si pasas. Mi tatuador es excelente. ¿Qué quieres tatuarte y dónde?

—Una frase sobre ser fuerte —responde, ruborizándose levemente—. Aquí, en las costillas.

Pasa su mano por el lugar y la camiseta se levanta un poco.

—Quedará precioso —digo, tragando saliva.

—Si entro en Medicina, aceptaré encantada tu regalo.

—¿Te has dado cuenta de que somos una coincidencia en la vida del otro? —pregunto—. Yo soy médico y tú quieres serlo; el marido de tu madrastra trabaja para mi padre; apareciste cuando más te necesitaba. Sin contar que mis hijas te adoraron desde el primer día.

—Son muchas coincidencias... o destino, para quien crea en...

De repente, calla y se acerca a la mesa, seria.

A lo lejos, suena una vibración ahogada.

—Tienes una llamada de una mujer con un par de tetas impresionantes —comenta Nicole, apoyándose en la mesa para mirar mi pantalla—. Una tal Luana.

—Ah, es solo... —intento explicar, apresurándome a rechazar la llamada antes de que arruine el momento.

—Bueno, ya comí. Ahora te dejo a solas con Luana —dice, y abandona la cocina antes de que pueda detenerla.

—¡La puta madre! —maldigo, respirando el aire frío de la cocina.

Capítulo 15

Nicole

Sábado, 23 de mayo

Esta es, sin duda, la cama más suave y cómoda en la que he dormido. Me estiro bajo la luz dorada del amanecer que entra por la ventana. Alcanzo mi móvil: casi las siete.

El invierno se acerca y, como nuestra ciudad está cerca del trópico de Capricornio, el sol sale cada vez más tarde, alargando las

noches.

Me desperezo. Hace tiempo que no duermo pasadas las seis. Me siento renovada.

Suspiro, luchando contra las ganas de quedarme cinco minutos más bajo las mantas. La casa está más fría que anoche. Voy al baño y me cepillo los dientes con el cepillo de ayer. Por suerte, el agua está tibia, no helada como en mi casa.

Me visto rápidamente con la ropa de Brianna y me calzo las botas, luego arreglo la cama del Dr. Henrique.

Pensar en él me revuelve el estómago. Ayer dijo que era bonita, pero los hombres como él siempre prefieren mujeres altas y curvilíneas, como esa de la llamada.

No entiendo por qué necesita que finja ser su novia si tiene a alguien como ella.

Creí que sabía de hombres, después de convivir con los novios de Raissa, pero no entiendo nada.

—Acepté su propuesta por el dinero —murmuro en voz alta, doblando las mantas—. Solo por el dinero.

Sería tonta si no lo hiciera, pero sé que esta mentira no durará un mes. Pronto tendrá una novia de verdad, de esas elegantes y hermosas, y volveré a ser solo la niñera.

La fila de pretendientes es larga y variada. Él puede elegir a quien quiera.

Intento relajar el ceño fruncido, como si tuviera derecho a estos celos tontos solo porque ayer nos tomamos de la mano.

—Apuesto a que ella no sabe lo que él siente —digo, golpeando las almohadas para esponjarlas—. Apuesto a que no se ha abierto con ella como lo hizo conmigo.

Soplo fuerte, apartando un mechón de pelo de mi cara.

—Es solo por el dinero, Nicole. ¡Solo por el dinero! No seas idiota. Los hombres no son de fiar, lo sabes bien, y aún así te dan celos solo porque está bueno y te dijo cosas profundas.

Me doy palmaditas en las mejillas, frustrada por lo ridícula que sueno.

Respiro hondo y me calmo.

Si salimos dos veces por fin de semana, en un mes serán cuatro mil reales. Es mucho dinero, más de lo que esperaba tener antes del *vestibular*. Podría alquilar un estudio y mantenerme unos meses si ahorro.

Debo ser amable y educada para que mantenga esta farsa al menos un mes. Luego tendré mis fines de semana libres para estudiar.

No me aferraré a su oferta de usar su casa para estudiar. Su futura novia no querrá a otra chica en su hogar.

Doblo su camiseta y la llevo bajo el brazo. Salgo del cuarto y bajo las escaleras en silencio.

Me acerco de puntillas al sofá, donde lo veo dormir, con la manta enrollada en la cintura. Observo sus tatuajes bajo la tenue luz de la ventana, los músculos de sus brazos, pecho y abdomen, su pelo revuelto y la barba incipiente.

Muerdo el labio, recordando que casi toqué su piel tatuada anoche. Doy gracias al cielo por no haberlo hecho. Sería un problema más.

En la cocina, pongo agua a hervir. Luego voy al lavadero, lavo su camiseta y la cuelgo.

Mientras espero el agua, recojo las bolsas de basura de la casa y las llevo a la calle. Hoy pasa el camión.

Vuelvo, preparo café y tosto pan, haciendo el menor ruido posible.

Bebo una taza mientras ordeno la mesa.

Como el Dr. Henrique sigue dormido, organizo su nevera y la despensa. Cuando todo está en orden, recojo la ropa sucia de los cuartos y la meto en la lavadora.

Estoy inquieta, pero no quiero irme sin verlo despierto.

Para las nueve, ya he barrido hasta las hojas del patio y Raissa me ha llamado para preguntar por qué no hay café listo.

Le respondí que estaba trabajando y que no debería molestarme más, o llamaría a Inácio para contarle que fue a una fiesta sin él y volvió borracha.

Sé que nunca lo haría y fue un golpe bajo, pero era la única forma de que me dejara en paz.

Brianna me llama mientras doblo la ropa de las gemas en el lavadero.

—¿Cómo pasaste la noche? —pregunta. Hablamos por WhatsApp hasta tarde, pero aún esperaba que algo pasara entre el

Dr. Henrique y yo.

—Muy bien, sola en su habitación —respondo en voz baja, para no despertarlo en el sofá.

—¡Amiga! —protesta—. ¿Pasaste la noche con ese bombón y no le sacaste ni un beso?

—Como si no me conocieras —refunfuño.

—¿Cuánto hace que no besas a alguien? ¿Dos siglos? ¿Cómo no lo extrañas?

—¿Quién dijo que no lo extraño?

—Entonces… —insiste Bri—. Confiesa, sé que querías besarte con ese médico guapo. ¡Dilo, Nic!

—Sabes que es atractivo —susurro—. Claro que querría besarlo. Pero no pasará, así que no me haré ilusiones. Hay una fila de mujeres detrás de él.

Espera.

Me acerco lentamente a la cocina y me aferro al marco de la puerta para ver si el Dr. Henrique sigue dormido. Observo su abdomen marcado subir y bajar con cada respiración, luego vuelvo al lavadero.

—Anoche una tal Luana lo llamó de madrugada —cuento el chisme, sabiendo que se quedará entre nosotras—. Vi su foto de perfil en la llamada. Es muy hermosa, deberías verla.

—Tú también eres hermosa —dice Bri—. Y él piensa lo mismo, sino no te habría pagado quinientos reales por fingir ser su novia.

Sé que es un secreto del Dr. Henrique, pero Brianna es mi mejor amiga y necesitaba desahogarme. Ella nunca lo diría.

—No viste a esa mujer. Hasta imaginé que tomaría su auto e iría a verla. Me quedé despierta hasta tarde, vigilando por si se iba —admito.

Mi actitud ridícula le arranca risas a Bri.

—Ayer me dijiste que no quiere a nadie —dice, todavía riendo —. Debe ser una de esas mujeres que le presentan sus amigos y lo persiguen.

—Bueno, lo importante es que no me ofreceré a un hombre que dejó claro que no quiere involucrarse con nadie.

—¿Quién habló de involucrarse? Yo hablé de besos. Espera un segundo, mi mamá me llama. —Brianna pausa. Es su día libre, y sé que limpian la casa los sábados.

Doblo ropa con el teléfono en la oreja, hasta que su voz regresa.

—Como decía, no es sobre involucrarse.

—Da igual. Si él me besara, terminaría enamorándome de…

Me callo de golpe.

El Dr. Henrique está en la puerta, con el rostro somnoliento y serio.

Abro los ojos como platos, aterrada. No sé cuánto de la conversación escuchó.

—¿Hay alguien que quiera besarte? —pregunta. No logro descifrar su expresión: ¿está enojado o solo curioso?

—Nadie importante. Mi amiga llamó para chismear —digo, frunciendo la nariz, con la respiración acelerada—. Cosas de chicas.

Me apresuro a doblar un suéter de una de las gemelas, esperando que solo haya escuchado mi última frase.

—¿Por qué lavaste la ropa y...? —Mira alrededor, oliendo el desinfectante de jazmín que usé en el piso—. Limpiaste la casa y preparaste el desayuno.

—Me desperté temprano y estaba ansiosa. No quería irme antes de que despertaras, así que hice algunas cosas —explico, encogiéndome de hombros.

—No tenías que molestarte, Nicole. Debiste despertarme.

—No me importa ayudar —digo, doblando la última prenda y tomando la pila para llevarla al cuarto.

—Déjalo ahí, luego lo guardo yo. Por favor.

—Me pagarás quinientos reales por salida, pero no contratas a una limpiadora —comento, y enseguida me arrepiento. Este es el problema de creer que tenemos confianza.

—Viví muchos años solo en la universidad. No me molesta hacer labores domésticas.

—Pensé que los ricos no hacían eso —añado.

—Yo no soy rico, mis padres sí —usa el cliché típico de los herederos, luego toma mi mano y me guía suavemente a la cocina —. Ven. Desayunemos juntos. Quiero saber quién es ese tipo que quiere besar a mi novia.

Lo sigo a la mesa y me siento en la silla que aparta para mí.

—No es nadie importante —respondo. Prefiero que piense que tengo pretendientes a admitir que nadie se interesa por mí.

—¿Segura? —insiste, sentándose frente a mí.

Encojo los hombros y untó margarina en una tostada; que se quede con la duda.

—Tomaré café y me iré a casa. Mi madrastra está enloquecida porque no preparé el desayuno.

—¿Ella no sabe hacer café?

—Yo he hecho todo desde que tengo memoria —respondo, mordiendo la tostada. Ya comí, pero no está de más llenar el estómago.

—¿Por qué no te quedas? Puedes estudiar en mi oficina mientras termino unos asuntos. Luego saldremos. Son más de tres horas hasta Campinas. Podemos almorzar en el camino. El partido es a las cuatro.

—Hablando de eso... ¿qué debo ponerme?

—Solo es un partido y un asado en casa de Fred, nada formal.

—¿Volvemos hoy?

—Sí. No quiero quedarme a dormir allá.

—Entonces iré a casa a dejar el almuerzo listo antes de arreglarme. Si no lo hago, Raissa me echará —digo, levantándome —. Estaré lista a las once y media.

Camino hacia el portón y le escribo a Brianna, descaraadamente:

Yo: *¿Me prestas unos jeans y una blusa?*

Bri: *¡Claro, amiga!*

Yo: *Salgo de casa de Henrique y voy directo a la tuya.*

Bri: *¿"Henrique"? Qué confianza.*

Respondo con un *sticker* de un payaso haciendo muecas.

Bri: *Tomaré la moto y te encuentro en el camino.*

Yo: *Eres la mejor amiga del mundo.*

Bri: *Qué curioso que con esta amiga nunca sales.*

Yo: ¡No voy por el "date", solo por el dinero!



Nicole

11:20 a.m.

Estoy frente al espejo, evaluando cómo me queda el *cropped* blanco de manga larga que Brianna me prestó. Nunca había usado un pantalón *wide leg*, pero me encanta cómo cae en mi cuerpo. Solo me da inseguridad mostrar el vientre: el *cropped* cubre

apenas dos dedos bajo mis pechos, además de tener un escote en la espalda.

Me pongo una chaqueta sobre la bolsa de tachuelas que Bri me prestó —esta vez no olvidaré el abrigo—.

Doy otra vuelta frente al espejo, admirando cómo me queda el trasero en el pantalón.

Aplico *lip tint* y empiezo a peinarme cuando la voz de Inácio llega desde la cocina. La puerta de mi cuarto está abierta. Intento cerrarla a tiempo, pero no lo logro.

—¿Dónde está Raissa? —pregunta al verme.

—Trabajando —respondo, con los nervios a flor de piel. No esperaba verlo hasta el lunes.

—¿Adónde piensas ir vestida así? ¿De quién es esa ropa? —interroga, mirando mi vientre expuesto—. ¿Qué se ha vuelto esta casa cuando no estoy?

—Voy a trabajar —explico lacónicamente.

Inácio da un paso hacia el cuarto. Mi móvil vibra con una notificación.

—¿Vestida así? —pregunta.

Retrocedo, desbloqueo la pantalla y veo el mensaje del Dr. Henrique: *"Ya estoy afuera de tu casa"*. Inmediatamente respondo:

Yo: *Entra aquí, por favor.*

Envío el mensaje y ruego que obedezca.

—¿Qué clase de trabajo es ese donde debes ir así? —Inácio agarra mi muñeca y me jala hacia él.

Huelo el alcohol en su aliento. Me libero bruscamente, tomo la bolsa y la chaqueta, y salgo del cuarto.

Pasos se acercan a la puerta principal cuando llego a la sala.

—¿Esto se ha vuelto un burdel? —Inácio viene detrás de mí justo cuando el Dr. Henrique aparece en la puerta.

Es tan alto que hace parecer pequeño a Inácio.

—Sé que no estoy usando nada vulgar —replico sin mirarlo.

—¿Qué pasa, Nicole? —pregunta Henrique, alternando la mirada entre Inácio y yo.

—Inácio no quiere que salga porque está borracho.

Henrique avanza hasta quedarse a mi lado.

—¿Tienes algún problema con que salga? Que yo sepa, no eres nada para ella. Tu esposa es otra, y Nicole no te debe explicaciones.

Tiemblo ante la severidad en su voz, pero es una sensación agradable. Nunca me habían defendido así.

—Los niños no pueden quedarse solos —se atreve a insistir Inácio.

—Que yo sepa, Nicole no tiene niños pequeños —contraataca Henrique—. Y sale cuando quiera.

—Julia y Giovane ya son bastante grandes para cuidar a los pequeños unas horas —añado, ajustando la bolsa al hombro y corriendo a cerrar con llave mi cuarto. No quiero que toquen mis cosas.

Vuelvo con Henrique. Toma mi mano y me guía al auto. Cuando me acomodo en el asiento del copiloto, el corazón me late en la garganta.

Abro WhatsApp y envío un audio a Raissa:

—Voy a salir con el vecino guapo. No tengo hora de regreso, y tu marido está borracho en casa.

Lo envío y guardo el móvil, decidida a no pensar en lo ocurrido.

—¿Así te trata siempre? —pregunta Henrique con tono grave.

—Exactamente así —respondo, evitando sentirme culpable. El Dr. Henrique es el hijo del jefe de Inácio. Podría orquestrar su despido... pero yo no lo busqué, ¿verdad?

—Voy a acabar con ese tipo —amenaza, en un tono que me hace reír.

—Ya hiciste suficiente al entrar. Solo me preocupan los niños.

—Babea por ti —murmura, visiblemente afectado por lo que vio en mi casa—. Pero la próxima semana iré a la hacienda de mi padre y dejaré claro que ni siquiera debe dirigirte la palabra.

Abro los ojos, sorprendida por la promesa. Quiero decir que no es necesario, pero guardo silencio varios minutos, mientras mi mente intenta separar el noviazgo falso de la realidad.

—¿Quién es el vecino guapo? —pregunta Henrique cuando pasamos cerca de la penitenciaría.

—¿Qué? —pregunto, confundida.

—Le dijiste a tu madrastra que saldrías con el vecino guapo. ¿Soy yo?

escuchara.

—¿Así me llamas, Nicole? ¿"Vecino guapo"? ¿O hay otro tipo? —pregunta, arqueando una ceja con una media sonrisa.

—No necesitas pavonearte —bromeo, mordiendo mi labio al notar que ha relajado su postura y ahora también sonríe.

Un hoyuelo aparece en su mejilla cuando sonríe. Es tan adorable.

—No me estoy pavoneando —dice, ajustando el volante con una mano—. Solo quería asegurarme de que hablabas de mí.



El tráfico hacia el estadio es lento, pero llegamos a tiempo.

—No te dije lo hermosa que estás —comenta el Dr. Henrique mientras me ayuda a bajar de la Dodge Ram.

—No tan hermosa como las pretendientes que hacen fila por ti —digo, y inmediatamente me arrepiento. Sueno celosa, y no quiero ese papel.

—Mucho más —responde, sorprendiéndome—. En muchos sentidos.

Me pongo nerviosa de nuevo, así que me distraigo pasándome los dedos por el pelo para desenredar algunos mechones.

En el camino, paramos en un restaurante. Almorzamos lasaña al *quattro formaggi* con jugo de naranja. Él mencionó que debería volver a la dieta y al gimnasio pronto, pero que por ahora comería de todo.

Dejó de ir al gimnasio por vergüenza después de que su ex se fuera con el entrenador, pero ya eligió otro lugar para entrenar.

No pude evitar decirle que aún está en forma. ¡Y vaya que lo está! Noté que se ruborizó con mi comentario, luego cambió de tema y sugirió abrir mi cuenta bancaria en línea. Lo hicimos en el restaurante y la terminamos de configurar en el camino, cuando recibí la confirmación por correo.

Es perfecto: así no tendré que esconder el dinero en efectivo en mi cuarto, arriesgándome a que Raissa lo encuentre.

—¿Alguna vez has visto un partido en el estadio? —pregunta mientras me guía hacia la entrada VIP sin filas.

—Nunca —respondo. Pienso añadir que no soy muy fanática de los deportes, solo me emociono con los partidos de la selección en el Mundial, pero prefiero no decir nada—. Estoy emocionada.

—Te gustará.

Pasamos la entrada y encontramos a varios de sus amigos en la fila de nuestros asientos. Reconozco a Fred, la pareja de mujeres que se sentó con nosotros en el cumpleaños, los padres de Sofía y

otros de la fiesta. También conozco a los padres de Fred, un matrimonio encantador; el padre es un exfutbolista retirado.

Los saludo, menos nerviosa que ayer, y me acomodo junto al Dr. Henrique.

El partido no tarda en comenzar. Fred, sentado al otro lado de mi "novio", se inclina para señalarme a su hermano durante el himno. Está orgulloso. Pero, para decepción de la hinchada, el equipo rival anota primero.

Sus amigos se entristecen, pero eso solo aviva su pasión. A los treinta minutos del primer tiempo, todos se ponen de pie cuando el delantero se acerca al arco rival. Hasta yo me levanto y celebro cuando empatan.

Siento vibrar mi móvil en la bolsa, pero decido revisarlo después.

Fred sale a comprar golosinas y vuelve con un paquete lleno de dulces. Tomo una paleta y empiezo a chuparla, esperando que el azúcar calme mi ansiedad, aunque sé que probablemente la empeore.

No puedo evitar pensar en lo que estará pasando en casa.

De repente, noto que todos alrededor nos miran alternativamente a él y a mí.

Fruncio el ceño, confundida, y lo miro. Su rostro está rojo.

—Mira la pantalla —susurra acercándose a mi oído.

Localizo una de las pantallas del estadio y me sorprendo al ver nuestra imagen enmarcada en corazones.

Retiro la paleta de mi boca justo a tiempo para oír a Fred gritar:

—¡Vivan los novios!

El Dr. Henrique apoya su mano en mi nuca y se inclina aún más hacia mí. Estremezco cuando nuestros labios se encuentran. Mi corazón explota al sentir su lengua invadir mi boca, tan caliente y dulce que me quedo sin aliento.

Correspondo al instante.

No porque haya una cámara grabándonos.

No porque todos a nuestro alrededor estén vitoreando.

Sino porque deseaba que este beso sucediera.

Pero solo dura lo suficiente para convencer a sus amigos de que realmente estamos juntos. Sus labios se separan de los míos y me mira con esos ojos azules brillantes, dándome dos besitos rápidos antes de volver a su posición, aunque su cuerpo sigue inclinado hacia mí.

Miro la pantalla gigante, respirando con dificultad y temiendo que mi corazón estalle, y veo que ahora muestran a otra pareja. Ellos tampoco dudan en besarse, recibiendo aplausos del estadio. Solo entonces recuerdo la "kiss cam" que he visto en películas estadounidenses.

—Pensé que eso solo existía en Estados Unidos —le digo en un susurro que solo él puede escuchar.

—Aquí también, pero no es tan popular —responde, y luego inclina su rostro. Un escalofrío recorre mi cuerpo cuando sus labios rozan mi lóbulo—. Ahora todos lo creerán de verdad.

—Qué bien por nosotros —respondo, con un dejo de decepción.

Esto no es exactamente lo que quería oír después de mi primer beso con él. Preferiría saber si le gustó tanto como a mí.

Exhalo y trato de disimular mi expresión. ¿De dónde salió esta necesidad de validación? Ni siquiera debería cruzarme por la cabeza.

Es una farsa. No tenemos que "gustarnos" en un beso técnico. Es ridículo pensar así.

"Los besos técnicos no llevan lengua", dice una vocecita burlona en mi cabeza.

—Sí la llevan cuando el director lo pide —murmuro para mí.

Sin escucharme, el Dr. Henrique toma mi mano y besa su dorso con tal ternura que casi lo creo real. Dejo que entrelace nuestros dedos.

Llevo la paleta a mis labios otra vez, pero desisto de chuparla. No quiero borrar el sabor de su beso.



Nicole

Antes de que pueda olvidar lo sucedido, el partido se reanuda.

Trato de concentrarme en las jugadas y celebro con la hinchada cuando Joaquín, el hermano menor de Fred, da el pase que lleva al delantero a marcar el segundo gol.

El partido termina 2-1 a favor de nuestro equipo.

Sigo al Dr. Henrique hacia la salida. Es temprano por la noche y el frío comienza a caer. Llevo mi chaqueta doblada en el antebrazo, pero me resisto a ponérmela aún: el gris de la tela está desgastado, y durante el partido, al manipularla nerviosa, descubrí un agujero en uno de los puños.

Él abre la puerta de la pickup al llegar al estacionamiento y me ayuda a subir.

Mi corazón se acelera cuando se acomoda en el asiento del conductor y enciende el motor. Miro el parabrisas fijamente, viendo la calle sin realmente verla.

Tras unos minutos de manejo, él aclara la garganta, haciéndome sobresaltar. Espero que hable del beso, que me agradezca por corresponderle o incluso prometa que no se repetirá. Pero no es así.

—La fiesta cambió de lugar —anuncia—. Margarita y Luis Fernando, los padres de Fred y Joaquín, decidieron organizar la recepción ellos mismos. ¿Te parece bien?

Reflexiono. ¿Cómo puede importarle más el lugar de la fiesta que el beso? ¿Por qué finge que no pasó nada?

—Por mí está bien —respondo. Quiero añadir algo alusivo al beso, pero no sé cómo.

No hay manera fácil de mencionarlo, como tampoco lo hay de fingir un noviazgo. Es solo nuestro segundo encuentro y mi corazón ya reacciona así.

No me arrepiento de haber correspondido, de haber entrado en el juego. Realmente lo deseaba, pero no esperaba que fuera frente a toda esa gente, con una cámara apuntándonos y transmitiendo en vivo a un estadio lleno.

Hubiera preferido algo más íntimo.

Abro mi bolso y tomo el móvil. Necesito un golpe de realidad. Veo las notificaciones de WhatsApp y desbloqueo la pantalla.

Pongo el teléfono en mi oreja para escuchar los tres audios que Raissa me envió.

En el primero, exige saber qué le dije a Inácio para que apareciera de repente.

—No le dije nada. Si apareció así, es porque no confía en ti — respondo a su primer audio.

En el segundo, pregunta por qué diablos salgo con el "vecino guapo".

En el tercero, insinúa que le di un "chá de boceta". Mi rostro arde, pero afortunadamente, el Dr. Henrique no lo escuchó.

Yo: *Solo nos estamos conociendo mejor.*

Envío el mensaje y abro la siguiente notificación: Brianna preguntando cómo fue el partido. Le respondo que prefiero contarle en persona, luego bloqueo la pantalla y guardo el móvil, agradecida de que Raissa no haya dado malas noticias.

— ¿Estás bien? ¿Ha pasado algo en tu casa?

Reconozco la preocupación en su tono de voz, lo que me conmueve aún más.

Doy un suspiro, agotada por el torbellino de emociones.

— Nada importante, gracias a Dios — respondo.

Lo observo mientras detiene el coche en la rampa de entrada del garaje de una mansión, en una calle residencial de un barrio elegante. Hay varios coches aparcados en la calle.

Él coge el móvil y hace una llamada, pidiendo al que responde que abra la verja.

El garaje tiene espacio para al menos diez coches. Henrique aparca detrás de un descapotable.

Trago en seco, temiendo no saber cómo comportarme, que se den cuenta de que no tengo nada que ver con ese mundo y me inviten a marcharme.

Aquella fiesta de cumpleaños ya era demasiado elegante para alguien como yo. Estar aquí es como observar la vida de otra persona a través de una pantalla de televisión, como si hubiera una barrera que nunca podría cruzar. Pero el Dr. Henrique ha apagado el motor, y tendré que obligarme a entrar en ese otro mundo y rezar para que no me echen.

— Por favor, no me dejes sola ni un segundo — pido, con la voz quebrada por el miedo y la vergüenza.

— Todo irá bien — dice mientras toma mi mano, que reposa junto a mi muslo, entrelaza nuestros dedos y la lleva cerca de su rostro, donde presiona sus labios cálidos. — Jamás te dejaría sola, Nicole.

Doy otro suspiro, esta vez más emocionado que el primero. ¿Por qué tiene que ser tan seductor?

Me doy cuenta de que necesitaré una reunión interna con mis dos neuronas cuando termine esta noche. Debo hacerme entender que no puedo alimentar estos sentimientos.

— Eso espero, Henrique — murmuro cuando suelta mi mano.

Al salir del coche, da la vuelta y abre la puerta del acompañante. Justo cuando estoy convencida de que ni siquiera recuerda lo que pasó en el estadio, me sorprende.

— Gracias por corresponderme — susurra.

Siento sus manos alrededor de mi cintura. Entonces, el Dr. Henrique me saca del asiento, sosteniendo mi peso en sus brazos, y me deposita en el suelo como si no pesara nada para él.

Trago en seco, con su cuerpo a pocos centímetros del mío.

— Podrías haberte negado a besarme — continúa. — Eso no estaba en nuestro acuerdo.

Siento los martillazos de mi traidor corazón en los oídos.

— Quería besarte de verdad — admito en un susurro, mirándolo a los ojos, temiendo haberlo estropeado todo.

Veo el shock en su rostro, lo mucho que esa confesión lo ha pillado por sorpresa. El Dr. Henrique abre la boca para decir algo, pero una voz lo interrumpe.

— ¿No vais a entrar? — pregunta Fred, entregándole una botella de cerveza. Su pelo oscuro está peinado hacia atrás y lleva una camiseta del equipo de su hermano que marca su físico. Es casi tan alto como el Dr. Henrique. — Venid conmigo.

— Maldición — susurro. Tengo miedo de haberlo arruinado todo. El Dr. Henrique dejó claro que no quería involucrarse con nadie, por eso me paga. ¿Cómo he podido ser tan tonta como para confesar que quería besarlo?

Espero que le diga a Fred que no entrarán, que ha surgido un imprevisto y deben volver a Itaí. De camino, cancelará nuestro trato y ya no recibiré los quinientos reales por cada cita, ni me llamarán para trabajar como niñera. Peor aún: no volveré a verlo a él ni a las gemelas.

Hago una mueca, mirando a su amigo, mientras el Dr. Henrique observa la botella de cerveja que aceptó de Fred por un instante antes de dar el primer trago.

Para mi sorpresa, en lugar de decir que se van, el Dr. Henrique rodea mi cintura con su brazo y me atrae para acompañarlo hacia la casa.

Dejé mi abrigo en el coche, y el calor de su cuerpo tan cerca me cala.

Llegamos a una terraza amplia en el primer piso, con vistas a las luces de la ciudad de Campinas. Veo que la mayoría de las personas que estaban sentadas cerca de nosotros en el estadio ya han llegado, junto a otros que nunca había visto. Hay más gente de la que esperaba.

Todos parecen conocerse, vistiendo pantalones, botas y abrigos de marca, riendo y charlando entre ellos con postura elegante.

—Buenas noches —dice el Dr. Henrique, y comienza a saludar a los que no había visto en el estadio, presentándome como su novia a cada uno.

Intento ser amable y atenta, ya que no soy elegante ni sofisticada. Mis sonrisas son todo lo que tengo para ofrecer, aunque desee huir lejos de esa gente.

Cuando terminamos los saludos, los padres de Fred son amables y nos acomodan en una de las mesas de la terraza, junto al matrimonio formado por Larissa y Bruna, amigas de Fred que conocí en el cumpleaños.

—¿Sigue en pie el proyecto de mi casa en el campo? —pregunta el Dr. Henrique.

—Claro, solo necesitamos fijar un día para reunirnos —responde Larissa, la de melena rubia larga y lisa, labios finos y nariz respingona. Sus ojos tienen el mismo tono dorado que su cabello, y es la más alta de las dos.

—No hay prisa, solo pretendo empezar a construir el año que viene —contesta él—. Solo quiero confirmar que haréis el proyecto y que no tendré que buscar otra empresa.

—El trabajo es nuestro —interviene Bruna, unos centímetros más baja, de piel clara, pelo oscuro cortado a la altura de la barbilla y ojos azul grisáceo—. No te arrepentirás.

Noto que ambas llevan alianzas de oro en la mano izquierda y deduzco que están casadas.

—Lo sé —responde el Dr. Henrique.

Larissa parece de su edad, mientras que Bruna aparenta ser más joven. Imagino que se conocen a través de ella, quizá sean amigos de la infancia o compañeros de escuela, ya que Larissa es arquitecta y él médico, y no estudiaron juntos.

Pienso en preguntar sobre su amistad para mostrarme interesada, pero la pareja empieza a hablar entre sí y no me siento cómoda interrumpiendo.

Un camarero nos sirve una carne tan tierna que se deshace en mi boca al primer bocado, acompañada de tostadas y un paté rosado. También nos ofrecen copas de lo que el Dr. Henrique me explica que es champán.

Antes de mi primer sorbo, el matrimonio propone un brindis por el éxito de Joaquín en el equipo principal. Choco mi copa contra las suyas y pruebo el champán, sorprendida por el estallido de burbujas en mi paladar.

Miro a mi alrededor y veo al camarero sirviendo champán en las demás mesas. Hay al menos veinte, calculo. Los padres de Fred y Joaquín deben ser muy ricos para ofrecer champán a tanta gente. En mi casa, solo bebemos sidra en Nochevieja.

—¿Qué planes tienes para la próxima semana? —me pregunta el Dr. Henrique en voz baja. Larissa y Bruna hablan entre ellas.

—Estudiar, cuidar de la casa —encogí los hombros, dejando la copa sobre la mesa (soy débil con el alcohol)—, nada especial.

—El miércoles asistiré a un parto de trillizos en Avaré. Quizá no llegue temprano a casa. Quería saber si puedes recoger a las gemelas en la guardería y quedarte con ellas hasta que yo vuelva —murmura.

Suelto el aire que no sabía que contenía desde que entramos. Si quiere que cuide de Aurora y Jasmine, ¿significa que no me despide por lo del beso? Espero, con el corazón y el bolsillo en vilo, que la respuesta sea sí.

—Claro que puedo recogerlas —respondo, aliviada por quitarme esa preocupación—. ¿En qué guardería están?

—En el Colegio Objetivo. ¿Sabes conducir? Vivimos lejos del centro; puedes coger mi otro coche e ir a buscarlas.

Me paso una mano por el pelo, temiendo su reacción ante mi respuesta.

—No sé… No tengo carné —murmuro, pero entonces se me enciende una idea—. Pero no te preocupes, no llevaré a las gemelas andando desde el centro hasta Marajoara. Tomaré un taxi. Problema resuelto.

Sonrío, esperando que no le importe que sus hijas vayan con un taxista desconocido.

—Perfecto. Recuérdame dejarte dinero para el taxi —dice el Dr. Henrique—. Si tienes tiempo esta semana, pasa por una autoescuela para ver precios del carné. Yo lo pago. Es agotador que tía Paloma venga desde Avaré a Itaí cada vez que no puedo llevar o recoger a las niñas. Sería ideal tener a alguien de confianza como tú.

Hincho el pecho, orgullosa de haberme ganado su confianza.

—Mi otro coche siempre está en el garaje; puedes usarlo —añade.

Pienso decir que ya es marzo, que tardaré meses en tener el carné, y que quizá no le sirva de mucho… Pero evito quejarme.

—Gracias —susurro.

—¿Por qué?

—Por todo —mi voz sale ronca, emocionada.

—Eres tú quien me ayuda —dice, con una sonrisa torcida.

Mi corazón se acelera y mi nuca arde. ¿Sabe que me afecta así su sonrisa? ¿Lo hace a propósito?

Bebo otro sorbo de champán y veo acercarse a tres personas: un hombre de unos treinta como el Dr. Henrique, y dos mujeres. Una de pelo negro y liso tan largo como el mío, y otra rubia platino como la mayoría de las mujeres de la terraza. Son delgadas, con pechos generosos y perfectos.

Yo también tengo bonitos pechos, pienso. Al menos son firmes y de buen tamaño, del tipo que llenaría una mano grande como la del Dr. Henrique…

Abro los ojos, sorprendida por mi propio pensamiento. ¿Qué me pasa para imaginar sus manos en mí?

Mi cuerpo se calienta, como si no hiciera frío en la terraza, a pesar de mi *cropped* blanco de Brianna que deja al descubierto mi espalda y vientre.

Mientras las mujeres se inclinan para saludar al Dr. Henrique, mostrando sus escotes bronceados, mentalmente anoto comprar ropa propia. Quizá tome el autobús a Avaré, donde hay más opciones baratas.

—Y esta es mi novia, Nicole —dice él al presentarme. La rubia platino parece molesta.

Me levanto y les doy un beso en la mejilla. No retengo sus nombres.

Cuando se van, él me acaricia el pelo y el rostro con las yemas de los dedos, haciéndome estremecer. Luego bebe el resto de su champán. Una camarera lo sirve de nuevo.

Es solo parte de la farsa, me digo. Pero mi corazón no lo entiende y late como si el cariño fuera real.

Como otro trozo de carne (blanda, afortunadamente) justo cuando más invitados se acercan. Para el tercer grupo, ya estoy demasiado cansada para fijarme en sus caras. Sonrío como un robot programado.

Una hora después, sirven tartaletas de camarón, queso y pollo, y cócteles dulces de vodka y fresa. Pero no disfruto los sabores, distraída por tanta gente hablando con el Dr. Henrique.

Es el invitado más solicitado. Todos quieren presentarle a alguna mujer hermosa.

¿Será por su belleza, su popularidad o porque su padre es el hacendado más exitoso de la región?

—Quizá una mezcla —murmuro, mirando los cubitos de hielo en mi copa.

—No entendí —dice él.

—Nada, hablaba sola —bebo más, sintiendo el alcohol calentar mi cuerpo.

—Perdón por toda esta exposición —sus ojos, bajo las luces, parecen grises en el centro y azul marino en los bordes—. En las próximas fiestas ya te conocerán.

—Solo sonreir y saludar —digo, temiendo sonar grosera—. No me importa conocer a tus amigos.

Él mira hacia otro lado y devora una tartaleta de camarón. Observo su nuez de Adán moverse. Lleva pantalón beige, camiseta blanca y un carísimo *hoodie* off-white.

Dos horas después, música electrónica nos invita a bajar a la piscina. El área está iluminada con luces de colores, una cascada en un extremo y mesas alrededor. La gente baila sin pasos elaborados, solo balanceándose con elegancia.

Sigo bebiendo, aterrada de tener que bailar. Quizá las otras mujeres son demasiado *cool* para hacerlo. O no quieren despeinarse. Es difícil creer que vinieron de un estadio de fútbol.



—Ya pasan de las dos de la madrugada cuando el Dr. Henrique sugiere irnos. Estoy agotada, con los pies y la espalda doloridos por haber permanecido de pie imitando la postura elegante de las otras mujeres toda la noche. No veo la hora de sentarme en su coche y relajarme.

—No os vayáis —dice Fred al acercarnos para despedirnos. Está visiblemente borracho.

—Ni se te ocurra conducir después de beber —apoya Margarete, su madre—. Tenemos una habitación preparada para vosotros.

—Hace horas que no bebo alcohol, y le prometí a Nicole que volveríamos hoy —se excusa el Dr. Henrique.

—Si de verdad le importas, no querrá que conduzcas ebrio, ¿verdad, Nicole?

Trago en seco. Claro que no quiero eso, pero no sé si podré controlar mis emociones al pasar la noche en la misma habitación que él.

—No es lo correcto —murmuro.

—Entonces todo arreglado. Dormiréis aquí —Fred rodea con el brazo los hombros del Dr. Henrique, atrayéndolo en un abrazo.

—No he bebido tanto —protesta él, aunque ya parece resignado—. Y se lo prometí a Nicole.

—¡Déjalo, Henrique! A tu novia no le importará volver mañana segura. Como médico, no des mal ejemplo. Venid, os enseñaré la suite.

Respiro hondo mientras los sigo. ¿De verdad vamos a compartir habitación?



Henrique

—Me despido educadamente de la pareja de amigos, Tomás y Brenda, y de la chica que me presentaron (cuyo nombre ya no recuerdo). Estaban de salida y vinieron a despedirse de Nicole y de mí.

—Creo que no falta nadie más —le digo a Fred, quien se ofreció a llevarnos a la suite en lugar de su madre, ocupada con

otros invitados.

—Es como si todos quisieran un minuto contigo, *doctor* Henrique —comenta Nicole, y luego abre los ojos como platos al darse cuenta de que usó mi título delante de Fred.

—¡*Doctor* Henrique! —Fred bromea en voz alta, atrayendo miradas—. Hoy jugaréis a médicos y pacientes. Menos mal que dormiré lejos de vosotros, en el ala este.

Le guiña un ojo a Nicole, que se pone roja como un tomate. Le doy un golpe con la punta de mi zapatilla en la espinilla. La broma es de muy mal gusto para hacerla en público.

—Un día olvidaré que eres mi mejor amigo —refunfuño.

Él me abraza. Huele a whisky y vodka.

—Somos mejores amigos, Henri —balbucea—. Nunca me olvidarás.

Le devuelvo el abrazo, sabiendo que resistirme solo lo pondría más emotivo.

—Enséñanos el cuarto ya —insisto, aún con su brazo sobre mi hombro—. Nicole está cansada.

—Vamos —dice, soltándome para agarrar a Nicole de la muñeca y guiarla hacia dentro.

—Ey —protesto por cómo la arrastra, pero ella me mira y mueve los labios en silencio: *"Está bien"*.

Los sigo a través de un salón hasta llegar a la escalera que sube a los dormitorios.

Observo la espalda de Nicole, su piel suave y tersa al descubierto por el crop top. Mientras sube los escalones, sigo la curva de su cintura estrecha. Dejo caer la mirada por sus caderas anchas - su trasero es firme y redondo, perfecto incluso bajo el holgado vaquero.

Me invade un pensamiento: podría estar con otro esta noche si no estuviera aquí conmigo. Alguien como Fred, cuyo corazón nunca ha sido roto como el mío, que podría ofrecerle lo que yo no puedo. La idea me deja un regusto amargo.

Solo cuando llegamos al rellano y Fred la guía hacia el ala oeste, recuerdo sus palabras sobre querer besarme. Es como si una bola de nieve se deslizara por mi estómago. Nicole no está con otro, dijo que no salía con nadie. Está aquí conmigo, y pasaremos la noche juntos después de aquel beso.

—¿Sabías que Henri podría haberse llevado a cualquier mujer de la fiesta si no estuviera comprometido? —Fred pregunta, deteniéndose frente a una puerta del pasillo. Solo me llama "Henri" cuando está así de borracho, aunque sus estupideces fluyen igual sobrio—. Excepto las que tienen pareja, claro.

Observo los ojos verdes de Nicole. Por un instante, detecto duda en su mirada, pero rápidamente lo disimula.

—Buenas noches, Fred —refunfuño. Mañana agradeceré su hospitalidad, pero ahora solo quiero que se vaya.

—Pero está contigo, no hizo caso a ninguna —insiste Fred, volviéndose hacia mí—. Mamá tuvo cuidado de no ponerlos en la suite donde solías dormir con Milena.

Asiento con la cabeza, conteniendo mi impaciencia.

—Gracias por la gentileza —responde Nicole, impasible ante el comentario.

Claro, a ella no le duele ese nombre. Milena no rompió su corazón. Entre nosotros no hay nada, y comentarios como este no la afectan.

—Buenas noches —dice Fred, haciendo una reverencia que casi lo hace perder el equilibrio.

—¿Puedes bajar las escaleras solo? —pregunta Nicole, preocupada.

—Dile, Henri, que nada me derriba.

—Te acompaño abajo —digo, guiñándole un ojo a Nicole—. Vuelvo enseguida.

Acompaño a Fred hasta el vestíbulo, pero antes de bajar, dice que quiere acostarse. Lo llevo hasta su habitación en el ala este y lo dejo en la cama.

Finalmente regreso a nuestro cuarto.

Nicole está con el móvil cuando entro, sentada en la cama con la espalda recta, como si temiera acomodarse mejor.

Da un respingo al oír la puerta y se endereza aún más. Me quito la chaqueta, sacando el móvil y las llaves del bolsillo para dejarlos en la cómoda junto a la entrada.

—Tu amigo tiene razón —dice, con genuina preocupación —. No deberías conducir después de beber, aunque haya sido solo un poco.

Deja el móvil sobre la cama y sube el vaquero para cubrir su ombligo. Asiento mientras me acerco.

—No beberé ni una gota cuando viaje contigo —le aseguro. —Ni cuando estés solo.

—¿Quieres ponerte mi camiseta para dormir? —sugiero, alargando el momento—. Si te sentirás más cómoda.

—¿Y tú? —Pasa la punta de la lengua por su labio rosado. No puedo apartar la mirada.

Imagino acercarme, apartarle el pelo y besar su mandíbula, inhalar su aroma...

—Yo no duermo con camiseta.

Sus ondas oscilan sobre los hombros al negar con la cabeza.

—Entonces sí quiero.

Me quito la camiseta y se la paso. Aunque es una noche fría, la temperatura en la habitación ha subido.

Nicole se pone de pie, apretando la prenda contra su pecho. No puedo dejar de mirarla. Acabo de darme cuenta: sus curvas —pechos, cintura, trasero— parecen esculpidas a molde.

Vi muchas chicas guapas en la fiesta, pero ninguna con estas proporciones. Trago saliva cuando me da la espalda y camina al baño.

—Voy a ducharme —anuncia antes de cerrar con llave. Me quedo inmóvil, con la imagen de ella desvistiéndose a metros de mí.

—Creo que yo también necesitaré una ducha —murmuro, quitándome los zapatos.

El tiempo se arrastra mientras espero. Cuando reaparece, lleva el pelo recogido en un moño alto y su piel está enrojecida por el agua caliente. Mis pezones se marcan bajo la camiseta, que le llega a mitad de los muslos.

Lleva su ropa doblada contra el pecho hacia la cómoda. Admiro la parte trasera de sus piernas un instante antes de dirigirme al baño.

Aprovecho para aliviar la tensión.

Tras ducharme, uso un cepillo de dientes del armario —Margarete siempre deja artículos de higiene para invitados—.

Al regresar, Nicole está otra vez con el móvil. Algunos mechones sueltos caen sobre sus hombros. Me meto bajo el edredón a su lado.

—¿Hablas con alguien? —pregunto, sin mirar su pantalla.

—Haciendo un test de biología —responde con una sonrisa dulce.

—¿Cómo lo llevas?

—Un segundo —pide, alzando el dedo índice.

Me deslizo bajo el edredón hasta quedar cerca de ella. Apoyo ligeramente la cabeza en su hombro para mirar su móvil.

—¡Terminé! —anuncia, sin inmutarse por mi cercanía.

Observo su cuello, donde la vena yugular se marca sobre la piel tersa. *¿Estará su corazón acelerado ahora?*

—Las quince preguntas correctas —celebra, soltando el móvil y alzando un brazo, con una sonrisa aún más radiante.

—Enhorabuena, lo lograrás —la animo.

Alzo la cabeza de su hombro y ella gira hacia mí. Su expresión cambia de pronto.

—Sobre el beso... —empieza abruptamente, pero duda—. No quise decir que deseaba besarte... Solo que no...

Su respiración se agita. La punta de su lengua humedece el labio inferior. Mi cuerpo arde aún más y aparto discretamente el edredón. Tan concentrada está que no nota que sus piernas quedan al descubierto. *No debo mirar ahora. Es demasiado.*

—¿Te gustó el beso? —pregunto sin pensar, recolocándome contra el cabecero acolchado.

Sus ojos se dilatan. Noto que contiene la respiración. Yo también lo hago, esperando su respuesta.

—Sí —susurra, apartando un mechón de pelo tras la oreja—. Solo hubiera preferido que no fuera ante tanta gente. Menos con cámaras apuntándonos... en una pantalla gigante.

Parpadeo, sorprendido por cómo su confesión me afecta. Huyo de pretendientes que mis amigos me presentan —todas querrían besarme—, entonces ¿por qué me conmueve tanto que *ella* lo haya deseado?

La respuesta es simple: psicología inversa. Contraté a esta chica para fingir ser mi novia *precisamente* porque no quería involucrarme con nadie. Y ahora mi mente juega sucio, haciéndome desear a la única mujer a la que *pago* por esta farsa.

—La gente se besa sin compromiso. Un beso no es nada serio, ¿verdad? Solo es... ¿un rollo? —Me fascina cómo se mueven sus

labios al decirlo—. Pero sigue siendo íntimo, ¿entiendes? Aunque tú no me habrías besado sin esas cámaras... Dios, ¡ya ni sé lo que digo!

Aparto la mirada de su boca hacia sus ojos brillantes. Están más claros que nunca. Su rostro está tan cerca que puedo oler el jabón en su piel y la pasta dental en su aliento.

—No te molestó el beso, solo la exposición —ayudo a completar su pensamiento.
—Exacto —asiente, sonriendo aliviada.

Entonces comete el error de morderse el labio lentamente, enrojeciéndolo e hinchándolo. Quizá sea un gesto inocente, pero hace que mi sangre hierva, concentrándose toda en mi entrepierna.

Me separo del cabecero y actúo sin pensar. Sus ojos se abren como platos cuando aparto sus piernas con mi rodilla, acomodándome entre sus muslos suaves y gruesos.

—Do-Doctor... —balbucea cuando tomo su nuca, sosteniendo mi peso con la otra mano apoyada en el cabecero tras su cabeza.

—Solo Henrique —susurro antes de besarla.

Sus labios están mucho más calientes ahora. Tarda una fracción de segundo en responder, abriendo la boca cuando deslizo mi lengua contra la suya. Su sabor explota en mi boca. Chupo su labio inferior con fuerza, luego su lengua.

Intento contenerme, pero siento cómo late mi erección cuando Nicole entrelaza sus manos en mi cuello. Ahondo el beso, acelerando el ritmo, dejando caer parte de mi peso sobre ella, deslizando mi cadera contra el calor entre sus piernas.

Una oleada de placer surge desde mi ingle y se expande por todo mi cuerpo. Me contengo para no repetir el movimiento,

deslizando mi mano desde su nuca por su costado, rozando por un instante la suavidad de su seno, siguiendo la curva de su cintura hasta palpar su cadera.

Un gemido escapa de mi garganta al sentir sus nalgas, y las aprieto contra mi pelvis. Un escalofrío recorre mi espalda por el doloroso roce entre nuestros cuerpos. Sus dedos se enredan en mi cabello, masajeando mi nuca con las yemas.

Me rindo de nuevo, frotándome contra ella con un gemido más audible, abandonándome al deseo reprimido.

De pronto, suelta mi pelo y aparta su boca. Cuando empieza a empujarme, la realidad me golpea y retrocedo, sentándome en la cama aún entre sus piernas.

Nicole se incorpora jadeante, doblando las piernas para alejarlas de mí.

Miro hacia abajo: el bulto en mi pantalón beige es evidente. Alzo la vista y la encuentro mirándolo también.



—¿Qué...? —empiezo a preguntar, pero las palabras se atragantan. Mi mente es un rompecabezas de sensaciones contradictorias.

Siento cada centímetro de mi cuerpo: el fuego entre mis piernas, la humedad que me delata... pero no logro recordar por qué

esto está mal.

—¿Ahora es íntimo? —su voz rasga el silencio.

Después de saborear su lengua y sentir su erección palpitando contra mí, llamarlo "doctor" resulta imposible.

—Sí —afirmo, con un movimiento de cabeza que refuerza mi respuesta—. Sí, Henrique.

Mis dedos se entierran nerviosos en mi cabello mientras intento poner en orden mis pensamientos.

—¿Así está mejor? ¿Solo nosotros dos? —insiste.

Un gemido se escapa de mis labios como respuesta, y Henrique vuelve a lanzarse sobre mí. Me excita la forma en que separa mis rodillas, reclamando el espacio entre mis muslos.

Nuestros cuerpos encajan perfectamente cuando su boca captura la mía. Su erección, dura como el mármol, se presiona contra mi interior.

Nunca había estado tan expuesta con un hombre. Aferrada a los últimos hilos de mi racionalidad, su lengua me arrastra hacia el abismo.

Mis dedos trazan caminos de fuego por su pecho, siguiendo el contorno imaginario de sus tatuajes.

Quiero recordar por qué debo detenerme, pero es imposible cuando cada caricia enciende mis nervios.

Hasta que la realidad irrumpe como un balde de agua fría. Lo empujo con fuerza, levantándome con las piernas temblorosas.

—¡Me estás pagando! —exclamo, clavándome los dientes en el labio—. ¡Te dije que no soy una puta!

Henrique se sienta al borde de la cama, sus piernas colgando con brusquedad.

—No te pago por esto, Nicole —su voz es calmada pero firme —. Nuestro acuerdo era fingir en público. El dinero es solo por eso. Esto... es otra cosa.

—Entonces no lo soy —murmuro, sintiéndome náufraga en mis propias emociones.

—Lo sé. Jamás pensaría eso de ti.

—Entonces... —Parpadeo, temiendo que todo sea una cruel broma—. Hay docenas de mujeres deseándote, y dijiste que no querías a ninguna... pero acabas de besarme. Creo que lo entiendo.

Me quedo plantada frente a la cama, rogando que mis palabras tengan sentido.

Sus ojos azules descienden por mis piernas. Extiende una mano y toca justo arriba de mi rodilla, haciéndome contener el aliento.

—No lo había visto así —admite, sus dedos dibujando círculos en mi piel—. Solo sabía que no quería nada con ellas... pero encontraste las palabras exactas. No quiero compromisos. Hace una pausa dramática antes de alzar la mirada—. Pero si solo fuera por besarte...

—Continúa —exijo, conteniendo un temblor.

—Odio sentirme presionado —confiesa, mientras su boca encuentra la piel sensible de mi muñeca—. Necesito que sea real. Y

no sé si esto tiene sentido.

Un calor se expande en mi pecho. La forma en que me mira... como si quisiera devorarme.

Espera. ¿Está diciendo que siente atracción por mí? Yo... yo también la siento desde aquel primer día. Pero eso no significa que quiera algo serio.

—Creo que te entiendo —susurro.

Sus labios abandonan mi muñeca para trazar un camino ardiente por mi brazo, su lengua dibujando patrones que me hacen estremecer.

—Te atraje porque estás vulnerable —continúo, luchando por mantener la voz estable—. Y porque crees que soy la única que te comprende.

Mis párpados tiemblan cuando su boca encuentra ese punto sensible en la curva de mi codo. Cada caricia es un desafío a mi autocontrol.

—Es como si tuviéramos algo en común —digo, luchando por contener un gemido.

Henrique rodea mi cintura con su brazo y me atrae. Apoyo una rodilla a cada lado de su cuerpo, hundiendo aún más el colchón con mi peso, y me sostengo en sus hombros.

—¿Y qué tenemos en común? —pregunta, sus manos firmes en mis caderas.

—Ninguno de los dos quiere una relación —respondo, sintiendo cómo su calor me impregna—. Tú porque no confías en nadie. Yo porque me centro en los estudios.

Asiente y me atrae hacia su regazo. La camiseta se remonta, y la humedad de mis bragas roza el volumen evidente bajo su pantalón beige. Muerdo el labio con fuerza, concentrándome en no gemir.

Mis dedos descienden de su hombro al pecho, trazando el contorno de su tatuaje tribal —algo que debió hacerse hace años—. Sigo el águila en su brazo, las pequeñas huellas con las fechas de nacimiento de las gemelas, una rosa con el nombre *"Helena"* en el centro... Parpadeo, recordando que su ex se llama Milena.

—¿Quién es Helena? —pregunto, volviendo el rostro hacia él.

Recuerdo mi inseguridad aquel primer día en su casa. Ahora estamos aquí, como si confiáramos plenamente.

—Mi hermana —responde—. Ama las rosas. Tiene tu edad.

—Debe ser muy bonita —comento.

—Lo es —afirma, con un suspiro—. Estudia agronomía, la carrera que mi padre quería para mí.

—¿Estás enfadado con ellos? —no puedo evitar preguntar.

—No al punto de no hablarnos —sus dedos dibujan círculos en mi espalda baja—. Pero odio cómo se entrometen. Pagaron mis estudios, pero desde que trabajo, no tomo su dinero.

—Por eso dijiste que no eres rico... son tus padres —observo.

Frunce el ceño, sorprendido.

—Parece que memorizas todo lo que digo —murmura —. Nunca conocí a alguien que me escuchara así.

Muerdo el interior del carrillo para evitar una sonrisa tonta. Mis dedos siguen explorando sus tatuajes, que serpentean por todo su brazo.

—Estás necesitado —repito en un suspiro—. Yo también me siento así.

Amo cómo su mano se enreda en mi nuca y en mi cabello antes de besarme. Jadeo cuando su palma libre presiona la base de mi columna, acercándome más.

Su lengua explora mi boca mientras su mano se desliza bajo el borde de la camiseta. Su calor quema. Mi piel se eriza al sentir sus dedos rozar mi vientre, rodear mi ombligo y ascender.

Muerdo su labio inferior mientras acaricia mis costillas. Nadie que haya deseado así me ha tocado jamás de este modo. Pero nunca anhelé esta intimidad con alguien como ahora.

La yema de su pulgar roza el arco de mi pecho. Aparto cualquier recuerdo amargo que intente arruinar este instante.

Exhalo cuando su mano sube y sus dedos rozan mi pezón, provocando un nuevo escalofrío.

Él deja de besarme y clava sus ojos en los míos. No puedo apartar la mirada; es como si me estuviera diciendo que soy suya, o algo así. Abre su mano y la aprieta contra mi pecho.

Tenía razón: mi pecho llena su palma grande.

Veo la tensión en su rostro, sus dientes blancos asomando entre los labios cuando me atrae de nuevo contra su pelvis. Quiero decirle que nunca he ido más allá, pero estoy dominada por la sensación placentera que se extiende entre mis muslos mientras me deslizo sobre él.

— Ojalá te hubiera conocido antes, no me sentiría tan necesitado —susurra Henrique. Su voz parece activar un botón de duda en mi cabeza.

Me apoyo en sus hombros otra vez y salgo de la cama, quedándome de pie a una distancia segura. Me llevo el pulgar a la boca y muerdo la piel alrededor de la uña. Algo no va bien.

— ¿Qué pasa? —pregunta él.

Sé que no queremos nada más que esto, y si estoy de acuerdo, no puedo sentirme usada. Pero, ¿qué experiencia tengo con los hombres para meterme en algo así? ¿Una rollo casual?

¿Y si mi corazón traicionero me convence de que es mejor dejar la universidad para estar cerca de él y recibir migas de atención?

— ¡No! ¡Eso no! —digo en voz alta, para que quede claro.

No quiero involucrarme con nadie, y menos con el tipo que me paga quinientos euros por cada cita falsa que tenga conmigo. Podría pensar que estoy enamoriscada y descartarme sin aviso. No puedo perder esta oportunidad por culpa de la necesidad.

He visto a mi madrastra meterse en demasiadas relaciones toxicas para saber que los hombres son impredecibles, mentirosos y peligrosos.

Todos parecen adorables y comprensivos al principio. No puedo caer en eso. Su esposa lo dejó, abandonando a dos bebés; no voy a averiguar por qué lo hizo.

— ¿Nicole? —insiste Henrique—. ¿Qué hice mal?

— Soy virgen, ¿vale? —admito, caminando hacia la cómoda para coger los vaqueros y ponérmelos. No pienso pasar la noche en bragas, con mi coño inexperto empapado de deseo, en la misma cama que este tío bueno tatuado.

— Quería besarte, y tú también. Ya hemos cubierto nuestras necesidades. Mejor lo dejamos aquí.

— No iba a pasar de tus límites —dice, pasándose la mano por el pelo castaño claro, haciendo que los mechones lisos resbalen sobre su frente.

— Creo que ya he llegado a mi límite —murmuro, abrochándome los vaqueros y volviendo a la cama.

La mitad de mí quiere aferrarme a él otra vez, arriesgarme a ver hasta dónde aguanto, pero la otra mitad es estudiosa y pragmática: prefiere el dinero seguro antes que montarse en el regazo de un hombre con decenas de mujeres a sus pies.

Él se inclina hacia mí, apoyándose en el codo. ¿Por qué tiene que ser tan irresistible?

— No te enfades conmigo —pide, deslizando las yemas de los dedos por mi mejilla. Noto que es la misma mano que tocó mi pecho.

Me pregunto qué habrá pensado de nuestros arrumacos. Estoy siendo incoherente conmigo misma, y odio sentirme así.

— No estoy enfadada. Ya nos hemos besado; ahora a dormir.

Él se lame el labio inferior, como si saboreara el rastro de mi beso.

— No voy a presionarte —dice, exhalando por la boca.

— Gracias —susurro, dándome la vuelta y cerrando los ojos.

Siento cómo Henrique se mueve y sale de la cama. Miro por encima del hombro y lo veo alejarse hacia el baño. Una fina capa de sudor cubre su espalda musculosa; sus hombros son anchos, sus brazos fibrosos. Tiene un culo muy atractivo.

¿Qué hará en el baño si se acaba de duchar?

Me giro y miro al techo mientras los minutos pasan.

Solo volveré a besarlo cuando esté segura al 100% de que no afectará mi concentración en los estudios. No quiero quedarme atrapada en esta vida para siempre. Y no ocurrirá si puedo evitarlo.

Cuando Henrique regresa, intento imaginármelo de rodillas, pidiendo en matrimonio a la madre de sus hijas. No sé por qué ese pensamiento me revuelve el estómago.

— ¿Te acuestas sobre mi pecho? —me pide al acomodarse en la cama.

Me arrastro hasta él y apoyo la cabeza en su pecho —justo donde no hay tatuajes—, mientras mi mano descansa sobre su abdomen marcado.

Él extiende el brazo y acaricia mi rostro con delicadeza. Huelo a jabón en sus dedos y no puedo evitar una risita. Ahora sé lo que estaba haciendo.

— ¿Qué pasa? —pregunta.

— Te has masturbado —lo acuso—. Por eso te has lavado tan bien las manos.

Su pecho vibra al reír, pero no niega mi acusación. Porque es cierto.



Me despierto con el sonido metálico del pomo de la puerta al abrirse. Entreabro los ojos y distingo la silueta de un hombre alto que lleva algo en las manos mientras avanza por el oscuro dormitorio hacia la cama. Deja el objeto sobre la cama y se aleja en dirección a la ventana.

Huelo café.

Las cortinas se descorren, inundando la habitación de luz matinal, y Henrique regresa a la cama empujando una bandeja de desayuno hacia mí.

Abrigo los ojos ante el espectáculo:

Varias tostadas, mantequilla de cacahuete, mantequilla normal, lonchas de queso y jamón, galletitas de mantequilla, dos pães de queijo grandes, una pequeña jarra de leche y dos tazas de café humeante.

— Es todo lo que pude preparar con lo que había en la cocina —dice.

— ¿Por qué me traes el desayuno a la cama? —pregunto, atónita, frotándome los ojos.

— Ayer preparaste mi café, pusiste la mesa... Es lo mínimo que puedo hacer para corresponder.

Me incorporo de golpe, decidida a lavarme la cara y cepillarme los dientes. Salto de la cama y cruzo la habitación hacia el baño.

Cuando vuelvo, Henrique está untando mantequilla de cacahuete en un pão de queijo. Hago una mueca y él ríe.

— Para gustos —murmura.

Me acomodo al otro lado de la bandeja y tomo un sorbo de café.

— ¿Lo has hecho tú? —pregunto, señalando la taza con la barbilla.

— Sí. Es domingo y la cocinera no viene hoy.

— Mmm.

Bebo otro trago, concluyendo que debe ser asiduo a esta mansión. Al fin y al cabo, Fred parece ser un gran amigo.

Seguro que Henrique venía aquí con Milena.

— ¿Has dormido antes en esta habitación? —pregunto, cogiendo una tostada y untándole una generosa capa de mantequilla para disimular mi interés.

— No. Nunca —responde con voz grave y firme. Sé que sabe a qué me refiero. — Margarete es cuidadosa; no me pondría a dormir en el mismo cuarto de antes.

Asiento con la cabeza mientras muerdo la tostada, recordando que su amigo mencionó eso.

— Tu pago por ayer ya está en la cuenta —dice Henrique.

Debería alegrarme: quinientos euros asegurados. En cambio, siento un nudo en la garganta que no sé de dónde sale.

Encojo los hombros. Debe ser por los besos y los arrumacos. No puedo sentirme bien aceptando dinero después de eso.

— ¿Algún problema, Nicole?

— Ninguno. Gracias por el pago, Henrique.

Ahora tengo un total acumulado de mil ochenta euros —más algunas monedas— y una sensación fría en el estómago.



Nicole

Mantuve mi pensamiento lejos de Henrique —no quiero referirme a él como *doctor* nunca más— y de lo que pasó en Campinas el sábado.

Ayudé con las tareas escolares de Julia y Mariano el sábado por la tarde, intentando evitar hacerles toda la tarea yo sola, pero fracasé, y volví a la rutina normal el lunes: hacer las labores domésticas y esconderme en mi cuarto para estudiar. Más aún con Inácio en casa.

No sé si él y Raissa discutieron el sábado, y trato de no ocupar mi mente con eso.
Todo lo que sé es que él no me mira a la cara —lo cual es un favor— y que Raissa parece haberse sentido realmente amenazada por mí cuando le dije que le contaría a Inácio sobre sus salidas si seguía molestándome.

¡Hasta recogió la ropa del tendedero antes de la lluvia de ayer!

En cuanto a Inácio, imagino que es indiferente hacia mí por culpa de Henrique.

Voy a preguntarle esta noche si lo amenazó de alguna forma.

Termino de fregar las ollas de Raissa, dejándolas con un brillo espejado, limpio el refrigerador porque Inácio derramó cerveja y olerá mal si no lo limpio todo.

Me ducho rápido y me visto dentro del baño, porque Giovane está en casa e Inácio, al estar de descanso, puede aparecer en cualquier momento. No salgo del baño en toalla en esas situaciones.

Uso mis mejores leggings y una camiseta morada de manga larga bajo la sudadera. El invierno se acerca y cada vez hace más frío.

Confirmé con Henrique si aún iría a acompañar aquel parto y llegaría tarde a recoger a las gemelas en la escuela.

Cojo los cincuenta reales que me dio para los gastos del taxi —aunque insistí en que no gastaría tanto— y los meto en el bolsillo de la sudadera. Recojo mi pelo en una coleta, agarro la bolsa con la ropa de Brianna y salgo a la calle.

De camino al centro, envío un mensaje de voz a Henrique preguntándole si puedo llevar a las gemelas a tomar helado después de clase.

Me sorprende su llamada en vez de una simple respuesta por WhatsApp.

—Hola —respondo al atender.

—Hola, Nicole —dice, pronunciando mi nombre con su voz grave.

Siento el corazón acelerarse, pero lo atribuyo a la caminata.

—¿Puedo? —pregunto otra vez—. Prometo que cuidaré bien de ellas.

—¿No te molestará? —me cuestiona—. No quiero darte más trabajo del que ya te doy.

—No es ningún trabajo. Pensé en recogerlas en la escuela, llevarlas al castillo inflable que siempre está montado en la plaza y después ofrecerles un helado. Creo que se divertirán.

Escucho su respiración.

—¿Por qué no sugieres eso cuando estoy en casa?

—Voy a cuidar bien de ellas, confía en mí —digo, sintiendo un pinchazo en el pecho al notar su contradicción—. Dijiste que confiabas en mí, ¿recuerdas?

Él suelta una risita.

—Confío en ti, Nicole. Solo quería estar ahí para ver las sonrisas de mis princesas.

Respiro hondo, frotándome el pecho para aliviar la tensión que me agobia.

Un coche tuneado pasa a toda velocidad y frena en el badén, chirriando los neumáticos. El conductor, con gafas tipo *Juliet* y una camiseta verde neón, me mira y me hace un gesto.

—¿Quieres ride, guapa? —grita.

Giro la cabeza y lo ignoro, hasta que acelera de nuevo y desaparece al doblar la esquina.

—¿Quién te llamó *guapa*? —pregunta Henrique.

—Un idiota que acaba de pasar en coche. Estoy bajando hacia el centro.

—No me gusta que andes sola, que te acosen.

Trago saliva. Es la primera vez que alguien se preocupa así por mí.

—Es la vida de quien va a pie —murmuro, preguntándome si es así de amable con todo el mundo.

—Creo que deberíamos salir juntos en público, que la gente sepa que estamos juntos y no te molesten.

—No debería ser así. Deberían respetarme por mí, no por ser la novia de alguien —me quejo.

—Sé que no debería, pero así es, y no siempre estoy cerca para darles una lección —responde.

—Hablando de eso… ¿le dijiste algo a Inácio después del sábado?
—¿Volvió a molestarte? —pregunta él.

Me detengo en una esquina y miro a ambos lados antes de cruzar.

—No, al contrario. Ni siquiera me mira, ¡lo cual es genial!

—Hablé con él el domingo, antes de recoger a las gemelas en casa de sus abuelos maternos. Podría hacer que mi padre lo despidiera, pero prefiero tenerlo cerca. ¿No dicen eso de los enemigos?

Trago saliva, sintiendo el calor del caminar. Me detengo, me quito la sudadera y la ato a la cintura.

Sé que muchas de las cosas que dice Henrique son en broma, pero aún así me alegra.

—¿Tienes redes sociales? Busqué tu perfil en Instagram y no lo encontré.

—Cerré todo después del último examen, para enfocarme en los estudios —explico, viendo ya los coches en la Av. Santo Antônio al acercarme al centro.

—Entiendo. ¿Adónde vas? Todavía faltan dos horas para que salgan las niñas —pregunta.

Me gusta cuando se interesa por mi vida, me hace sentir importante.

—Pasaré por el supermercado donde trabaja mi amiga y le devolveré la ropa que me prestó para salir contigo.

—¿Suelen intercambiar ropa? —quiere saber.

Me aclaro la garganta.

—En realidad, solo yo le pido a ella. No tengo ropa bonita, casi no salgo, así que casi no compro —respondo. La verdad es que nunca tuve dinero, y solo recuerdo un par de veces en que Raissa me llevó de compras. Siempre usé ropa de segunda mano—. Nunca sobró mucho. Hablando de eso… ¿podrías llevarme mañana a Avaré? Quiero comprar algunas cosas, no quiero abusar de la buena voluntad de Brianna.

—¿Brianna es tu amiga? —pregunta él.

—Sí, es mi mejor amiga.

—¿Esa con la que hablabas el sábado, cuando dormiste en mi casa?

Parpadeo, tratando de recordar.

—Sí, era ella —respondo—. Me sorprende que lo recuerdes.

—Tengo una memoria excelente. Por ejemplo, sé que cumples años el 4 de septiembre, que naciste aquí mismo en Itaí y que tu nombre completo es Nicole Ferreira dos Santos. También memorizé los nombres de tus padres: Edvaldo Pontes dos Santos y María de Lourdes Ferreira da Silva.

Me quedo boquiabierta ante tanta información sobre mí.

—¿Qué es esto? ¿Dónde me has *stalkeado*? ¡Si ni siquiera tengo redes sociales! ¿Entraste en alguna web del gobierno?

Él suelta otra risa. Creo que me gusta su risa.

—No, Nicole. Te ayudé a rellenar tus datos para abrir la cuenta bancaria, ¿no te acuerdas? —pregunta Henrique.

Me doy cuenta de que le pasé mi móvil para que completara los formularios más rápido.

—Tu memoria es impecable —le elogio—. ¿Estudiaste en una universidad pública o privada? Sé que ambas son difíciles, pero la pública aún más.

—En la Facultad de Medicina de Ribeirão Preto.

—Es de la USP, ¿no?

—Exacto.

—Eres tan inteligente —le digo.

—Tengo buena memoria, eso ayuda mucho.

Inspiro hondo, sintiéndome orgullosa por él.

—Tú también tienes buena memoria y eres muy lista —dice Henrique.

Llego a la esquina de la Avenida Santo Antônio y me apoyo en la pared de un local comercial vacío.

—Entonces… ¿me llevas mañana? —pregunto, retomando el tema anterior.

—Sí, claro. Necesitas hacer compras.

—No gastaré todo el dinero que me diste, ni la mitad, pero necesito ropa para nuestras próximas citas.

Suena el claxon de un coche y veo una Saveiro blanca reducir la velocidad al pasarme. El conductor dice algo con una sonrisa exagerada, pero no le presto atención.

Aparto la mirada como si no existiera.

—Idiota —murmuro.

—¿Otro tipo molestándote? —pregunta Henrique, con un tono aún más grave.

—Son unos imbéciles. Dime que tú nunca has hecho eso, por favor.

—Nunca he molestado a chicas en la calle. Cuando era adolescente y soltero, ligaba, pero jamás acosé a nadie.

Suspiro, cambiando el peso de mi cuerpo a la otra pierna.

—¿Qué estás haciendo? —pregunto.

—Un paciente canceló la consulta de última hora. Tengo un hueco.

—¿Llevas bata? —le pregunto, mordiéndome el labio.

—Sí… ¿Y tú? ¿Qué llevas puesto?

—Unos leggings grises y una camiseta morada, nada especial.

—¿Leggings son esos pantalones ajustados que usan las mujeres para hacer deporte? —pregunta.

—Sí, exacto. Sé que no es la última moda, pero…

—Voy a encender la cámara —dice, interrumpiéndome.

Abro los ojos como platos cuando el móvil vibra al aparecer la notificación para activar la cámara.

Me paso la mano por el pelo recogido en una coleta y aparto los mechones sueltos detrás de la oreja. Luego cambio la bolsa de ropa a la mano que sostiene el teléfono y saco los auriculares del bolsillo de la sudadera. Los conecto y acepto la videollamada.

Las persianas de la ventana del consultorio detrás de Henrique están entreabiertas, y la luz dificulta que vea bien su rostro.

—No te veo bien —le digo al contorno de su cabeza y hombros en la pantalla.

—Ah, un momento —pide, y el escenario a su alrededor cambia—. ¿Así está mejor?

Asiento con la cabeza, viéndolo ahora perfectamente. Él me devuelve una sonrisa al ver la mía.

Me gusta cómo se le achican los ojos cuando sonríe así. Parece que no se ha afeitado desde la última vez que nos vimos.

Miro a la izquierda, asegurándome de que no vengan coches, y cruzo la avenida hacia la parada de autobús frente a la Escuela Freitas.

—¿Adónde vas? —pregunta.

—A sentarme.

Doy unas carreritas para llegar a la acera y me apoyo en la barra de metal de la parada vacía.

—Estás preciosa con esos leggings —suena su voz suave en mis auriculares—. Parece que los hicieron a medida para tu trasero, con todo respeto.

Suelto una risita y bajo la voz.

—¿Te gusta cómo me queda el trasero con los leggings? —pregunto, juguetona.

Lleva camisa blanca y corbata azul marino bajo la bata blanca. Veo la punta de un bolígrafo dorado asomando en el bolsillo, junto a su nombre y el de la clínica bordados.
Lo observo enderezar la postura y quitarse el estetoscopio que colgaba de sus hombros.

—Me gusta tu trasero —responde, mordiéndose el labio—. Me gusta cómo se ve con cualquier ropa, pero los leggings son mis favoritos.

Llevo la mano a la boca y río de nuevo. El corazón me late acelerado.

—Eso porque no me has visto en bikini —murmuro. Es solo una broma, porque ni siquiera tengo uno. Creo que estoy coqueteando con él.

—¿Por qué decides provocarme así? —pregunta con las cejas arqueadas. Está increíblemente sexy con esa mirada chispeante.

Encojo los hombros y desvío la atención hacia un coche que casi choca contra la trasera de una camioneta detenida en el semáforo.

—Buscaré un lugar con piscina climatizada solo para ti —murmura con voz aún más ronca—. No pienso esperar a que termine el invierno para verte en bikini.

Pasa el pulgar por su labio inferior y reclina la cabeza, apoyándose en el respaldo de su silla giratoria de cuero.

—Hoy dormirás en mi casa. Mañana, después de dejar a las niñas en la guardería, venimos aquí.

Es curioso cómo, al hablar así, hace que parezcamos una pareja de verdad.

—Lo hablaré con mi madrastra. Odia preparar el desayuno a los niños. Normalmente, soy yo quien los arregla para el colegio.

Me observa con expresión indescifrable, balanceándose en la silla. Al moverse, distingo varios juguetes —peluches y legos— en las estanterías. Imagino lo tierno que debe ser atendiendo a los niños. Respiro hondo, sintiendo cómo algo desconocido llena mi pecho de calor.

—Sabes que no es tu obligación, ¿verdad? —pregunta al fin.

—Raissa se quedó conmigo cuando murió mi padre. Tampoco era su obligación —susurro, sin querer que piense que soy desagradecida.

Pasa una mano por su pelo castaño, que bajo el sol del consultorio adquiere reflejos cobrizos.

—Cambiando de tema… te enviaré un vídeo por WhatsApp. Échale un vistazo.

Una notificación aparece en pantalla. Minimizo la imagen de Henrique y veo la miniatura del vídeo: por los corazones y el marco, sé exactamente qué es antes de reproducirlo. La cámara del beso.

La pantalla se llena con nuestra imagen: yo, con un caramelo en la boca, pareciendo perdida. Lo aparto un segundo antes de que él coloque su mano en mi nuca y se incline. Al vernos besarnos, me arden las mejillas. Intento mantener una expresión neutra —él me está viendo—, pero mi respiración se acelera y el deseo de besarlo de nuevo me invade.

—¿Por qué te muerdes el labio? —pregunta.

Parpadeo, sintiéndome transparente. Cierro el vídeo y me enderezo.

—Debo irme. Quedé con mi amiga.

Aunque disfruto hablar con él más de lo que imaginaba, los recuerdos de ese beso nublan mi mente y prefiero que no lo note.

—Ya que estás en el centro, ¿podrías pasar por la autoescuela y pedir presupuesto para el carné de conducir (A y B)?

—Vale, pero no tienes que pagarlo. Cuando necesite recoger a las niñas, llamaré un taxi.

—Lo sé, pero quiero hacerlo. Necesitarás el carné cuando seas médica. Cuanto antes, mejor.

Asiento con la cabeza y sonrío.

—No sé cómo agradecértelo.

—¿Agradecerme qué, Nicole? —responde con sonrisa pícara —. Yo soy el beneficiado. Seré yo quien te deba agradecer eternamente que recojas a mis hijas. Ahora cuelgo. No quiero robarte más tiempo. Ve con tu amiga, y yo debo atender a un bebé de… —lee una ficha— cinco meses.

—¡Qué ternura! Me encantan los niños.

—A mí también.

—Nos vemos al llegar a tu casa.

—Hasta esta noche. La llave está bajo la tercera piedra que bordea el macizo de azaleas, contando desde la verja.

—Vale, será fácil de encontrar. Hasta luego.



Después de devolverle la ropa a Bri y pedir el presupuesto en la autoescuela, me dirijo al colegio.

Aviso en la entrada que vengo a buscar a las gemelas Jasmine y Aurora. Una de ellas estira sus bracitos apenas me ve, mientras la otra grita "¡mamá!" con todas sus fuerzas.

—Las otras niñas llaman a sus mamás al salir, y ellas repiten —me explica la profesora, entregándome las mochilas —. ¿Vienes sola?

—Sí, pero puedo con ellas, no se preocupe —respondo, colgándome una mochila en cada hombro y agachándome para cargar a la otra gemela, que se aferra a mi pierna—. ¡Las extrañé mucho, mis princesitas!

Bajo la rampa del colegio con facilidad, acostumbrada a cargar a Mariano y Pietra cuando eran pequeños.

—Vamos a dar un paseo. ¿Qué tal si jugamos un rato?

—Papá —dice una con su vocecita dulce, mientras la otra juega con mi coleta.

Esquivando a otros padres que recogen a sus hijos, subo la cuesta hacia la Rua 7 de Setembro.

—¡Papá! —insiste la niña, tirándome del pelo.

—Tu papá está trabajando, cariño. Llegará más tarde —le digo, besando su mejilla rosada.

La otra me agarra la barbilla y jala mi cara para besarme también. Siento sus uñas en mis labios y el olor a plastilina en sus manitas.

—¿Quieren caminar un poquito? —pregunto al llegar a la esquina, cuando mi espalda empieza a doler.

Las bajo con cuidado, ajusto las mochilas y les arreglo las capuchas de sus abrigos. En la etiqueta de uno leo las iniciales "JG" —supongo que de Jasmine Gonçalves.

—Déjame arreglarte el pelo, Jasmine —digo, agachándome para recoger su melena un poco más arriba que la de su hermana, así podré distinguirlas.

Mientras lo hago, sostengo la mano de Aurora bajo mi brazo para que no salga corriendo, pero ambas son tranquilas y obedientes. Termino y arreglo el abrigo de Aurora, encontrando las letras "AG" en su etiqueta.

—Espero que la profesora no haya cambiado su ropa. No quiero confundir sus nombres.

Me miran con ojos azules llenos de curiosidad. Beso la punta de sus naricitas respingadas, sintiendo el corazón rebosante de cariño.

—Mamá —susurra la que creo que es Jasmine al recibir el beso.

Un nudo se forma en mi garganta. Lo trago y me pongo de pie.

—Vamos, princesitas —digo, tomando sus manos.

Caminamos unos veinte metros, hasta que Aurora se detiene y suelta mi mano.

—¡Papá! —protesta, metiéndose el dedo en la boca.

—Ya sé, mi amor. Es cansado, ¿verdad?

Las vuelvo a cargar, una a cada cadera, y camino lo más rápido que puedo antes de que mi espalda proteste de nuevo.

—¿Qué les parece jugar en el castillo inflable? —pregunto al avistar el pula-pula frente a la iglesia.

Escucho las risitas de las dos. Jasmine señala el castillo inflable y dice: "¡Puá-puá!".

—¡Eso es, princesa! Pula-pula —corrijo, cruzando por el paso de peatones.

Al llegar, las bajo y me acerco al encargado del juego.

—Dos turnos para cada una, por favor —pido, dejando sus mochilas en un banco de la plaza y pagando los tickets.

El joven asiente y me devuelve el cambio: treinta y cuatro reales.

—Al niño que está ahí le queda poco tiempo —comenta, señalando al pequeño que aún salta.

—Gracias.

Jadeando por el esfuerzo de cargarlas, me arrodillo y les quito sus zapatillas Nike.

—¿Serán tan caras como las de adulto? —murmuro.

Jasmine se impacienta, señalando el castillo, mientras Aurora espera tranquila. Pongo a la más inquieta en mi regazo y la mezo para distraerla. Aurora se sube al banco, me abraza el cuello con fuerza y me da un beso baboso en la mejilla. Jasmine ríe feliz, y su hermana intenta sentarse también para ser mecida.

—Se acabó su turno —anuncia el encargado al padre del niño, quien lo saca con dificultad.

Subo a las gemelas al castillo, esperando que no se resistan cuando termine su tiempo. Meto las manos por los agujeros de la red y sostengo las de ellas, animándolas a saltar, hasta que se sueltan y juegan solas.

Grabo un video de ellas riendo y "hablando" en su lenguaje incomprensible, y se lo envío a Henrique. Él responde con corazones y un audio:

—Estoy por entrar a quirófano para un parto de trillizos. Ojalá estuviera ahí. Gracias por cuidar a mis princesas. Dales mil besos de mi parte.

Grabo mi respuesta:

—Descuida, las llenaré de besos. ¡Que tengas un buen parto!

Al enviarlo, frunzo el ceño.

—¿"Buen parto"? ¡Por Dios, Nicole! ¡Él no va a parir! —rezongo, guardando el móvil.

Cuando termina su turno, las llevo a la heladería frente a la plaza. Eligen un helado azul con chispas de chocolate, que devoran entre risas y manchas.

Al caer el sol, tomamos un taxi. Llegamos a casa con los uniformes escolares embadurnados de helado. La verja está abierta, y encuentro la llave fácilmente entre las azaleas.

Las baño, pongo sus uniformes en la lavadora y preparo la cena.
El aroma de lasaña de cuatro quesos inunda la cocina cuando Henrique llega.

Capítulo 20

Henrique

Es maravilloso llegar a casa y encontrarla llena de vida. Escucho las risitas de mis hijas jugando en el salón al ritmo de una canción infantil, girando con sus manitas alzadas como pequeñas bailarinas.

Cierro la puerta sin hacer ruido y las observo hasta que notan mi presencia y corren hacia mí con los brazos abiertos.

—¡Papá!

Recién me he duchado después del parto, así que las abrazo sin preocuparme por los gérmenes. Con ambas en brazos y el corazón rebosante, me dirijo a la cocina, donde el aroma de la cena flota en el aire.

Nicole sigue con la misma ropa que vi en la videollamada. Tiene un pie apoyado en el interior del muslo en un ángulo imposible mientras pica tomates sobre una tabla de vidrio.

—Hola —me saluda sin volverse—. ¿Vas a ducharte? La cena está casi lista.

Amo esta complicidad. No solo porque cocine, sino porque parece cada vez más cómoda conmigo. Y sí, también adoro todo lo que prepara.

Mentalmente anoto invitarla a cenar la próxima semana. No cocino tan bien como ella, pero sé defenderme.

—Ya me duché antes de venir —respondo, conteniendo las ganas de besarla en el cuello. No quiero confundir a mis hijas... ni a mí mismo. Esto ya parece demasiado a un matrimonio, y un beso de saludo solo alimentaría esa fantasía.

—¿Cómo fue el parto? ¿Nacieron bien los trillizos?

—Mmm —murmuro—. Sanos. Estarán en incubadoras por ser prematuros, pero dentro de lo esperado.

Aurora tira de mi barba con sus deditos, mientras Jasmine tararea en su lenguaje de bebé. Las bajo tras besarlas y pregunto:

—¿Necesitas ayuda?

—Tranquilo, ya termino la ensalada. Hoy comerás sano —anuncia.

—Gracias. Retomo el entrenamiento la próxima semana. Dieta estricta.

Nicole me mira de reojo, recorriéndome de pies a cabeza con sus ojos verdes, pero no comenta nada.

El sonido de la lavadora me lleva al lavadero. Verifico que las bolsas de basura están cambiadas... hasta recuerdo que yo mismo lo hice antes de salir.

—¿No estarás haciendo limpieza extra, verdad? No quiero abusar —digo, observando la ropa girar.

—Solo lavé los uniformes de las niñas con lo que había en el cesto. Se mancharon de helado —responde desde la cocina—. No encontré nada desordenado. Parece que cuidas bien la casa.

—No quiero que llegues y la encuentres sucia —admito—. No queda bien para un padre soltero.

Su risa llega desde la cocina.

—No me importa ayudar.

—Pero a mí sí me importa explotarte. Ya haces demasiado —digo, regresando a su lado.

Miro hacia el salón, donde las niñas están absortas en una nueva caricatura. Solo veo las coronitas de sus cabecitas, imposible distinguirlas desde aquí.

Me giro hacia Nicole, permitiéndome recorrer con la mirada su figura de reloj de arena, aún apoyada en la encimera en esa postura imposible. Por un segundo, olvido que esto podría complicar las cosas. Me acerco y la abrazo por detrás, inclinándome para rozar sus labios con mi boca contra su cuello.

—¡Ey! —protesta, pero más por sorpresa que por molestia —. ¡Las niñas pueden vernos!

Mi corazón da un vuelco cuando gira la cabeza. Sus ojos verdes me clavan.

—Están distraídas —susurro.

El pulso se me acelera, como si estuviéramos transgrediendo algo.

Ella se estira para espiar el salón. Mis manos permanecen en su cintura, los dedos acariciando esa curva estrecha. Huelo su perfume, siento el calor de su piel.

Nicole se da vuelta, enfrentándome, coloca las manos en mis hombros y me besa. Es rápido, apenas hay tiempo para que nuestras lenguas se rocen. La sangre me hierve hacia la entrepierna, pero ella me empuja suavemente.

Me aparto también. No es momento para exhibiciones.

—¿Quieres una? —pregunto, abriendo la nevera y sacando una cerveza para disimular la tensión.

—No, gracias —responde con las mejillas arreboladas.

Bebo un trago largo.

—¿Te quedas a dormir conmigo?

—No sé. No hablé con mi madrastra ni traje ropa.

—Te ves preciosa con mis camisetas —digo, tentándola.

—¿Puedo dormir en el sofá?

—Ni lo sueñes.

—¿Entonces dormirás conmigo en la cama? —pregunta con falsa inocencia.

—Esa es la idea —respondo guiñando un ojo.

—¡Te dije que no guiñes así! Es trampa —protesta, llevando el bol de ensalada a la mesa.

—¿Funcionó? ¿Me harás compañía esta noche?

—No lo sé. Debo pensar en las consecuencias.

—No habrá consecuencias. Y mañana ya estarás aquí, sin madrugar para preparar desayunos.

Mientras cocino al vapor los vegetales preparados para las niñas, Nicole calienta el pollo con pasta que dejó listo. —Las alimentaré primero —dice, llevándolas a sus tronas.

Jasmine ríe mostrando sus dientecitos. Aurora, impaciente, lanza su plato al suelo.

—Aurora —digo con tono firme, buscando otro plato—. No se tira la comida. Paciencia.

Nicole las sirve con destreza, como si fuera su madre. Intento ayudar, pero se niega. La observo: no es solo amor por los niños. Fue condicionada desde pequeña a servir, a aceptar abusos. Por eso limpia, cocina, asume roles que nadie le pidió.

Pienso en sugerirle terapia, pero el momento no es ahora. No quiero asustarla.

Espero pacientemente a que terminen, limpio sus caritas y las llevo al salón a jugar con legos. Nicole, aprovechando, lava los

platos.

—No tienes que hacerlo todo —reclamo.

—Ya te dije que no me importa —responde sin volverse.

—Todavía le doy de comer a Pietra, la hija menor de mi madrastra. Estoy acostumbrada a comer después que el resto de la familia, pero no tenías que esperarme. Debes estar hambriento —dice con total naturalidad, como si no fuera nada importante.

—¿Solo comes cuando los demás terminan? —pregunto, aunque ya sé la respuesta. Quiero ver cómo lo justifica.

—Al menos así como en paz y me quedo con todo lo que sobra —responde sonriendo, como si comer sobras fuera un privilegio.

Mi corazón se encoge. Cada palabra suya alimenta mi desprecio hacia esa madrastra que ni siquiera conozco. No sé cuántos comentarios como este podré escuchar sin intervenir.

Ya tuve mi "charlita" con Inácio, pero nunca será suficiente.



22:13 h

Nicole puso una comedia romántica en Netflix después de acostar a las gemelas. Quería leerles cuentos, pero la convencí de tomar un baño caliente mientras yo lo hacía.

Ahora su madrastra ha llamado. Está sentada en la cama, enrollando el borde de la manta entre los dedos mientras habla por teléfono.

—¿No te parece raro que a tu marido no le guste que duerma fuera? —le pregunta Nicole.

Me muero por escuchar la respuesta, pero no alcanzo a oír. Estoy sentado a su lado, en shorts de algodón, tamborileando los dedos sobre el colchón.

—¿No quieren que te quedes aquí? —pregunto.

—No quieren —responde en voz baja—. Inácio cree que es injusto que ella tenga que madrugar a preparar el desayuno.

—¿Cómo? —mi ansiedad se transforma en furia—. Pásame el teléfono.

Nicole se encoge de hombros, asiente y me lo entrega.

Respiro hondo para no destrozar el móvil entre mis manos.

—A ver si entendí —digo con un tono más alto de lo normal —. ¿Quieren que esté en casa para madrugar y preparar el desayuno, así ustedes no tienen que cuidar de sus propios hijos?

Siento que mis manos tiemblan de rabia.

—No es así, doctor Henrique. Nicole tiene sus tareas, todos en esta casa colaboran.

—Pues redistribúyanlas. Nicole ya no es su empleada —declaro—. Póngame a su marido.

—Doctor, Nicole... —murmura él, el tipo que grita a las mujeres y habla sumiso con los hombres.

—No me gusta cómo suena su nombre en tu boca —cierro el puño, intentando controlarme—. A partir de hoy, solo pronunciarás su nombre si ella te habla primero. Da igual lo que haga, dónde esté

o con quién duerma. ¿Entendido, Inácio? ¿O prefieres que vaya y te lo explique en persona?

—No, doctor.

Cuelgo antes de que mi ira empeore.

Nicole me mira con los ojos como platos.

—¿Y si le pega por esto? Siempre descarga sus frustraciones con Raissa.

Podría decirle que no es su problema, pero no quiero ser rudo con ella.

—Tienes que aprender a no preocuparte. Te mudarás en unos meses, y ella tendrá que arreglárselas sola.

—Lo sé, pero... —de pronto, una idea ilumina su rostro. Toma el móvil y envía un mensaje de voz:

—Julia, si Inácio empieza una pelea, mándame un mensaje.

—Perfecto. Si pasa, iré.

—No. Si empieza, llamaré a la policía —dice con más determinación que antes.

—Es una excelente idea —la atraigo hacia mí.

No nos hemos besado desde lo de la cocina. Huele a mi jabón, y lleva una de mis camisetas de algodón. Por la abertura de la manga, cuando se mueve, veo la curva de su pecho, y esa imagen me tortura.

Le acaricio el pelo, separando los mechones como ella hace cuando está nerviosa. Nicole se gira, rodea mi torso con sus brazos y

apoya la cabeza en mi pecho.

La coloco entre mis piernas.

Me mira con una chispa de deseo y se muerde el labio.

No puedo controlar lo que siento cuando hace eso. No sé si es intencional, pero hace que me endurezca al instante.

—No tienes que defenderme así —dice con voz melosa, cerrando los ojos bajo mis caricias—. Pero no me quejaré.

—Mejor.

—Estoy acostumbrada a obedecer a Raissa, incluso cuando está equivocada. Nunca tuve a nadie que interviniera por mí.

—Yo asumo este papel —murmuro, deslizando mi mano por su hombro, recorriendo su clavícula con la yema de los dedos.

—Es una pena que no sepa cuánto durará —susurra ella, cerrando los ojos y arqueando el cuello—. Tarde o temprano, te enamorarás de alguien.

—No ocurrirá —la atraigo más cerca, rozando sus palabras contra su oído—. No necesitas preocuparte.

—Hablas como si el desamor te hubiera vuelto inmune al amor. Pero cualquier día conocerás a alguien que hará latir tu corazón otra vez, y caerás rendido. Solo espero que tarde... Que para entonces yo ya me haya ido.

Sus palabras me clavan un puñal en el pecho.

Fruncio el ceño y beso su cuello, sin encontrar una respuesta.

Ella se gira, me abraza y aplasta sus labios dulces contra los míos. Invado su boca con mi lengua. Nicole es inexperta, y debo contenerme al máximo para detenerme si ella lo pide... pero mientras no sea así, fingiré que cada centímetro de su cuerpo me pertenece.



Nicole

Sí, mi razón activa todas las alarmas. Esto podría terminar mal, con alguien muy lastimado —y estoy casi segura de que esa alguien seré yo—, pero no tengo fuerzas para detenerme. No cuando sus dedos se deslizan por mi cuerpo.

Para empezar, ni siquiera debería estar aquí. Pero, ¿cómo rechazar la invitación a dormir a su lado cuando quedarme en mi

propia casa es tan desagradable?

Me muevo, acercando nuestras caderas. Puedo sentir lo duro que está. Muerdo su labio inferior, provocándolo un poco más.

—Nicole —murmura Henrique contra mis labios.

—¿Sí? —susurro, alejando mi boca de la suya para besar su mentón, luego su lóbulo, y dejo escapar un gemido involuntario cuando su mano acaricia mis costillas, acercándose a mis senos.

—¿Has tenido novios antes? —Sus palabras me devuelven a la conciencia.

—Uno —respondo, sosteniendo su rostro entre mis manos y alejándome unos centímetros para mirarlo—. ¿Por qué?

Niega con la cabeza.

—Nada importante. Dijiste que eras virgen, yo...

—No duró mucho. No estábamos enamorados. Era primo del novio de mi mejor amiga —explico—. Para ser honesta, creo que nunca me he enamorado.

—Entonces tienes suerte, porque es devastador —dice con una sonrisa. Siento sus manos en la curva de mi cintura, sus pulgares masajeando mi abdomen en círculos—. ¿Pero por qué terminó? ¿Cómo te dejó escapar?

Río nerviosa, en parte por cosquillas, en parte por la pregunta. Me hace fantasear, pensar que él no me dejaría ir si tuviera la oportunidad.

—Era un poco impaciente —hago una mueca—. Tenía dieciséis años. Siempre quería desabotonarme el pantalón, tocarme los

senos. No me gustaba, no me sentía cómoda. Solo salí con él porque Brianna insistió mucho. Cuando me dejó, un mes después de nuestra primera cita, le dije que nunca más estaría con alguien solo para complacerla.

—Hiciste bien —susurra, deslizando una mano por mi espalda y llevando la otra a mi mentón—. No debes estar con alguien que no desees.

Su tacto despierta en mí sensaciones profundas.

—Lo sé —murmuro.

Henrique me mira fijamente. Sus ojos están oscuros, la única luz en la habitación proviene de la televisión, que muestra una película en la que ya no tengo interés.

—¿Me avisarás si traspaso tus límites? —pregunta.

—Puedes estar seguro de que lo haré —respondo, aunque temo que no habría límites si él lo intentara.

—¿Sueñas con una primera vez especial, con alguien especial? —Una de sus manos sube a mi nuca, sus dedos se entrelazan en mi cabello con la presión perfecta para relajarme y excitarme al mismo tiempo.

—No exactamente. No tiene que ser tan especial, solo quiero sentirme cómoda. Pero no tengo la ilusión de que sea con... la persona con la que me casaré. Ni siquiera sé si quiero casarme algún día.

Sonríe y se muerde el labio.

—¿Qué? —pregunto.

—¿Te sientes cómoda ahora? —contra pregunta.

Parpadeo. ¿En serio está preguntando si quiero perder mi virginidad ahora? ¿Eso significa que...?

—¿Quieres hacerlo? ¿Conmigo? —no puedo evitar preguntar.

Aprieta mi cintura, presionándome contra su pelvis. La sensación es cálida y peligrosa.

—¿No es obvio?

Muerdo el interior de mi mejilla para no reír. Saber que me desea así alimenta mi ego. Escondo mi rostro en su cuello.

—¿No te importaría estar con alguien que nunca lo ha hecho? No tengo experiencia —susurro contra su piel, oliendo su fragancia leñosa y cálida. Con los labios en su cuello, siento el pulso de su vena.

Henrique ríe, haciendo que su cuerpo vibre ligeramente contra el mío.
Amo esa sensación.

—No entiendes mucho de hombres, ¿verdad? —bromea, atrayéndome para mirarme.

—Supongo que no —admito, mordiendo mi labio. Pensé que sí.

Con la punta del dedo, libera mi labio inferior de mis dientes.

—Cuando muerdes tu labio así, Nicole, hasta me da miedo dejar traslucir lo que cruza por mi mente, lo que imagino hacer contigo —murmura con voz ronca, mirándome serio.

Sus palabras hacen que mi corazón galope como un caballo salvaje, y los latidos se reflejan en otra parte de mi cuerpo.

—Parece que quieres devorarme con esa mirada —comento con voz temblorosa, apenas un susurro.

Intento recordar que todo esto es complicado, que implica un dinero vital para mí. Pero sus manos en mi piel borran cualquier racionalidad.

—Y así es —su voz ronca me hace contener el aliento—. No me importa que nunca lo hayas hecho. Tu inocencia solo me excita más.

Trago saliva, intentando pensar cuando sus manos vuelven a recorrer mi cuerpo. Toma el borde de la camiseta que llevo y me mira con una intensidad salvaje, como si toda su delicadeza previa se hubiera esfumado. Luego, comienza a levantarla.

Descubre mis pechos lentamente, lo que me desconcierta aún más. Los palpa con ambas manos, estudiándome con una mirada lasciva que atraviesa mi piel, haciéndome arder de un deseo desconocido.

Mi interior arde, mi clítoris late, la humedad empapa mi ropa interior. Sé que hay razones para detenerse, pero han sido arrastradas al subconsciente.

—Henrique —jadeo su nombre cuando sus pulgares rozan mis pezones, sintiéndolos endurecerse—. Por favor...

—¿Qué? Pídeme lo que quieras y te lo daré —promete, y nunca antes había notado lo masculina y posesiva que puede sonar su voz.

Me invade una mezcla de lujuria y miedo que recorre mi cuerpo hasta clavarse en el corazón. No quiero perder esto, no quiero que beba de mí y luego se aleje.

De repente, lo entiendo: no puedo tenerlo solo por esta noche. No estoy lista para perderlo, aunque sé que Henrique nunca será mío.

Pero, ¿cómo resistir un deseo que domina cada fibra de mi ser?

—Yo no... —intento hablar, pero las palabras se ahogan.

Sus labios se acercan a uno de mis pechos y contraigo mis músculos internos, buscando alivio, pero solo avivo el fuego.

Podría detenerlo. ¿Es eso lo que quiero?

Lame la punta de mi pezón, desatando una ola de placer nueva y abrumadora. Muerdo mi labio para ahogar un gemido y entierro los dedos en su cabello. Mi piel arde, hipersensible.

Sus labios se cierran alrededor del pezón y chupa con hambre.

—Henri...que —su nombre se alarga en mi boca, tembloroso.

Sigue succionando, llevándome al borde del delirio. Me muevo en su regazo y él libera mi pecho, ayudándome a rodear su cadera con mis piernas.

Nuestros cuerpos encajan. Nos miramos. Estoy palpitando.

Luego, tira de la camiseta que me cubre y me dejo desnudar, quedando solo en ropa interior. Mis dedos trazan su pecho, rodeando el tatuaje y su pezón. Él arquea la cabeza hacia atrás y emite un

sonido gutural, un cruce entre gemido y gruñido, mil veces más sensual.

Me lanzo contra él. Mis pechos se aplastan contra su torso musculoso, mis dientes hunden en su mandíbula barbada.

Mi clítoris late, hinchado. Me froto contra la dureza bajo su short y él repite el sonido. Un rugido contenido.

Estoy en peligro, pero no quiero huir. Ansío acercarme a la bestia que esconde, a la que lucha por liberarse.

Mis manos exploran su cuerpo sin restricciones. Bajan por su abdomen hasta el bulto palpable bajo la tela. Mis dedos miden su longitud, sintiendo el calor y las pulsaciones. Dudo que quepa en mí.

Henrique se recuesta contra la almohada, apretando la mandíbula, haciéndola más prominente bajo la piel.

Aprieto su erección, sintiendo su grosor, y él gime más fuerte, viril.

Jadeo, sorprendida por su vulnerabilidad.

Suelto su miembro y me apoyo en sus hombros, sentándome sobre él, moviéndome guiada por el instinto.

—No estoy lista para ir más allá, solo... —murmuro, sin saber cómo expresarme.

Él asiente, con ojos llameantes, y rodea mi cintura con sus brazos, guiando mis caderas en un ritmo de vaivén.

Balbuceo su nombre, el placer aniquila mi consciencia. Mi cuerpo arde y sigo moviéndome bajo sus instrucciones. Sus manos en mis caderas me ajustan sobre su erección.

—Nicole —gruñe mi nombre, y el sonido me derrite.

Acelero el ritmo, porque cuanto más me muevo, más intenso se vuelve. Henrique aprieta mis nalgas y comienza a chupar mi cuello. Muerdo mi labio, intentando no gemir, pero es imposible.

—No creo que pueda aguantar —susurro, ahogando un grito contra su cabeza.

El sudor brota en mi piel, aliviando el calor que me quema por dentro. Él también está sudando.

La cama cruje cuando él empieza a moverse también. Envuelvo su torso con mis piernas, apretando mis muslos contra su cintura con fuerza, y alcanzo el clímax, desplomándome contra él, sofocando otro grito contra sus labios mientras trato de recuperar el aliento.

Él sigue moviéndose, pero me he vuelto tan sensible que no lo soporto. Me río, alejándome de su pelvis.

Henrique me mira, todavía con deseo.

—Te has corrido —murmura.

Parpadeo. Quiero decir *"creo que sí"*, pero no sé qué pensará. Nunca había hecho algo así. No sabía que era posible llegar al orgasmo de esta manera.

Asiento con la cabeza, tratando de no parecer tonta.

—Quiero correrme en tu boca —dice, pasando su pulgar por mi labio hinchado.

—Está bien —respondo.

No estoy segura de qué hacer, pero sigo mi instinto. Me inclino sobre su abdomen y beso su piel caliente, recorriendo los músculos definidos con mis labios. Henrique emite un gemido de aprobación cuando lo toco a través de la tela.

Deslizo mis dedos por su longitud, apretando, y beso la piel justo encima del borde de su short mientras me preparo para desnudarlo por completo.

Él me ayuda, levantando las caderas cuando le quito short y ropa interior de un tirón. Mantengo los ojos en la tela, prolongando la expectativa. Arrojo las prendas a un lado y toco sus tobillos, subiendo mis dedos por sus pantorrillas hasta alcanzar sus muslos gruesos y musculosos.

Contengo la respiración cuando miro su pelvis. Su erección está firme, apuntando hacia arriba, apoyada en su abdomen, llegando casi hasta su ombligo. Es tan larga y parece tan pesada que no entiendo cómo puede mantenerse así.

—¿Dónde escondes todo esto cuando estás vestido? —bromeo, haciéndolo reír.

Me acomodo entre sus piernas, bajando los hombros y arqueando mi trasero, luego lo toco por primera vez sin barreras. Sujeto la base con una mano y me apoyo en su cadera con la otra.

—Dime si lo hago mal, nunca he... —susurro, esperando hacerlo bien.

Me inclino y beso el glande rosado, luego lo rodeo con mi lengua.

Un gemido largo y voraz escapa de sus labios cuando lo chupo. Dejo que mi saliva cubra su longitud, y mis dedos se

deslizan, masajeándolo hacia arriba y hacia abajo mientras lo succiono. Empiezo con timidez, pero me relajo conforme él gime.

—Así —murmura Henrique cuando aumento el ritmo, tomando más allá de la cabeza.

Deslizo mi lengua por su miembro, sintiendo las venas marcadas, sincronizando el movimiento con mis manos.

Él agarra mi cabello, recogiéndolo para apartarlo de mi rostro, y acaricia mi mentón.

Lo miro mientras lo tomo de nuevo, permitiendo que penetre mi boca hasta mi garganta sin apartar la vista de sus ojos azules, salvajes.

—¿Así? —pregunto, separando los labios pero sin dejar de masajearlo.

—Sí —responde con la voz más grave que he escuchado.

Vuelvo a chuparlo, esta vez más rápido, acelerando también el movimiento de mis dedos.

Henrique da una palmada a mi trasero y lo aprieta. Eso me incita a chuparlo con más ganas. Amo su sabor, nunca pensé que podría ser tan excitante.

En algún rincón de mi mente, sé que no estoy lista para ir más allá, para tenerlo dentro de mí, pero puedo probar mis límites poco a poco, explorando cada placer sin prisa, si él no tiene problema en esperar.

Lo chupo con más hambre, lamiendo el líquido que brota de él mientras gruñe. Siento sus dedos tirar de mi cabello y apretar mi

cuello, y Henrique empuja sus caderas contra mí, pero no me detengo, saboreándolo hasta que no queda nada.

Cuando se relaja, lo miro, pasando mi pulgar por la comisura de mis labios.

Su rostro está sereno y me sonríe. Nunca lo había visto tan hermoso.

Me inclino sobre él y beso su cuello sudoroso.

—¿Lo hice bien? —pregunto en un susurro.

—Mucho mejor que en mis fantasías —admite.

Me abraza con fuerza y besa la parte superior de mi cabeza.

Estoy cansada, pero relajada.

Quiero tomar mi móvil y ver una clase grabada, pero me estiro, acostándome a su lado, de espaldas a él. No sé si tengo cabeza para concentrarme en los estudios ahora.

"¿No era esto lo que más temías? Involucrarte hasta el punto de descuidar tus estudios?" Escucho la voz de mi conciencia. Sabía los riesgos, y aun así acepté quedarme. Me preocuparé mañana.

Relajo la cabeza sobre una almohada y abrazo otra.

Estoy solo en ropa interior y hace frío; ahora puedo sentir la temperatura otra vez.

Henrique tira del edredón y me cubre hasta los hombros. Bajo la tela, siento sus dedos recorriendo mi piel: mi espalda, la base de mi columna, mis caderas, brazos, hombros, hasta encontrar mi nuca, donde comienza a masajearme, jugando con mi cabello.

Capítulo 22



Nicole

Jueves, 28 de mayo

Es la segunda vez que despierto en la habitación de Henrique desde que lo conocí, pero esta vez él está acostado a mi lado.

Siento el peso de su antebrazo sobre mi cintura, su otro brazo bajo mi cuello.

Respiro hondo, invadida por los recuerdos de lo que ocurrió anoche. No era mi intención llegar tan lejos, pero no pude contenerme.

Parpadeo para adaptar mis ojos a la tenue luz que se filtra entre las cortinas. El sol aún no ha salido y hace mucho frío.

¿Qué pensará Henrique de que acepte dinero para salir con él y luego termine cabalgando en su regazo hasta el éxtasis?

Siento la sangre arder en mis mejillas.

—¡Mierda! —murmuro, con un nudo de vergüenza en el estómago.

¡Ni siquiera estudié ayer! ¿Qué me pasa? ¿Qué tiene este hombre que me ha vuelto la cabeza en tan poco tiempo? Muerdo el labio, avergonzada de mi debilidad, de haberme rendido ante la última persona ante la que debería hacerlo.

Él me paga para fingir ser su novia. ¿Cómo tuve el descaro de chuparle la polla? ¿Qué habrá pensado de mí?

No quiero saberlo. No soportaría su juicio.

Gracias a Dios no puedo leer mentes. No aguantaría saber si me considera una puta.

Me golpeo la frente con la palma de la mano, apretando los párpados y deseando no haber sido tan débil. Tenía todo planeado: juntar cada centavo que me diera para asegurar mi sustento en otra ciudad —alquiler, comida, transporte— hasta conseguir trabajo o una beca. Solo debía asistir a las citas y ser amable con sus amigos. Lo último que debía hacer era mezclar negocios con placer.

Trato de recordar cuándo las cosas se complicaron tanto. No lo veía desde el domingo.

Recuerdo que nos besamos cuando llegó, como si esto fuera algo real. ¿Cómo lo permití? ¿Esta intimidad empezó en la cocina? ¿Cuando acepté compartir su cama? ¿Cuando me quedé solo en ropa interior? ¿O cuando correspondí a otro beso?

Tal vez empezó por la tarde, en esa llamada donde la conversación se volvió demasiado personal. Debí saber separar las cosas. O él. Pero Henrique es un hombre, y ellos siempre salen ilesos de estas situaciones. Yo seré la juzgada. Yo pagaré el precio.

No puede volver a pasar. Debo controlarme. Necesito el dinero. Ahora, con los problemas con Inácio y Raissa, necesito ir a la universidad más que nunca.

¿Y si me echan? Tendré que gastar mis ahorros en un apartamento antes del examen.

¡Mira en qué lío me he metido! Me golpeo la frente otra vez, con más fuerza, para que entre en mi cabeza que Henrique está prohibido. Es mi fuente de ingresos, el último hombre con el que debería haber hecho las cosas que hice anoche.

Él se mueve, como si sintiera mi crisis, y me abraza, acariciando mi pecho.

—¡Mierda! —vuelvo a murmurar, sintiendo su aliento caliente en mi cuello.

¡Es tan difícil tener hambre de afecto!

—Buenos días, Nicole —murmura con voz somnolienta.

—Buenos días —respondo.

Mi mente está tan agitada que temo empezar a llorar de angustia.

—¿Me pasas el móvil de la mesita? —pide—. Olvidé pagarte por ayer.

Me incorporo rápidamente, cubriendo mis pechos con el edredón.

—¿Pagarme por ayer? —No puedo disimular lo ofendida que estoy.

—Trabajaste ayer: recogiste a mis hijas y las cuidaste —dice, la confusión marcada en sus ojos adormilados—. ¿Lo olvidaste?

Parpadeo varias veces, abrazándome a mí misma. Estaba tan asustada de ser juzgada que ni lo recordaba.

—No lo hice por el dinero. Amo a las gemelas. Puedes contar conmigo para lo que necesites, en lo que a ellas respecta.

—Lo necesitas, Nicole —me recuerda—. Para la universidad.

—Por favor, déjame hacer esto por ellas. Me sentiré mejor si no me pagan.

—¿Solo por ellas? —pregunta, mirándome fijamente.

Arqueo las cejas, sin entender, esperando que aclare su pregunta. Pero Henrique sigue mirándome.

Muerdo el labio y comienzo a levantarme, pero él agarra mi antebrazo y me jala de vuelta, haciéndome caer sobre su pecho.

—¿Qué pasa? —pregunto.

—Te debo un oral —dice con voz ronca, enredando los dedos en los mechones de mi nuca, inclinándose para rozar mis labios contra el lóbulo de mi oreja—. Voy a chuparte el coño bien rico.

—Henri... —intento pronunciar su nombre para detenerlo, pero su mano se desliza por mi cuerpo y sus dedos se meten dentro de mi ropa interior.

Aprieto la boca y cierro los ojos cuando su dedo encuentra mi clítoris y lo acaricia.

—Por favor —vuelvo a susurrar como un grito de auxilio, pero él comienza a frotar mi punto más sensible, presionando, despertando un deseo enloquecedor.

Necesito aferrarme a mi razón, pero estoy perdiendo la cabeza, el deseo es tan intenso que me quedo sin aliento.

—Nicole —dice mi nombre como un gemido—, ya estás empapada.

Siento su dedo deslizarse hacia mi entrada.

Separo las piernas para darle acceso libre. Un dedo se une al otro y me aferro a sus hombros, clavando mis uñas en su piel.

Quiero pensar, levantarme de esta cama y huir lejos, pero entonces lo miro. Sus ojos azules parecen devorarme, salvajes, y me gusta demasiado esa sensación como para resistirme.

—No deberíamos hacer esto otra vez —logro decir en un susurro.

—Es solo un oral, prometo no ir más allá —asegura.

Otro dedo circula mi clítoris mientras dos más acarician mi entrada. No sé cómo lo hace, pero es demasiado bueno.

Asiento, más para mí que para él. Solo un oral, y luego hablamos de límites.

Dejo que me acueste en la cama y chupe mis pechos, uno, luego el otro, mordiendo los pezones y succionándolos con hambre, como hice con su polla ayer.

Mi cadera se mueve contra sus dedos, y él desciende, lamiendo mi vientre, mordiendo mi costado. Mi ropa interior desaparece y me tapo la boca con la mano cuando Henrique se inclina, me mira con deseo y chupa sus dedos lentamente.

Mi respiración se atasca cuando se vuelve hacia mi sexo, abriéndome como si quisiera devorarme.

—Henrique —llamo su nombre contra mi palma, acariciando mi pecho izquierdo con la mano libre.

Aprieto mi pezón y gimo, sintiendo su boca, su lengua y sus dientes provocándome sensaciones más intensas que las de ayer.

Miro entre mis piernas y lo veo chupándome. Una de sus manos agarra mi otro pecho y lo aprieta con fuerza.

Tomo su mano y meto su dedo medio en mi boca, fantaseando que es su polla.

Amo su sabor, cómo estaba duro como una roca pero suave en el glande, cómo palpitaba de calor.

—Quiero chuparte también —digo para llamar su atención.

Murmura algo, no sé si es un "sí" o un gemido, luego se recuesta boca arriba y jala mi muslo.

Actúo sin pensar, me posiciono sobre él, me siento en su rostro y me inclino para tocar su erección.

Me meneo cuando su lengua vuelve a moverse y su boca me envuelve con intensidad. Él agarra mis nalgas y yo me inclino sobre su abdomen, perdida en el placer, y chupo su glande enrojecido e hinchado.

Su polla se endurece aún más cuando la toco, masajeándola, deslizando mi boca por su longitud mientras con la otra mano acaricio sus testículos.

Gimo contra él mientras su boca me devora, consumida por un placer que me enloquece. Nada que haya probado antes se compara.

Y sigue creciendo. Nos movemos contra las bocas del otro, como si solo existiéramos nosotros, entregados a este pecado peligroso. Mi coño palpita mientras él lame, y su polla tiembla contra mis manos y mi lengua.

La envuelvo, la chupo y la aprieto, mientras me muevo sobre su rostro y me contraigo.

Se vuelve más caliente, más intenso, y yo aprieto mi mano contra su trasero, haciendo que su polla entre más profundo en mi boca, mientras estrecho mis muslos contra su cara.

El placer domina cada pensamiento, cada célula, crece hasta que no puedo resistir más y me corro contra su boca, temblando y gimiendo, apretando mis labios contra su polla.

Su orgasmo llega momentos después, y lo bebo, sintiéndome más unida a él que nunca.

Mi cuerpo se relaja, pero mi respiración y mi corazón tardan en calmarse.

No resisto cuando Henrique me jala, guiándome para acostarme boca abajo y abrazándome en posición de cucharita.

Amo el peso y el calor de sus brazos alrededor mío, su respiración contra mi hombro, sus dedos en mi nuca.

Temo no encontrar nunca otro lugar donde desee estar más que en sus brazos.



Cuando despierto sobresaltada por haberme quedado dormida otra vez, salto de la cama rápidamente.

Cojo el móvil y veo que ya son las 9:36. Nunca me había quedado en la cama hasta tan tarde.

—¿Henrique? —lo llamo en voz baja—. ¡Nos quedamos dormidos! ¡Son las 9:36!

Él se mueve, abre los ojos y los vuelve a cerrar.

—No tengo guardia en el hospital hoy, y mi primer paciente es a las once —explica, intentando agarrarme de la cintura—. Ven aquí, déjame mostrarte algo.

Pongo los ojos en blanco al mirar bajo las sábanas y ver su polla dura otra vez.

—Sé muy bien lo que quieres mostrarme —ironizo, apartándome.

Busco mi ropa interior tirada cerca del armario, la recojo y corro al baño, llevando mi ropa conmigo.

—Nicole, ¿adónde vas? —pregunta.

Cierro la puerta del baño con llave y golpeo mi cabeza contra la madera.

—¿Qué mierda es esta? —susurro.

No puede ser tan irresistible. ¿Cómo pude sentarme en su boca y chupársela otra vez, justo después de jurarme que no caería en la tentación?

No importa. Esta fue la última vez. Soy fuerte, decidida, y solo estoy aquí por el dinero de fingir ser su novia. Esto de chuparnos mutuamente lo está arruinando todo.

Dos orgasmos tendrán que ser suficientes hasta el año que viene, cuando esté en la universidad. No cederé otra vez, aunque me lo ruegue.

Entraré a la universidad con mi himen intacto. Nunca más dejaré que Henrique pase su lengua por ninguna parte de mi cuerpo. Es mi decisión final.

—¡Contrólate! —me digo al mirarme al espejo—. Nunca habías actuado así.

Me acerco al lavabo, más optimista ahora que ordené mis pensamientos.

—¿Nicole? —Henrique gira el picaporte—. ¿Pasó algo?

Me estremezco cuando golpea la puerta.

Mis ojos se abren como platos al ver bajo el grifo... y encontrar mi cepillo de dientes del fin de semana pasado, junto al suyo.

—No lo tiraste —susurro, sorprendida.

—Nicole, ¿estás bien? —insiste, golpeando otra vez.

—¡No tiraste mi cepillo! —digo. ¿Por qué me importa tanto? ¡Es solo un cepillo!

"Os hace parecer una pareja", susurra una vocecita burlona en mi cabeza. ¿Y si él quiere más que sexo? ¿Más que una farsa? ¿Si te quiere de verdad?

—¡No seas tonta! —le respondo en un susurro.

Abro la puerta y me envuelvo en la toalla que encuentro colgada.

Él me mira.

—¿Qué pasó? ¿Hice algo mal?

Respiro hondo, sintiéndome transparente bajo su mirada, como si pudiera leer mis pensamientos.

Henrique no ha sido un cretino conmigo. No me sedujo. Yo lo hice porque quise. No lo culparé cuando la única culpable soy yo.

—No tiraste el cepillo que usé el otro día —murmuro.

—¿Por qué lo haría?

—No nos habíamos besado todavía. ¿Esperabas que durmiera aquí otra vez? ¿Por eso lo guardaste?

Parece confundido. Y con razón, estoy actuando como una loca. No sé manejar estas emociones nuevas.

—Nicole... —susurra mi nombre, enderezándose. Por un segundo, creo que entiende exactamente lo que siento.

—Sé que exagero, es solo un cepillo... pero cuando vi los dos juntos... recordé cómo me besaste al llegar ayer, y cómo correspondí. Hicimos todo eso... No quiero confundir las cosas.

—Entiendo. Parece que somos pareja, pero ¿es eso malo? —verbaliza mis pensamientos y me abraza.

—Me pagaste para fingir. Y yo tengo mis razones, las conoces... pero esto se está volviendo demasiado confuso. Siento que estoy haciendo el papel de prostituta.

—Ese papel no es tuyo —dice, sosteniendo mi mentón para que lo mire—. Te pago por las citas. Lo que hacemos después no tiene nada que ver.

—No puedo separar las cosas —respondo, mirando las dos cepillas juntas—. Nosotros no podemos. Dijiste claramente que no querías a nadie.

—No quiero comprometerme con nadie. Es diferente.

Muerdo el labio. El dolor en mi pecho es físico.

—Yo tampoco quiero. Necesito enfocarme en mis estudios. Por favor, paremos aquí y solo besémonos cuando sea realmente necesario —pido, traicionando el deseo que arde dentro de mí.

—¿Y cuándo consideras que es necesario?

—Cuando tengamos que convencer a tus amigos, cuando no podamos evitarlo.

—¿Entonces no puedo besarte ahora, aunque lo desee mucho? —pregunta sin bromas. Veo en sus ojos que habla en serio.

Mi corazón se acelera. La razón grita, pero la emoción lucha como una corriente marina. Nada duele tanto como esta contradicción.

—No, Henrique. No nos besaremos —murmuro, sintiendo que me apuñalo a mí misma—. No necesitamos tanta intimidad. Me pagas y yo actúo. Nada más.

Él sostiene mi mirada, buscando algo en mis ojos.

Endurezco mi expresión, tratando de ocultar que muero por besarlo.

Pero algo en mi mirada lo hiere. Sus brazos se aflojan y da un paso atrás. Su rostro se vuelve más serio, y veo esa misma tristeza que noté la primera vez, cuando pensé que era viudo.

Debo significar algo para él. Estaba vulnerable, dolido... Pero es él quien no quiere compromisos. No voy a ignorar mis sentimientos, arriesgarme a enamorarme solo para calmar su soledad. Sería mi destrucción.

Trago saliva, ahogando el nudo en mi garganta.

Henrique gira y sale del baño, cerrando la puerta con un golpe sordo que resuena como un adiós.

Abro la ducha y entro al agua caliente. No sé por qué lloro. Apenas lo conozco.



En el camino a Avaré, después de dejar a las gemelas en la guardería, el silencio dentro del auto es espeso. La intimidad de los últimos días se ha evaporado, volviendo a ser la niñera y el médico desconocidos del primer día.

—¿Estás enfadado conmigo? —pregunto cuando estaciona en el centro.

—No, Nicole —responde sin mirarme.

—Entonces ¿por qué estás tan serio desde lo del baño? —insisto.

—Porque ya no puedo besarte —dice, sale del auto y cierra la puerta con fuerza.

Bajo rápidamente antes de que pueda rodear el vehículo.

—Ven —indica con la cabeza hacia una boutique de lujo. Mis leggings y camiseta de ayer desentonan como un pulgar morado.

Henrique toma mi mano y me arrastra dentro. Odio que su contacto aún me electrice.

—Buenos días, Isabela —saluda a la vendedora, una morena impecable con un traje bordado con el logo de la tienda.

El local es un despliegue de espejos, lámparas de cristal y muebles dorados. Me siento como un alienígena.

—¡Dr. Henrique! ¡Qué honor! —la chica sonríe con entusiasmo. Noto cómo su mirada se ilumina al verlo. No la juzgo.

—Ella es Nicole, mi novia —dice él, apretando mi mano —. Necesita looks para fiestas y cenas. ¿Puedes ayudarla?

—Encantada —Isabella me sonríe sin escanearme de arriba abajo como hacen las vendedoras de la tienda donde Raissa es gerente.

Aprieto la mano de Henrique y susurro:

—¿Podemos hablar afuera?

—Claro, mi amor —responde con ironía mordaz.

En la calle, exploto:

—¡No puedo comprar nada aquí! Iba a comprar blusas baratas en otra tienda. ¡No gastaré todo mi dinero así!

—Yo pagaré. Es parte de tu "trabajo" —dice, finalmente mirándome a los ojos.

—No es justo.

—¿Acaso una actriz paga su vestuario? —replica, llevándome de vuelta adentro.

Isabela pregunta:

—¿Cuántos looks necesitará... señora?

Me crispo al escuchar "señora".

—Una docena —responde Henrique—. Volveré en unas horas.

Antes de irse, su figura impecable—traje azul marino, camisa blanca, corbata—me recuerda que jamás seremos iguales, aunque me vista como ellos.



Nicole

Viernes, 3 de julio

Han pasado semanas desde aquella noche en la cama de Henrique.

Asistí a cenas elegantes, bares, fiestas, asados y cumpleaños de sus amigos. Él nunca bebió en ninguno y siempre me llevó a casa sana y salva —incluso de madrugada—. Fui amable y sonriente con

todos, pero muda como una tumba cada vez que quedamos solos en su Dodge Ram.

Por más que mi corazón latiera con secretos que quemaban por salir, preferí no iniciar conversación. Henrique tampoco tenía nada que decir, más allá de coordinar horarios y destinos.

La intimidad de aquellas primeras semanas se esfumó. Ahora solo somos jefe y empleada, dos extraños sin nada en común.

En algunos viajes, la necesidad de hablar con él, de sentir su calor otra vez, se enredaba en mi garganta como un nudo. El silencio era nuestro tercer pasajero.

Mientras tanto, acumulé 5.500 reales en el banco y 420 escondidos en mi cuarto. En total, Henrique me pagó 6.000 reales por acompañarlo, más 100 por esos primeros días como niñera. Gasté un poco en ropa interior, analgésicos para los cólicos y dulces que me compré en un arranque hormonal.

Con Raissa alejada de mis talones —gracias a las amenazas de Henrique—, pude estudiar a fondo los programas de los exámenes de ingreso. También saqué mi licencia de conducir, como él prometió.

Cuidé de las gemelas dos veces por semana, cuando Henrique tenía guardias nocturnas o conferencias. Nunca acepté pago. Lo hice por amor. Aunque me estremecía cuando me llamaban *"mamá"*.

Preparé papillas, cambié pañales, pero dejé de esperar que cenáramos juntos. Vi el primer diente de Jasmine y cure el rasguño en la frente de Aurora tras su caída en el jardín. Hasta imaginé un fantasma merodeando entre las azaleas cuando estaba sola con ellas. Sabía que solo era el viento y el reflejo de la casa vieja. Y estaba bien.

Ahora doblo la ropa para el viaje a Campos do Jordão, por el cumpleaños 33 de Henrique. Looks comprados por él, que acepté como parte de mi *"trabajo actoral"*.

Abro el cajón —nunca tan lleno— y tomo mis mejores bragas. Separo dos vestidos de invierno, tres conjuntos de falda y blusa, abrigos y medias gruesas.

Al volver de buscar la maleta de Raissa, Julia está probándose mis botas nuevas.

—Me las pondré mañana —dice, estirando la pierna para admirarlas.
—Solo en tus sueños —replico, guardando cosméticos en el neceser.

—¿Te volviste puta? —pregunta Julia, haciéndome helar la sangre.
—¿Cómo dices? —pregunto, recogiendo mi pelo en un moño.

—Mi mamá dice que ahora eres una puta de lujo —revela, posando ante el espejo con mis botas.

—Sácatelas —ordeno, guardando mi escaso maquillaje.

—¿Es verdad, Nicole? ¿Ese médico te paga por coger?

—¡Cállate, Julia! —exclamo—. Tu madre no sabe lo que dice. Henrique y yo salimos en serio.

—Es raro. Un hombre como él podría tener a cualquiera gratis —murmura, hojeando mis prendas nuevas—. Inácio nunca le compra nada así a mamá, y tienen una hija.

Lamo mis labios. Julia tiene solo 13 años, pero es astuta.

—Inácio es un pésimo marido. Solo tu madre no lo ve.

—Se pelean cada vez más cuando no estás —confiesa Julia, su rostro reflejando una mezcla de tristeza y miedo—. Ahora soy yo quien cuida a Pietra y Mariano los fines de semana. Giovane no ayuda, se encierra con sus audífonos cuando empiezan los gritos.

Un nudo me aprieta la garganta. Odio sentirme culpable, pero no puedo evitarlo.

—Tu madre no merece esto —digo, apoyándome en la cómoda y cruzando los brazos—. Podría mantenerlos sola. Inácio no aporta nada.

Julia apoya los codos en las rodillas y el mentón en las manos, mirando al suelo, pensativa.

No sé cómo voy a dejar atrás a estos niños si apruebo el examen de ingreso.

—Mamá te tiene envidia, ¿sabías? —dice Julia tras un largo silencio.

—Lo he notado, pero no entiendo por qué.

—Yo sí —afirma.

—¿Por qué?

Julia se levanta y se frota las manos en los jeans, nerviosa.

—¿Por qué tu madre me tiene envidia? —insisto.

Ella me mira con sus ojos castaños, enrolla su pelo rojo sobre el hombro y suspira.

—Olvídalo. ¿Te vas de viaje con el médico?

Quiero presionarla para que me diga lo que piensa, pero su expresión es demasiado seria.

—Sí.

—¿Hoy?

—Sí, más tarde.

—¿Y cuándo vuelves?

—El domingo.

Julia suspira.

—¿Qué pasa? —pregunto.

—Nada. Nos vemos cuando regreses. Buen fin de semana —dice, y sale del cuarto.

Me queda la sensación de que vino con algo importante que decir, pero estoy retrasada. Necesito encontrar a Brianna antes de su hora de almuerzo para recoger el regalo que le compré a Henrique.

Al final, me olvido de Julia.



—¿Crees que le gustará? —pregunto frente al supermercado donde trabaja Brianna, mientras ella me entrega un regalo rectangular envuelto en papel dorado.

—Es un whisky de 12 años excelente. ¡Claro que sí! —afirma Brianna—. ¿Su cumpleaños es hoy o mañana?

—Mañana. Pero son casi seis horas hasta Campos do Jordão. Quieren salir antes de las 14:00 para llegar al hotel antes de la cena —respondo, entregándole los 300 reales que le debo por la botella —. Mil gracias. Te debo otra.

—No es nada —sonríe.

—Debo recoger a las gemelas en la escuela. Le prometí a Henrique que las arreglaría antes de que llegara.

—Que tengan un buen viaje —dice Brianna. Ella es la única que sabe sobre la farsa de nuestra relación.

Le lanzo un beso y subo al taxi que me espera. Recojo a Jasmine y Aurora después del almuerzo, como acordé con su maestra. Es su último día de clases antes de las vacaciones de julio.

Henrique las lleva al viaje; no quiere pasar su cumpleaños lejos de ellas.

Al llegar a su casa, mi maleta ya está lista, escondida en el jardín donde la dejé antes de ir con Bri.

Llevo a las niñas directo al baño. Ya estoy vestida: un vestido corto color vino de mangas largas, botas negras sin tacón y medias igualmente oscuras. Intento no mojarme mientras Aurora chapotea en la bañera llena de espuma.

—¡Mamá! —grita Aurora, mostrando sus dientitos de leche con una sonrisa.

—¡Mamá, mamá! —se une Jasmine, golpeando el agua con las manos, salpicándome el vestido. Hace una mueca traviesa que me dan ganas de morderla.

—¡Me van a empapar! Y el papá no esperará a que me seque —intento sonar seria, pero es imposible. Son demasiado adorables.

—¡Quelo mi papá! —grita Aurora, aplaudiendo con sus manitas llenas de espuma.

—Ya llegará, cariño —digo, frotando su cabecita—. ¿Sabían que vamos a viajar? Ustedes, el papá y yo.

—Mamá y papá —dice Jasmine, levantando dos deditos.

Respiro hondo. ¿De verdad creen que soy su mamá? Si Henrique no las corrige, no seré yo quien les rompa la ilusión.

Termino de bañarlas y las visto con vestidos de lana gris, medias rosadas, botas beige y gorros de lana. La habitación está cálida gracias al calefactor que encendí antes.

—¡Voy a morder este pie gordito! —digo, tomando el pie de Jasmine, quien suelta una carcajada. Luego soplo la barriguita de Aurora, haciéndola reír a carcajadas.

Les pongo sus pañales, ropa y seco sus cabellos rubios con el secador, aprovechando para secar también mi vestido mojado. Les coloco lazos de terciopelo rosa con perlas y arreglo sus flequillos recién cortados.

—Casi nunca se visten igual. Espero que al papá no le importe. ¿Quieren elegir dos juguetes para llevar?

Aurora levanta dos deditos, balbuceando algo que suena a *"dos"*. Jasmine corre hacia mí y repite *"uno, dos"* con su pronunciación infantil.

—Sí, Jasmine. Uno, dos juguetes —respondo, señalando con mis dedos.

—Aprendiste a diferenciarlas —la voz de Henrique me sobresalta.

—Sí, ahora lo sé. Hola —digo, nerviosa, arreglándome el cabello detrás de la oreja. Las gemelas están extasiadas con su llegada—. Creo que ya estamos listas.

Las hace reír con cosquillas en las axilas, pero no se alejan.

—Están preciosas, mis princesas —las elogia, besando sus mejillas sonrosadas por la risa.

—Mamá —Aurora me señala y balbucea.

—Creo que quiere decir que las dejaste hermosas —dice Henrique, mirándome fijamente.

No recuerdo la última vez que me miró así.

Trago saliva, doy la vuelta y guardo la pomada en el cajón de los pañales.

—Ellas ya son hermosas —digo, aliviada de escapar de su mirada.

No quiero revivir esas emociones, así que salgo de la habitación, anunciando que prepararé sus biberones.

Cuando todo está listo, partimos en el auto.

Estoy nerviosa. No sé si compartiremos habitación en el hotel. Si es necesario, dormiré en la cama de las gemelas.



Henrique

—Tú también estás preciosa— susurro cuando Nicole sale de la habitación, sin que me oiga.

Siento un puñazo en el pecho al verla alejarse tan rápido, pero no puedo intentar acercarme. Estoy cumpliendo su deseo: mantener una relación sin intimidad, pisoteando mis propios anhelos.

Cojo a Jasmine en brazos y tomo de la mano a Aurora para bajar. Abro la reja de seguridad que instalé recientemente en la escalera—para que no se lastimen—y bajo con ellas.

Encuentro a Nicole en la cocina, terminando de preparar los biberones y guardando snacks para las niñas en una bolsa térmica.

Odio esta sensación confusa: tenerla en mi casa, moviéndose como si perteneciera aquí, pero sin poder acercarme, preguntarle por su día, atraerla a mis brazos y besar su boca suave y dulce.

Es jodido que en público vayamos de la mano, y en privado ni siquiera me mire a la cara.

Trago saliva y me aclaro la garganta para llamar su atención.

—Dejaré a las niñas aquí y me daré una ducha rápida — informo, dejando a Jasmine en el suelo.

Nicole lanza una mirada fugaz hacia mí, sin sostenerla.

Recorro su cuerpo con los ojos. Está quieta junto al microondas, con un vestido vino que cubre sus pechos y brazos, pero deja al descubierto sus muslos y sus curvas.

Observo cómo la tela se ajusta a su trasero cuando se inclina para coger algo del cajón de los cubiertos. ¿Sabrá Nicole lo mucho que la deseo? ¿Lo que me cuesta respetar su voluntad?

Subo las escaleras y me ducho. Después, cargo el carrito de las gemelas en la camioneta junto con las maletas, mientras Nicole las acomoda en sus sillitas, y partimos.

Son unos 480 kilómetros hasta Campos do Jordão. Con tráfico normal, llegaremos al hotel sobre las 20:00.

Entre Itaí y Avaré, Nicole se aplica maquillaje que oscurece sus pestañas y hace su boca aún más irresistible.

Mis ojos se clavan en sus muslos cada vez que se mueve, y debo esforzarme al máximo para no tocarla.

—Mi hermana viene con nosotros— digo al acercarnos a Avaré —. No la conoces aún.

Muerde su labio, con expresión nerviosa.

—No, nunca nos hemos visto.

—Helena está de vacaciones de la universidad. Os llevaréis bien, es un encanto— explico.

—¿No notará el engaño?

—Ya lo sabe. Se lo conté. Es la única de la familia que sabe que contraté una novia— confieso—. Mis padres aún no se han enterado.

—Ah…— murmura—. ¿Qué opina ella?

—Que me faltan tornillos— admito, y ella ríe.

Es tan bonito verla sonreír. Ojalá pasara más veces cuando estamos solos, pero no sé qué está permitido decir. Ella no quiere intimidad conmigo.

Conduzco hasta la gasolinera donde quedé con mis amigos. Larissa, Bruna, José Antonio, Lidia y Sophia ya están allí. Marlon, mi amigo desde el colegio—ahora abogado—llega minutos después con dos chicas de unos veinte años que no reconozco.

Por último, veo acercarse el coche de Fred y, para mi shock, Helena va con él.

—Un momento, Nicole— pido antes de bajar de la camioneta.

Ajusto mi gorra, juego con los dos anillos de mi mano derecha y me acerco al Mercedes 180 de Fred cuando aparca.

Golpeo el cristal con el anillo del meñique. Cuando Fred baja la ventanilla, me inclino y miro al asiento trasero, buscando a las mujeres con las que suele viajar. Pero solo está mi hermana pequeña con él.

—¿Qué coño es esto?— pregunto, tirando del tirador de la puerta del conductor—está bloqueada—. ¿Por qué vais solo los dos? ¿Dónde está tu coche, Helena?

—Yo también te echo de menos, Henri— dice Helena con sarcasmo, inclinándose sobre Fred para verme mejor.

Odio cómo apoya la mano en el abdomen de Fred. Él lo sabe: no quiero que se acerque a mi hermana. ¿Por qué hacen un viaje de seis horas solos?

—Helena me pidió que la llevara. No iba a decirle que no, Henri— dice Fred, guiñándome con una sonrisa pícara.

—¿Dónde está tu coche, Helena?— insisto, tirando del tirador de nuevo.

—Fred iba solo, yo también, ¿por qué no ir juntos? —dice Helena, aún inclinada sobre él, que se divierte con la situación.

—Porque lo conozco demasiado bien como para saber que es un maldito cretino, y no permitiré que te toque —respondo, agarrándole la solapa de la chaqueta a Fred. Saldrá de ahí por las buenas o por las malas—. —Abre la puerta y sal aquí. Voy a borrar esa sonrisa de tu cara.

—¡Suéltame, joder! —Fred se pone serio, intentando zafarse —. No estoy tan loco como para tocar a tu hermana.

Helena sale repentinamente del coche, lo rodea y me empuja con ambas manos contra el pecho, obligándome a retroceder.

—¿Cuántos años tengo, Henri? —pregunta en voz baja pero furiosa.

—Lo sé, pero no dejaré que este cabrón te toque. Lo conozco mejor que nadie. Si dejó de llevar a alguien en este viaje para darte ride, es porque tiene segundas intenciones —explico. Veo a Marlon y Zé acercarse al Mercedes de Fred con sonrisas burlonas—. Irás con Zé y Lídia, en el asiento trasero con Sophia. ¿Entendido?

—¡No iré! Ya no soy una mocosa a la que puedas mandar — murmura, cada vez más enfadada.

—No se trata de mandarte. Se trata de él. No confío en él cerca de ti —replico.

—Henri, no voy a salir con tu amigo. Es doce años mayor que yo. ¿Crees que es tan pervertido como para ligar conmigo?

—¡Sí! Y esa diferencia de edad no importa. Nicole tiene tu edad.

—Es diferente —baja la voz—. Ni siquiera sois novios de verdad.

—No hables de eso aquí.

—Pues vuelve a tu coche. Ya no tengo catorce años y no necesito esta protección. ¡Quedas fatal! Todos nos están mirando.

—Siempre serás mi hermanita —intento argumentar, pero sé que ya no puedo protegerla como antes. Respiro hondo, horrorizado ante la idea de que alguien como Fred la lastime, pero estoy derrotado.

Helena mira hacia atrás. Me giro y veo a Nicole acercarse con los brazos cruzados y expresión preocupada.

—¿Pasa algo? —pregunta tímidamente.

—Tu novio es un celoso patológico. No sé cómo lo aguantas —dice Helena, guiñándome discretamente antes de estrechar la mano de Nicole—. Encantada de conocerte al fin. Soy Helena.

—Nicole. El gusto es mío —responde con una sonrisa genuina. Las veo besarse en la mejilla y por un segundo deseo que esto sea real. Serían grandes amigas.

—Me alegra que ayudes a mi hermano. Henri lo es todo para mí —dice Helena.

Fred arranca el Mercedes y se dirige a una bomba de gasolina. Marlon hace lo mismo con su Hilux.

—Me encantó hablar contigo. Nos conoceremos mejor en el viaje —dice Nicole, volviéndose hacia mí—. Te espero en el coche. Las niñas están solas.

Me quedo mirando cómo se mueve su trasero al caminar. Es irresistible.

—Cierra la boca, que se te cae la baba —susurra Helena, dándome un codazo.

—Es preciosa, ¿no? —susurro.

—Sí. Y tú, como cáncer emocional, estás coladísimo —afirma.

—Tonterías. Mi signo no define mi carácter. Nunca fui así.

—Ajá, claro. Como si no te conociera, Henri.

Niego con la cabeza, aunque sé que tiene algo de razón. Soy un poco intenso.

—Nada que ver con el zodiaco —insisto, solo para provocarla.

Ella rueda los ojos, se apoya en mi pecho y me da un beso en la mejilla antes de irse hacia el Mercedes, recogiéndose el pelo lacio en un moño.

Respiro aliviado. Hice mi parte por protegerla. Y Fred ya está advertido.



El hotel en el que hicimos la reserva está ubicado en la región central de Campos do Jordão, en Vila Capivari. Dejamos las maletas en nuestras suites y yo me apresuro a organizar que las gemelas se queden en la misma habitación que Helena, no porque tenga alguna segunda intención con Nicole para quedarme a solas con ella, sino para evitar que Fred intente algo. Con las niñas allí, no se atreverá.

Antes de salir a cenar, Nicole va a la suite de Helena a ayudarla a cambiar a Aurora y Jasmine.

Mi alojamiento está caliente gracias a la chimenea, pero fuera hay ocho grados.

La suite está dividida en una sala, dos dormitorios con chimenea y una cama king size en cada uno, y un amplio baño que tiene un largo tocador con dos lavabos, dos cabinas con inodoros, una gran ducha con dos cabezales, además de una bañera de hidromasaje. Hay albornoces y toallas bordados con el símbolo del hotel y una decoración rústica, con paredes de piedra, armarios móviles de estilo provenzal y techo de madera, que recuerda a castillos europeos.

Uno de los dormitorios estaría destinado a las niñas, pero como se alojaron con Helena, Nicole y yo nos quedaremos separados.

Estoy en uno de los dormitorios, cambiándome, cuando escucho entrar a Nicole. Me lanza una breve mirada, luego va al otro cuarto.

— Saldremos en unos minutos — le aviso.

— Vale, solo me pondré otra media y un abrigo — explica, antes de cerrar su puerta. — No tardaré.

Me pongo un suéter de lana sobre la camiseta blanca, me coloco una chaqueta de cuero y cambio la gorra por un gorro negro, luego me echo un poco de perfume y me cepillo los dientes, dejando la ducha para cuando regrese de la calle.

Encuentro a Nicole esperándome en la sala. Lleva un abrigo rojo, ceñido por un cinturón en la cintura, que combina con el pintalabios que usa; el cabello está suelto y los rizos caen por debajo de su cintura. Está tan hermosa que siento ganas de hacerle un cumplido, pero me contengo.

Dejamos los coches en el hotel y vamos caminando a la famosa choperia Baden Baden, donde Marlon hizo la reserva para todos.

Nos acomodan en una gran mesa redonda y pronto los camareros traen los menús.

Abro el mío, pero observo a Nicole por el rabillo del ojo. Noto que frunce el ceño ante los platos.

Me acerco a ella para besar su rostro, aparto un mechón de su pelo y lo sujeto detrás de su oreja, luego susurro, como si fuéramos realmente una pareja:

— ¿Comes pescado? — le pregunto, imaginando que no está segura de qué pedir.

— Sí — responde, luego me mira con esos ojos grandes que hacen que mi corazón lata irregularmente.

— Voy a pedir trucha con salsa de almendras para los dos, ¿te parece?

— Claro, perfecto — dice y cierra el menú.

Los camareros no tardan en traer nuestros platos y, después del plato principal, acompañado de vino, pedimos el rodizio de fondue.
Las gemelas, sentadas en sillas especiales para niños, adoran el pan con salsa de queso, y aún más las frutas bañadas en chocolate derretido. Se manchan mientras las sirvo, pero Nicole siempre está atenta a limpiarlas con las servilletas, así que no llegan a ensuciarse la ropa, solo los baberos.

Después de la cena, salimos del Baden Baden y doblamos la esquina hacia el Boulevard Geneve, un callejón que alberga un complejo de tiendas de bebidas, chocolates y ropa, lleno de turistas.

— Este es uno de los lugares más famosos de la ciudad — le digo a Nicole mientras empujo el carrito doble de las niñas. — Fíjate

en las construcciones.

— Todas las tiendas tienen esas vigas de madera, parece que estoy en otro país — observa ella.

— Es el estilo enxaimel, de la arquitectura alemana — explica Larissa, como buena arquitecta. — Es un tipo de construcción en el que las paredes se levantan con vigas de madera en posición horizontal, vertical o inclinada, y los espacios se rellenan con materiales como ladrillos y cemento.

— Con la pintura, queda encantador — añade Bruna. — Esta era una técnica muy usada antiguamente en las regiones montañosas de Alemania, Austria y Suiza, para que los edificios resistieran los vientos fuertes.

— Da la impresión de que estamos en otro siglo — comenta Nicole, mirando los estandartes en mástiles fijos en las paredes con el escudo de las tiendas. — Y los tiestos colgantes en las ventanas, llenos de flores, hacen el ambiente aún más romántico. Nunca había visto un lugar tan bonito.

— No es casualidad que sea uno de los destinos más románticos de Brasil — dice Helena, dándome un codazo en las costillas.

— Ni se te ocurra pensar en romance aquí — le digo con seriedad.

Caminamos hasta un termómetro antiguo y pintoresco, donde saco a las niñas del carrito para posar en fotos con Sophia. Luego, entramos en una tienda a comprar chocolates.

Tomamos varias fotos en el Boulevard Geneve, comemos crepes suizos y después regresamos al hotel.

Me despido de las niñas en la puerta del cuarto de Helena y envío un audio nada amistoso a Fred.

— No se atreverá a coquetear con tu hermana — dice Nicole camino a nuestra suite.

— No confío en él cerca de ella.

— Pero Fred es tu mejor amigo, lo conoces bien — comenta, mientras abro la puerta con la clave en la cerradura digital.

— Precisamente porque lo conozco bien es que no puedo confiar. Desde que empezamos a viajar juntos, es la primera vez que pasa la noche solo; siempre se llevaba a alguna chica, hasta dos. Sé exactamente cuáles son sus intenciones con mi hermanita.

— Debe ser bueno tener a alguien que te defienda — dice Nicole, sentándose en el sofá y metiendo las manos bajo los muslos. — Cambiando de tema… ¿Sería mucha gula si te pido probar uno de esos bombones que compraste en el Boulevard Geneve?

— Claro que no — me acerco al sofá, me siento a su lado y abro la bolsa de chocolates. Es un placer estar intercambiando más que unas pocas palabras con Nicole. — Hay bombones rellenos de Nutella, fresa, coco, licor de cereja y menta. Puedes comerlos todos si quieres.

Ella se inclina, elige uno y saborea el chocolate, pasando la lengua por los labios para lamer el relleno. La escena me hipnotiza, hace que mi cuerpo vibre.

— Creo que hoy ya comí demasiado. Nunca pensé que conocería un lugar tan hermoso… Muchas gracias por traerme — dice, y se pone de pie.

— Eres mi novia — respondo, aún tenso por verla tan sexy.

— Gracias de nuevo, de todas formas. ¿Puedo pedirte algo?

— Claro, Nicole.

— ¿Podrías enseñarme cómo encender la chimenea en mi cuarto? — dice, pero luego agita las manos y niega con la cabeza. — ¡No! ¡Olvídalo! Llamaré a alguien del hotel.

— No hace falta, yo lo hago — aseguro, levantándome.

— No te preocupes, iré a recepción y pediré ayuda.

— Ni lo sueñes — insisto.

— ¿Seguro? — pregunta, mordiendo su labio rojo.

— Absolutamente — respondería. Encendería cualquier fuego que Nicole necesitara… porque ella ya encendió el mío.



Nicole

Casi medianoche...

No es cierto que no supiera encender un fuego en la chimenea, y ni siquiera puedo explicar exactamente por qué fingí eso. Encendía las parrillas cuando Raissa hacía barbacoas en casa. No debe ser muy diferente.

Temo que haya sido una petición de mi inconsciente, buscando excusas para pasar un poco más de tiempo cerca de Henrique.

Carraspeo suavemente mientras él camina hacia mi habitación, vestido con esa ropa cara y elegante. Al acercarse a mi cama, se quita el gorro y se pasa las manos por el pelo para alisar los mechones, lo que los desordena aún más… y queda irresistible.

Trago saliva con dificultad cuando él baja el cierre de su chaqueta de cuero y comienza a quitársela, dejándola luego sobre mi cama.

Siento la tensión en el aire mientras se agacha, toma unas astillas de madera y el papel que están junto al soporte de hierro fundido al lado de la chimenea. Las coloca en el centro, las acomoda con cuidado y se asegura de que no haya nada inflamable cerca. Cuando enciende los fósforos y aviva las llamas, se endereza y se quita el suéter de lana, quedándose solo con la camiseta blanca.

Mis ojos se abren como platos al ver el nuevo tatuaje en su brazo, que no estaba allí la última vez que lo vi sin las gruesas capas de invierno. ¡Maldito frío! ¿Cuándo se lo hizo? ¿Por qué no me lo dijo?

Una sensación extraña se apodera de mi pecho y estómago, como si tuviera celos de la intimidad que comparte con quienes sí conocen ese tatuaje. Como si hubiéramos perdido nuestro vínculo, y ahora no significara nada para él. Por eso no me lo contó. Pero debo recordarme que es exactamente así: yo no significo nada para Henrique.

Hago un gesto de descontento al observar el reloj agrietado entre llamas, justo debajo de la figura de un guerrero, donde antes solo había piel lisa e intacta.

Recojo su suéter del suelo a su lado y lo doblo, aprovechando para inhalar el aroma amaderado en el cuello, antes de dejarlo sobre la chaqueta.

Henrique coloca los troncos más grandes una vez que el fuego está bien encendido. Luego se levanta, se frota las manos para sacudir el polvo y cierra la rejilla protectora.

— Listo — dice al girarse. Su rostro está sonrojado, con una fina capa de sudor en la frente.

— Gracias — respondo, poniéndome de pie.

— Te dejaré descansar. Si quieres darte un baño en la hidromasaje, adelante. Yo también me bañaré, pero esperaré a que termines.

— Muchas gracias — digo, y doy un paso hacia él.

La habitación está caliente, y alzo la mano para tocar el reloj agrietado en su piel. Noto cómo se estremece bajo mis dedos y retiro la mano, pero al instante la vuelvo a posar sobre él.

— No sabía que te habías hecho un tatuaje nuevo — murmuro, incapaz de disimular el tono de reproche, como si me debiera una explicación. — Y menos uno tan grande.

Deslizo los dedos por su piel, siguiendo los contornos de las llamas, luego el guerrero. Aparto un poco la camiseta para ver mejor las hojas en forma de arabescos que serpentean hacia arriba.

— Lo terminé hace unos quince días — dice, moviendo el brazo para que pueda apreciar los detalles. — No quise molestarte con algo tan trivial.

Miro sus ojos azules, buscando a aquel que me confesó sus sentimientos semanas atrás, pero solo encuentro tristeza en su profundidad. Tristeza mezclada con vergüenza.

Espero estar equivocada, porque es horrible pasar un cumpleaños así. Parece que no ha superado en nada la ruptura con su ex; solo está más herido. Otra vez, ese nudo en el estómago.

— No es algo trivial. ¿Y por qué me molestaría? — pregunto.

Él suelta una risita que no llega a sus ojos, pero no aparta el brazo.

— ¿Por qué te molestaría? Tú dejaste muy claro que no querías intimidad conmigo más allá de lo estrictamente necesario. *"Yo actúo y tú me pagas"*. Esas fueron tus palabras, Nicole.

Parpadeo. No puedo contradecirlo, porque no recuerdo exactamente lo que dije.

— Conoces mis razones — susurro, soltando finalmente su brazo.

— Las conozco y las estoy respetando, como pediste. Supongo que los detalles de mi vida personal no te interesan, ¿no? — pregunta, pero no espera respuesta. **— No quieres ninguna cercanía conmigo. Por eso no te conté del tatuaje. No tenemos nada.

Trago saliva para aliviar el nudo en mi garganta y cruzo los brazos. Quiero replicar, pero él está cumpliendo exactamente lo que le pedí. ¿Cómo puedo discutir eso?

Aquella mañana en tu habitación, me di cuenta de que la única forma de que esto funcionara era manteniendo una relación

estrictamente profesional, sin ningún tipo de envolvimiento. ¿Por qué me siento como si me arrepintiera?

Él me mira por un instante. No sé qué está pensando, y odio no poder preguntarle. Entonces se gira hacia la puerta y da dos pasos largos.

Corro hacia él y le agarro la muñeca, imaginando que apartará mi mano y se irá. Pero Henrique se detiene y se vuelve.

No sé qué decir, no sé qué pensar. Solo temo que algo de esa tristeza visible en sus ojos tenga que ver conmigo.

— Y-yo... — empiezo, sin saber qué quiero expresar. Estoy tan confusa que me siento ridícula. ¿No era más fácil seguir como estábamos? ¿Por qué intento cambiar lo que yo misma propuse?

— ¿Tú...? — pregunta.

Da un paso hacia mí y envuelve mi cuerpo con sus brazos musculosos y tatuados. Me toma por sorpresa, y mi corazón se desboca. Le devuelvo el abrazo, me alzo en puntillas, le doy un beso en el cuello y apoyo mi barbilla en su hombro. Siento su corazón golpear contra mi pecho y temo que él también note el mío, salvaje y estruendoso. Aferro mis dedos a su camiseta, a su espalda, deseando prolongar el contacto. No es como los abrazos fríos que nos damos en público: este es cálido, íntimo, y me hace contener la respiración cuando él aprieta los labios contra mi rostro.

¿Por qué diablos mi cerebro no puede formar una frase coherente con mis propósitos, que no hiera a ninguno de los dos?

— Henrique, yo... — susurro. — Ya no sé qué pensar. No quería que nos alejáramos así. Eres alguien muy importante para mí.

— Solo cumplí tu voluntad. No intenté acercarme, aunque lo deseaba tanto. Hice lo que me pediste.

— ¿Deseabas acercarte a mí? — le pregunto, sin estar segura de poder manejar la respuesta. — ¿Por qué?

— No te habría pedido que pasaras esa noche conmigo si no te deseara tanto — murmura. — Pero lo hice todo mal, y tú me pediste distancia.

Sus brazos se aflojan y me suelta.

— Tenía miedo — digo en voz baja.

— Lo sé, y lo estoy respetando — dice Henrique, retrocediendo hacia el marco de la puerta. — Pasaré por la habitación de mi hermana a ver a las niñas. Buenas noches, Nicole. Que descanses.

Lo observo alejarse hasta desaparecer de mi vista. Me siento en la cama, tratando de entender qué acaba de pasar, por qué toqué ese tema, por qué todo lo que nos dijimos solo dejó más confusión.

No puedo dejarme afectar así por él cuando tengo tantas cosas más importantes de qué preocuparme.

— ¿Por qué me importa tanto? — murmuro.

El dinero está en mi cuenta, he estudiado mucho, y si termináramos nuestro acuerdo hoy, ya podría arreglármelas en otra ciudad durante meses. No tiene sentido querer ir tras él.

Enjugo las lágrimas, sin entender por qué lloro, y frunzo el ceño al mirar las llamas en la chimenea.

— ¡Soy ridícula! — refunfuño, pasando los dedos por la lana del suéter que olvidó en mi cama.

Quiero correr tras él, pedirle que me abrace otra vez, pero no entiendo este deseo. Todo lo que *debería* desear es aprobar el examen de ingreso a la universidad, no a un hombre. No después de ver a mi madrastra hundirse tantas veces por culpa de hombres.

Respiro hondo, tratando de calmar mi corazón, y recojo mis cosas para ducharme. Abro la maleta en busca de un viejo y cómodo conjunto de algodón, y me topo con el envoltorio dorado del regalo de cumpleaños que compré para Henrique.

Dejo escapar un suspiro largo. De alguna manera, siento que estoy traicionando mis *propios* sentimientos... ¿pero cuáles sentimientos? ¿No es estudiar lo único que quiero? Él me está ayudando a alcanzar mis metas. ¿Por qué siento que me traiciono a mí misma?

No puedo querer estar con él. No puedo desear sus besos, su compañía, sus caricias, cuando eso va contra todo lo que anhelo en la vida. Me iré, si Dios quiere, en unos meses. ¿Por qué arriesgarlo todo por un deseo carnal?

¿Y si no es solo eso? ¿Y si mi corazón también lo desea?

Sacudo la cabeza, notando que me vuelvo cada vez más contradictoria, y me dirijo al baño.

No puedo desear no haber conocido a Henrique, cuando me ha ayudado tanto económicamente, sin contar las veces que intervino por mí frente a Inácio.

Me quito la ropa, recordando cómo irrumpió en la sala de casa y le dijo cuatro verdades al asqueroso marido de Raissa, el tono que usó para defenderme por teléfono...

Muerdo mi labio. ¿Qué puedo hacer? ¿Por qué inventé esa conversación sobre el tatuaje? Podría haberme quedado callada. Ojalá tuviera una madre para aconsejarme, para poner cordura en mi cabeza.



Estoy acostada en la cama grande, navegando por los canales de la televisión por cable, buscando alguna película que me distraiga. Estoy más tranquila, mi mente menos confusa.

Me he dado cuenta de que es normal sentir atracción por un hombre tan atractivo como Henrique, y eso no significa que me vaya a enamorar de él. Soy mujer, tengo sangre caliente corriendo por mis venas y mi cuerpo tiene sus deseos, especialmente después de haber experimentado las sensaciones que él me hizo sentir. Pero eso no quiere decir que vaya a abandonar todo en nombre de ese deseo.

El próximo año entraré a la universidad, estoy optimista. Decidí inscribirme al menos en un examen de admisión para enfermería. Si no logro ingresar a medicina ni consigo una beca, al menos tendré más oportunidades en enfermería. No es mi sueño, pero pronto cumpliré veintiún años y sé que el tiempo se me acaba.

No puedo soportar otro año más con Raissa, aguantando todo solo para poder estudiar. Si no entro a ninguna universidad, renunciaré y buscaré un trabajo que me permita mantenerme.

Escucho el clic de la puerta y supongo que Henrique ha vuelto de la suite de Helena. Pienso en ir a dar un beso a las gemelas, pero desisto, no quiero molestarlas. Seguramente ya están dormidas.

Me revuelvo entre las sábanas, escuchando sus pasos en la sala. Imagino que fue a bañarse. ¿Se habrá dado cuenta de que dejó aquí su suéter y su chaqueta?

Los minutos pasan hasta que oigo el sonido metálico de la puerta del baño al abrirse. Puedo imaginármelo cruzando la sala hacia su habitación, con el pelo mojado y una toalla sobre los hombros, cubriendo parcialmente sus tatuajes.

Espero cinco minutos, tomo mi celular y le envío un mensaje:

Yo: *¿Puedes venir aquí?*

Son la 1:10 de la madrugada. Espero, viendo cómo el 10 se convierte en 11, luego en 12, y pronto es la 1:20. Intento ignorar los latidos de mi corazón irresponsable y me estremezco cuando alguien toca mi puerta.

— Pasa — digo, levantándome rápidamente. Tomo el envoltorio dorado y cruzo la habitación hacia la puerta justo cuando Henrique entra. — Feliz cumpleaños.

Extiendo el paquete hacia él y veo sorpresa en sus ojos azules. Aunque hace frío, él solo lleva un pantalón de algodón; su pecho y brazos están descubiertos, excepto por las tatuajes.

— ¿Esto es para mí? — parpadea, confundido.

— Ya pasó la medianoche, es cuatro de julio, tu cumpleaños. ¿O no? — pregunto, y él toma el regalo, agitándolo ligeramente para calcular su peso.

— Sí, pero no tenías por qué molestarte.

— No es exactamente un regalo, solo un detalle para que no pase desapercibido. No sabía qué darte, así que compré esto.

Brianna me ayudó a elegir.

— No esperaba un regalo tuyo — dice, con los ojos brillando. Va hacia la cama y coloca el paquete sobre ella antes de empezar a abrirlo. — Me has sorprendido.

— No es un regalo — aclaro, moviendo las manos con nerviosismo. — Solo es una botella de licor. Nada del otro mundo.

¡Nada del otro mundo para él, que es rico!, grita mi lado pobre y avergonzado.

Cruzo los dedos detrás de la espalda y espero que no ponga cara de desdén.

Mi pecho se llena de alegría cuando veo la sonrisa que le ilumina el rostro al descubrir la botella. El hoyuelo adorable en su mejilla aparece.

— Me encanta. La guardaré en mi bar y solo la abriré en una ocasión muy especial — dice, sosteniendo el whisky. Lo deja sobre la cama y viene a abrazarme.

— ¡Felices treinta y tres años! — digo contra su cuello. — Te deseo todo lo mejor. No soy buena diciendo cosas bonitas. Felicidades y… dejaste tu chaqueta aquí.

Me siento ridícula por mis palabras torpes y quiero meterme en un agujero por no saber felicitarlo como se merece, pero Henrique me mantiene en sus brazos más tiempo del que esperaba, apretándome fuerte contra su pecho. Huelo el champú de hierbas en su cabello húmedo y el aroma a jabón de verbena del hotel en su piel. No lleva perfume, pero aun así huele increíble.

— Gracias, Nicole. No tenías que gastar dinero en mí, pero es muy bonito recibir un detalle tuyo — dice, soltándome. Nos

separamos unos centímetros y él mete la mano en el bolsillo para sacar el celular. — Te lo compensaré. ¿Cuánto costó? Lo incluiré en la transferencia de hoy.

Lo veo desbloquear la pantalla y abrir la aplicación del banco. Confía tanto en mí que ni siquiera disimula al teclear la contraseña.

— Ni hablar de que acepte un reembolso por un regalo — digo en un tono más alto de lo normal, quitándole el móvil de las manos, bloqueo la pantalla y lo meto de nuevo en su bolsillo. — Tampoco quiero cobrar por este fin de semana. Es tu cumpleaños, por favor.

Veo su ceño fruncido; parece confundido.

— ¿Viniste conmigo solo por el viaje? Si no quieres cobrar, ¿no preferirías estar estudiando? — pregunta Henrique con los brazos caídos a los lados.

Mis ojos recorren las venas marcadas en sus brazos. No me dijo que había vuelto al gimnasio, pero se nota por los abdominales más definidos y sus bíceps más firmes.

— No vine solo por el viaje. Me encanta conocer la ciudad y es la primera vez que me alojo en un hotel, todo es nuevo para mí… Pero no es por eso. No dejaría que mi *novio* viajara solo en su cumpleaños — bromeo, soltando una risita. — Vine a hacerte compañía.

Algo en mis palabras hace que su semblante cambie, se vuelva serio y aún más interesado.

— ¿Hacerme compañía? — pregunta.

— Sí — asiento con la cabeza para enfatizarlo y me muerdo el labio.

— ¡Nicole! — dice con voz ronca, en tono de advertencia, como si hubiera hecho algo malo.

La madera crepita en la chimenea. Me sobresalto, llevándome la mano al pecho izquierdo, donde el corazón late furioso.

— ¿Qué pasa? — pregunto.

Él niega con la cabeza y se ríe, pero su expresión parece ocultar algo.

— Quisiera saber qué estás pensando, sinceramente. Ya dejé de intentar adivinarlo.

— ¿A qué te refieres, Henrique?

— Dijiste que viniste a hacerme compañía. ¿Qué *tipo* de compañía?

La mirada que me lanza no deja lugar a dudas. Sé exactamente a qué se refiere.
Vuelvo a morderme el labio, temerosa de decir una tontería, de soltar que seré la compañía que él quiera.

De repente, el fuego en la chimenea parece demasiado caliente, intensificando la tensión en la habitación.

— ¡Nicole! — dice mi nombre más alto esta vez, casi alarmado, como si hubiera roto la misma regla dos veces seguidas. — Por favor.

Abro los ojos de par en par y lo miro, sin entender.

Lo veo dar un paso hacia mí. Toca mi labio inferior y lo tira hacia abajo. Me estremezco al sentir sus dedos en mi boca; su mano

está caliente y su cercanía despierta a esa desvergonzada que llevo dentro desde mayo.

— No sabes lo que quiero hacerte cuando te muerdes el labio así. Por favor, no me tortures más — murmura, quitando los dedos de mi boca para sostener mi cuello.

Respiro hondo, recordando que Henrique ya me había dicho eso antes: que temía que descubriera lo que quería hacerme cuando me muerdo el labio.

Estamos solos aquí, y mi cuerpo arde. Amo esta cercanía, esta intimidad. No puedo negar cuánto lo deseo… pero *puedo* contenerme.

¿Quiero contenerme?

— Henrique — susurro, y alargo la mano para tocar su costado. Él da otro paso, coloca su otra mano en mi nuca, dobla ligeramente las rodillas y me mira fijamente.

— ¿Qué quieres de mí? — pregunta. — Dime qué deseas, y lo haré.

— No lo sé — murmuro. Alzo la mano y la poso en su pecho, donde siento sus latidos fuertes. — Yo también quiero saber qué quieres *tú* de mí.

Henrique se inclina y besa mi cuello, luego mi oreja. Me aferro a sus hombros e intento contener un escalofrío.

— Quiero devorarte, Nicole. Quiero saborearte otra vez — su voz adquiere un tono animal, salvaje.

Aprieto los ojos con fuerza y busco en mi mente razones para detenerme… pero solo encuentro deseo.

— Es mi cumpleaños… ¿puedo pedir otro regalo?

Mi corazón va a estallar. Lo siento.

En lugar de alejarme, como exige la razón, paso un brazo alrededor de su cuerpo y agarro su cabello, abrazándolo con fuerza.

— Pide — digo en un hilo de voz, sintiendo palpitaciones donde no debería.

— Quiero tu *coño* de regalo — casi ruge.



Nicole

Cierro los ojos y me abandono contra su cuerpo mientras él comienza a lamer mi cuello. Ardo como si estuviera en llamas.

— Soy toda tuya — susurro, y algo se transforma dentro de mí. Me siento viva, despierta, consciente de cada parte de su cuerpo que toca el mío.

Amo cómo sus manos se aferran a mi pelo, cómo su lengua invade mi boca, el sabor de su beso. ¿Cómo resistí tanto tiempo?

Agarro la cintura de su pantalón de algodón y froto mi mano contra su polla, masajeándola, arrancándole un gruñido de la garganta.

— Te quiero solo para mí — digo al separarme para mirarlo. — No quiero compartirte con nadie más.

En este momento, no soy consciente del peso de esas palabras, ni de su significado. No puedo exigirle eso a alguien que no quiere comprometerse, ¿verdad? Pero no estoy razonando.

— Soy todo tuyo, Nicole. Solo dilo… que tú también me quieres — dice, y siento una furia en el pecho, una alegría mezclada con deseo. Temo al sentimiento, temo que sea pasión.

Nunca lo he sentido… ¿cómo reconocerlo? ¿Cómo luchar contra ello?

— ¿Mío de verdad? — pregunto, sin apartar la mirada.

— No tengo a nadie, lo sabes. Y te deseo como no pensé que desearía a una mujer tan pronto — confiesa. Pero sé que no puedo creerlo tan fácilmente.

— ¿Y esa tal Luana? — verbalizo una pregunta que ha rondado mis pensamientos semanas.

¿Quién era la mujer que llamó a Henrique aquella noche que me pidió fingir ser su novia? Nunca se lo pregunté porque no era asunto mío… pero no pude olvidarlo.
Mencionar su nombre me hace sentir algo que temo sean celos. Si realmente siento celos de Henrique por alguien… será un camino sin retorno.

— ¿Cuál Luana? — pregunta, ajeno al caos en mi mente.

— Esa mujer que te llamó de madrugada. Tú sabes. Llevaba un bikini en la foto de perfil. — Pienso añadir que tiene *unos pechos enormes y bonitos*, pero no quiero llamar su atención sobre eso.

— Ah, Luana — dice con una sonrisa torcida. — Es una mujer que Fred me presentó.

Camina hasta la rejilla, toma un leño y lo coloca en la chimenea.

— Dijiste que no querías líos con nadie que te presentaran tus amigos. ¿Por qué te llamó a esa hora? — pregunto, dándome cuenta de lo extraño que suena. — No es que sea asunto mío, sé que no me debes explicaciones...

— No me importa, lo juro. Pregúntame lo que quieras. Echo de menos que alguien se preocupe así por mí — dice, sentándose en la cama, las manos apoyadas en sus muslos tonificados.

No sé qué significan sus palabras. No quiero ilusionarme.

— ¿Qué quería ella contigo? — me arriesgo.

— Yo le envié un mensaje a medianoche, pero solo porque sentí celos al verte conectada en WhatsApp. ¿Recuerdas que te pregunté con quién hablabas?

Jadeo. ¿Acaba de admitir que sintió celos de mí?

— Recuerdo tu mensaje preguntando. No lo entendí bien. — Frunzo el ceño, buscando lo oculto entre líneas.

— Desde que me separé, fuiste la primera mujer que deseé de verdad. Estabas tan guapa, tan provocativa y sexy con esas medias y ese vestido. Quería devorarte esa noche, sentí un deseo que no había sentido en meses. Fue la primera vez que mi libido venció al

miedo a salir herido otra vez. Entré en WhatsApp y te vi conectada… imaginé que hablabas con otro tío. Me molestó y le escribí a la primera mujer de mi lista. Solo fue un "buenas noches", y ni siquiera respondió. Me llamó después y no atendí. Solo fue eso.

Respiro hondo. Él extiende la mano y acaricia mi muslo sobre el pantalón.
— Pensé que quedaríais. Me confundió, porque dijiste que no querías nada con nadie… y luego ella te llamó. Confieso que me quedé despierta hasta tarde, esperando que salieras a verla.

Se ríe.

— Era a ti a quien quería — confiesa, y mi pecho se llena de algo que nunca antes había sentido. — Quisiera tener la facilidad de mis amigos para acostarse con una y al día siguiente con otra… pero creo que soy un cáncer emocional como dice mi hermana. Soy romántico. No puedo negar quién soy.

— No fuiste nada romántico pidiendo mi *coño* de regalo de cumpleaños — comento, cediendo cuando él tira de mi cintura para sentarme en su regazo.
Apoyo mis nalgas en su muslo, mis pies ya no tocan el suelo porque la cama es alta. Mi brazo rodea su cuello. *Debería* extrañarme esta cercanía… pero no lo hace.

— ¿Un hombre romántico no puede ser atrevido? — pregunta Henrique.

— Eso no fue romanticismo, fue guarrada — replico, deslizando mi mano por su pecho, bajando hacia el vientre.

— Me encanta tu caricia — susurra, sujetándome por la cadera. — ¿Crees que soy un guarro?

Trago saliva en seco. Sospecho que lo descubriré.

— Sí — respondo, mordiéndome el labio muy lento, intentando parecer sexy… aunque debo estar ridícula con este viejo conjunto de algodón.

— ¡Nicole! — dice, agarrando mi cuello. *Debería* asustarme… pero solo me excita. — ¡Ya te lo pedí!

Terco, meto la lengua entre mis labios y lamo el superior con lentitud.

Henrique se echa de espaldas en la cama, tirándome sobre su pecho, luego aplasta su palma contra mi culo. Para mi sorpresa, me gusta.

Me inclino y muerdo su labio inferior despacio, agarrando su polla y masajeándola.

— ¿Me he portado mal? — pregunto al soltar su labio, usando una voz suave, y esbozo una sonrisita que espero parezca pícara.

— ¡Nicole! — advierte de nuevo, luego baja mi pantalón de algodón y otra palmada. No duele de verdad —a pesar del peso de su mano—, solo aviva mi deseo.

Termina de quitarme el pantalón, luego la blusa también. Quedo solo en bragas, arrodillada en la cama.

— ¡Eres preciosa del carajo! — me elogia, apoyándose en los puños sobre el colchón. Luego se levanta, toma un puf de terciopelo beige cerca del armario, lo coloca frente a la cama, se sienta y agarra mis muslos.

Me echo hacia atrás riendo, y él sigue tirando de mí hasta que mi culo alcanza el borde de la cama. Mi entrepierna queda frente a su rostro.

Lo observo tomar mi tobillo y mirarme como si me admirara. Sus ojos recorren mi cuerpo, haciéndome sentir hermosa, deseada. Jadeo y muerdo mi labio, sosteniendo su mirada lujuriosa. Él inclina la cabeza —ahora de pie, con una rodilla apoyada en el puf— y lame mi pierna.

Muevo las caderas, inquieta y excitada.

Su lengua resbala hacia la parte trasera de mi rodilla y suelto un gemido bajo, pero suficiente para llamar su atención.

Henrique me mira mientras apoya la otra rodilla en el puf, luego se inclina sobre mi cuerpo, acomodándose entre mis muslos, apoyándose con las manos a los lados de mis hombros. Chupa uno de mis pezones sin avisar, derritiéndome de deseo. Siento mis bragas empapadas cuando arqueo las caderas, buscando alivio contra su pelvis para el latido entre mis muslos.

Mantiene su peso con una mano y agarra mi otro pecho con fuerza. Amo cómo sus dedos se hunden en mi carne, adoro su lengua en mi pezón.

Luego se incorpora y me mira. Mechones de su pelo caen sobre la frente. Su mirada es aún más salvaje.

— Quiero tu *coño* solo para mí — dice. No es una petición, es una advertencia.

Tus besos, tus caricias… vas a ser solo mía.

— Sí. Toda tuya — confirmo, porque me excita la idea de *pertenecerle*.

No pienso en las consecuencias ni en las razones que me hicieron resistir semanas. No ahora.

Henrique se inclina más y alcanza mi cuello.

— Me voy a meter en ti, Nicole. Y será el mayor placer que hayas sentido — susurra con voz ronca, luego pasa los dientes por mi mandíbula hasta llegar a mi boca.

Me ahogo en su beso, chupo su lengua, me rindo a él, seducida, embriagada por el deseo que crece. Ya no hay barreras; me siento lista para entregarme por completo.
Pienso en su polla dentro de mí y un escalofrío me recorre con solo imaginarlo.

Le agarro el pelo con fuerza y abrazo sus caderas con mis muslos, porque ya no puedo alejarme.
Si esto no es pasión, no sé qué es.

Siento su mano bajar desde mi pecho hasta mi vientre, acariciando el bajo vientre y tocando la tela húmeda de mis bragas.

— Estás empapada — dice, mordisqueando mi barbilla.

— Estoy loca por ti, Henrique — confieso, y él emite un gemido viril.

Frota su mano sobre mi braga negra, desliza hacia abajo y vuelve a chupar mi pecho mientras me excita: mete los dedos bajo la goma de las bragas y toca mi clítoris. Suelto un gritito de placer y me muerdo los dedos. Aprieto mi otro pecho, hinchado, caliente y suave. Pellizco mi pezón y me deleito con el placer que sus dedos provocan ahí abajo.

Deseo ser penetrada, llenada, y vibro de excitación cuando Henrique presiona la punta de su dedo en mi entrada. Mis dedos aferrados a su pelo suplican que no pare.

De repente, su pulgar masajea mi clítoris y su índice se desliza dentro de mí lentamente. Muevo las caderas y muerdo mi labio con fuerza, llamando su nombre.
Creo que estoy perdiendo la cabeza.

— Tu *coño* está tan apretado — dice, lanzándome esa mirada posesiva. — Solo mío.

Asiento con la cabeza y cierro los ojos, delirando con su mano. Siento acercarse el orgasmo.

Entonces retira la mano y la mete en mi boca.

— Chupa — pide.

No pienso, solo obedezco, envolviendo sus dedos con mi lengua.

— Así — murmura Henrique. — Ahora dime: ¿de quién es tu *coño*?

— Tuyo — respondo.

Jadea al besarme, agarrando mi cuello otra vez. Cuando su lengua invade mi boca, comprendo el significado de sus palabras: *Henrique no quiere que pertenezca a nadie más porque ya lo traicionaron antes*.

Tiemblo, como si sintiera un poco de su melancolía, y lo abrazo con fuerza.

— Fóllame bien rico y seré tuya para siempre — digo contra sus labios. En lugar de avergonzarme, me excito más.

— Te voy a follar tanto que vas a correrte como loca — dice con voz indecente. — Solo voy a buscar un condón a mi cuarto.

Me apoyo en los codos cuando se levanta y camina hacia la puerta. Veo su polla grande y dura marcando el pantalón gris.

Trago saliva y acaricio mi cuerpo, mirando el fuego, sintiendo cómo las llamas lamen mi sexo.

Henrique regresa, se detiene frente a mí y baja el pantalón. Para mi sorpresa, no lleva calzoncillos.

No resisto: bajo de la cama, me arrodillo sobre el puf y me hago un moño alto. Me inclino, apoyándome en su abdomen, y paso la lengua por el glande suave y rosado, ansiosa por tenerlo dentro.

— ¿Tú también serás solo mío? — le pregunto.

— Ya soy solo tuyo — responde.

Paso mis manos por los músculos de su abdomen y chupo su polla, saciando las ganas de probarlo otra vez.

— Joder, Nicole — gime.

Creo que podría escuchar sus gemidos para siempre; ese pensamiento me invade, me completa, me hace sentir algo nunca antes sentido. No sé qué es. Empieza en mi corazón y se expande por todo mi cuerpo, como un desborde.

— Te voy a follar ahora — dice con voz ronca.

Me levanta, sujetándome el culo, y me sienta al borde de la cama. Luego aparta el puf con el pie y abre el envoltorio dorado del condón.

Trago saliva mientras lo ve desenrollar el preservativo por toda su longitud. Me pregunto cómo entrará algo tan grande en mí sin lastimarme, y jadeo.

— Despacio, por favor — pido en un susurro, derrumbándome. — Tu polla es muy grande… y nunca lo he hecho.

Henrique ríe, termina de ponerse el condón y se acerca.

Me arrastro más atrás y me acuesto, manteniendo los muslos abiertos. Siento mi corazón en la garganta cuando él alcanza la cintura de mis bragas y me desnuda por completo.

Su cuerpo se inclina sobre el mío y sus caderas se acomodan entre mis muslos. Lo agarra y lo frota contra mi coño.

Aspiro aire por la boca y me lamo los labios. Amo la fricción entre nuestros sexos.

Henrique apoya una mano junto a mi cabeza y se inclina sobre mí, posicionándose en mi entrada.

— Despacio — le recuerdo, sintiendo el glande presionando para entrar.
Trago saliva en seco, ansiosa por lo que vendrá. Él alcanza mi pecho con la boca y vuelve a chuparlo, excitándome de nuevo hasta el límite.

Tiemblo con su lengua en mi seno, y me abro para recibirlo. Cierro los ojos y aferro sus hombros. Su polla me invade poco a poco, dilatando mi interior. Siento cómo toca cada milímetro de mi canal; duele, pero es soportable.

Aprieto mi boca contra su cuello cuando se retira ligeramente y vuelve a entrar, más profundo. La primera vez arde, pero en la segunda embestida siento un placer leve. Me concentro en eso: llevo mis manos a su culo y sigo sus movimientos. Con cada empuje, penetra más.

— ¿Estás bien? — pregunta Henrique, voz ronca y preocupada.

— Mmmh — murmuro.

— Puedo parar si no aguantas — dice.

Sonrío al darme cuenta de que Henrique se preocupa por mí, no solo por su placer.

— No quiero que pares.

— Tu *coño* está muy apretado… no quiero lastimarte — susurra, su aliento rozando mi rostro sudoroso.

— Aguanto — al menos eso espero.

Lo abrazo con piernas y brazos. Es más que sexo: hay algo más entre nosotros, y ese elemento desconocido aviva mi deseo.

— Está rico — digo cuando se hunde más hondo. — Me encanta tu polla.

Él sonríe y apoya la punta de su nariz contra la mía.

Mi canal es sensible a su polla; la sensación de estar llena me hace sentir completamente suya. Ambos jadeamos.

Los movimientos comienzan lentos; mis pies resbalan por la parte trasera de sus piernas.

Nunca imaginé que sería así, que sería tan placentero. Es grande y siento mi interior dilatarse con cada vaivén. Cuando se inclina para chupar mi pezón, no aguanto y grito muy alto, contrayéndome en un éxtasis desesperado.

Creo que a Henrique le gusta oírme gemir así porque acelera el ritmo. Suelta mi pecho y ruge contra mi cuello, lanzando piropos indecentes sobre mi coño. Toco su cuerpo sudoroso, su piel arde. Abandona su peso sobre mí, entregado al pecado. Amo cómo su polla entra y sale cada vez más rápido.

— ¿Aguantas encima? — murmura contra mi cuello, sin aliento.
Sin responder, empujo sus hombros hasta que se recuesta de espaldas. Monto su cadera, arrodillándome a ambos lados de su cuerpo. Henrique posiciona su polla en mi entrada y bajo lentamente, apretando mis pechos mientras observo su rostro sudoroso y provocativo.

Comienzo a moverme sobre él. La sensación es exquisita. Me apoyo en su pecho y aumento la velocidad, subiendo y bajando. Amo cómo me mira y muerde su labio, gimiendo de nuevo. Me siento deseada.

— Así, preciosa — dice, apretando mis nalgas. — Siéntate para mí.

Lamo mi labio y grito fuerte, diciéndole lo grande y duro que está, cuánto amo sentirlo dentro. Henrique enloquece. Me atrae contra su pecho y me folla rápido. Mi pelvis se estrella contra la suya; es como estar en el cielo… o en el infierno porque quema.

La piel se me eriza y una nueva sensación invade mis muslos. Una agonía tan dulce que me contraigo buscando más. Es un huracán: el deseo va más allá de las palabras. Solo existen nuestros gemidos y la fricción de nuestros cuerpos sudados. Entonces siento el orgasmo: voraz, arrebatándome el aliento, nublando mi vista.

Por su gruñido de placer, sé que él también se corre.

Tardo un buen rato en recuperarme. Dejo que bese mi rostro y me acune en sus brazos cálidos.

Casi dormida, recuerdo que él me paga por ser su novia… y que por eso me alejé. Pero ahora no logro darle importancia a ese pensamiento.



Henrique

Sábado, 4 de julio

Me despierto con la vibración de mi móvil. Hago una maniobra para retirar a Nicole de mi pecho sin despertarla y alcanzo el aparato.

— Necesito conocer a tu novia — dice mi madre al contestar. — Hacía tiempo que no entraba en redes sociales. Acabo

de ver las fotos en Instagram. ¿Me explicas por qué su perfil no está etiquetado en ningún sitio?

— Mamá, ¡por el amor de Dios, es mi cumpleaños! — protesto en un susurro, levantándome de la cama. — ¡Ni siquiera son las siete de la mañana!

Las leñas en la chimenea se han convertido en brasas que aún mantienen la habitación caliente.

Me pongo rápidamente el pantalón de algodón y salgo a la sala, donde puedo hablar sin despertar a Nicole.

— Te llamé a medianoche para felicitarte. Si quisieras más que eso, habrías optado por pasar tu cumpleaños con tus padres y no con los amigos y esa chica.

Respiro hondo, apretando un cojín contra el sofá. No quiero empezar el día de mal humor.

— Los invité a venir. Pero papá cree más importante vigilar a una *vaca preñada* que celebrar conmigo — le reprocho.

— Sabes muy bien lo importantes que son esos animales para tu padre. Desprecias esta hacienda, pero fue ella la que pagó todos tus colegios privados, cada centavo que te dio la vida que tuviste hasta empezar a trabajar.

Trago saliva para aliviar el nudo en la garganta. Odio que me echen en cara lo que hicieron por mí, pero no puedo quejarme: tuve el privilegio de una buena educación. Trago de nuevo, junto con todo lo que me gustaría responder.

— No desprecio la hacienda, mamá. Solo no elegí ser hacendado. Siempre quise ser médico, lo sabes.

La oigo resoplar. Parece de mal humor y quiere contagiarme.

— ¿Quién es tu noviecita? ¿Por qué tuve que enterarme por las publicaciones en tu Instagram? ¿De qué familia es? ¿Cuál es su apellido?

Ahora me toca resoplar a mí.

— Nicole y yo aún nos estamos conociendo, por eso no te conté antes — explico, lo cual no es del todo mentira.

— Ay, hijo mío, ¿otra vez eso de no apresurar las cosas? — se queja. — Así fue con esa cualquiera de tu ex. ¿Cuánto te tuvo? ¿Quince años dándote largas para luego ponerte unos *cuernos hermosos* y dejarte con esas pobres niñas?

Dejo resbalar mi espalda por los cojines, recostándome en el sofá para aguantar el aluvión de recuerdos.

Si supiera cuánto me duelen sus palabras, ¿las diría igual?

— Mamá... — murmuro como un niño herido.

— Te engañaron, Henrique. ¡Tu padre muere de vergüenza por tu situación! Tener un hijo *cornudo*, padre soltero que se divide entre la clínica, los hospitales y la crianza de dos niñas.

— ¿Por qué le molesta tanto? ¿Cuándo cambió él un pañal de Jasmine o Aurora?

— Eres un hijo *ingrato*.

— Sí, lo soy — acepto, esperando que así pare. — ¿Por qué me llamas a esta hora, mamá? ¿Pensaste que una buena dosis de humillación matutina sería perfecta para celebrar los treinta y tres años del día en que diste a luz por primera vez?

— Quiero conocer a esa tal Nicole. Saber de su familia, si es *decente*.

— No tiene un apellido importante y sus padres murieron — confieso. Posponerlo sería peor.

— ¡Qué horror!

— Pero a ella le gusto, y eso es lo que importa — miento descaradamente.

— Ya veo — refunfuña. — Quiero que venga a cenar con nosotros a principios de semana.

— A principios de semana no puedo. Como las gemelas están de vacaciones y Helena las cuidará un mes, cubriré guardias nocturnas en dos hospitales.

— El sábado, entonces — dice. — Tu padre no ve la hora de conocerla. Pero que quede claro: si no me gusta, buscarás otra. Una que sea *adecuada* para mi hijo.

— Hablas como si realmente te preocuparas por mí y no solo por la reputación familiar.

— Feliz cumpleaños, Henrique — cuelga.

Me quedo un instante intentando digerir sus palabras: todo lo que piensa de mí, lo inútil que mi padre me considera por no quedarme en la hacienda. Decido no dejarme abatir. No es la primera ni la última vez. No pensaré que tiene razón, que Milena me dio largas durante años y luego me descartó como si no fuera nada.

Me levanto y me arrastro hasta el baño.

Miro mi cara de perdedor en el espejo. Treinta y tres años y aún llevando regañinas de mi madre. El llanto está atascado en mi garganta, pero me lo trago y entro en la ducha.

Si me casara con Nicole, ¿acaso mis padres me dejarían en paz?

No, eso está fuera de consideración. Primero, porque nunca más le pediré a una mujer en matrimonio y correré el riesgo de que me dejen de rodillas como un bobo otra vez. Segundo, Nicole se irá en cuanto apruebe el examen de acceso.

Ella no tiene padres, ni familia, ni motivo para visitar la ciudad. Creo que, después de que se vaya, nunca más volveré a verla.



Odió darme cuenta de que la había cagado.

Consigo percibir la tensión en la mandíbula de Henrique durante todo el desayuno, en una mesa enorme y abundante, en el restaurante del hotel chic, al lado de todos sus amigos.

Es como si hubiera levantado un muro a su alrededor después de la madrugada.

Estoy ofendida, porque fue mi primera vez y esperaba un poquito de romance por la mañana, pero no recibí nada más que

respuestas monosilábicas por su parte.

Sus amigos le cantan felicidades y yo sonrío, aplaudiendo y cantando la canción, intentando ocultar que no estoy afectada.

La culpa es mía. Él no me prometió nada. ¿Cómo espero recibir consideración del hombre que dejó claro que no quiere involucrarse?

Él paga para salir conmigo, es un negocio. No me debe nada.

Busco en mi mente las palabras que Henrique me dijo anoche, algo que pudiera alimentar la ilusión que había dentro de mí cuando me desperté, pero soy interrumpida por Jasmine, que me sonríe con los brazos abiertos, pidiendo mi regazo.

La cojo y la abrazo, besando su mejilla fría. Enrollo uno de sus rizos rubios en la punta del dedo y me pregunto si echará de menos cuando me vaya. Tengo ganas de llorar, pero no hay tiempo.

El desayuno terminó y Helena, mi cuñada de mentirijillas, preparó un día de visitas a los puntos turísticos de la ciudad. Me gustaría estar de mejor humor. Quería sentirme radiante después de mi primera vez, pero no sucedió.

— Claro que no vamos a poder verlo todo, solo algunos lugares. No podemos hacer la ruta de la Pedra do Baú, pero visitaremos el Parque Amantikir, luego comemos, y después iremos al Morro do Elefante. Por último, haremos el paseo en teleférico. Aurora y Jasmine lo van a adorar — explica Helena cuando llegamos al aparcamiento del hotel.

Ella se prepara para entrar en el coche de Fred, y Henrique se adelanta, sacando las sillitas de las gemelas de su pickup y trasladándolas al Mercedes de Fred.

— Son unas preciosas viejecitas — bromea Fred, ayudando a abrochar el cinturón de las niñas.

Imagino que Henrique dirá algo muy grosero, visto que se muere de celos de su hermana con el amigo, pero él permanece callado. El ambiente se vuelve aún más pesado cuando nos quedamos solos en la pickup.

Me crujo los dedos, ansiosa, esperando que diga algo, pero parece que volvemos a comportarnos como antes.

Observo las casas, mansiones construidas siguiendo el estilo europeo, que van quedando atrás mientras Henrique conduce hacia el Parque Amantikir. Pronto, el paisaje urbano da paso a las montañas, pero no se pronuncia palabra.

— ¿Fue tan malo así? — pregunto. Mi voz está ronca por el tiempo en silencio.

Mantengo los ojos fijos en el paisaje y, por un momento, pienso que no me ha oído.

Los segundos pasan y mi corazón late como si estuviera herido. Deseo volver atrás en el tiempo y no haberle dado ese maldito regalo. ¿Cómo puede acostarse conmigo y luego actuar como si yo no existiera?

— Fue la mejor noche de mi vida — susurra.

Abro mucho los ojos al oír sus palabras y giro la cabeza rápidamente para verlo.

Henrique mantiene los ojos en la carretera, la mandíbula aún está tensa.

— ¿La mejor? — pregunto en voz baja.

— Sí, la mejor, Nicole. Fue increíble — dice y esboza una sonrisa torcida, pero sé que no está feliz.

— ¿Y por qué pusiste cara de funeral todo el tiempo y no hablaste conmigo?

Él aspira aire hacia los pulmones y me lanza una breve mirada. Las esferas azules y brillantes parecen querer decirme más de lo que puedo entender.

— Porque mi madre me llamó muy temprano y usó todo lo que pudo para humillarme. Porque estoy cumpliendo treinta y tres años y aún consigue herirme como si fuera un niño. Y me quedé callado porque estoy dando lo mejor de mí para contener todo lo que estoy sintiendo.

Mi boca se abre al oír sus palabras. La tristeza se hace visible en su semblante, es tan pesada que también me duele a mí. No sé qué le dijo su madre, pero removió sus heridas.

Viro mi cuerpo hacia él y estiro la mano para acariciar su rostro.

— Nicole... — susurra mi nombre. — Tú no tienes culpa de nada. Debería haberte traído flores, despertarte con una bandeja de desayuno. Te mereces mucho más de lo que puedo ofrecerte.

Parpadeo, intentando entender lo que acaba de decir. ¿Por qué tiene que ser tan enigmático?

Quiero hacerle preguntas, pero llegamos al aparcamiento del parque.

Bajo del coche y ayudo a colocar a Aurora en el carrito de bebé para comenzar el paseo.

El parque está formado por veintiséis jardines preciosos, con cientos de especies de plantas diferentes, además de lugares perfectos para fotos. Nunca imaginé que me alojaría en un hotel chic, que comería en un restaurante caro ni que posaría junto a un dios griego en un paisaje de cuento de hadas, no antes de haberme graduado y empezado mi carrera como neurocirujana. Aun así, parece que estoy observando la vida de otras personas a través de la pantalla del televisor.

Estos amigos no son míos, las niñas que insisten en llamarme mamá no son mis parientes, me olvidarán en cuanto salga de sus vidas, y el dios griego que me abraza en las fotos no me ama. Ni siquiera la ropa que llevo me pertenece. No sé si tendré que devolverla cuando termine esta farsa.

Maldita sea, no debería estar tan melancólica, pero es difícil relajarse con tantas cuestiones.

Quiero estar a solas con Henrique, pero sé que estaremos en compañía de sus amigos hasta tarde, al fin y al cabo, es su cumpleaños.

— Consigo entradas para el camarote del show que habrá esta noche en la discoteca más de moda de la ciudad — anuncia Marlon, mientras almorzamos en un restaurante que tiene una terraza con vistas a la Serra da Mantiqueira.

Mastico otro bocado de la lasaña a la boloñesa divina que estoy comiendo y veo a Lídia levantar el dedo.

— Hoy no me apetece discoteca. Sophia estará agotada por la noche. Pero vosotros podéis ir, yo me quedo con las gemelas — dice, amable.

— No quiero darte trabajo — responde Henrique.

— ¿Desde cuándo las niñas dan trabajo? — dice José Antônio. — Se quedarán con nosotras.

— A Sophia le encantará. Haremos una fiesta de pijamas en la suite — añade Lídia. — Es tu cumpleaños, Henrique. Id a divertiros.

— Por los treinta y tres años del mejor pediatra de la región — dice Fred, alzando la copa de un vino que, según la carta, cuesta más de cuatro mil reales.

Todos chocamos nuestras copas, pero sé que el brindis no es capaz de animarlo. Mucho menos una salida a la discoteca, cuando ya va a tantas.



Nicole

Llevo unas medias color carne y un vestido negro de seda que Helena me ayudó a elegir para ir a la discoteca. Por mucho frío que haga, sé que dentro estará caliente, así que solo cojo el abrigo para abrigarme.

Me encuentro con Henrique en el pasillo, saliendo de la suite de su hermana. Lleva un pantalón negro y una camiseta de manga

larga, enrollada en los antebrazos. Me acerco y huelo su perfume, dan ganas de acercarme más, tocarlo y besarlo sin pudor como hice ayer.

Él me mira de pies a cabeza, mientras Helena cierra la puerta de su suite.

— Estás maravillosa, Nicole — dice, con las cejas arqueadas.

— Fui yo quien la ayudó a elegir el vestido — dice Helena, esbozando una sonrisa que muestra un hoyuelo en la mejilla, igual que tiene su hermano.

Quiero sonreírle a ella, despreocupada, pero estoy alterada por la mirada de Henrique. Si supiera cuánto me afecta haciendo esto, ¿lo seguiría haciendo?

Trago saliva, tensa por su mirada. Me recuerda a cómo me miró anoche, mientras me follaba y elogiaba mi coño apretado.

¡Mierda!

Pensar en eso hace que la sangre me aflore a la cara, me sonrojo.

— Gracias, tú también estás guapísimo — murmuro, desvío su mirada, me toco el pelo y aprieto los dedos en la tela gruesa del abrigo para aliviar la tensión. — Y tú, Helena, estás deslumbrante.

Ella lleva un vestido rojo de tirantes, que combina con su pintalabios, y botas over. El pelo rubio está liso y los ojos azules realzados por un maquillaje elaborado.

— ¡Guau! — oigo la voz de Fred en el pasillo, cuando sale de su suite y nos encuentra. — ¿Sois las mujeres más bonitas de la noche?

Se acerca, me besa en la mejilla, luego saluda a Helena igual.

— Ninguna es para tu pico — dice Henrique. El amigo ríe y le da un suave golpe en el hombro.

Marlon sale de la suite, acompañado de las dos chicas con las que viaja. Una es morena y se llama Vanessa, la otra, Isadora, tiene el pelo rubio oscuro. Son muy amigables.

Ya he intentado suponer con cuál de las dos se acuesta, pero no he llegado a ninguna conclusión. La palabra ménage me viene a la cabeza.

Henrique me coge de la mano y caminamos hacia los coches. Otra vez, estoy tensa en el coche. El abrigo está abierto y me siento expuesta con el vestido de tirantes corto y fino, pero esta exposición no me molesta.

— De verdad estás maravillosa — dice Henrique al arrancar.

— Gracias — digo en voz baja.

Las ventanillas del coche están cerradas y su olor me envuelve.

— ¿Te sientes mejor? — le sondeo, con miedo de parecer entrometida.

Él suelta una risa, con los ojos fijos en el tráfico.

— Voy a estar bien. Siempre lo estoy — responde.

— Lamento que te haya herido justo hoy — susurro, levanto la mano y toco su hombro.

Su cuerpo se estremece y mi corazón se acelera.

— Perdón por haber sido un gilipollas contigo hoy — dice, mirándome un instante, antes de volver a prestar atención a la carretera. — Si hubiera sabido lo que diría mi madre, no habría atendido.

— Está bien, no me debes disculpas, Henrique.

— Sí que te las debo, merecías ser tratada como una princesa hoy.

— El cumpleaños es tuyo — insisto.

— Has compartido conmigo una noche muy importante de tu vida, fue el mejor regalo, Nicole — comenta, y la simple mención hace que mi cuerpo se caliente.

Quito la mano de su hombro y cruzo los brazos, esperando que mi respiración se regule y mis latidos disminuyan.

— ¿Fue como te imaginabas? — me pregunta.

— Fue mejor — respondo. Mi corazón, en lugar de calmarse, se vuelve más furioso. — Mucho mejor.

— ¿Te di el placer que esperabas? — Su voz se vuelve más grave y quita una mano del volante para apretarme el muslo.

Siento que el aire se atasca en mi garganta. Me encanta su toque cálido, la forma en que me aprieta.

Trago en seco, el coche se calienta de repente. Me muerdo el labio y tomo valor para poner mi mano sobre su pantalón.

Henrique se ríe y me lanza una mirada pícara. Lo masajeo y siento su polla endurecerse bajo mis dedos. Suelto el cinturón de seguridad y me inclino hasta alcanzar su oreja.

— Casi me muero de tanto placer — susurro y paso la lengua por su piel.

Él desliza la mano entre mis piernas y me acaricia con la punta de los dedos.

— Así — gimo despacio contra su cuello, apretando más fuerte su polla, perdiendo el resto de la vergüenza.

— Quiero comerte ahora, follarte como te mereces — murmura con ese timbre de voz que solo aparece cuando está cachondo. — Joder, Nicole. Tu coño se ha puesto mojado y no puedo parar el coche aquí.

Giro la cabeza y veo que todas las plazas de ambos lados de la calle están ocupadas. El tráfico es lento. Oigo bocinas y veo aparcacoches llamando hacia los aparcamientos.

— Pensé que ya no querrías comerme — digo. — Y yo enloquecería de ganas.

Veo el coche de Fred entrar en un aparcamiento delante, y Henrique entra justo después.

— Espera solo un poco — dice, maniobrando el coche en la plaza elegida. — Te compensaré. Te follaré tan fuerte que olvidarás que actué como un idiota.

Respiro hondo, sintiendo mis bragas mojadas cuando aparta la mano que me acariciaba. No sé qué tiene en mente, estoy ansiosa por descubrirlo.

Él baja con agilidad de la pickup, da la vuelta y me ayuda a salir. Me apoyo en sus hombros y, sin vergüenza, lo beso con urgencia. Su lengua es una provocación, hábil, indecente.

Interrumpiendo el beso, Henrique coge mi mano y me arrastra hacia la salida.

— Pasaré por un restaurante con Nicole, os veo en la discoteca. Dejad nuestros nombres en la portería — pide.

La acera está llena y el viento gélido golpea mi piel en llamas, proporcionando un poco de alivio al fuego que me invade. Henrique me guía entre la gente, haciendo que pasemos rápido entre los turistas.

— ¿Vamos a un restaurante? — le pregunto, hablando alto para que me oiga.

— Sí, pero tú serás la comida — bromea.

No sé si la gente alrededor lo oyó. No me giro para mirar.

— Aquí — informa, entrando en un restaurante que tiene mesas tanto en la acera como en el salón.

Todas las mesas de fuera están ocupadas, y la gente habla alto, llamando a los camareros que parecen desbordados, pero hay pocos clientes en el interior.

Atravesamos el salón sin que ningún empleado se percate, ya que están todos demasiado ocupados, corriendo de una mesa a otra. Giramos a la izquierda, hacia las puertas señalizadas con los carteles de femenino y masculino, y Henrique me arrastra dentro del baño de mujeres.

Mis muslos hormiguean y su interior palpita de deseo cuando él cierra la puerta con llave.

— ¿Y si nos pillan aquí? — susurro, mientras él desabrocha el cinturón.

— Es un riesgo que estoy dispuesto a correr — responde Henrique, antes de agarrarme y meter su lengua provocadora en mi boca.

Alcanzo el bajo de su camiseta y tiro para quitársela. Apenas tengo tiempo de admirar su cuerpo tatuado, él me empuja contra el azulejo frío y me quita el abrigo. Las tirantas de mi vestido son bajadas y él devora mi pecho, chupándolo con ganas.

Gimo y me muerdo el labio para contenerme, pero mi sexo palpita deseando ser llenado.

— No gimas, si no oirán — dice al agarrarme el cuello.

Su otra mano se mete entre mis muslos y siento cómo rasga las medias. Me muerdo el labio con más fuerza cuando Henrique se aparta y baja pantalón y calzoncillos de una vez, liberando su polla dura, con las venas marcadas.

Jadeo, anhelando sentirla dentro de mí.

Henrique levanta la mano y me toca, acariciando mi entrada, desliza un dedo dentro y gruñe bajo, de una manera que muestra los dientes.

— Quería chuparte primero el coño delicioso, beber tu jugo, pero no hay tiempo — susurra.

Rápidamente, pone un condón y me gira de espaldas.

— Arquea ese culo para mí, vamos — dice contra mi cuello, aprieta mi carne y enrolla mi pelo en su muñeca.

Arqueo las caderas y lo siento en mi entrada. Henrique suelta mi culo y agarra mi cuello.

— Cómeme — pido y me muerdo el labio, sintiendo cómo me invade despacio.

Pongo los ojos en blanco, loca de deseo por lo inesperado, por saber que me desea tanto que no puede esperar a volver al hotel.

— Despacio — susurro con voz quejumbrosa, temiendo que su polla grande me lastime, pero no siento nada más que placer.

Henrique tira de mi pelo y chupa mi cuello, deslizando la mano hasta mi clítoris. Empieza a masajearlo mientras empuja, al principio lentamente, luego más rápido y fuerte. Oigo su gemido bajo y masculino en mi oído. Apoyo las manos en el azulejo frío, me contraigo cuando llega el orgasmo y cierro los labios con fuerza para no gritar. Alcanzo el clímax, pero su polla sigue entrando y saliendo mientras me recupero.

— ¿Gozaste rico? — pregunta Henrique.

Balanzo la cabeza, mareada. Él agarra mis muñecas y las sujeta tras mi espalda, manteniéndome atrapada, y entonces me folla con fuerza.

Me besa intensamente cuando goza, suelta mis brazos y envuelve mi cuerpo en llamas.

Siento una conexión fuerte entre nosotros, como si existiera algo uniéndonos. Henrique está en mi sexo, en mi piel, en mi boca y en mi corazón. Nunca sentí esto, nunca quise tanto a alguien o a algo como lo quiero a él. Me giro y lo abrazo de vuelta, ahogándome en su beso, sintiendo un miedo devastador de perderlo.

Cuando él me suelta para recomponerse, necesito dar lo mejor de mí para no lanzarme a sus brazos de nuevo.

Lo observo arreglar la ropa, es tan guapo que me desconcierta. ¿Cómo puedo tener tanta suerte de tener un poco de él?

¿Cómo alguien tendría coraje de dejarlo? Yo, en su lugar, sería la mujer más feliz del mundo.

— Nunca tuve tanta química así con nadie — susurra Henrique.

Sus palabras atraviesan mi pecho, llenando mi corazón, haciéndolo expandirse. Necesito decirme a mí misma que es solo un rollo. No tenemos compromiso.

Acabo de darme cuenta de lo mucho que quiero ser su novia de verdad.

— ¿Y si hay alguien ahí fuera? — pregunto, para distraerme de los pensamientos traicioneros.

— Déjalo conmigo — dice y guiña un ojo. Me hace suspirar. — Me diste el mejor de los regalos.

Amo cómo sonríe, pero es golpe bajo. ¡Mi corazón se agita como nunca. ¡Estoy perdida!

Cuando nos recomponemos, él destranca la puerta.

Me encuentro con un camarero mirándonos y sosteniendo una bandeja.

— El señor no podría usar el baño de mujeres — dice el hombre, pero percibo disculpas en su tono de voz, porque Henrique tiene dinero, se nota en sus rasgos, en su postura y en la ropa que usa. El tipo de riqueza que intimida.

— El masculino estaba ocupado — responde y agarra mi mano con firmeza. — ¿Vamos?

Aún estoy temblorosa por el orgasmo, y casi tropiezo cuando lo sigo.

— ¿Ya fueron atendidos?

— Ya comí y estoy satisfecho. Saboreé el plato más rico de la carta. Yo — esa última parte la dice bajito, guiñándome el ojo.

Llegamos a la acera y pasamos por las mesas abarrotadas.

Estoy muriéndome de miedo de enamorarme de él. Nunca sentí nada parecido, no podría defenderme.



Nicole

Martes, 7 de julio

— Entonces, lo que yo pensaba que era un trío, no lo era — le explico a Brianna, mientras tomamos chocolate caliente en la heladería, al final de una tarde fría.

— ¿El tal Marlon solo estaba con una de las chicas? — pregunta Bri.

Le estoy pasando un resumen de todo lo que pasó en el viaje. Ella está extasiada porque el noviazgo de mentirijillas con Henrique terminó con la rotura de mi himen.

— Sí, con la morena. Y Fred, el mejor amigo de Henrique, acabó plantándole un beso en la boca a la otra, allá por las dos de la madrugada — cuento, removiendo el chocolate caliente con la pajita. — Así que Henrique se relajó. Había estado vigilando a su hermana hasta ese momento, con miedo de que Fred se liara con ella.

— Hermano celoso — Brianna suelta una risita —, y protector. ¡Me encanta!

— Es porque Fred es un canalla, Henrique lo conoce como nadie, no va a querer que su amigo juegue con su hermanita.

— ¿Sabrá que intentar impedirlo solo hace que se atraigan?

— Pero creo que no hay atracción. Helena no se inmutó al ver a Fred con la otra — comento. — Lo importante es que Henrique se relajó, decidió beber después de semanas de ley seca, porque tenía a su hermana para conducir de vuelta al hotel.

— ¿Y entonces?

— Bebió unos cuantos cócteles y estuvo abrazado conmigo toda la noche, como si fuéramos una pareja de verdad, ¿sabes?

— Vosotros sois pareja, Nic. Pasáis todos los fines de semana juntos y folláis — responde Brianna, luego aplaude emocionada. — ¡No puedo creer que mi amiga esté follando!

— Tranquila. Solo lo hemos hecho unas pocas veces — digo, para frenar su euforia. — No somos nada.

— ¿Unas pocas veces? — grita. — ¿Unas pocas? ¿No fueron solo las dos: primero en la suite y luego en el baño del restaurante?

Me muerdo el labio y un escalofrío me recorre el estómago al recordarlo todo.

Encojo los hombros y tomo un sorbo de mi bebida.

— Bueno, él bebió un poquito, se relajó, y estaba muy animado cuando volvimos a la suite. Como, muy puesto, ¿sabes?

Brianna suelta una carcajada, echando la cabeza hacia atrás y golpeando la palma de la mano en la mesa, haciendo que la única pareja, ocupando la mesa más lejana, mire en nuestra dirección.

— ¡Joder, Nic! Eres afortunada.

— Bri, Henrique no lo hacía desde hacía meses. Yo fui la primera desde que se separó. Estaba sediento — le confieso.

— ¿Aguantó toda la noche? — quiere saber.

— Ya era tarde cuando volvimos al hotel, pero sí, vi amanecer de la mejor manera — admito, y sonrío tímidamente. — Dormimos un poco, y lo hicimos otra vez antes de irnos.

— ¡Esa es mi amiga! — dice y levanta las manos. Hago lo mismo, y chocamos nuestras palmas, atrayendo de nuevo la atención de los clientes con nuestras risas. — Sabía que había una zorra dentro de ti. Te pones rojita ahora, pero te lo montas sin piedad.

Me encojo de hombros.

— Está bueno. Vale cada montada.

— Apuesto a que te dejó hecha polvo.

— Estuve dolorida todo el domingo. Pero ya mejoré.

— Guarra. Él debe estar loco por ti, Nic. La primera vez después de meses, imagino cómo estaría. La acumulación de morbo pone las bolas azules, ¿sabes? Ya te quería comer hace tiempo, y tú preservando ese coño. ¡No sé por qué!

Por suerte, la pareja está demasiado lejos para oírnos.

— Bri, estaba esperando el momento adecuado. Le di mi virginidad como regalo de cumpleaños.

— ¡Dejaste al hombre enamorado, hija de puta afortunada!

— ¡Él no está enamorado, vaca! — respondo.

— ¿Habéis hablado desde que te dejó en casa?

— Sí, pero cogió unos turnos de noche este mes, aprovechando que las niñas están de vacaciones escolares y pasarán algunas semanas con su hermana, en la hacienda Gonçalves da Costa. Así que solo me mandó mensaje de buenos días y dijo que estaba superocupado, luego buenas noches... No sé cuándo nos veremos otra vez.

— Si no estuviera enamorado, no te mandaría mensajes, Nic. Te vería cuando pudiera y diría que estuvo muy ocupado para dar señales. Así es como actúan los hombres cuando no están interesados.

— Bueno, no es como si fuéramos a ser novios.

— ¡Espera! — dice y me guiña el ojo, luego bebe el resto del chocolate.

— Necesito irme, mi clase está a punto de empezar — digo, cogiendo mi vaso para tirarlo a la basura.

Ella me acompaña hasta la puerta y me pongo el forro polar encima de la blusa blanca de manga larga y botones. También llevo mis casi inseparables leggings, además de mis viejas botas. No uso en el día a día la ropa que Henrique me compró. Son ropas caras, solo me las pongo cuando necesito salir con él.

— Amiga, vas a aprobar el examen de acceso en una ciudad muy bonita — dice Brianna al abrazarme. — Y viajaré en vacaciones para verte.

— ¡Dios te oiga! — La abrazo a mi vez, sintiendo que realmente merezco que eso ocurra.

Le hago un gesto a Bri cuando sube a su Biz y baja la calle, luego camino hasta la autoescuela, donde tengo mi última semana de clases teóricas.

Empieza a lloviznar y me subo la capucha para cubrirme la cara. Veo pasar la camioneta de Inácio. Él reduce la velocidad y me mira, pero no para. Pongo cara seria y entro en clase, decidida a prestar atención y aprender todo lo posible.

Cuando termina la clase, está lloviendo.

— ¿Quieres que te lleve, Nicole? — me pregunta un chico llamado Natan. — Tengo coche.

Lo miro, recordando que estaba en tercero cuando yo entré en el instituto. Llueve mucho y mi barrio está lejos. No estoy dispuesta a caminar bajo la lluvia hasta casa.

— Podemos comer algo y luego dar una vuelta — añade.

Me muerdo el labio, preguntándome qué puede querer con esa merienda.

— ¿Podría ser solo el viaje? — pregunto, poniéndome el abrigo.

— ¿He oído "viaje"? — Giovanna se une a la conversación. Es una chica con el pelo teñido de rojo que a veces charla conmigo.

— Un viaje y una merienda — explica Natan.

— ¿Estoy invitada? — quiere saber Giovanna.

— Si a Nicole no le importa — dice Natan, guiñándome un ojo.

Es increíble cómo su guiño no me afecta en nada, mi cuerpo no reacciona igual que cuando Henrique me guiña. Natan es guapito, tiene el pelo liso y negro, echado hacia atrás con estilo y viste como un bad boy. Creo que es el tipo de chico que podría invitarme a salir si finalmente voy a la universidad. Pero no sé si tendré interés en salir con otro hombre después de conocer a Henrique.

Respiro hondo y asiento.

— ¡Genial! — dice Giovanna, aplaudiendo y enroscándose en mi brazo. — Vamos a merendar. ¿Lo pagas todo, Natan? No traje mi cartera.

— Claro, yo invito — dice y apoya la mano en mi espalda, mientras salimos del aula y bajamos la rampa cubierta que da acceso a la acera del edificio.

Aún en la rampa cubierta, veo al hombre alto, de hombros anchos, justo allí, recibiendo las gotas de lluvia que el viento arroja.

— ¿Quién es ese guapo? — oigo preguntar a Giovanna. — Nunca lo vi por aquí.

— Es mi novio. Gracias por la invitación, Natan — digo, caminando de espaldas, y les hago un gesto a los dos.

Puedo ver la decepción en la cara de Natan, Giovanna se queda boquiabierta.
Me giro, con el corazón acelerado y, sin pensar bien, me lanzo a sus brazos.

Henrique me coge, levantándome del suelo, y me besa frente a todos los alumnos que bajan por la rampa.

Más rápido de lo que me gustaría, interrumpe el beso y se vuelve para seguir a Natan con la mirada, que lo mira a su vez.

— ¿Quién es ese tío? — pregunta. Puedo ver la tensión en su mandíbula, bajo la barba de varios días.

— Un compañero. Iba a llevarme en coche y a invitarme a merendar — explico.

— ¿Y quién es la chica con él?

— Giovanna, una compañera.

— ¿Por qué ibas a merendar con él? — No es una pregunta incisiva. Si siente algo más que curiosidad, queda camuflado en su voz, pero su rostro aún no se relaja.

— Porque él iba a pagar — respondo y me arrepiento al instante. Hace parecer que saldría con cualquiera que me invitara. — Pero era solo una merienda y un viaje, porque llueve y es un largo camino a casa. Llegaría empapada.

Aún con sus brazos alrededor de mí, toco su rostro y lo obligo a mirarme de nuevo. Él relaja la expresión y me besa otra vez, dejándome sin aliento. Amo el sabor de su lengua, el calor y cómo se mueve, hace que mi cuerpo se caliente. Cuando paramos, Henrique me da varios besitos.

— ¿Sabe que tienes novio? — pregunta.

— Se lo acabo de decir — susurro.

Toco la corbata azul que lleva, la camisa gris, sintiendo sus músculos bajo mis dedos.

— Necesitas el carné de conducir pronto, para no depender de nadie cuando yo no esté.

— ¿Te pusiste celoso? — no puedo evitar preguntar, porque me muero por saber la respuesta.

— No por ti — aclara. — Eres una de las personas en quien más confío en el mundo. Pero no me gusta pensar que cualquiera pueda sacarte cuando no estoy cerca.

Me muerdo el labio y acaricio su rostro. Mi corazón reacciona a sus palabras.

— Pensé que estabas trabajando — digo, tirando de su corbata, beso su barbilla y huelo su perfume delicioso.

— Cambié el turno solo para verte — dice y abro mucho los ojos.

— ¿Pasó algo?

— No, solo quería darte una sorpresa — explica Henrique. — ¿Vamos?

Asiento con la cabeza, emocionada por su esfuerzo para venir, pero no quiero darle significado. Henrique no quiere compromisos. Lo sé. Este noviazgo sigue siendo falso.

— ¿Adónde vamos?

— A casa — dice y me levanta en brazos. — La acera está resbaladiza.

Henrique mide al menos treinta y cinco centímetros más que yo, y me siento como una niña en sus brazos cuando corre hacia la Dodge Ram aparcada unos metros más allá. Las gotas nos golpean rápido.

Sujetándome con un solo brazo, abre la puerta del acompañante y entro.

Froto mis manos para calentarme. La lluvia cae con fuerza sobre la carrocería, pero pronto estamos en el garaje de su casa.

— ¿Puedes darme un minuto? — pregunta Henrique.

— Claro.

— Espera aquí, por favor, ya vuelvo — dice y baja de la camioneta.

Veo la luz automática del pasillo encenderse cuando pasa y aguardo. Tengo curiosidad, pero no acierto a imaginar por qué me pide esperar.

Cuando empiezo a impacientarme, regresa, abre mi puerta y sujeta mi cintura para ayudarme a bajar.

— ¿Qué pasa? — pregunto. Mis nervios están a flor de piel.

Con la luz del pasillo, distingo su sonrisa. Mi corazón late muy rápido cuando me guía al interior. Las luces están apagadas, pero Henrique me ayuda a no tropezar con los muebles. Me lleva a un lugar donde solo estuve para limpiar cuando cuidaba a las gemelas: el comedor.

— ¿Por qué está todo oscuro? — pregunto, pero él no responde.

La puerta está cerrada, y percibo una luz tenue y amarillenta filtrándose por la rendija, además del sonido de una música lenta y sensual.

Henrique gira el pomo y hace un gesto para que empuje. Veo su rostro en la penumbra y temo que pueda oír los furiosos latidos de mi corazón. Empujo la puerta lentamente y me encuentro con la habitación iluminada por innumerables velas, esparcidas sobre la encimera y los aparadores. Parpadeo, viendo los ramos de rosas rojas y los pétalos junto a las velas.

La mesa está puesta para dos, con cubiertos dorados, vajilla blanca y servilletas de lino rojo. Veo una ensalada, un pescado y una pasta en fuentes de vidrio, además de copas de champán y una botella en una cubitera.

La escena me golpea como una bala de cañón en el pecho. Mi garganta se cierra y se forman lágrimas. No puedo ilusionarme, aunque lo tenga ante mis ojos.

Debe haber alguna otra chica. Henrique se enamoró de ella y va a romper el acuerdo conmigo. Solo me llamó aquí para ayudarle a poner la mesa o fregar los platos después. Es eso. Yo no soy esa princesa de cuento de hadas que el último fin de semana me hizo atreverme a soñar. Mi lugar siempre fue y sigue siendo en la cocina, sirviendo.

— ¿Para quién preparaste todo esto? — le pregunto con voz baja y ronca.

Miro sus ojos asombrados por mi pregunta. Siento la primera lágrima resbalar.

— Para ti, mi amor. ¿Para quién más sería?

Aspiro aire con toda fuerza, pero no puedo evitar las lágrimas. Mi cuerpo tiembla y me tapo la cara con ambas manos para ocultarla. Nadie hizo nunca algo así por mí. Empiezo a sollozar cuando siento el tacto de sus manos en mis brazos.

— ¿Qué hice mal, Nicole? — pregunta Henrique, intentando apartar mis manos, pero las mantengo en la cara, avergonzada por llorar justo ahora. — ¿Son las flores? ¿No te gustan las velas? Las apago. ¿O es la música? La apago inmediatamente. Alexa, apaga la música.

— ¡No es la música! — digo, más alto de lo que quisiera. — Por favor, vuelve a ponerla. Necesito saber su nombre. El de esta canción.

— Ah, Nicole... Alexa, vuelve a poner. — La música romántica retorna con su comando de voz. — Alexa, ¿cómo se llama esta canción?

— Es Night Changes, de One Direction — responde la voz femenina de Alexa.

— No sabía que la música te molestaría — murmura Henrique. — Solo puse una lista romántica.

— Me encantó la canción — digo, lloriqueando, intentando recuperar el aliento sin éxito. — Quiero recordarla para siempre.

Henrique aparta mis manos otra vez y cedo. Sus ojos azules están preocupados, enjuga mis lágrimas con los dedos, pero insisten en caer.

— ¿Qué hice mal, mi amor? — susurra, haciendo estallar las emociones dentro de mí.

Mi amor...

¡Henrique me llamó "mi amor"! ¡Dos veces!

— Nadie jamás hizo algo tan hermoso por mí — logro decir, luchando contra los sollozos que hacen temblar mi pecho. — Nunca me dieron una tarta de cumpleaños, ninguna cena, nada... Y tú hiciste todo esto por mí. Estoy muy feliz.

— Ah, Nicole... — dice en voz baja. Me abraza muy fuerte y siento una lágrima caliente caer en mi frente.

Intento sonreír, pero el llanto no cesa. Nunca me sentí tan feliz, necesito aprender a manejar este sentimiento. Nunca me sentí importante para nadie, mi presencia no era algo que celebraran en mi casa. Aspiro el olor de las rosas y cierro los ojos con fuerza.

— No pensé que significaría tanto — comenta Henrique. — Lamento tanto la vida que tuviste. Prometo que dedicaré todos mis días a demostrar lo especial que eres.

Suelto una risa nerviosa. Mis lágrimas mojan su camisa elegante, pero lo abrazo de vuelta, con miedo de que sea solo un sueño, de perder este momento si no lo agarro bien fuerte.

— Eres maravilloso — digo con los labios contra su pecho, sintiendo sus latidos.

— ¿Estás más tranquila? ¿Quieres que te traiga agua?

— No hace falta. — Me suelto de él y parpadeo, mirando la mesa. — ¿Compraste toda esta comida para nosotros?

— No la compré, Nicole. La cociné para ti. Te debo una cena desde el día que nos conocimos.

Doy otra risa, extiendo la mano y toco el ramo de rosas más cercano.

Henrique me toma el rostro con ambas manos, enjuga las lágrimas y me besa.

— Me muero de miedo de que sea un sueño — digo en voz baja, contra sus labios.

— No lo es, te lo aseguro.

Salgo de sus brazos, decidida a oler todos los ramos de rosas en la sala. Empiezo por el aparador del lado derecho, dejo que mis dedos toquen los pétalos suaves, alcanzo las flores de la encimera y me giro hacia la mesa. Entonces mis ojos captan por primera vez la pared opuesta a la encimera.

Mis ojos se abren desmesuradamente y llevo la mano en copa a la boca. Hay otro aparador en ese lado, y unas letras con luces led están colocadas encima, en la pared. Las luces están encendidas y forman dos palabras en letras gigantes: ¿QUIERES SER MI NOVIA?

Aprieto la mano en el respaldo de la silla y me muerdo el labio para contener un grito de emoción.

— ¿Quieres ser mi novia, Nicole? — pregunta Henrique con voz aterciopelada, acercándose a mí.

— ¡Sí quiero! ¡Muchísimo! — respondo, lanzándome a sus brazos.

Él sujeta mis caderas por encima del legging, levantándome del suelo, y me besa otra vez. Agarro el cuello de su camisa, luego toco su pecho musculoso sobre la tela. Henrique me apoya sobre la mesa y se acomoda entre mis muslos.

Quiero mirar las flores, quiero acercarme a las letras de led, tocarlas, pero sus manos empiezan a recorrer mi cuerpo y pierdo la compostura.



Henrique

Le quito su forro polar y lo tiro al suelo, luego me inclino y beso su boca, su barbilla, su rostro, saboreando lo salado de sus lágrimas.

— Soy anticuado y romántico — susurro contra su oreja pequeña —, tenía miedo de que salieras corriendo.

— Nunca correría de ti — responde Nicole y tira de mi corbata.

Quiero parar, cenar primero, pero ella me enloquece, invade mi mente, y no puedo pensar en nada más que entrar dentro de ella.

Esperé tanto para tenerla, estuve junto a ella varios fines de semana, ardiendo de deseo pero respetando su voluntad, y ahora que me acepta, el deseo solo crece.

— Pensé que no querías involucrarte con nadie — susurra, quitándome la corbata con mirada pícara.

— No quería, hasta probarte — respondo. Mi voz sale baja y ronca.

Me acomodo entre sus piernas y me froto, para que Nicole sienta cuánto la deseo. Oigo su gemido bajo y eso me vuelve más loco.

— Quiero tu coño ahora — murmuro y bajo la cintura de su pantalón, sacándola de la mesa.

— ¿No deberíamos cenar primero? — pregunta y muerde la punta de su dedo índice, llevando solo la blusa de botones y las bragas.

Me agacho y apoyo la punta de mi nariz en la tela, oliendo su aroma embriagador.

— Nicole — llamo su nombre mientras abro los botones de mi camisa.

— ¿Sí? — pregunta y pasa sus manos por mi pelo.

— ¿Qué me has hecho? — cuestiono, antes de morder su pubis sobre la tela de las bragas.

Ella suelta un gritito y apoya las manos en la mesa tras ella, luego levanta un muslo, ofreciéndome su coño caliente.

Muerdo otra vez, clavando mis manos en su culo, intentando prolongar el momento de comérmela.

— Te gustó el té que te di — dice y suelta una risita.

— Ya no puedo vivir sin él.

Estaba enloqueciendo de saudades de su cuerpo, sus besos, su olor, su voz, todo de ella. Intenté pensar en razones para no pedirle ser mi novia, para no involucrarme, pero no encontré ninguna. Por más que hubiera hecho una promesa, lo que siento es más fuerte.

Me arrepentiría si no lo hacía. Podría perderla.

— Confío en ti, pero no quiero ver a ningún tío creyendo que tiene oportunidad. Eres mía, Nicole. Solo mía — afirmo y aparto sus bragas, revelando lo que más deseo. — ¡Estás buenísima!

Devoro su coño, saboreando su carne caliente, arrancándole gemidos provocadores. Sujeto su muslo, abriéndola más, y chupo con ganas. Ella se retuerce y grita, tirando de mi pelo.

Abro el pantalón y me levanto. Miro su rostro perfecto mientras libero mi polla y saco un condón del bolsillo. Extiendo la mano y tiro de su blusa, abriendo dos botones, revelando sus tetas redondas sin sujetador. Chupo una, luego la otra, manteniendo sus pezones entre mis dientes, lo que la hace jadear. Termino de quitarle la blusa, luego las bragas, dejándola desnuda.

— Siéntate en mi polla — exijo, arrastro una silla y me acomodo, me quito la camisa rápido.

Nicole se acerca, dándome la espalda, y me posiciono en su entrada, viendo cómo su coño engulle mi polla lentamente, caliente y apretado. Sujeto su cintura para ayudarla en los movimientos, y ella empieza a cabalgar.

Veo cómo su espalda se arquea mientras menea. Acaricio su piel, le hago caricias, beso sus hombros, aparto el pelo de su espalda, paso la punta de mi lengua por su cuello, abro la boca y dejo que mis dientes rocen sus hombros. Observo cómo se le pone la piel de gallina.

Nicole cabalgaba lentamente, pero me provoca mucho placer. Mi cuerpo empieza a sudar ante la visión de su cuerpo. Paso la mano por su barbilla y giro su rostro para que me mire mientras menea.

Veo sus labios entreabiertos, Nicole respira con dificultad. Joder, su boca es demasiado hermosa. Mi corazón late fuerte. Ella apoya la cabeza en mi hombro y me mira fijamente, gimiendo de deseo, entregada.

Siento el sudor formarse en mi espalda, estoy ardiendo. Dejo que mi dedo índice roce sus labios y ella chupa la punta. La suavidad de sus labios carnosos envuelve mis dedos.

— Siéntate de frente — pido en un susurro.

Ella obedece y se agarra a mis hombros para acomodarse de nuevo. Siento su peso sobre mis muslos, el movimiento regresa; lento, constante. Sus ojos verdes se ponen en blanco.

Paso mis pulgares sobre su boca y trago en seco al admirarla. El sudor empapa mi pelo. Froto el pulgar hacia abajo y veo sus

dientes claros entre los labios. Me inclino y apoyo mi frente en la suya. Siento su aliento, la respiración irregular.

Su cabalgata se intensifica. Mi polla palpita dentro de ella mientras Nicole contrae su canal a mi alrededor. Quiero besarla, pero sé que me llevará al delirio. Intento prolongar este momento, es demasiado bueno y quiero que dure, pero su boca es una tentación. Me arriesgo a un beso en su mejilla enrojecida, intentando saciarme. Deslizo hasta la comisura de sus labios y dejo que mi lengua recorra su labio inferior. No es suficiente. Aprieto mis labios contra los suyos, permito que mi lengua entre en su boca, buscándola, moviéndome como le gusta.

Es como fuego en pólvora. El beso nos consume e incendia nuestros cuerpos. Abrazo su cintura y me levanto con Nicole encajada en mí. Sus piernas se ciñen a mi cadera y empiezo a mover las caderas, embistiendo rápido en su coño. Nicole me agarra con brazos y piernas, gimiendo cada vez más fuerte, pidiendo más y más, pronunciando palabras incoherentes contra mis labios. Nuestras pieles resbalan con el sudor del otro. Embisto con fuerza, sujetándola bien fuerte.

Entonces la coloco sobre la mesa grande, en el espacio vacío, y me inclino sobre ella. Nuestras bocas se encuentran y todo se fusiona. Empiezo a follarla rápido y sonidos roncos escapan de mi garganta, mientras Nicole gime más alto. Sujeto sus muñecas sobre su cabeza y la miro fijamente, embistiendo fuerte hasta correrme con la sensación más deliciosa y animal que existe.

Tardo un momento en recuperar el aliento, aún sobre ella, y la beso de nuevo antes de levantarme de la mesa.

— Mira lo que me haces, guarra — digo. Mis piernas están débiles, mi boca seca y el corazón acelerado.

Ella ríe, muerde su labio hinchado y rojo, se sienta al borde de la mesa con los pechos erguidos a la vista, el vientre liso, la cintura estrecha, las caderas anchas, los brazos a los lados del cuerpo. Es la imagen de la perfección.

— ¿Planeabas comerme antes de cenar? — pregunta. Sus pechos suben y bajan mientras intenta regular la respiración.

— Serías mi postre, pero no puedo resistirme — digo y alcanzo la botella de champán. Rompo el sello y sirvo nuestras copas.

— ¿Brindamos? — pregunta Nicole.

Sigo con la boca abierta mirando sus pechos perfectamente redondos y los pezones rosados y pequeños apuntando hacia arriba.

— Por nuestra felicidad — declaro, chocando mi copa contra la suya. Doy un sorbo y me coloco entre sus piernas. Intento resistir el pensamiento, pero no puedo. — Quiero beber de ti.

La tumbo en la mesa otra vez y vierto el champán de la copa sobre sus pechos y ombligo, luego me inclino sobre ella y bebo cada gota que se calienta en su piel ardiente.



— Fueron dos veces, creo que eres el más guarro de los dos — dice Nicole, terminando de abrochar los últimos botones de mi camisa.

Está vestida, una pena porque su cuerpo desnudo es una obra maestra, pero tengo hambre y no podría comer si ella no se vistiera.

— En eso tienes razón — asiento. — Pero eso no te hace menos guarra.

Ella suelta una risita y se gira, camina por la sala oliendo las flores y encendiendo las pocas velas que se apagaron. Luego va hasta las luces led y toca las letras con las yemas de los dedos, admirándolas como si fueran un cuadro de pintor famoso.

— ¿Estás segura de que no es un sueño? — pregunta. — Tengo miedo de no merecer esto, de que te des cuenta y rompas conmigo. Solo tuve un novio antes y no fue nada así.

La abrazo por detrás y beso su mejilla.

— Si es sueño, es mío y no tuyo — respondo. — ¿De verdad te gustó? Cuando terminé de montarlo todo y salía a buscarte, me pareció hortera y de mal gusto.

— Solo si estuviera loca para no gustarme — dice Nicole con una sonrisa que revela su felicidad.

Saber que está feliz hace que mi pecho rebose de sentimientos. Me contengo para no decir que la amo. Confesar que me enamoré, sí; decir que la amo, no. No quiero asustarla más.

Recuerdo a Milena y cómo dejó de hablarme días después de decirle que la amaba.

— ¿Y cómo están las niñas? — pregunta Nicole.

— Bien. Helena juega con ellas todo el día. Piscina, paseo en pony, columpio. Les encanta estar en la hacienda.

— ¡Ah, qué bien! ¡Se lo merecen tanto! Las vi el domingo y ya me muero de saudades.

Pienso decirle que cenaremos en la hacienda el sábado porque mi madre quiere conocerla, pero no quiero arruinar el momento.

No es mi obligación llevarla, y si fuera tan ingrato como dice mi madre, no volvería a hablarle tan pronto. Aún así, amo a mis padres, los respeto, aunque no cumplí sus deseos. Ellos me dieron estudios y todo lo mejor. Hasta que empecé a trabajar, nunca me faltó nada. El dinero jamás fue problema. Reconozco que mi padre siguió manteniéndome incluso cuando me opuse a él y decidí estudiar medicina. Fueron ellos quienes pagaron todos los viajes, fiestas, libros, y hasta mi clínica.

— Ellas también te echan de menos. Preguntan por ti.

— ¿En serio? — pregunta con los ojos brillantes.

— Sí, escucha esto. — Cojo mi móvil y reproduzco el audio que Helena me envió, donde Aurora dice "¿dónde están mamá y papá?" y Jasmine balbucea algo como "saudades de mamá y papá" en lenguaje de bebé.

Los ojos de Nicole se llenan de lágrimas y agita las manos para evitar que caigan.

— Estoy muy emotiva. Pero es bueno saber que se acuerdan de mí. ¡Las quiero tanto!

— Ellas también te quieren — respondo. *Y yo también*.

— ¿De verdad no te molesta que me llamen así? O sea... yo era la niñera.

— Su madre se fue y nunca volvió a visitarlas. Se aferraron a ti con todo el cariño que tenían para dar. No voy a quitárselo.

Ella pasa la lengua por los labios, pensativa.

— Si apruebo el examen de acceso, espero que sea en una ciudad cercana. Quiero venir todos los fines de semana a estar contigo y las niñas — dice Nicole, quitándome un peso del pecho. Temía que no quisiera volver después de irse. — Eso si tengo dinero, claro.

Estoy empezando a hacer planes para el año que viene, pero no quiero ser demasiado precipitado y contárselos a Nicole ahora. Necesito ser paciente y decir las cosas en el momento adecuado.

— No voy a pagarte más por los encuentros — digo, tras aclararme la garganta. — Pero te doy mi palabra de que no te faltará nada.

Ella parpadea la cortina de pestañas varias veces, como si buscara las palabras adecuadas.

— No tienes que preocuparte por eso. Ahorré bastante dinero, podré mantenerme los primeros meses, hasta encontrar un trabajo.

La abrazo por detrás otra vez, apoyando mi barbilla en su cuello.

— ¿Recuerdas que te dije que dedicaría cada día de mi vida a hacerte sentir especial? Entonces, quiero cuidarte.

— Henrique, no quero ser una carga.

— Jamás lo serías. Yo tuve ayuda económica de mis padres, nunca trabajé mientras estudiaba en la universidad, aun así tuve que trasnochar estudiando. Es muy duro.

— Pero yo estoy acostumbrada a trabajar y estudiar. No quiero que pienses que soy interesada. No merezco todo esto.

— Sí que lo mereces. Yo tuve ayuda para llegar donde estoy hoy. Por favor, déjame hacer esto por ti también. Ya trabajaste toda la vida, serviste a otros cuando deberías haber jugado, ser niña. La vida nunca fue justa contigo.

— Tengo miedo. Y si tú quieres terminar, vi a montones de hombres abandonando a mi madrastra, me prometí a mí misma que nunca me dejaría llevar por un hombre... Si otra persona te interesa...

— ¿De verdad crees que soy como los tipos que salían con tu madrastra? — pregunto, procurando no parecer ofendido. Confío en Nicole, pero no puedo exigirle lo mismo a ella. — La confianza se conquista, creo que aún no he conquistado la tuya.

— No es eso. Entiéndeme, nunca tuve nada fácil en mi vida. No sé si puedo lanzarme así.

— Tendrás unos meses para acostumbrarte al hecho de que ya no estás sola — susurro y la beso. — Venga, vamos a cenar. La comida ya ha esperado demasiado.

— Estoy loca por probarlo. Todo parece tan rico.

— No cocino tan bien como tú — comento, apartando la silla para que se siente. — No te hagas demasiadas ilusiones.

Nos servimos y espero su reacción. Nicole toma un tenedor de ravioli al quattro formaggi y lo lleva a la boca, entonces cierra los ojos y gime de placer.

— ¡Está delicioso! — elogia. — ¡Eres el mejor de los cocineros!

— Prometo que siempre cocinaré para ti, si me das tu coño de postre. Guiño un ojo y ella me da una patada en la pierna bajo la mesa, haciéndome reír.

Terminamos de cenar y ella me pide que ponga aquella música otra vez.
Las velas siguen encendidas.

— Alexa, pon Nights Change, de One Direction — pido, y la música empieza a sonar.

Nicole abre una sonrisa, con los ojos verdes brillando por el reflejo de las velas. Extiendo la mano hacia ella y beso el dorso, luego la atraigo hacia mis brazos. Envuelvo su cintura y ella pasa los brazos alrededor de mis hombros, entrelazando las manos tras mi nuca.

Su sonrisa se transforma en una risa.

— ¿Quieres bailar conmigo? — pregunta, cuando doy un paso al lado, atrayendo su cuerpo.

Alcanzo un mechón de su pelo y lo coloco tras la oreja. Está tan guapa que podría mirarla el resto de mi vida.

— No es difícil — respondo. — Súbete a mis pies.

— ¿Lo dices en serio? ¡Te haré daño!

— No lo harás, Nicole. Puedes subirte.

Ella suelta una risita dulce y se sube a las puntas de mis zapatos. Aprieto su cuerpo suave contra el mío y empiezo a mover los pies, bailando por la sala con Nicole agarrada a mí, sin apartar la vista de ella. Creo que nunca la vi tan feliz.

La música termina, pero está en modo de repetición y recomienza enseguida.

— ¿Sabes lo que no es justo? — pregunta ella.

— ¿Qué, mi amor?

— Que tú estés tan arreglado, con ropa formal, corbata y zapatos elegantes, y yo lleve mi ropa sencilla — se queja. — Una legging vieja, una camisa de tienda de segunda mano...

— Y, aún así, consigues ser mucho más atractiva que yo — susurro, fascinado por su sonrisa.

— Tengo miedo de que cambies de idea cuando amanezca — murmura ella, haciendo pucheros.

— ¿Sabes qué dice esta canción? — le pregunto. No es una canción que soliera escuchar, pero tras oírla por tercera vez, ya he captado de qué habla.

— No, ¿qué?

Miro a un lado, prestando atención a la letra para traducirla.

— "Estamos envejeciendo, amor / Y he estado pensando en ello últimamente / ¿Te vuelve loco darte cuenta / De lo rápido que cambia la noche? / Todo lo que siempre soñaste / Desaparece cuando te despiertas / Pero no tienes que tener miedo / Incluso cuando la noche cambie / Jamás cambiará a tú y yo."

— Es perfecta. Será nuestra canción de ahora en adelante — dice con los ojos brillando como diamantes.

Tomo su cara entre mis manos y la beso. Estoy loco por decirle que la amo, pero no quiero asustarla.



Nicole

Viernes, 10 de julio

Estoy terminando unos cálculos de matemáticas cuando oigo unos golpes en la puerta.

— ¿Quién es? — pregunto.

Enderezo la postura y muevo el cuello tenso, por el tiempo que llevo estudiando.

— Soy yo — oigo responder la voz de Julia. — ¿Puedo entrar?

— ¡Solo un segundo!

Me levanto y descorro el cerrojo de la puerta, que está cerrada porque Inácio está de descanso. No me ha atormentado desde que Henrique se peleó con él por teléfono, pero soy lo bastante lista como para no despistarme.

— ¿Qué quieres? — pregunto en cuanto abro la puerta.

Julia está parada en el pasillo, con las manos juntas delante de la cadera. Es más alta que yo y su cuerpo ya está bien desarrollado, pero en este momento, solo es la niñita pelirroja y adorable a la que solía cuidar.

Algo se me oprime, porque hace mucho que no la veía así de frágil.

— Hablar contigo — responde.

Tardo un instante en dejarla entrar. No sé por qué, pero mi cerebro ha activado una alarma.

— Es viernes, ¿vas a salir con tu novio? — pregunta Julia.

— Voy a cenar con él más tarde — respondo, y siento un apretón en el corazón por la añoranza de Henrique.

— ¿Y mañana?

— Mañana cenaré en casa de sus padres — digo, y el estómago se me revuelve de ansiedad.

— En la hacienda donde trabaja mi padrastro, ¿no?

Asiento.

— Quería hablar con alguien, sobre lo que pasó — dice, y se da la vuelta, dirigiéndose a la cómoda para oler las flores en un jarrón transparente con agua, que traje de casa de Henrique. — Lo correcto sería hablar con mi madre, pero no puedo.

Trago en seco, el ambiente cambia.

— ¿De qué necesitas hablar que no te atreves a decirle a tu madre? — pregunto, me siento en la cama y paso las manos bajo los muslos, para evitar que empiecen a temblar.

— Solíamos ser tan amigas, Nicole. No sé por qué ya no lo somos.

Quiero responder que se convirtió en una creída mimada después de crecer, y yo seguí siendo la chica pobre que vive de la caridad de su madre, pero me contengo.

— Siempre estoy aquí cuando me necesitas — digo suavemente, porque aún recuerdo a la niña adorable que era y no puedo odiarla.

Julia se vuelve con los ojos marrones muy abiertos y brillantes, como si contuviera algo dentro.

— ¿Recuerdas cuando te dije que mi madre siente celos de ti? — pregunta.

Muerdo la parte interior de las mejillas y aprieto los dedos bajo los muslos.

— Sí, y no me explicaste el motivo — digo, aunque sé que Raissa me odia porque soy una carga. Debe arrepentirse hasta hoy de no haberme enviado con la horrible familia de mi madre cuando murió mi padre, y detesta que su marido me mire con lujuria.

Esta breve conversación me molesta, intentaba mantener pensamientos positivos desde el martes, cuando el hombre de mis sueños me pidió que fuéramos novios, y ahora resurgen todas las sensaciones horribles que intentaba ahogar.

— Sé por qué te tiene celos — repite Julia, y debo contenerme para no poner los ojos en blanco. — Yo era pequeña, pero eso quedó guardado en mi memoria.

Me muevo en la cama, me pongo más tensa.

— Continúa — pido en un susurro.

— Mi madre salía con un chico, en la época en que nació Mariano. No sé si era su padre, porque ella no solo estaba con ese hombre, ya sabes cómo es, y tampoco quiso decir nunca quién era el padre de Mariano — cuenta, y yo asiento con la cabeza para no interrumpirla. — Este chico era diferente de los demás, ¿sabes? No era insoportable, y siempre traía dulces para Giovane y para mí.

— Creo que tendría tu edad, más o menos — respondo y hago una mueca. — Demasiado mayor para que te dieran dulces, ¿no?

Julia encoge los hombros de un modo que me pone aún más alerta.

— ¿Recuerdas que en aquella época tú y yo dormíamos en la misma habitación? — pregunta.

— Sí, en la última casa donde vivimos antes de esta.

— ¡Exacto! Pues bien, una noche me desperté y la puerta estaba entreabierta. Era noche de luna llena y, con las cortinas de la ventana abiertas, pude ver que él estaba en el cuarto, parado cerca de tu cama. Me asusté, pero me quedé quieta, con miedo de lo que hacía.

— ¿Q-qué estaba haciendo? — mi voz sale entrecortada.

— Había apartado tu manta y estaba haciendo esa cosa asquerosa que hacen los hombres — relata. — En aquel entonces, ni siquiera sabía qué era eso, pero estaba aterrada de que me viera despierta. Esto pasó varias noches, entraba en nuestro cuarto y lo hacía. Tenía tanto miedo de contárselo a alguien, porque parecía tan majo con mi madre, nadie me creería. Entonces, una noche, mi madre entró en la habitación y lo pilló.

— ¿Empezaron a pelearse en mitad de la madrugada? — pregunto, horrorizada, con los nervios destrozados. — Recuerdo algo así, pero no sé cómo empezó.

— Fue por eso. Ella lo echó de casa, luego nos mudamos aquí y nos separó de habitación. Después de aquella noche, empezó a tratarte de otra manera. Yo pensaba que era porque el chico era guay y, en su cabeza, tú lo habías estropeado todo.

Trago el nudo en la garganta, respirando hondo para no empezar a llorar o gritar. Yo tenía la edad que tiene Julia ahora, ¿qué culpa tenía yo de eso? No puedo soportarlo, no logro manejar todos los sentimientos que me están ahogando.

Algunos de los tipos asquerosos con los que salía Raissa ya me habían acosado, hecho comentarios sobre mi cuerpo cuando Raissa no miraba, pero yo no sabía nada de algo tan repugnante como eso.

Quiero gritar, pero trago los sentimientos, intuyendo que Julia aún tiene más que contarme.

— ¿No estás enfadada por haber guardado esto hasta hoy? — me pregunta. Veo la preocupación y las dudas dibujadas en su rostro.

— No, Julia, eras una niña. Continúa — la animo, en voz baja.

— Pasaron los años, nos distanciamos, porque dormías en otra habitación, y mi madre empezó a tratarte aún peor. — Dice, mira al techo y respira hondo. Veo en sus ojos que hace un esfuerzo tremendo por no llorar. — Y ahora estoy ocultando cosas otra vez, quería contárselo a mi madre, como debería haber hecho entonces, pero me muero de miedo de que me odie como te hizo a ti. No quiero que mi madre sienta celos de mí, ni que me castigue.

Me clavo las uñas bajo los muslos. La tensión hace que me duelan los músculos.

— ¿Qué no te atreves a contarle? — mi pregunta es apenas un susurro.

— Que Inácio empezó a entrar en mi habitación también, algún tiempo después de que empezaras a salir con el vecino.

Trago en seco, mis nervios están destrozados.

— ¿Y qué hizo?

— La primera noche, pensé que había ido a ver cómo estaba Pietra. Me quedé quieta bajo la manta, pero él vino y se quedó parado cerca de mi cama. No tuve valor para gritar ni para abrir los ojos. Me quedé inmóvil, con el corazón desbocado, durante varios minutos. Cuando abrí otra vez, ya se había ido.

— ¿Lo volvió a hacer?

Ella asiente positivamente con la cabeza.

— Unas noches después volvió y le oí hacer eso...

— Tienes que contárselo a tu madre — susurro, sacando las manos de debajo de mis muslos y atrayéndola hacia mis brazos.

— Ya te dije, no quiero que mi madre me odie como te odia a ti — responde, con la voz apagada contra mi pecho.

— No te odiará. Es tu madre; a pesar de tratarme mal, siempre os ha cuidado con mucho amor. Raissa jamás estaría en tu contra.

— Tengo miedo de arriesgarme.

— ¿Quieres que yo se lo cuente? Hablo con ella. Si Raissa no hace nada, lo haré yo misma.

— ¿Qué puedes hacer tú para que pare? — pregunta Julia, inclinando la cabeza para mirarme.

Ahora percibo que llevaba queriendo contarme esto desde la semana pasada, cuando estuvo en mi habitación.

— Iré a la comisaría a presentar denuncia — murmuro con la voz afectada por la tristeza de saber la carga que ella también lleva.

— ¿Sola?

— Un amigo de mi novio es abogado. Creo que él puede orientarnos.

— ¡Entonces espera! Por favor, espera unos días. Estoy cerrando la puerta con llave y ese asqueroso ya no entra.

Simplemente ya no me siento segura, como no me sentí en aquella época que te pasó a ti, pero por favor, dame tiempo para reunir el valor de contárselo a mi madre.

Asiento contra mi propia voluntad. Quiero ir tras Inácio dondequiera que esté y golpearle hasta desfigurarle la cara, pero sé que no tengo capacidad física ni psicológica para hacerlo. Él tiene una hija pequeña, ¿cómo puede ser tan repugnante?

— Tengo tanta vergüenza de mi madre, de Giovane. ¿Y si piensan que yo lo provoqué? — pregunta.

— No lo pensarán — digo, aunque sin tanta convicción. — Son tu familia, y tú eres mucho más importante que él. Te daré un tiempo; si en una semana aún no se lo has contado, lo haré yo. ¿Combinado?

Ella se seca las lágrimas y asiente.



Henrique

Es la segunda vez que cocino para mi novia. Exprimo el limón sobre la carne y me río al pensar en "mi novia". Soy un maldito romántico y apegado, probablemente un pringado, pero un pringado feliz.

Pongo los demás condimentos en la carne, luego la meto en el horno con las verduras y subo a arreglar el armario.

Esta casa es extrañamente rara sin el sonido de las risas y balbuceos de las gemelas. Nicole es la única que trae vida al ambiente cuando no están ellas. Solo, me siento como en un mausoleo.

Abro una de las puertas del armario y empiezo a sacar las perchas para vaciar uno de los lados, luego cuelgo las perchas nuevas que compré en la barra.

Vacío también algunos cajones, los limpio y lo arreglo todo. Vuelvo a la cocina y termino la cena.

Lavo los platos que están en el fregadero, porque la última vez Nicole intentó lavarlos después de cenar. Ella no puede estar en un ambiente sin intentar arreglar el desorden. Tuve que mantenerme firme, porque no quería que hiciera nada. Era mi invitada y probablemente ya había fregado suficientes platos ese día.

Mientras arreglo la mesa del comedor y pongo las velas en los candelabros, mentalmente tomo nota para comprar un lavavajillas.

Termino los preparativos, camino hasta su casa y llamo para avisar que estoy en la acera.

— Buenas noches, mi amor — dice cuando me ve. Es la primera vez que me llama "amor". Soy tan tonto que siento el corazón acelerarse.

— Buenas noches para ti también, mi amor — la saludo.

Nicole se estira para ponerse de puntillas y besarme. Abrazo su cintura y la levanto del suelo. Ella se apoya en mi pecho y me mira. Percibo que hay algo diferente en su mirada, pero no sé qué. ¿Duda, preocupación, decepción?

— ¿Estás bien? — pregunto y la bajo al suelo.

— Sí, todo bien. Me moría por echarte de menos. Ni parece que te vi el martes.

— Yo también. Parece que hace una semana — coincido y sostengo su mano mientras caminamos.

La calle está desierta; la gente no sale a la acera con el frío que hace. La mano de Nicole está calentita, y no hay invierno en el mundo que me enfríe teniéndola a mi lado.

Le entrego un ramo de rosas amarillas cuando entramos.

— Me estás mimando como nunca esperé que me mimaran — dice y aspira el perfume de las rosas. — Sigo teniendo miedo de despertar.

La atraigo hacia mí y me ahogo en su beso, que me hace arder de deseo.

— Hoy vamos a comer primero — dice contra mis labios.

Observo sus ojos verdes y veo un destello de duda pasar por un instante.

— ¿Ha pasado algo? — pregunto y siento mi corazón oprimírsele. ¿Se habrá arrepentido de aceptar mi propuesta?

Nicole suspira y me da una palmadita suave en el pecho.

— ¡Me transferiste diez mil reales a mi cuenta! — comenta. — ¿Te has vuelto loco?

— Para que gastes en lo que quieras — respondo, paso la mano por su pelo largo y brillante, mis dedos recorren los rizos gruesos y sedosos. — Es solo un regalito.

— ¿Sabes lo que significa esa cantidad para mí? — quiere saber Nicole. — ¡Es mucho dinero!

Respiro hondo y aspiro su olor a lavanda. Percibo cuán distantes fueron nuestros mundos. La diferencia es abismal. Yo gasto esa cantidad rápido, en fiestas, artículos de lujo, cosas fútiles. Para ella, significa tanto.

— Cómprate algo que quieras — susurro.

— Podría comprar muchas cosas con esto, pero no lo haré. Lo dejaré en la cuenta y lo guardaré para la universidad — dice y besa la punta de mi nariz. — Gracias, ya has hecho tanto por mí.

— Ahora formas parte de mi vida, Nicole. No necesitas guardarlo todo. Te doy mi palabra de que no te faltará nada cuando estés en la universidad. Ahora ven, tengo algo para ti.

La suelto y doy la vuelta al sofá de la sala, donde cojo un paquete pequeño.

— No es un regalo — digo al entregarle la bolsa plateada.

— Ay, ay — murmura y desata el lazo blanco.

Chasqueo los dedos mientras ella saca la cajita de acrílico del paquete. La coge y ve lo que hay dentro.

— ¿Llaves? — pregunta. Tira del otro lazo que sujeta la tapa de la cajita y sostiene el llavero dorado en forma de corazón. La observo coger una de las llaves e inspeccionarla con curiosidad. — Espera, ¡reconozco esta forma! ¡Es igual que la llave de la puerta principal!

— Ven — digo, tomo su mano y la conduzco por las escaleras hasta mi habitación. La pongo frente a las puertas del armario del

lado que vacié. — Abre.

Ella abre y contempla nada más que estantes y perchas vacías.

— Henrique, ¿es esto alguna broma?

— No, Nicole. Te estoy invitando a vivir conmigo. Vacié esta parte para que la ocupes. — Toco el llavero en su mano. — Estas son las llaves de nuestra casa.

Ella mantiene las manos en las puertas abiertas y me mira.

— ¿Hablas en serio? ¿De verdad quieres que me venga a vivir aquí?

— Será mucho mejor para que estudies. Incluso cuando las niñas vuelvan de vacaciones, pasan el día en la guardería. Puedo contratar una limpiadora o una cocinera. No quiero que te preocupes por las tareas domésticas. Yo también las hago. Solo quiero que tengas tiempo y tranquilidad para estudiar, y que duermas todas las noches a mi lado.

Ella se muerde el labio, frunce el ceño por un segundo, luego sonríe.

— No me creo que de verdad me quieras así en tu vida — dice. — Estoy haciendo un esfuerzo tremendo para no hacerme ilusiones y acabar decepcionada después.

También estoy haciendo un esfuerzo enorme para no lanzarme de cabeza a otra relación, para no entregar mi corazón remendado en bandeja, pero verla decir que tiene miedo, cuando quien debería tener miedo soy yo, me ablanda.

— Te quiero, Nicole — acabo admitiendo antes de tiempo. — Te quiero de verdad. No puedo prometer que nunca me equivocaré contigo, porque soy humano, pero te prometo que haré lo mejor que pueda para hacerte feliz. Te quiero para siempre.

— Ya me estás haciendo feliz — dice bajito, luego suelta las puertas y salta a mis brazos. — Yo también te quiero, Henrique. Luché tanto por no enamorarme de ti, pero creo que estaba nadando contra la corriente todo este tiempo. No sabía lo que era la pasión, no sabía manejar todo lo que sentía por ti y aún no sé. Por favor, no me rompas el corazón.

— No lo haré. Ya rompieron el mío y sé cuánto duele, jamás te haría lo mismo. Nunca te traicionaré ni te abandonaré, te doy mi palabra.

Ella me abraza muy fuerte, luego me mira como si aún no creyera mis palabras.

— No me has dicho si vas a aceptar mi invitación — pregunto, con recelo por la respuesta. Hay algo en su mirada que me hace pensar que oculta algo.

— Tengo algunas cositas que resolver en casa. Todavía preparo el almuerzo, ayudo con las tareas de los niños...

— Pensaba que no te gustaba vivir allí, que no veías la hora de mudarte — comento. No puedo ocultar que su respuesta me afecta.

— No me gusta, pero es todo lo que conozco. Me muero de miedo de lanzarme. Tú no lo entiendes, porque siempre lo tuviste todo. Pero yo nunca tuve nada gratis, las cosas buenas no me llegaron fácilmente. Y si...

Le callo la boca con un beso; no soporto ver que espera tan poco de la vida, que ha sufrido tanto que es casi imposible aceptar algo bueno.

— Antes de conocerte, estaba luchando por superar una decepción. Tú me hiciste olvidar, Nicole, hiciste que me enamorara otra vez cuando creía imposible. Me salvaste, me hiciste encontrar la felicidad que pensé imposible. Por favor, déjame corresponder.

— Está bien, te dejo, mi amor. Te dejo — repite en voz baja.

— ¿Aceptas vivir conmigo y con mis hijas? — pregunto, dándome cuenta por primera vez de que Nicole quizá no quiera asumir la responsabilidad de vivir con un hombre que ya tiene equipaje. Ella es mucho más joven, tiene toda la vida por delante. Tal vez le pida demasiado.

— ¡Sí acepto! Me encantará — dice. — ¿No te importa que las niñas me llamen mamãe?

— Sufrieron mucho cuando Milena se fue; ven en ti a la madre que perdieron. Si eso las hace felices, ¿por qué me importaría?

— Prometo darles todo mi amor, ya verás. Nunca fui madre, y no tuve un ejemplo a seguir, pero las cuidaré con todo mi cariño. Las amaré como si fueran mías. Ya las amo.

— Ellas lo son todo para mí. Saber cuánto las amas y me aceptas con ellas es muy importante. Eres la mujer adecuada, Nicole. Espero ser un hombre adecuado para ti también. No me falta voluntad.

— ¡Ya lo eres!

Es tan bueno poder decir cuánto la amo.

Le sostengo la nuca y la beso de nuevo.



Nicole

Sábado, 11 de julio

La entrada de su hacienda es como me la imaginé, con eucaliptos flanqueando la carretera hasta el portón que da acceso a la casona.

Frente a la casa, hay varias palmeras que dan sombra al césped. El sol se pone detrás de los árboles del lateral.

Me muerdo las uñas, ansiosa al ver al hombre de mediana edad parado en lo alto de las escaleras del porche.

— Me van a odiar, estoy segura — murmuro, a punto de abrir la puerta de la Dodge Ram y salir corriendo.

— Aparte de que estamos hablando de mis padres, y de que mi madre se enteró de nuestro "noviazgo" por mis fotos de Instagram, todo está bien.

— ¡Ay, Dios mío! — protesto, tapándome la cara con ambas manos, cuando Henrique estaciona junto a las palmeras.

— Parece que te estoy llevando al foso de los leones.

Respiro hondo y levanto la cabeza.

— Seamos optimistas. Tu hermana se llevó bien conmigo, tú me quieres y las gemelas también. Ya he conquistado una parte muy importante de la familia — digo con mi mejor tono de voz, pero ¿a quién intento engañar?

Henrique da la vuelta y me ayuda a bajar, sujeta mi cintura y me pone en el suelo.

Veo a la mujer rubia y elegante sosteniendo a una de las gemelas; Helena sostiene a la otra. Desde lejos no logro distinguirlas. Mi corazón se llena de amor al oír a una de ellas estirando sus bracitos hacia mí.

Henrique toma mi mano y me conduce por las escaleras. Hago un esfuerzo enorme por mantener la postura recta y la cabeza alta.

— ¡Mamã, papá! — la gemela que está con Helena grita.

— Quelo meu papá — pide la otra, batiendo palmitas al vernos.

— Esta es mi novia, Nicole. — Henrique gesticula para presentarnos, antes de tomar en brazos a la que reconozco como Aurora, en el regazo de su madre.

— Es un placer conocerle — le digo al padre, señor Rafael Gonçalves da Costa.

— Por fin mi hijo ha conseguido otra — dice Rafael con una voz grave como la de Henrique, pero más madura. Tiene los mismos ojos que su hijo.

— ¡Padre! — le reprende Henrique.

— Ven aquí, déjame mirarte mejor — dice Eloisa, mi suegra. Se acerca y me sujeta por los hombros.

Es una cabeza más alta que yo, tiene pelo rubio platino y veo un centímetro de raíz canosa asomando. A pesar de sus más de cincuenta años, es muy guapa. Helena se parece a la madre; las gemelas también tienen su misma nariz respingona.

Le sonrío a Eloisa, sintiéndome como una muñeca en una exposición.

— Eres una monada. ¡Todo el vecindario lo comentará! — dice, lo que me hace sentir extraña. Al menos no me está echando de su casa por ser demasiado pobre para su heredero.

— Gracias — respondo con la mayor simpatía que puedo.

Ya conocí a muchos amigos de Henrique, pero era diferente porque entonces era falso. Ahora es real, y siento mi estómago revolverse de nervios.

— Es preciosa, sí — dice Henrique, pasando el brazo por mis hombros de modo protector. — Tuve mucha suerte de conocer a Nicole.

— Y es un encanto. Ya tuve el placer de viajar con mi cuñada — es el turno de Helena de elogiarme. Jasmine estira los bracitos desde su regazo y me regala una preciosa sonrisa. — Estas niñas están locas por ti.

— Es verdad, Nicole las ha conquistado — dice Henrique.

Abro los brazos y tomo a Jasmine del regazo de Helena, llenándola de besitos para disimular mi ansiedad.

— Te he echado de menos, princesa.

Henrique se agacha para besar la cara de Jasmine, y yo aprovecho para dar un mordisquito muy suave en el bracito regordete de Aurora, aún en brazos de su padre.

— Vamos a entrar a tomar un aperitivo antes de la cena — dice Rafael, volviéndose hacia la casa. Su tono no deja lugar a discusión. Veo a dos empleadas correr para ponerse en guardia cuando él cruza el vestíbulo, seguido de su esposa e hija.

— Hasta ahora no fue tan mal — susurro a Henrique cuando sus padres se alejan.

— No lo fue, están guardando lo mejor para mí — dice Henrique. — Soy yo en quien descargan todo.

Me muerdo el labio y lo acompaño.

El interior de la casa está decorado de forma rústica, con muebles de maderas nobles que debieron costar una fortuna, además de objetos decorativos que combinan con el estilo.

— Siéntese, señorita — oigo decir a una empleada. Lleva uniforme, como en las telenovelas.

Me siento junto a Henrique y las gemelas saltan de nuestro regazo para seguir a otra empleada que las invita a cenar.

Cruzo las piernas y agradezco que Henrique sostenga mi mano.

La empleada que se queda toma unas copitas de licor de cereza y nos sirve.

— Entonces, pensé que nunca encontrarías otra mujer — dice Rafael y suelta una risotada. — Ya dudaba que fueras un verdadero Gonçalves da Costa.

Henrique se aclara la garganta y encoge los hombros.

— Esperaba a alguien realmente especial, tanto para mí como para mis hijas. No dejaría que cualquiera entrara en mi vida.

Me paso la lengua por los labios y noto que mi pierna tiembla mientras golpeo el suelo rápidamente con el pie.

Henrique pone su mano libre en mi rodilla y me acaricia reconfortante.

— Y las gemelas adoran a Nicole. Ya la llaman mãe; me alegra mucho que mi hermano haya encontrado a alguien que trata tan bien a mis sobrinas — dice Helena. — Henrique hizo bien en ser exigente.

— Es un alivio. Los niños necesitan una madre, y era una crueldad dejarlos sin una — comenta Eloisa. — Solo espero que no le hagas a mi hijo lo que hizo la otra. ¿Henrique te contó lo que hizo la madre de las gemelas?

— Madre — dice Henrique suplicante. Ahora entiendo lo que quiso decir con "guardar lo mejor para él". — Nicole ya lo sabe, no hablemos de mi pasado.

— Amo a su hijo, doña Eloisa, y haré todo por él — respondo. — Es un hombre increíble, un padre maravilloso. Seremos una familia.

Intento no pensar en lo que dirán cuando sepan que pronto me iré a estudiar a la universidad.

Aunque Henrique pueda mantenerme, nunca renunciaría a mi profesión.
Intento no pensar que pronto viviré lejos de ellos.

— Eres la hijastra de Inácio, ¿no? — pregunta Rafael tras un trago de su licor. Es intimidante cómo me observa, como si esperara que cometiera un error.

— En realidad, Inácio está casado con Raissa, mi madrastra. Mi madre murió poco después de que yo naciera, mi padre se volvió a casar, y me quedé con ella cuando él también murió — explico, luchando contra el nudo en el estómago al pronunciar su nombre.

— Inácio es un hombre terco, problemático y difícil de tratar, pero es un buen empleado — comenta Rafael.

Podrías añadir "pedófilo asqueroso" a esa lista, pienso, y de repente recuerdo que las gemelas están en la hacienda donde él trabaja. Siento un impulso loco de abrir la boca y contarlo todo, pero le di mi palabra a Julia que esperaría a que ella reuniera valor para contarlo.

Me encojo, sintiéndome negligente.

Es una mierda sufrir por los crímenes de otros mientras ellos salen impunes. Aún no he digerido lo que Julia me contó sobre lo que me pasó de adolescente. Siento escalofríos y ganas de vomitar; es una mezcla de vergüenza, impotencia y desolación.
¡No es justo!

— Es muy difícil de tratar — añade Eloisa. — Siempre se mete en problemas con los peones.

Me limito a asentir.

Entonces Rafael empieza a hablar con su hijo sobre la hacienda, la plantación y el ganado. Es una conversación larga y aburrida. Henrique responde con monosílabos, y Helena sale con la excusa de ver a las gemelas. Pienso hacer lo mismo, pero no quiero dejar a mi novio solo. Hasta Eloisa se levanta para "supervisar la cena", pero sé que solo quiere huir de esa charla. Seguro no le gustan los negocios.

Cenamos en una mesa para dieciséis personas, en un comedor muy elegante con candelabros, vitrinas de copas y vajilla de porcelana. Las empleadas sirven feijão tropeiro, costilla asada con patatas y cebollas, ensaladas verdes y dos tipos de arroz: carreteiro y blanco suelto.

Me alivia que, aunque sean inmensamente ricos, no ponen remilgos para comer. Comida sencilla sin esos cubiertos complicados que no sabría usar.
Henrique ya me había dicho que su padre es un hacendado típico, rústico y que odia los formalismos.

Al menos durante la cena logro relajarme. La comida es sabrosa y no fue ni de lejos tan mala como temía.

De sobremesa, nos sirven pudim de leite condensado, que descubro ser el postre favorito de Henrique. También me encanta el

pudim, y se lo haré siempre.

Cuando termina la cena, su padre pide permiso para fumar un puro.

— Hasta te invitaría, hijo, pero tú me vienes con ese rollo de doctor.

— Sabes lo mal que fumar es para la salud — dice Helena. — No es solo porque Henrique sea médico, es porque se preocupa por ti. Un día de estos voy a ponerte pimienta en el puro, como tú me hiciste con mi chupete, padre.

Rafael se echa a reír, se levanta y besa la frente de su hija. Se nota que ella no sufre la misma presión que su hermano.

— Yo te apoyo, Helena — bromea Henrique.

Quiero ayudar a quitar la mesa, pero Eloisa agita las manos y arruga la nariz. Dice que hay empleadas para eso.

Henrique me invita a conocer la casa, mientras su madre y hermana llevan a las gemelas al porche.

Lo sigo por un pasillo lleno de cuadros.

— Te mostraré mi antiguo cuarto — dice Henrique y me guiña el ojo de esa manera pícara.

Mi cuerpo se estremece al prever lo que quiere.
Follar en casa de los padres de mi novio es perfecto para relajarme o volverme loca de una vez.

Abre una de las puertas y me atrae hacia dentro. Veo la cama matrimonial con cabecero de madera, sábanas inmaculadas. Hay un

aparador lleno de fotos; me acerco a él, pero siento mi móvil vibrar en el bolsillo de la chaqueta y lo cojo.

Me sorprende la llamada de Julia. Nunca me llama.
Mi estómago se revuelve aún más. Ruego que sea un error, que haya pulsado el botón de llamar sin querer.



Nicole

— ¿Qué pasó? — pregunto en cuanto contesto. — ¿Por qué me llamas?

— Nicole — oigo su voz quebrada por el llanto —, ven a casa, por favor.

— ¿Julia? ¿Qué está pasando? — insisto. Oigo golpes en una puerta que me oprime el corazón, seguidos de gritos.

— Inácio le está pegando a mi madre. Está furioso. Ven a casa, por favor — pide, susurrando.

— Voy. Dime dónde están Pietra y Mariano.

Henrique se inclina frente a mí con mirada preocupada.

— Necesito ir a casa — le informo.

— Estoy encerrada en mi cuarto con los dos. Pero Inácio ya intentó entrar para llevarse a Pietra.

— ¿Y dónde está Giovane? — pregunto.

— En la calle. Ya llamé, pero no contesta. Por favor, Nicole, trae a tu novio. Me muero de miedo.

Oigo a Julia sollozar, agarro la muñeca de Henrique y lo arrastro fuera de la habitación.

— ¿Puedes llamar a la policía? El número es 190. Estoy en Avaré, pero vuelvo ahora mismo.

— Llamaré, ¡solo ven ya!

— Vale. Cuelgo.

— ¿Qué ocurrió? — quiere saber Henrique.

— Inácio está golpeando a Raissa. ¿Puedes llevarme de vuelta?

— Claro, vamos.

Llego a la sala y encuentro a la madre de Henrique con las gemelas.

— Muchas gracias por la cena y discúlpenme por irme así, pero hay una emergencia en casa — me disculpo rápido. — Dile a Rafael que fue un placer conocerlo.

Bajo las escaleras corriendo, sin esperar su respuesta, y casi tropiezo en el último escalón, pero Henrique me sostiene.

— ¿Llamaron a la policía? — pregunta al arrancar el coche.

— Julia ya debe haber llamado — respondo y me paso las manos por la cara. — No puedo creer que esto esté pasando. ¡Ni siquiera saqué todas mis cosas de allí y ya tengo que volver así! Si yo hubiera estado en casa...

— No es tu responsabilidad — dice Henrique poniendo su mano en mi muslo —, mucho menos tu culpa.

— ¿Seguro que quieres ser parte de esto? — susurro. — ¿De verdad quieres entrar en mi vida tan jodida?

Doy un sollozo, sintiendo las lágrimas correr.

— Es de esta vida jodida de la que intento salvarte — dice con ternura. — Por favor, no me apartes de ti.

Pongo mi mano sobre la suya, entrelazando nuestros dedos. Es la primera vez que siento ganas de contárselo todo a alguien, ser completamente franca, hablar abiertamente de mis problemas en casa. Ni siquiera con Brianna hablé de todo.

No sé qué me posee para revelar un secreto que no es solo mío, pero estoy tan desesperada que suelto la lengua y cuento lo que Julia me dijo ayer, la razón por la que no estaba tan feliz de mudarme.

— La ayudé a criarla, en cierto modo, ella sí es mi responsabilidad — murmuro bajito al terminar.

Mis manos y piernas tiemblan. Siento vergüenza, miedo de que Henrique piense que lo provocamos, que fuimos cómplices. Quiero retroceder, me arrepiento de haberlo contado. Necesito hacerle entender que Julia no tuvo culpa, como yo tampoco la tuve cuando me pasó hace años.

Henrique coge el teléfono y llama a alguien. Estoy destrozada, me siento humillada, avergonzada de mi vida como nunca.

— Marlon, ¿estás en la ciudad? — pregunta Henrique. — Necesito que vengas a Itaí lo más rápido posible. Estoy a punto de hacer algo grave y voy a necesitar abogado.

Parpadeo para apartar las lágrimas y miro su rostro, iluminado solo por las luces del salpicadero.

— ¿Qué vas a hacer? — pregunto. Mi voz sale entrecortada por los sollozos, las lágrimas resbalan y se acumulan en mi barbilla.

— Si la policía no ha llegado aún, voy a arreglar cuentas con él. Luego le sacaré a tu madrastra el nombre de quien te hizo eso cuando eras joven, y nada me impedirá ir tras el desgraciado. Si hay más, los cazaré uno por uno.

Miro su rostro y su cuerpo grande y musculoso. Sí, Henrique podría matar con sus propias manos. Tiene la fuerza bruta y el odio en el corazón.

Lucho contra las náuseas y marco el 190, por si Julia no llamó. Suplico que la policía vaya. Es un pueblo pequeño, no deberían tardar tanto. Dicen que enviarán una patrulla.

No es que no quiera que alguien acabe con Inácio, pero no quiero que ese alguien sea Henrique. No quiero la sangre de ese escoria en sus manos, ni que sufra las consecuencias.

Me encojo en el asiento y rezo en silencio para que no ocurra lo peor, mientras Henrique acaricia mi pelo durante el resto del camino.

Salto de la camioneta sin esperar a que me abra la puerta y corro hacia dentro. Puedo oír los gritos antes de cruzar el portón. Hay vecinos en la calle, pero no los identifico, ciega por las lágrimas.

Veo sangre que mana de una herida en la boca de Raissa y me meto entre ellos antes de que Henrique pueda alcanzarme. Veo puñetazos y patadas, pero mi cabeza da vueltas demasiado rápido para entender qué ocurre exactamente.

— ¡Desgraciado! — oigo rugir a Henrique. — ¡Saca a los niños de aquí, Nicole!

Identifico la voz de Pietra llamando a su madre y padre entre el alboroto, y tardo en darme cuenta de que yo también estoy gritando.

Mis ojos recorren la sala, buscando cualquier cosa que Inácio pueda usar para herir a Henrique, pero estoy demasiado descontrolada para ver.

Henrique está encima de Inácio, asestándole puñetazos en la cara.

— Esto es por lo que le hiciste a Julia — brama, y clava su puño cerrado contra las costillas de Inácio, que no tiene oportunidad contra un hombre del tamaño de Henrique. Oigo el sonido de un hueso rompiéndose; escalofríos recorren mi espina dorsal. — Y esto por cada vez que acosaste a Nicole.

El sonido sordo del puño de Henrique contra la nariz ya ensangrentada de Inácio me hace estremecer.

— Lleva a los niños a mi casa, Nicole — pide Henrique otra vez.

Parpadeo para apartar las lágrimas y logro ver los rostros aterrados de Pietra, Mariano y Julia. Entonces alguien más irrumpe en la sala. Giovane se abalanza sobre Henrique, pero oigo a su madre gritar algo, y entonces comprendo el motivo de todo esto.

Inácio no estaba peleando con Raissa por los motivos de siempre. Esta pelea es más grave porque Julia le contó a su madre lo que hizo su padrastro, y Raissa fue a pedirle explicaciones.

Giovane tiene solo catorce años, pero es alto y valiente. Cuando oye a su madre gritar lo que el desgraciado le hizo a su hermana, se lanza sobre Inácio. Aprovecho para apartar a Henrique. Él intenta resistirse, pero cede a mis súplicas.

— Deberías sacar a los niños — murmura Henrique, mirando a los tres que observan la escena desde el pasillo.

La sala está revuelta; algunos utensilios de cocina yacen rotos en el suelo.

Miro las manos de Henrique y veo sangre: no solo de Inácio, sino de las heridas abiertas en sus nudillos. Mis propias manos están manchadas con la sangre de Raissa.

Veo a los policías entrar y arrancar a Giovane de encima de su padrastro con brutalidad. Mi corazón está destrozado y me siento pequeña, tan inocente y perdida como Pietra, quien, porque Julia no pudo mantenerla dentro del cuarto con Mariano, vio cómo golpeaban a su padre.

Me percato cuando Henrique empieza a contarle a los policías lo ocurrido. Intento concentrarme en sus palabras, pero mi mente divaga. Raissa saca un cuchillo ensangrentado de debajo del sofá, y me doy cuenta de que Inácio la habría matado si no hubiéramos llegado.

Lloro durante todo el trayecto hasta la comisaría. Allí, una policía toma a Mariano y Pietra de la protección de mis brazos y los lleva a una sala reservada. Marlon llega minutos después.

Uno a uno, debemos dar nuestras declaraciones. No hablamos de lo que me ocurrió años atrás, solo de Julia y Raissa. Como abogado, Marlon acompaña cada uno de nuestros testimonios.

Intento recordar las veces que Inácio golpeó a su esposa, pero fueron tantas que dudo poder contarlas todas en una sola noche.



Son las 6:39 de la mañana del domingo

Raissa recibió algunos puntos y le administraron sedantes en la Santa Casa, después de las declaraciones. Intentaron vendar las manos de Henrique, pero se negó, explicando que era médico y que cuidaría él mismo de las heridas. Giovane se fracturó el meñique al golpear a su padrastro por lo que le hizo a su hermana.

Marlon consiguió una psicóloga de urgencia para atender a Julia, Mariano y Pietra.

Me siento en la silla junto a la camilla que ocupa Raissa. Intentaron darme sedantes también, pero no acepté. Henrique está arrodillado frente a mí, con sus manos heridas sosteniendo las mías.

Me siento apática, como si viviera una experiencia fuera de mi cuerpo. Creo que todos estamos así.

— Necesitas decirme el nombre del desgraciado que entraba en el cuarto de las niñas cuando eran pequeñas — oigo preguntar a Henrique, y me estremezco.

— No sirve de nada buscarlo — responde Raissa con voz distante.

— Lo buscaré hasta en el infierno si es necesario, pero lo encontraré — asegura Henrique. — Pero debes decirme su nombre.

Quiero protestar, pero no tengo fuerzas.

— ¡No sirve! — dice Raissa elevando el tono. — Está muerto.

— ¿Desde cuándo? — insiste Henrique.

— Desde que lo pillé haciendo aquello junto a la cama de Nicole — baja la voz de nuevo para hablar. — Conozco gente relacionada con bandas; mandé a un amigo a matarlo.

Mi respiración se atasca en la garganta. Henrique se pone de pie y se acerca a la camilla.

— Nicole, ¿de verdad crees que no haría nada? Fue el hombre que más me respetó, después de tu padre, pero no dudé en mandar acabar con el desgraciado. Él era el padre de Mariano, ¿lo crees?

Lloro por enésima vez. No logro entender los sentimientos que llenan mi pecho. Me levanto y toco su brazo, palpo su piel fría y respiro hondo.

— ¿Por eso nunca dijiste de quién era hijo Mariano? — le pregunto, mirando sus ojos marrones. Su pelo rojo está despeinado,

y así, desaliñada, parece que realmente tiene cuarenta años. Cuando va arreglada, no aparenta más de treinta.

— No quería que mi hijo supiera el monstruo que era su padre. No lo supo hasta hoy y nunca lo sabrá, ¿entendido? — pregunta, y asiento con la cabeza. Henrique también asiente. — Tuvo lo que merecía. Un miembro de una banda no perdona a quien comete ese crimen. Nicole fue vengada, Dr. Henrique.

— ¿Lo mandaste matar por mí? — susurro la pregunta.

— Sí, y hasta me mudé de casa. Te puse a dormir sola en la despensa de la nueva casa, la de ahora, para que pudieras cerrar con llave siempre. Así ningún asqueroso entraría a mirarte otra vez. No era lo mejor, pero era todo lo que podía darte. Si te quedabas con Julia, no podía cerrar la puerta, porque necesitaba entrar a ver a mi hija.

Esta revelación no sería gran cosa para otros, pero para mí significa tanto que mi cuerpo tiembla entre lágrimas. Es difícil asimilar que Raissa me defendió cuando yo no podía.

Henrique me sostiene, abraza mis hombros y besa mi coronilla.

— Gracias por quedarte conmigo — susurro y le arreglo el pelo rojo tras la oreja. — Podrías haberme entregado al consejo tutelar cuando murió mi padre.

No fue ni de lejos una crianza perfecta, pero lo hizo.

— ¿Y arriesgarme a que te mandaran con la horrible familia de tu madre? Tu abuela era una prostituta drogadicta que vendía su cuerpo, y tu abuelo había estado preso al menos tres veces. Al menos eso me contaba tu padre antes de morir. Sus padres ya habían fallecido, y le aterraba no poder cuidarte solo, o tener que

mandarte con tu familia del Norte. Por eso se casó tan rápido conmigo. No te di una vida de princesa, pero te crié y te mantuve a salvo como pude.

— Gracias — es todo lo que logro decir.

— Espero que Inácio se pudra en la cárcel — murmura y vuelve la cabeza. — Ahora déjenme descansar, y cuiden de mis hijos hasta que me den el alta.

— Lo haré, no se preocupe.

Henrique está a mi lado, y lo imagino diciendo que no es mi responsabilidad, pero me sorprende una vez más.

— Vamos a cuidar bien de ellos, Raissa. Descansa tranquila.

Miro fijamente sus ojos azules, viendo el cansancio en sus ojeras, y creo que Henrique llegó a la misma conclusión que yo. Raissa no fue un ejemplo de buena madrastra, pero era lo mejor que la vida me dio.



Nicole

Viernes, 4 de septiembre

Hay reunión de padres en el colegio de las gemelas a las dos de la tarde. Voy como responsable de ellas, ya que Henrique está trabajando en Avaré. La profesora es un encanto y no hace más que elogiar a Aurora y Jasmine. Son educadas y aprenden rápido. Ya saben contar hasta cinco de forma entendible. Han progresado

mucho desde que me mudé a casa de Henrique. Lo que me preocupa es que sufran cuando me vaya.

Es extraño que a Henrique no le importe tanto esto; me hace pensar que no asimiló que realmente tendré que mudarme si apruebo el vestibular.

Tras la reunión, los niños son liberados.

Las coloco en las sillas infantiles instaladas en los asientos traseros de la Land Rover Discovery Sport HSE, coche que solía estar parado en el garaje de Henrique. Aunque ya tengo carné, me daba miedo conducir un vehículo tan caro, pero él insistió en que practicara. Además, necesitaba llevarlas y recogerlas cuando él llegaba tarde.

— Mamãe, pixina — pide Aurora desde atrás al dirigirnos a nuestro barrio.

— ¡Pixina sí, mamãe! — dice Jasmine también, batiendo palmitas y sonriendo.

Hace calor y los días empiezan a ser más largos.

— Sí, mis princesas. Tomaremos un baño en la piscina en casa, ya que hoy no podré estudiar más.

Desde que me mudé, mi rendimiento ha sido excelente. Las niñas van a la guardería a las siete de la mañana y vuelven a las cinco. Tengo todo el día para estudiar. Dejo puertas y ventanas abiertas, permitiendo que entre el sol y la brisa circule renovando energías. Ya no me parece lúgubre. La casa necesitaba perder ese aire severo. Ni siquiera me sobresalto con el viento en los árboles del jardín.

Al cruzar la calle de la comisaría, recuerdo aquella noche fatal en que arrestaron a Inácio por agresión y acoso. Marlon logró que lo trasladaran rápido a una prisión lejos de aquí. Pero no quiero pensar en eso.

Es una tarde preciosa; el cielo azul se extiende de horizonte a horizonte, y un poco de vitamina D nos vendrá bien.

Les pongo los bañadores a las gemelas y me visto con el bikini morado que Henrique me regaló en agosto, cuando empezó el calor.

— Es el trasero más hermoso que he tenido el placer de ver — recuerdo que dijo cuando me lo probé por primera vez.

Me río y sacudo la cabeza para alejar el recuerdo. No quiero pensamientos indecentes mientras las arreglo.

Les aplico protector solar, les pongo manguitos (solo por precaución; Henrique les enseñó a nadar) y las llevo a la piscina.

El agua está fría, pero con el calor no protestan. Pongo el álbum *1989* de Taylor Swift en el altavoz y juego con las niñas a las que aprendí a amar como hijas propias.

Pienso en llamar a Pietra y Mariano para que vengan, pero recuerdo que ahora estudian a tiempo completo.

Raissa matriculó a Julia en clases de inglés por las tardes, y Giovane cumplió quince años en agosto y consiguió trabajo medio tiempo como joven aprendiz en el supermercado de Brianna. Es genial porque ya no pasa el día en la calle con malas influencias.

Veo a Jasmine señalando algo tras mí y me giro rápidamente. Henrique está en el borde de la piscina, con traje y corbata. No lo vi hoy porque salió temprano para un parto de urgencia.

Aurora, más cerca del borde, lo mira atónita.

Henrique sostiene un gran ramo de rosas rojas y otro pequeño en su antebrazo. Extiende la mano derecha hacia Aurora y le ofrece otro ramito.

Ella parpadea con sus ojos azules, perpleja, como si no creyera que su padre le diera flores. Me apresuro a sacarla de la piscina, luego a Jasmine y salgo yo también.

Él arrodilla una rodilla en el suelo y ofrece el ramo a Aurora, que llegó primero. Veo la alegría más pura en su carita al sostener el pequeño ramo atado con lazos de raso blancos y rojos.

Henrique toma otro ramo y se lo da a Jasmine. Ella lo agarra y salta de alegría. Besa sus naricitas respingonas y ambas ríen con la risa más dulce que jamás escucharé.

— Mamãe, flôr — dice Jasmine, mostrándome el ramo con una sonrisa, mientras Aurora huele las rosas y mueve su cuerpecito al ritmo de *Shake It Off* de Taylor Swift.

— Son preciosas, mi amor — digo.

Henrique se levanta y viene hacia mí.

— Feliz cumpleaños, mi amor — dice entregándome el ramo grande.

Solo me doy cuenta de que estoy empapada cuando lo abrazo.

— ¡No te dije que era mi cumpleaños! — digo contra sus labios. Nunca me gustaron mis cumpleaños.

— Pero yo lo sé. ¿No recuerdas que te ayudé a abrir la cuenta bancaria y vi tus datos? — pregunta Henrique con la sonrisa que aún me quita el aliento.

— Te amo con todo mi corazón — susurro antes de besarlo. Es la primera vez que recibo algo en mi cumpleaños. Me conmueve tanto que lo recordara que contengo las lágrimas.

— Eca, papai — protesta Aurora al vernos besar. Me giro justo a tiempo de verla metiéndose el dedo en la lengua con cara de asco.

— Te gusta que te bese en la mejilla, ¿verdad, pequeñita? — dice Henrique soltándome para hacerle cosquillas a Aurora.

Jasmine, absorta, deja el ramo en una silla y lo envuelve en su toalla como si fuera una muñeca.

— Arreglaos, os llevaré a cenar a un restaurante en Avaré.

— ¿Tan pronto? — pregunto. — Ni siquiera son las cuatro.

— Quiero pasar por la hacienda para invitar a mis padres.

— ¿Seguro? — inquiero frunciendo la nariz. — No por mí, sino por ti. A tu padre le encantan esos comentarios desagradables sobre ti. Sé cuánto te afectan.

— Lo sé, pero tú eres su nuera. Es buena oportunidad para exhibirnos ante la sociedad de Avaré. Mi padre adora presumir de que tengo novia. Los dueños del restaurante son sus amigos.

— Vale — comento encogiéndome de hombros. No me gusta cómo Rafael trata a su hijo ni cómo Eloisa no lo defiende, pero hoy no insistiré.

Cuando me presentaron a mis suegros, no entendí por qué me aceptaron siendo de clase inferior, pero Henrique me aseguró que mi aspecto y carisma conquistarían fácilmente un lugar entre los ricos.

Su respuesta no me convenció — antes de él, mi apariencia solo me trajo problemas con Raissa —, pero intenté no darle vueltas.



Llevo un vestido de seda rosa magenta, de tirantes finos, que cae por encima de mis rodillas y tiene una abertura sobre la pierna izquierda. Lo compré el mes pasado en una tienda de Botucatu cuando él insistió en que eligiera algunas prendas. Todavía me cuesta aceptar sus regalos sin poner reparos, pero estoy siendo más flexible.

Pasamos por la carretera flanqueada de eucaliptos y entramos en la casa, que está vacía.

— ¿Dónde están tus padres? — pregunto, pasando de una sala a otra buscando a mis suegros, con las gemelas pisándome los talones.

— Quizás estén afuera — dice Henrique.

Lo seguimos, cruzando la cocina donde no hay empleados. Abre la puerta que da al porche trasero y me llama.

Oigo el "Cumpleaños feliz" al pisar el porche; veo gente saliendo detrás de pilares, mesas y cualquier escondite posible.

Pongo la mano en el corazón y jadeo, perpleja ante la decoración rosa con globos y adornos de fiesta infantil. Me rodean formando un círculo, aplaudiendo y sonriendo. Miro a Henrique y apenas lo distingo tras mis lágrimas. Hago un esfuerzo enorme por

no llorar, pero la emoción me desborda. Nunca tuve una fiesta de cumpleaños.

Él me abraza y besa mi coronilla.

— Feliz cumpleaños, mi amor — repite.

— ¿Preparaste todo esto para mí? — pregunto contra su camisa blanca, manchándola de maquillaje.

— Imaginé que te gustaría.

— ¡Me encanta! — digo, luego respiro hondo y me giro para abrazar a los demás.

Helena tiene a Jasmine en brazos y Eloisa carga a Aurora. Me entregan cajas de regalo con papel de princesas. Me sorprende ver a Brianna entre los invitados. Bruna y Larissa aparecen después, luego veo a Lídia, José Antônio y la pequeña Sophia. Marlon y Fred también vinieron, y para mi asombro, Raissa está aquí con Giovane, Julia, Mariano y Pietra. También veo a Paloma, la hermana de Eloisa que cuidaba de las gemelas cuando Henrique se mudó a Itaí.

Todos me entregan regalos.

Es la primera vez que mi madrastra me da un presente en mi cumpleaños. Sé que es por influencia de Henrique, pero no quiero resentimientos hoy. Además, me alegra ver a los niños.

Hasta mi suegro me regala una cajita dorada.

Helena me indica que ponga todos los regalos en una caja grande rosa con purpurina. Algunos empleados de la hacienda también están en la fiesta. Noto que los otros amigos de Henrique no vinieron; se dio cuenta de que hace tiempo que no los ve.

Solo Fred, Marlon, Lídia, Zé, Bruna y Larissa permanecieron.

Supongo que Henrique empezó a ser más selectivo. Antes estaba rodeado de gente; ahora solo convive con quienes realmente importan.

Me quito las sandalias de tiras plateadas y entro al *pula-pula* con los niños, divirtiéndome como siempre soñé. Luego voy a la *piscina de bolinhas* y al tobogán. Henrique me empuja en el columpio, dándole impulso a la niña que habita en mí.

Hay chicas pintando caritas a los niños. Dejo que me pinten una mariposa en la mejilla y poso para fotos.

Recuerdo lavarme antes del pastel. Ya anocheció; Helena enciende las velas y alguien apaga todas las luces. Aplaudo como tonta mientras cantan "Cumpleaños feliz".
Me río con el "¿con quién se casará Nicole?".

Apago las veintiuna velitas y pido un deseo: *nunca despertar de este sueño*.



Los invitados no se van después del pastel. Se quedan en la hacienda todo el fin de semana. Es agradable tener la casa llena. Hay habitaciones suficientes para todos.

El sábado, Rafael organiza un asado con fogata, viola y acordeonista, y la típica cantoria del interior.

Estoy sentada en el regazo de Henrique, llevo vaqueros, botas de cuero y camisa blanca. Hasta mi pelo está recogido en una trenza. Henrique no quiso ser hacendado, pero no desdeña la vida

en el campo; de hecho, le encanta pasar los fines de semana aquí y, ahora que me tiene, sus padres ya no lo atormentan con lo del matrimonio.

Lo abrazo fuerte y beso su rostro. Miro las estrellas, al violeiro, la fogata y la gente alrededor; los niños jugando juntos. Intento guardar esta imagen en mi memoria. Es uno de los fines de semana más felices de mi vida. No hay espacio en mi corazón para resentimientos.



Nicole

Domingo, 6 de septiembre

Después de un desayuno abundante en la hacienda, Henrique me hace una propuesta inusual.

— ¿Te animas a volar en avión conmigo?

Lo miro buscando respuestas en sus ojos.

— ¿Viajar contigo?

— No, solo es un paseo. Mi padre tiene un monomotor que usa para ver la hacienda desde arriba — explica, como si hablara de una camioneta cualquiera.

— ¿Y hay piloto? — cuestiono.

— Lo estás viendo — dice Henrique.

— ¿Qué? — pregunto, impactada.

— Tengo licencia de piloto privado, hice el curso — me cuenta.

— Y vuela muy bien — lo elogia su madre. — Puedes confiar, ya volé con él varias veces.

Siento un vacío en el estómago al pensar en despegar los pies del suelo.

— ¿Puedes pilotar, tipo, aviones comerciales?

— No, Nicole. Mi licencia solo permite vuelos privados sin remuneración.

— ¡Aun así es muy chic! — comento, y él se ríe.

— ¿Quieres volar conmigo? — repite Henrique.

Mi corazón late fuerte y siento mariposas en el vientre. Tengo el novio de mis sueños; es una pena que pronto deba irme lejos.

— Quiero — digo sin mucha convicción. — ¡Pero nunca volé, creo que me desmayaré del nerviosismo!

— Yo cuido de ti — dice con su sonrisa encantadora.

Lo sigo hasta el hangar donde está el monomotor. Tiene espacio para cinco tripulantes además del piloto.

— ¿Ustedes también van? — pregunto a mi suegra y cuñada, que nos siguieron.

— ¡No! Es un paseo romántico — dice Helena agitando las manos.

— ¿Y Rafael no quiere ir? — sugiero.

— Se llevó a los niños a montar ponis — responde Eloisa. — Irán solo ustedes.

Asiento y acepto la mano de Henrique para subir. Me acomodo en el asiento de cuero caramelo, me abrocho el cinturón y uso los auriculares. Henrique se sienta en el puesto de piloto. Lleva camiseta blanca, vaqueros, botines y gorra con visera hacia atrás; diferente a su estilo habitual. Se pone gafas de sol y me lanza un beso al aire antes de accionar los botones.

Quiero preguntar si realmente sabe pilotar, pero estoy tan nerviosa que no hablo. Meto las manos bajo los muslos para no tocar ningún botón por error.

El parabrisas nos ofrece una vista panorámica.

— ¿Lista, señorita? — oigo su voz en los auriculares, descubriendo que el pequeño micrófono me permite comunicarme.

— Sí, señor Piloto — respondo con voz fingida. *Mentira, no estoy lista.*

El monomotor empieza a rodar hacia la pista. Estoy a punto de desmayarme cuando acelera. Henrique se ríe de mi cara petrificada.

— Puedes mirar abajo si quieres — dice con voz suave.

Temo que un movimiento haga caer el avión, pero sé que es tontería. Muevo los hombros para relajarme y saco una mano de bajo del muslo.

Veo a los niños en el corral, alrededor de Rafael y un pony. Observo el ganado corriendo en el pasto, empequeñeciendo al ascender.

— Tengo unas tierras cerca. Te mostraré dónde construiré una casa. Larissa y Bruna diseñarán el proyecto. Pasaré los fines de semana allí con las gemelas cuando esté terminada — me cuenta.

Noto que no me incluye y lucho por no poner mala cara.

Es septiembre; si entro en la universidad, me mudaré en febrero. Henrique ya hace planes para cuando yo no esté.

— Será bueno para las gemelas — digo, notando el cambio en mi tono. — Les encanta la finca.

— Sí, lo adoran.

Una sola frase dicha por Henrique cambió mi estado de ánimo. Ahora pienso en cuándo tendré que despedirme. Me siento insegura.

Él me muestra las plantaciones de su padre, la represa, y yo me limito a respuestas breves.

— Aquí está el límite con mis tierras — Henrique señala algo en el suelo.

— Qué bien — digo al ver el arroyo entre dos cultivos. — Las tierras son muy... productivas.

Imagino empezar una vida sola en una ciudad nueva, lejos de él y de las niñas. Miro al horizonte e intento arrancarme esa sensación de despedida del pecho.

— Voy a sobrevolar el lugar donde construiré mi casa — informa.

Mi casa, otra vez. Esto no me incluye, pero no puedo culparlo. Yo me iré y él debe seguir aquí.

— Justo allí, Nicole — dice señalando.

Sigo su dedo y mi mandíbula cae al verlo.

No sé cómo lo logró, pero el pasto está cortado formando letras:

NICOLE ¿TE CASAS CONMIGO?

Giro el rostro hacia Henrique y lo veo sacar una mano del control, meterla en el bolsillo y tomar una cajita de terciopelo rojo. La abre y veo dos anillos de oro blanco. El más pequeño tiene una piedra de zafiro.

— ¡Sí quiero! — respondo antes de que cambie de idea. — ¡Quiero casarme contigo!

En este momento, no pienso en mi juventud ni en mis estudios. Solo quiero decirle *sí* al hombre más apasionado que conozco.

Rápidamente, saca el anillo pequeño y lo desliza en mi dedo. Tomo la cajita y saco la alianza grande, colocándola en su dedo anular.

— Este anillo de zafiro fue de mi madre, y antes de mi abuela. Me moría de miedo de que dijeras que no.

— ¿Se lo diste a tu ex? — pregunto.

— ¡No! Mi madre no me lo habría dado y no me atreví a pedirlo. Esta vez es diferente. Ellos estaban seguros de que dirías que sí, aunque yo no lo estuviera tanto.

— ¿Cómo podría negarme?

— ¿Por ser muy pronto? — sugiere. — Y lo es, pero sabía que necesitarías tiempo hasta la boda. Pensé en principios de febrero. ¿Qué te parece?

Veo que ha girado; ahora volamos de regreso a la sede de la hacienda Gonçalves da Costa.

— Es cuando ya habrán salido los resultados de los *vestibulares* — observo.

— Sí.

— Nos casaremos... ¿y si me voy? ¿O no crees que pueda entrar? Incluso si no consigo plaza en Medicina, me inscribí en Enfermería y...

— Nicole, iré contigo a donde sea que te mudes.

— ¿Qué? — pregunto perpleja. Mi corazón está tan lleno de amor que desborda.

— Si me quieres, iré contigo. Ah, y las niñas también.

— ¿Y tu familia? ¿Tus amigos? ¿Tu trabajo?

— Soy médico; puedo abrir consulta en cualquier ciudad. En cuanto a la familia... tú también eres mi familia.

— Quiero que vengas conmigo, mi amor. ¡Lo quiero más que nada! Tú y las gemelas. Prometo vivir cada día para hacerte feliz, como siempre mereciste, porque te amo demasiado.

Toma mi mano — donde brilla el zafiro — y besa su dorso con ternura.

— Yo también te amo, Nicole. Para siempre. Ahora te llevaré de vuelta; todos esperan tu respuesta.

— ¿Todos lo sabían?

— Sí. Me ayudaron.

— Y consiguieron ocultarme no solo mi fiesta de cumpleaños, sino también esta propuesta.

Henrique se ríe. Me inclino y acaricio sus brazos, deslizando mis dedos por los tatuajes, lo que eriza su piel al descubierto.

Estoy loca por este hombre y, incluso después de todo este tiempo, aún temo que sea solo un sueño. Él fue la cosa más increíble, maravillosa y surreal que podría haberme pasado.

— ¡Te quiero, te quiero, te quiero, te quiero, te quiero! — susurro, besando su hombro musculoso.

— Yo también te quiero, Nicole. Mil veces, te quiero.



Nicole

Sábado, 27 de septiembre

Una playlist de canciones románticas suena en el altavoz de la antigua habitación de Henrique, mientras trazo sus tatuajes con la yema de mi dedo índice. Su piel está sudorosa y caliente. No llevo nada más que sus brazos alrededor de mi cuerpo, relajada y somnolienta.

— Nunca me dijiste qué significa el tatuaje del reloj roto — susurro.

Sus manos están en mi pelo, acariciándome. Amo el sonido de su respiración agitada después del sexo. Amo el olor que emana de su piel.

— El tatuaje representa para mí un momento específico de mi vida, algo que me marcó.

— Es sobre ella, ¿verdad? — le pregunto. Frunzo el ceño, un poco molesta.

— No es sobre Milena, es sobre el dolor que me causó — explica. Inclina la cabeza y me mira, luego besa la punta de mi nariz. — Las grietas significan eso, lo mucho que aquel momento me quebró.

— ¿Y qué significan las llamas?

— Están consumiendo el reloj roto. ¿No puedes imaginar qué representan? — pregunta Henrique.

Me apoyo en el codo y toco las llamas, justo debajo de la figura del guerrero en su brazo.

— No puedo imaginarlo — admito.

— Representan a ti, Nicole. Es sobre el día que volví a desear a alguien. Mira — señala las letras pequeñas en el escudo del guerrero.

Ya las había visto, pero no reparé en que eran números romanos.

— Es la fecha del partido del hermano de Fred, cuando me besaste por primera vez.

Lo miro; no sé por qué aún me sorprende.

— Te tatuaste algo sobre mí cuando no teníamos nada.

— Fuiste muy importante para mí en ese momento. Hiciste que ardiera de deseo otra vez, que quisiera estar con alguien de nuevo. Incluso si no hubiera pasado nada, fue algo significativo en mi vida — me cuenta, mientras desliza su dedo por mi mandíbula con suavidad.

— Es un homenaje muy hermoso — digo, y vuelvo a recostarme en su pecho.

Estamos otra vez durmiendo en la hacienda porque fue nuestra cena de pedida de mano. No es que Henrique o yo necesitáramos anunciar a todos los hacendados y empresarios de la región que nos casamos.

Henrique empezó a importarle menos la opinión de sus colegas, y la única persona a quien yo contaría sobre el compromiso ya estaba en la hacienda el día de la propuesta: Brianna.

Pero su madre insistió en la cena; lo organizó todo sola sin pedir mi opinión, como si yo no fuera importante. Me molestó, pero no protesté. Aunque no estoy de acuerdo, entiendo lo crucial que es para Eloisa que todos sepan que su hijo encontró a alguien y se casa.

Pienso que tanto Eloisa como Rafael estaban tan desesperados por librarse de la fama de tener un hijo abandonado y engañado, que aceptarían a cualquier novia que Henrique encontrara.

Se lo comenté a él, pero Henrique aún cree que sus padres me aceptaron solo porque soy bonita. No entiendo cómo mi apariencia me daría pase VIP a la alta sociedad.
Son cosas que no comprendo.

Eloisa también intenta tomar la iniciativa en los preparativos de la boda sin consultarme bien.

— ¿Querrás invitar a todo Avaré y alrededores a nuestra boda? — le pregunto. Aún faltan meses y no hablamos de la lista de invitados, pero tengo esa duda.

— No, solo a los amigos más íntimos.

— ¿Tu madre lo sabe? — bromeo.

— Tendrá que controlarse. No son mis padres quienes se casan. Somos nosotros quienes decidimos todo.

— Pero ella nos dio el anillo de la familia. Creo que podemos dejar que alardee un poco la felicidad de su hijo — digo y me estiro para besarle la cara. — Después de la boda, te sacaré de aquí. Si apruebo algún *vestibular*, claro.

— Lo aprobarás, apuesta. Acertaste todos los simulacros y estás más preparada que yo en su momento, y aún es septiembre. Estoy seguro de que entrarás en varias facultades y tendrás que elegir en qué ciudad viviremos.

— Tu confianza en mí es fascinante — digo, rozando mis labios contra los suyos, solo un roce, saboreando la sensación de electricidad al tocarnos.

Henrique me agarra con fuerza y desliza su lengua por mis labios. Siento crecer el deseo dentro de mí. Mi corazón rebosa amor por él. Nunca pensé que merecería encontrar un príncipe como él,

alguien que me haría la mujer más feliz del mundo.
Me apoya en lo que necesito, me mima como un caballero y me folla muy bien. No hay nada más que pueda pedirle.

Suspiro al sentir su lengua en mi cuello y sus manos en mi trasero. Empiezo a decir cuánto lo amo, pero mi declaración es interrumpida por golpes en la puerta.
No sé quién puede ser. La casa está llena. Fred, Larissa y Bruna están aquí, además de Helena y dos amigas de la universidad. Hasta Raissa vino con los niños; solo la invité por ellos. No es el tipo de persona que quiero en mi vida, pese a todo.

— ¿Quién es? — pregunta Henrique alto. — Si eres Fred, acabaré con tu linaje por interrumpir justo ahora.

— Soy Giovane. ¿Está Nicole?

Me siento en la cama rápidamente, con el ceño fruncido. Giovane apenas habla conmigo, ¿por qué me busca?

Henrique me mira buscando respuestas en mis ojos.

— Estoy aquí. ¿Qué quieres? — grito a la puerta mientras me levanto envuelta en una sábana.

— ¿Puedo hablar contigo?

— ¿Ahora?

— Sí. Será rápido.

— Vale. Dame un minuto.

Henrique cruza los brazos, haciendo que los músculos destaquen en su piel de modo sexy.

— ¿Sabes qué quiere?

— Ni idea — admito.

Cojo unos vaqueros de mi maleta y una sudadera Balenciaga de Henrique, y me visto.

Beso a mi prometido y prometo volver pronto para terminar lo que empezamos, luego abro la puerta y encuentro al chico de pelo castaño y ojos color miel como los de su madre.

Giovane tiene quince años y ya mide veinte centímetros más que yo. Tiene piel suave como un bebé, mandíbula marcada y actitud de gallito; el tipo de chico popular entre las chicas de su edad.

— ¿Qué pasa, Giovane?

— Demos un paseo, Nicole — dice sujetando mi brazo, no agresivo, pero firme.

— No quiero que nadie más escuche.

Lo miro alarmada. Todavía lleva una férula en la mano por el dedo que se fracturó al golpear a Inácio.

— ¿Qué ocurrió?

— Aquí no, Nic — insiste.

Siento algo malo oprimiéndome el pecho, una especie de presentimiento, pero no quiero hacerle caso. Estoy demasiado feliz para paranoias.

Acompaño a Giovane hasta el porche delantero. De madrugada siempre hace frío en la hacienda. Cruzo los brazos y froto mis manos contra la sudadera para entrar en calor.

— ¿Qué pasó? — pregunto intentando controlar la ansiedad.

— Seré directo: acabo de leer en Facebook sobre una fuga en la prisión donde está ese desgraciado de Inácio — cuenta Giovane entregándome el teléfono.

Su revelación me sacude. Siento crecer el pánico en mi pecho, una sensación de peligro. Miro alrededor: más allá del césped todo está oscuro. Quiero arrastrar a Giovane dentro de la casa como si aún fuera el niñito que cuidé.

— No se lo dije a mi madre ni a Julia — dice Giovane. — Todos estamos en terapia; pensé que no les haría bien saberlo.

Aspiro el aire frío de la madrugada mientras intento ordenar mis pensamientos.

— Necesito contarle a Henrique. Él llamará a Marlon y nos orientará mejor — explico, aliviada de tener apoyo en esta situación tan complicada.

Me acerco a Giovane y lo abrazo. Siento su cuerpo delgado y fuerte bajo la camiseta. Tarda un instante en devolverme el abrazo. Es la primera vez que nos abrazamos en años.

— Todo irá bien. La policía lo encontrará — murmuro intentando sonar optimista.

— O él nos encontrará primero — dice Giovane. Siento la tensión en su cuerpo. — Quería que muriera, Nic. Que ese desgraciado desapareciera para siempre. Odié a mi madre por quedarse con él a pesar de las palizas, y ahora veo cuán equivocado estaba. Quiero que muera por lo que les hizo a ella y a Julia.

Trago saliva. El peso de sus palabras es horrible; es espantoso que un chico de su edad viva esto, pero no lo culpo por desear la muerte de Inácio.

— Vamos con Henrique — digo saliendo de sus brazos. — Lo volverán a arrestar.

Tomo su mano sana y lo guío de vuelta adentro, como solía hacer cuando era pequeño.

Llamo a la puerta de Henrique antes de abrirla para avisar que Giovane entrará, pero lo encuentro en pantalones de jogging, hablando por teléfono.

— Ya me enteré — dice al verme. — Estoy con Marlon.

Asiento e invito a Giovane a sentarse en la cama, pero niega con el dedo índice y se apoya en la pared junto a la puerta.

Esperamos en un silencio inquietante hasta que cuelga.

— Creen que Inácio intenta huir al oeste — nos informa Henrique. — Aun así, Marlon organizará un equipo de seguridad para protegerlos.

— Yo trabajo en el supermercado, Julia va al colegio y a clases de inglés, mi madre está en la tienda, y están Pietra y Mariano — comenta Giovane. — Somos muchos.

— Pon a Nicole, a mis hijas y a mí en esa lista — añade Henrique. Giovane asiente respetuoso. — Pero cuidaré de todos. La policía también ayudará. Estarán seguros y lo atraparán. Sé que es preocupante, pero no quedarán desprotegidos. Marlon es abogado penalista; ya activó a sus guardaespaldas.

— No somos tu responsabilidad — digo encogida, usando sus mismas palabras de consuelo.

— Nicole, no estamos para rechazar ayuda — replica Giovane.

— Lo sé...

— No te preocupes, mi amor — dice Henrique acercándose y envolviéndome en sus brazos protectores. Doy un sollozo, pero estoy tan tensa que no lloro. No quiero imaginar cómo se sentirá Julia.

Parece nuestro destino: nunca estamos bien por mucho tiempo.



Nicole

25 de octubre

Hace casi un mes que Inácio y otros cinco reclusos se fugaron de la prisión, tras cavar un agujero en la celda y reducir a dos carceleros.

Casi un mes viviendo bajo vigilancia constante.

Intento que la tensión no se note, para que las gemelas no se contagien de mi miedo, pero no sé si lo logro.

Henrique decidió que sería mejor pasar un tiempo en la hacienda Gonçalves da Costa; así sería más fácil mantener a todos seguros.

La hacienda ya tenía cámaras y guardias, pero él y su padre contrataron más refuerzos sin reparar en gastos. Rafael Gonçalves se siente culpable por haber albergado a un empleado como Inácio durante años, por permitir que esa escoria conviviera cerca de su hija y nietas.

Raissa consiguió adelantar sus vacaciones de la tienda, habló con los profesores de los niños y vino a pasar tiempo con nosotros. Hasta Giovane tuvo que dejar su trabajo.
Henrique le dijo que no se preocupara: los trabajos van y vienen, ese era solo el primero, pero su seguridad ahora era lo primordial.

Giovane accedió.

Yo estaba agradecida por todo lo que los Gonçalves da Costa hacían por nosotros, pero molesta porque el destino siempre encuentra la forma de atarme a Raissa.

Henrique siguió trabajando, pero variando sus horarios sin rutina fija, por precaución.

Intenté ignorar a Raissa, manteniéndome distante la mayor parte del día. Por suerte, Eloisa se ocupaba de Aurora y Jasmine, y yo podía estudiar casi todo el tiempo.

Y en los estudios me concentré para alejar el miedo desesperante. Cuando bajaba la guardia y dejaba vagar mis

pensamientos, me invadía el pánico: Inácio podría aparecer en cualquier momento, burlando la seguridad de la hacienda para vengarse.
Esa era la peor sensación: nunca estar seguros.

Evitábamos hablar del tema, pero sé que los demás también lo sentían.

Lo que más me entristecía era ver a Pietra, que no entendía por qué vivíamos allí ni por qué el nombre de su padre era *palabra prohibida*. Seguía preguntando si volvería.

Y día tras día, estudiaba con la esperanza de que los libros me llevaran lejos de todo esto: a una ciudad distinta donde los fantasmas de mi pasado no pudieran alcanzar a Henrique, a las niñas ni a mí.

12 de noviembre

La policía encontró pistas de que Inácio está en Paraguay.

Siento una mezcla de rabia y alivio. Rabia por saber que escapa de su castigo, y alivio porque ya no está cerca.

Si realmente llegó a Paraguay, no pretende buscarnos; al contrario, quiere estar lo más lejos posible.

No entiendo cómo consiguen pistas pero nunca lo atrapan. Es como si siempre llevara un paso adelante.

Marlon dice que Paraguay ha sido un gran aliado de Brasil en la lucha contra el crimen, y que puede ayudar a capturar a Inácio.

Yo creo que es demasiado optimista, y que quizás Inácio nunca sea encontrado. Al menos no volverá para atormentarnos.

Entonces recuerdo de lo que es capaz, y rezo desesperadamente para que Marlon tenga razón.

28 de noviembre

Finalmente volvimos a nuestras casas. Dejamos la hacienda con la certeza de que Inácio está demasiado lejos para seguir siendo una amenaza. Aun así, Henrique mantiene algunos guardaespaldas vigilándonos.

Los niños vuelven al colegio y yo retomo mi rutina de estudios en casa.

Con la proximidad de los primeros exámenes del *vestibular* y toda la tensión acumulada, cumplo un deseo de mi suegra: dejo en sus manos gran parte de la organización de la boda.

Elijo cosas como colores de la decoración, vestidos de las damas de honor, flores, modelo de invitación, tipo de música y horarios. Bajo su responsabilidad quedan el *bife* y toda la ornamentación de la iglesia y la hacienda (donde será la fiesta), siempre que respete la paleta de colores y flores que seleccioné.

Nos casaremos la primera semana de febrero, cuando ya tenga los resultados de los *vestibulares*. Viajaremos de luna de miel a Bora Bora, alojándonos una semana en un *chalet* romántico.

Tras nuestro regreso, nos mudaremos. Tendremos poco tiempo para organizarlo todo (las clases en la mayoría de universidades empiezan en febrero), pero Henrique pidió a un amigo corredor inmobiliario que buscara casas en alquiler en las ciudades donde hice los exámenes.

Henrique ya está cerrando su consulta, derivando pacientes a otros pediatras.

Los planes son maravillosos; el problema es que todo depende de que apruebe. Si no ocurre, todo lo planeado irá al traste. Y eso es una presión enorme.



Nicole

Domingo, 22 de diciembre

— Su presencia te incomoda — la voz de Henrique destaca sobre el batiburrillo de gritos y risas infantiles que llenan la sala de fiestas de Itaí, durante el cumpleaños de nuestras princesas.

Organizó la fiesta aquí en lugar de en la hacienda de sus padres porque en Itaí están sus compañeros de la guardería.

— ¿Presencia de quién? — me hago la despistada, inútilmente, porque nadie me conoce como él.

— Seguí tu mirada. Tenías cara larga mientras observabas a Raissa — dice Henrique.

— No es cara larga, solo cansancio — explico. — Pensé que me relajaría después de los exámenes, pero cada día estoy más ansiosa por los resultados.

Tras presentarme a cinco *vestibulares* distintos (dos en São Paulo, uno en Ribeirão Preto, otro en Campinas y otro en Curitiba), estoy mentalmente agotada.

Cinco exámenes de ingreso fueron lo máximo que pude abarcar en ciudades diferentes. Habría intentado más si las fechas no coincidieran.

Henrique toma mis manos y las besa.

— Entiendo la ansiedad, pero también sé que no estás cómoda con ella. No finjas conmigo.

Suelto el aire pesado de mis pulmones y muevo hombros y cuello para aliviar la tensión tras recibir invitados y ocuparme de los detalles de la fiesta de princesas de las gemelas.

— Sé que hizo mucho por mí, que ella... — bajo la voz — mandó a acabar con ese desgraciado que entraba en nuestro cuarto. Aun así, no puedo borrar los malos momentos ni las groserías que me dijo toda la vida. Sé que soy mala persona por eso...

— No, mi amor. Eres la mejor persona que conozco. Tienes razones de sobra para guardar rencores — dice abrazándome. Huelo su perfume amaderado y apoyo la punta de mi nariz en la vena yugular interna que sobresale en su cuello. — Prométeme algo.

— ¿Qué? — pregunto. Le prometería cualquier cosa.

Todo mi referente de relaciones sanas viene de mis padres: mi padre sacó a mi madre de su familia abusiva y la trajo aquí buscando una vida mejor. Pero no la recuerdo, apenas a mi padre; lo que más viví fueron relaciones tóxicas.

Henrique rompe todo lo que presencié con Raissa. Es un verdadero compañero, alguien en quien siempre puedo contar. Intento ser la mejor prometida, la mejor novia. Merece toda la felicidad del mundo.

Sí, le prometería lo que fuera.

— Que cuidarás tu salud mental, tus traumas y tu ansiedad — susurra. — Que harás terapia.

— Está bien, te lo prometo. Es algo que realmente necesito.

Veo a una gemela corriendo de la mano con Sophia (hija de Zé Antônio y Lídia). La fiesta casi termina y muchos invitados ya se fueron. Sophia tropieza con un dulce del suelo, pero Lídia la sostiene.

La gemela suelta la mano de su amiga y corre hacia nosotros. Henrique se levanta y la ataja. De cerca, reconozco a Jasmine.

— ¡Mamãe! ¡Mamãe! — grita intentando zafarse de los brazos de su padre.

Él la baja y ella llega hasta mí con una rosa arrancada de la decoración.

— Pá ti, mamãe — dice Aurora apoyando la cabeza en mi regazo. — ¡Te amo!

Mis ojos arden de emoción y la atraigo para abrazarla. Es la primera vez que una de ellas dice que me ama. Aprieto su cuerpecito contra el mío conteniendo las lágrimas.

Siento una mezcla de felicidad y miedo... de que un día todo esto me sea arrebatado.

— Mamãe también te ama, mi princesa — declaro con los ojos vidriosos. Aurora sonríe mostrando sus dientecitos de leche, luego se agita y sale de mi regazo gritando: — ¡Jugar!

— Gracias por ser la madre que vieron en ti — dice Henrique al sentarse a mi lado. Ambos estamos exhaustos de estos meses, pero felices de haberlos vivido juntos. — Ah, no puede ser. Esto no está pasando.

Sigo su mirada, que se endureció de repente, y veo a una mujer rubia muy guapa inclinándose hacia los abuelos maternos de las gemelas, sentados a quince metros de nosotros.

— No puedo creer que tenga el descaro de aparecer en el cumpleaños de mis hijas tras desaparecer un año — murmura Henrique entre dientes.

Siento mi estómago revolverse y el aire enfriarse a mi alrededor. La mujer se acerca. Henrique resopla, se levanta y camina rápido hacia ella.

— ¡No es asunto mío! ¡No es asunto mío! ¡No es asunto mío! — murmuro para convencerme de no entrometerme.

Pero no puedo. He estado con las gemelas estos meses; sé que por fin se recuperaron de la ausencia de su madre biológica. ¡Sí es mi asunto!

Camino hacia ellos, pero Brianna me detiene.

— ¿Qué pasa? — pregunta al ver mi consternación.

— La ex de Henrique apareció.

— Ve, amiga — me anima. — Protege lo que es tuyo.

Asiento, beso su mejilla y apresuro el paso. Henrique ya la interceptó y la lleva afuera.

No sé si hago lo correcto, solo sigo mi instinto.

— ¡No tienes derecho! — oigo acusar a Henrique al llegar a la entrada exterior del local.

— ¡Claro que sí! También son mis hijas — replica Milena.

Veo a sus padres acercarse, pero se quedan a mi lado.

— Yo no la invité — me dice la madre de Milena, claramente disgustada.

— Ella se enteró sola — añade su padre.

— Perdiste ese derecho cuando les volviste la espalda y desapareciste un año — contraataca Henrique.

— ¡No dejé de ser su madre!

— Para ellas, sí. Yo estuve con ellas todo este tiempo. No dejaré que las veas y les revuelvas la cabeza otra vez — dice Henrique nervioso.

— Solo quiero verlas una última vez. Me voy a Estados Unidos la próxima semana. Quiero darles un beso de despedida. Es mi derecho.

— No tienes derecho a aparecer para herirlas cuando por fin están bien — insiste Henrique.

Me acerco y tomo su mano con fuerza.

— Entonces es cierto que te casas — dice Milena mirando mi anillo de compromiso. — ¿Le diste el anillo de tu madre?

— ¡Vete! — exige Henrique. — Si te ven, se alterarán.

— ¿Y yo? ¿Cómo me voy del país sin ver a mis hijas?

— Igual que te fuiste de sus vidas — dice el padre de Milena.

— Papá, tuve mis razones.

— Vete, Milena — interviene su madre.

— No sin verlas.

— Está bien — digo alzando las palmas en señal de paz. — Está bien. Si Henrique accede, puedes verlas... pero sin que ellas te vean.

— No — dice Henrique.

— ¡Sí! — ella casi gruñe.

— Entonces cuando estén durmiendo, pero no vas a despertarlas — murmura Henrique, contra su propia voluntad. — Mi amor, ¿puedes coordinarlo? Ya no puedo mirar a la cara de esa...

No termina de hablar, está tan alterado que sale caminando de vuelta a la fiesta.

Me froto la mano en la frente, con la vana esperanza de aliviar el dolor que siento en la cabeza.

— Espero que sea buena para Henrique. Me odia, y con razón, pero reconozco que es un hombre increíble, solo que yo no era la persona que él quería que fuera. No nací para esta vida — declara y señala mi alianza, soltando una risa nerviosa. — Lo engañé durante quince años, ¿sabes? Fingí ser quien no era para complacer a todos. Pero odio el compromiso, odiaba tener la responsabilidad de una casa, un marido e hijas. La propuesta de matrimonio fue demasiado para mí, fui sincera al negarme y ahora hasta mis padres me odian.

No sé exactamente qué estoy sintiendo: ¿desprecio, lástima, indiferencia?
Él no me hizo nada malo, pero hirió a tres personas que amo mucho. No sé si está bien ponerme en su lugar.

— Están bien — digo, sin saber exactamente por qué. — A ti no te importa; si realmente te importara, habrías aparecido mucho antes, no habrías esperado tanto para dar la cara. Pero sepas que ahora están bien.

Milena cruza los brazos y cambia el peso del cuerpo de una pierna a otra. Es una mujer muy bonita y tiene una elegancia que yo no poseo. Sus ojos son azules y el pelo rubio, sus pómulos son marcados y es alta. A pesar de tener el mismo color de pelo y ojos que sus hijas, no comparten rasgos similares.

— Me alegro. Amo a mis hijas, a pesar de todo.

— Apunta tu teléfono — digo, entregándole el iPhone nuevo que Henrique me regaló el mes pasado.

Ella lo toma y marca su número.

— Te llamaré cuando estén dormidas. Te enviaré la ubicación por WhatsApp.

— Gracias. — Milena asiente y agradece.

Doy la espalda, dejándola sola con sus padres.

El agotamiento castiga mi cuerpo y mi mente mientras camino de vuelta al salón. Veo a Aurora en el regazo de Brianna, cantando con sus manitas arriba, y me pregunto cómo se sentirá cuando tenga la madurez para entenderlo todo.

Veo a Fred y Helena hablando con Henrique, y camino hacia ellos.

— No debería permitirlo — dice él en cuanto me detengo a su lado.

— Estará todo bien, solo les dará un beso y se irá.

Henrique se pone de pie y me abraza.

— Odio que tuvieras que ver eso — susurra contra mi cuello.

— Está bien — digo, respirando hondo. Él vivió cosas mucho peores que el breve regreso de una ex y estuvo a mi lado todo el tiempo. — Todo está bien.

— ¿Eres real, Nicole? — pregunta y se ríe; no una risa genuina, sino la risa de alguien a quien le han hurgado en su herida más profunda.

Por un instante, me pregunto si aún la ama, o si convirtió todo el sentimiento en rencor.

Creo que sí; no es posible seguir amando a alguien que le hizo tanto daño.



Las gemelas están durmiendo en sus camas de princesas a las 22:13, exhaustas de tanto jugar en la fiesta.

Oigo el intercomunicador sonar y bajo apresuradamente. Henrique está en la oficina y no quiero que se moleste más.

Abro para que Milena entre y mantengo la postura erguida, para que me respete como dueña de la casa. La guío hasta la habitación de las niñas.

— No hagas ruido — susurro.

Pienso en dejarla a solas con ellas, pero desisto.

Me quedo observándola tocar el rostro de las niñas, primero a Aurora y luego a Jasmine. Me pregunto cómo puedo amar tanto a esos niños; no quiero que sufran más, y aun así sé que se dolerán cuando entiendan que no soy su madre biológica. La mujer que les dio a luz las abandonó, las cambió por una vida de aventuras.

No hay manera de que eso no duela.

Milena no se queda más de cinco minutos en la habitación de las gemelas. Cierro la puerta en cuanto sale y la acompaño hasta la salida.

— Gracias — dice cuando está en el jardín, dirigiéndose al portón. — No conseguí el visado para entrar en Estados Unidos, y voy a entrar ilegalmente por México, cruzando el desierto, ¿sabes?

Asiento con la cabeza.

— Si logro entrar realmente, creo que nunca más volveré a verlas — continúa. — Gracias por ser la madre que yo no pude ser. Ellas están bien; mi madre me dijo que te quieren. Me alegro. Yo nunca quise esta vida, en serio. Nunca deseé ser madre, me sentía

atada a una familia que no quería. Lo mejor que podía hacer era dejarlos, darle a Henrique la oportunidad de encontrar a alguien que lo amara de verdad. Y la encontró.

Trago saliva. No sé si estoy de acuerdo con todo, pero lo entiendo.

— Serías una pésima madre — concluyo. — Y una esposa aún peor.

— Sí. Tienes razón.

— Vete ahora, Milena, por favor.

Ella mira sus propios pies, abre la boca para decir algo más, pero desiste y me da la espalda.

Me derrumbo en el suelo, junto al portón, cuando se va, cansada. No sé si puedo soportar otra así.



Nicole

Viernes, 22 de enero

— Esta es la semana más feliz de mi vida — le digo a Brianna en cuanto llega a la finca para la barbacoa que Henrique y Helena han organizado para celebrar mi aprobación en dos universidades de

medicina y una aprobación en una facultad de enfermería. — Además, faltan solo quince días para la boda.

— ¡Mis felicitaciones, amiga! — dice y me abraza muy fuerte, lanzándome contra el sofá de la sala de estar.

Está preciosa, con el pelo rubio ondulado, y lleva un vestido largo estampado que le regalé en Navidad, algo que pude hacer gracias a la tarjeta de crédito ilimitada que Henrique me dio.

Al principio no quise aceptarla, pero después me di cuenta de que la necesitaría. Mi nivel de vida cambió y no tenía sentido seguir usando ropa vieja y ahorrando cada céntimo.

Henrique quiso compartir su vida conmigo, y el lujo forma parte de ella. Comprendí que sí podía permitirme ir de compras de vez en cuando y agasajar a la que siempre estuvo conmigo desde la escuela.

— Te ves aún más guapa con ese vestido — la elogio.

— ¿Crees que lo notará ese abogado tan bueno? — pregunta.

— ¿Marlon? Él llegará más tarde. Está reunido con un cliente — explico. — Así que estás interesada en él, ¿eh, guarra?

— ¡Tú no eres la única hija de puta con suerte aquí, Nic! — bromea. — Yo también tengo mis encantos para conquistar a un ricachón.

— Claro que sí. Solo haz así, y Marlon caerá — digo, chasqueando los dedos.

— Al principio, cuando empecé a frecuentar las fiestas de tu prometido, yo quería ligar con Fred, pero después de percibir que hay atracción entre él y Helena, me retiré — comenta Bri.

— No dejes que Henrique te oiga. Se vuelve loco cada vez que la idea de su mejor amigo ligando con su hermana pasa por su cabeza — bromeo.

— ¿Qué pasa conmigo? — pregunta Helena, apareciendo en la puerta.

— Le contaba que Henrique aún siente celos de ti con Fred — explico, haciéndole poner los ojos en blanco. — ¿Dónde están las niñas?

— Julia y Giovane las llevaron a jugar con Pietra y Mariano en la piscina — me informa Helena.

— ¿Y Raissa anda por ahí, haciéndose la de la familia? — ironizo y respiro hondo.

Helena y Bri se ríen, me agarran cada una de un brazo y me llevan a la zona exterior.

Raissa está charlando con mis suegros. Se hizo muy íntima de ellos después de los dos meses que pasó en la finca. Me gustaría alegrarme por la unión familiar, pero no logro sentirme del todo cómoda. Todavía hay un rinconcito de mí que guarda muchos resentimientos.

Espero que Henrique tenga razón, que la terapia me ayude.

— ¿En qué facultades entraste, al final? — me pregunta Brianna, mientras Henrique nos entrega jarras de cerveza.

— Entré para medicina en la Unicamp, en Campinas, y en la UFPR, la Universidad Federal de Paraná — digo y doy un grito de alegría. Por mucho que lo deseara y me hubiera esforzado tanto, estaba muerta de miedo de no conseguirlo. — Además de enfermería en la USP.

— ¿Ya sabes cuál vas a elegir? — quiere saber Bri.

En ese momento, Henrique me abraza por detrás y besa mi cuello, haciendo que se me ponga la piel de gallina.

— La UFPR, si Henrique está de acuerdo — digo en voz baja. Sus padres aún no saben que quiero mudarme a Curitiba con su hijo y sus nietas.

— Siempre quise vivir en Curitiba — responde Henrique.

— ¿Curitiba? — Eloisa lo oye. — ¿No entraste en la Unicamp, Nicole? ¿Por qué no te quedas aquí en el estado?

Trago saliva, temiendo que empiecen a discutir.

— La decisión es suya, madre. Vosotros no vais a interferir — replica Henrique a su madre.

Me encojo en sus brazos. Siempre que pienso que las cosas por fin están más tranquilas entre Henrique y sus padres, alguien dice algo y comienza el intercambio de pullas.

De cierta forma, creo que será muy bueno empezar una vida nueva en otro estado, lejos de la interferencia de sus padres y de nuestros pasados.

— ¿Cómo puedes ser siempre tan ingrato? — replica Eloisa. — Estoy haciendo todo para que tengáis una boda de ensueño, la más bonita que los invitados hayan visto, y tú me lo pagas así.

Trago saliva, odio que traten así a Henrique. Miro a su padre, que escucha todo en silencio, sentado a pocos metros de nosotros, fumando su puro; luego desvío la mirada y siento que mi corazón deja de latir. El aire se atasca en mi garganta y casi me atraganto.

Helena, Henrique y Eloisa están empezando a discutir cuando su aparición hace que todos se callen.

Miro el cañón del arma apuntando hacia mí e intento respirar, pero no puedo.

Inácio ha adelgazado unos kilos, se ha rapado el pelo y lleva barba, pero los ojos de codicia siguen ahí.

— ¿Cómo pasaste por seguridad? — pregunta Rafael Gonçalves; el pánico es evidente en su voz.

— Trabajé aquí durante años, ¿crees que no podría entrar sin ser notado? — pregunta Inácio. — Pero todos podéis estar tranquilos, mi problema es con él.

Estoy paralizada en mi posición cuando Henrique me empuja detrás de su espalda.

— Corre, Nicole — pide, pero no hay tiempo.

— Fuiste tú, desgraciado, el que consiguió abogados para mantenerme en la cárcel — grita Inácio a Henrique; al instante oigo el sonido del disparo.

Me muevo para taparme los oídos. Oigo gritos y veo el cuerpo de mi suegro caer delante de Henrique.

Brianna alcanza mi mano y me tira al suelo. Caigo de rodillas junto a Rafael, inconsciente, y tardo un segundo en entender que se interpuso frente al disparo para salvar a su hijo.

— ¡No! ¡No! ¡No! — empiezo a decir, pero mi voz no es escuchada entre los gritos.

Veo a Fred atacar a Inácio con un golpe certero en la cabeza. El arma cae de la mano de Inácio cuando se desploma en el suelo.

— Estoy llamando a la policía — me dice Brianna, agachada a mi lado.

Vuelvo la cabeza buscando a Henrique y oigo otro disparo en el momento en que lo veo arrodillarse ante su padre para socorrerlo. Los guardias de seguridad están llegando, todos gritando.

— Dios mío — digo tras un sollozo.

Veo la sangre en la camisa de Inácio, pero no sé quién disparó el arma. Todo sucedió demasiado rápido.



Es una mierda quedarse fuera mientras se realiza una cirugía. Es una putada esperar noticias.

Miro a mi hermana, mi madre y mi prometida sentadas en la sala de espera, con los ojos hinchados de tanto llorar.

La blusa de mi madre está manchada de sangre, igual que mi camiseta, porque ella me ayudó con los primeros auxilios mientras lo traíamos al hospital.

Camino de un lado a otro, mirando el reloj constantemente. Me pongo las manos en la nuca e intento mantener los

pensamientos coherentes, pero estoy harto de toda esta mierda. No puedo perder a mi padre.

— Inácio no ha sobrevivido — oigo decir a alguén; me giro y veo a Fred acercándose.
También hay sangre en su camisa, pero es del maldito desgraciado que disparó a mi padre.

— Rafael va a estar bien — dice y me abraza. Me estoy esforzando muchísimo por ser fuerte, pero siento las lágrimas correr.
— Tu padre es muy fuerte, Henri.

— Venga, el disparo le dio en el hombro. Pero la culpa es mía; se interpuso para salvarme — digo con la voz entrecortada. — No puedo creer que hiciera eso. Tendría que estar yo ahí dentro, no él.

— Es tu padre — dice Fred, agarrando mis hombros con fuerza para mirarme fijamente. — Haría cualquier cosa por ti.

Niego con la cabeza, sin querer aceptarlo.

— Él sobrevivirá, y quien os hizo esto pagará en el infierno — añade Fred. — El desgraciado ha muerto. Se acabó.

— Se acabó — repito, pero no hay alivio alguno en mi voz, y menos aún en mi corazón.

Miro a las mujeres sentadas en las sillas y respiro hondo; ellas esperan que yo sea fuerte.

Fred me suelta y va a sentarse al lado de mi hermana. Ella apoya la cabeza en su hombro y pronto queda envuelta por sus brazos.

Camino hacia la silla vacía entre Nicole y mi madre, y me siento. Atraigo a Nicole hacia mis brazos y ella viene, ofreciéndome

su cuerpo cálido como refugio.

— Perdóname por todo el lío que traje a tu vida — susurra y vuelve a llorar. — Si no me hubieras conocido, nada de esto habría pasado.

— No vuelvas a decir eso, mi amor. No me arrepiento ni un segundo.

— La culpa no fue tuya — dice mi madre, doblando un pañuelo entre los dedos. Sus ojeras están marcadas y los labios hinchados. — Él era un desgraciado, siempre lo fue, y ahora está muerto. Raissa reunió fuerzas para coger el arma del suelo y dispararle por todo el mal que le hizo a ella y a su hija. No debes sentirte culpable. ¡Nunca!

Nicole aparta la cara de mi pecho, se endereza y se arregla el pelo detrás de las orejas. Al instante, su barbilla vuelve a temblar.

— Estoy muy avergonzada — susurra.

— No lo estés — pido con suavidad.

— Sé que no es el momento de hablar, pero ¿prefieren posponer la boda? — pregunta, con los hombros caídos.

— Esperemos el resultado de la cirugía para pensar en eso, ¿vale? — digo.

— Ya que Nicole ha sacado el tema — dice mi madre —, si tu padre no se recupera pronto, vas a retrasar la mudanza a Curitiba.

— Necesito estar allí. Las clases empiezan el veintidós de febrero — explica Nicole.

— Irás sola, aunque os caséis. Henrique no va a abandonar así a su padre — exige mi madre.

— ¡Deja de hablar así, madre! ¡Como si papá fuera a quedar inválido! — protesta Helena con voz ronca.

— Madre, tú no puedes... — empiezo a decir, pero me interrumpe la aparición del cirujano tras las puertas dobles.

— ¡La operación ha sido un éxito! — declara.

Oigo a las mujeres agradecer, cada una a su manera, y me pongo de pie.

— ¿Cómo está? — pregunto.

— Ya despertó de la anestesia, pero lo mantendremos en postoperatorio las próximas horas para observarlo. Luego lo trasladaremos a la habitación, pero pueden estar tranquilos: el héroe está a salvo.

— El héroe — repito, emocionado. Hacía tanto tiempo que no veía a mi padre como el héroe que solía ser cuando yo era un niño.

— Solo un padre protege así a su hijo — dice el médico y apoya su mano en mi hombro un instante antes de dejarnos.



— Dijo que quiere hablar primero contigo — me dice la enfermera, tras anunciar que mi padre fue trasladado a la habitación. — Sé que todos están ansiosos por verlo, pero es un pedido especial de su Rafael.

— ¡Esto no es justo! — protesta Helena cuando sigo a la enfermera.

Encuentro a mi padre en la camilla, con el rostro apático, usando el camisón del hospital. No le va nada.

Esperé horas para verlo, pero aún no sé exactamente qué decir.

— Gracias, papá — es todo lo que consigo expresar cuando me detengo a su lado.

— ¿Por qué? — exige saber, con el rostro serio.

— Por interponerse delante de mí. No tenía que hacerlo, sé que no le doy orgullo desde hace mucho tiempo, que no soy el hombre que usted esperaba que fuera.
Es duro admitirlo en voz alta, pero es la pura verdad.

— ¡Tonterías! Eres el mejor pediatra de la región, y pronto lo serás en Curitiba, ¿cómo no iba a sentir orgullo?

Respiro hondo; no logro identificar si es alguna broma.

— No me convertí en el agricultor que usted necesitará algún día — respondo.

— Nada como un disparo para darse cuenta de lo pequeñas que son estas cosas — dice y suelta una risotada. — Son solo tierras, y tu hermana está estudiando para cuidarlas cuando yo ya no pueda. Eres mi orgullo, Henrique, aunque mi ignorancia haya hecho parecer lo contrario.

— Papá... — lo llamo, pero no sé cómo expresar lo que siento.

— ¿El desgraciado murió de verdad? — quiere saber.

— Sí. Raissa cogió el arma del suelo cuando Fred lo golpeó, y le disparó. Fue mortal.

— Ella fue valiente cuando tuvo que serlo. Es legítima defensa, ¿no es así? Ella no sufrirá ninguna consecuencia aparte de tener una muerte en sus manos, ¿o sí?

— Sí, fue legítima defensa. Marlon, una vez más, se encargará de todo.

— No puedo creer que ese desgraciado haya estado prófugo todo este tiempo, fue hasta Paraguay y volvió para vengarse de ti por una paliza y la cárcel que merecía, como abusador. Ahora está muerto. Desdichado.

— Sí, ya no puede hacer daño a nadie más.

— Faltan quince días para tu boda con Nicole, ¿no es así? — pregunta mi padre.

— Eso, quince días. Pero podemos posponerla.

— ¡Qué posponer ni qué nada, Henrique! ¿Crees que una heridita en el hombro va a impedirme ver a mi hijo casarse?

— Mi madre quiere que posponga la mudanza a Curitiba.

— A veces creo que tu madre se entromete demasiado. Vosotros vais a casaros y vais a mudaros sí. Es hora de que rehagas tu vida en un lugar nuevo. Vende aquel *sítio* que compraste y olvídate de esa historia de construir una casa allí. Cómprale una mansión muy bonita a tu novia y a tus hijas, se lo merecen.

Asiento, feliz con sus palabras. Era exactamente lo que pretendía hacer, ya había avisado incluso a Larissa de que no necesitaría más el proyecto.

— Tú eres mi héroe, padre. Y te quiero mucho — confieso.

— Yo también te quiero con todo mi corazón, aunque la mayor parte del tiempo no lo demuestre — dice. — Pero no te he llamado aquí para estar con ese blá blá blá de amor. Ya te he dicho todo lo que necesitaba, ahora ve a conseguir mi alta, no quiero pasar ni un minuto más en este puto hospital.

Me hace reír.

— Es el mejor hospital de la región, padre, y usted necesita estar en observación.

— ¿Para eso te has graduado? ¿Para no poder conseguirle el alta a tu viejo padre? — dice con su forma de ser cascarrabias, pero sé que está bromeando.

Me inclino y beso su cabello canoso, aliviado porque finalmente nos hemos entendido.

Pienso que me va a pedir que pare, pero mi padre estira el brazo bueno y me tira de los hombros, entonces besa mi cara rápidamente.

— Ya basta de esto. Quiero ver a mi mujer, a mi pequeña, a mis nietas y a mi nuera.

— Las llamaré. Helena y mi madre están en la sala de espera, pero las gemelas se quedaron en la *fazenda* con Brianna. Se las traeré.

— Deprisa. Tú te las llevarás lejos de mí pronto, y quiero aprovechar cada minuto que nos queda con ellas.

— Curitiba no está tan lejos. Vendremos siempre a visitarlos.

— Pero aún tendré que compartirla con los otros abuelos, así que ve a buscarlas ya. Obedece a tu padre, que me llevé un tiro por ti.

— Sí, señor — respondo, feliz por saber que estará nuevo en folia pronto.



Nicole

Sábado, 6 de febrero

La *wedding planner* que Eloisa contrató me abanica con un abanico, pero no logro controlarme.

— Es el día más feliz de su vida, querida, ¿por qué está así? — pregunta.

Doy un lloriqueo y me sueno. Me asaltan tantas emociones que no soy capaz de contenerme, ni siquiera delante de Aurora, Jasmine y Pietra, vestidas de damas de honor. Mariano también lleva *smoking* y entrará al lado de su hermana.

Miro hacia la puerta frente a mí y aprieto el ramo entre mis dedos temblorosos.

— ¿De verdad está ahí esperándome? — pregunto con voz emocionada.

— Sí, su prometido es el hombre más guapo de la iglesia — dice.

— ¿Está segura de que ha venido? ¿Lo ha comprobado? — insisto, porque es demasiado bonito para ser verdad.

— Yo lo vi, Nic — dice Mariano con inocencia. — Su novio no se ha escapado.

Intento sonreírle, pero creo que asusto al niño con mi mueca.

Toda la vida nunca he tenido nada que fuera mío de verdad, hasta conocer a Henrique; aún tengo la sensación de que las cosas pueden torcerse en cualquier momento.

Alzo la mano para secarme las lágrimas, pero ella me lo impide.

— No se seque, le emborronará el maquillaje. Deje que las lágrimas se sequen solas — dice.

Asiento, recordando que la maquilladora me advirtió de eso.

Estamos solo nosotras seis en la acera. La *wedding planner*, los niños y yo. El fotógrafo ya ha entrado para captar mi llegada.

Tanto Fred como el padre de Henrique se ofrecieron a acompañarme al altar; hasta Giovane lo hizo, pero no acepté a ninguno. Ese era el lugar de mi padre, y no quería que nadie más lo ocupara.

Ahora, tengo miedo de entrar sola en la iglesia, de que algo pueda impedirme llegar hasta mi prometido.

— Va a entrar ahora — dice la *wedding planner*, mientras coloca a Pietra y Mariano delante de mí, y a Aurora y Jasmine justo detrás. — ¿Está lista?

— No — admito, y ella se ríe.

Veo cómo la puerta se abre ante mí. Todos los invitados se ponen en pie al unísono. Las niñas empiezan a caminar, esparciendo pétalos de rosa rojos sobre la alfombra que llega hasta Henrique, al son de la marcha nupcial.

Jadeo cuando lo veo; incluso a lo lejos, parece estar maravilloso.
Mariano empieza a andar, guiando a Pietra, que lleva la cestita con las alianzas.

Y yo los sigo. Doy unos pasos dentro de la iglesia y respiro hondo, feliz por haber dejado de llorar. Pero, según me acerco, la silueta de Henrique empieza a cobrar sentido. Veo que él también está llorando mientras me espera con un traje gris que le sienta a la perfección en su cuerpo musculoso.

Me invade la pasión y vuelvo a lloriquear. Esta vez, me permito llorar de pura felicidad.

Quiero apresurar el paso y reunirme con él, pero sigo a los niños despacio, respetando cómo les enseñaron a caminar en los ensayos.

— Eres la mujer más guapa del mundo — oigo decir a Henrique cuando nos encontramos.

Veo a sus padres en el altar, acompañados por nuestros padrinos, Brianna y Marlon, Helena y Fred. El brazo de Rafael sigue en cabestrillo, aun así, parece todo un orgulloso.

Henrique tenía muchas más personas para invitar como padrinos, pero respetó el hecho de que yo solo tenía a Brianna como amiga para ser mi madrina. Hasta en eso fue perfecto.

Estamos ambos demasiado emocionados, pero intento prestar atención a todo, para guardar cada momento de la ceremonia en mi memoria.

Cuando el cura dice que podemos besarnos, tras los votos, suelto la respiración que estaba conteniendo, desbordada de amor y de felicidad por estar finalmente casados.

En la fiesta, los invitados se reúnen a nuestro alrededor para nuestro primer baile. Las luces de los flashes de las cámaras casi me ciegan, y estoy tan feliz que acabo olvidando que no sé bailar.

Henrique sostiene mi mano y me conduce hasta el centro del salón, cuando el músico al piano empieza a tocar *Nights Change*, de One Direction.

— Y-yo... — tartamudeo, poniéndome nerviosa otra vez.

— Súbete a mis pies, mi amor — dice Henrique. — El vestido no dejará que lo vean.

Muerdo el labio y me agarro fuerte a sus hombros, entonces piso las puntas de sus zapatos, y él empieza a conducirme por el salón, mientras todos miran.

Soy la mujer más feliz que ha existido. Permanezco abrazándolo cuando la música acaba, ignorando a todos a nuestro alrededor. Solo tengo ojos para el hombre más guapo y atractivo del mundo.

— Quiero llevarte ahora mismo a Bora Bora — susurra. — Y follarte en todos los rincones de aquella isla.

— No puedo esperar para eso — respondo.

Estoy abandonando el pasado malo.

Sé que pasaremos por pruebas, que nos equivocaremos y aprenderemos el uno del otro, pero nunca más estaré sola. Esa parte de mi historia ha quedado atrás, y es a partir de hoy que voy a realizar todos mis sueños junto al amor de mi vida y las hijas que el destino me regaló.

Ha llegado el momento de ser felices para siempre.



Nicole

Doce años después

Es la primera vez que venimos a Avaré desde que nació Miguel.
Tiene cuatro meses y es el bebé más adorable y mono que he visto.

Claro, ahora que ya no tiene cólicos y ha dejado de despertarse varias veces por la noche, todo es más fácil.

Me quedé embarazada en mi último año de la residencia de neurología. Fueron once años de facultad y residencia, y estuve muy ocupada entre estudios, guardias, la casa, la crianza de las gemelas y mi matrimonio. La vida era tan ajetreada que no podía plantearme un embarazo tan pronto, a pesar de desearlo mucho.

Pero, en un viaje de una semana a las Maldivas con Henrique, tras unos cócteles y una pasión que no ha disminuido con los años, acabamos olvidando usar preservativo. Una vez fue suficiente.

Solo cuando descubrí que estaba embarazada me di cuenta de cuánto deseaba dar a luz a un bebé. Las gemelas ya tienen catorce años, y es maravilloso tener de nuevo un pequeñín en casa. Henrique dice que la presencia de Miguel ayuda a aliviar la angustia de verlas crecer demasiado rápido.

Él lleva traje y corbata, y una camisa blanca que oculta todos los tatuajes que suele mostrar solo para mí. Los años solo lo han vuelto más guapo fogoso.

Miguel está tumbado en su regazo. Henrique sopla la barriguita de nuestro hijo mientras sostiene sus manitas, arrancándole las risitas más deliciosas al bebé.

Lo miro fascinada por la escena. Mi marido está tan distraído que olvida el hecho de que nuestras hijas adolescentes estén paseando por ahí en una fiesta llena de chicos.

— ¿Dónde están las niñas? — oigo preguntar a Brianna mientras acaricia su barriga de seis meses. Marlon y ella se casaron hace cinco años, tras cuatro primaveras de noviazgo, y ahora esperan su primer bebé.

Henrique levanta la cabeza de repente y me entrega a Miguel, antes de levantarse de la silla.

— ¿Adónde crees que vas? — le pregunto.

— A buscar a nuestras hijas. La fiesta está llena de adolescentes terribles, no pienso dejarlas desprotegidas por ahí.

— Era exactamente así como él actuaba conmigo cuando yo tenía la edad de las niñas — se queja Helena.

— Y aun así, conmigo vigilando, acabaste casándote con el cretino de mi mejor amigo — replica Henrique.

Sacudo la cabeza y beso la mejilla regordeta de Miguel, que suelta una risita, como si entendiera lo irónico de que Helena se casara justo con quien más temía su padre.

— Siéntate, mi amor — pido con dulzura. — Las niñas no harán nada que tú no hicieras a su edad.

— Mi amor, ¿así intentas calmarme? — pregunta.

— ¿Por qué no le clavas un cuchillo en el pecho de una vez? — bromea Fred.

— Dices eso porque tu hija solo tiene siete años, Fred. Pero pronto pasarás por lo mismo — dice Marlon, arrancando una sonrisa burlona del rostro de Fred.

La conversación se interrumpe con la llegada de los padres de la cumpleañera, Lídia y José Antônio.

— ¿Puedo cogerlo? — pregunta Lídia.

Le entrego a Miguel con cuidado. Es un cielo, y se deja llevar por la mayoría de nuestros amigos.

— Estaba pensando, Nicole — dice —, fue en el cumpleaños de Sophia que Henrique te presentó como su novia, hace trece años.

— Juro que no pensé que duraría — admite José Antônio.

— No sabéis lo mejor — dice Helena. — Todo era mentira.

— ¿El qué? — se sorprende Lídia.

— Sí, presenté a Nicole como mi novia esa noche porque estaba harto de que me empujarais a un montón de mujeres — confiesa Henrique.

— Pero la farsa fue tan buena que acabamos enamorándonos de verdad — añado.

— ¡No me creo que tardé tantos años en descubrirlo! Era el segundo cumpleaños de Sophia, y ahora cumple quince.

— Yo siempre lo supe — dice Helena.

— Yo también — dice Brianna.

— Sí, tú me prestaste la ropa que usé en las primeras citas, ya que no tenía — digo y alcanzo su mano sobre la mesa. — Siempre fuiste la mejor de las amigas.

— ¿Quién más no lo sabía? — quiere saber José Antônio.

— Ella me lo contó — explica Fred, señalando con el pulgar a mi cuñada.

— Y Bri me lo contó también, después de que empezamos a salir — dice Marlon.

— ¿Entonces solo nosotros no lo sabíamos? — Lídia está indignada. — Me alegra saber lo que nos considerabais.

— Ellas tampoco lo sabían — digo, señalando a Larissa y Bruna, que llegan a nuestra mesa.

— ¿El qué? — pregunta Bruna.

— ¡Nada, no es nada! — bromea Lídia, luego se inclina para devolverme a Miguel y susurra: — Si yo tardé tantos años en descubrirlo, ellas no se enterarán tan fácil. ¡Chitón!

Junto mi dedo índice y pulgar y lo paso por mis labios, como si cerrara una cremallera en mi boca.

— ¿Y cómo están los hijos de Raissa? — quiere saber.

— Giovane abrió una discoteca en Botucatu, Julia se licenció en Letras y trabaja en Campinas, Mariano se fue al ejército y Pietra vino con nosotras. Está por ahí, paseando con Aurora y Jasmine.

— ¡Ah, es verdad! La vi bailando con Sophia y las gemelas. Qué bien que lograron rehacerse después de lo ocurrido, y que Raissa no volvió a meter ningún golfos en casa.

— No, recuperó la dignidad — digo —, por el bien de sus hijos y el suyo.

— Ahora dime, ¿qué te parece si me llevo a esta cosita preciosa a mi casa? — me pregunta Helena, extendiendo las manos para coger a su sobrino.

— ¿Te puedes llevar también a las gemelas? — pregunta Henrique y su hermana asiente. — Pero tienes que prometerme que estarán sanas y salvas.

— Te doy mi palabra — dice Helena y pone los ojos en blanco ante su hermano.

Le entrego el bebé a mi cuñada, entonces Henrique me toma de la mano.

— ¿Qué te parece si escapamos de la fiesta? — susurra contra mi oído. — Este vestido es precioso, pero me encantará quitártelo.

Siento que mi cuerpo se calienta. Con el nacimiento del bebé, no hemos tenido muchos momentos a solas.

— Me parece una idea perfecta — digo y me muerdo el labio.

— Si no dejas de morderte el labio así, vamos a follar dentro del coche mismo, en el aparcamiento.

— Sé que puedes aguantar hasta el motel más cercano — respondo, mientras caminamos hacia la salida del salón. Está oscuro y deslizo mi mano por su pantalón, hasta encontrar el bulto.

— ¡Nicole! — murmura con voz ronca y salvaje. — ¡Te voy a follar tanto!

Su tono de voz hace que el deseo brote dentro de mí. Aprieto los muslos, anhelando el momento de estar solo nosotros dos.

En cuanto llegamos al coche, me atrae hacia sus brazos y empieza a besarme. Siento sus dedos tocar el tatuaje *Acredite e será* en mis costillas, que me hice justo después de entrar en la universidad.

Creí que podía cambiar mi vida, incluso cuando tuve motivos para perder la esperanza. Creí hasta que se hizo realidad.

— Eres lo mejor que me ha pasado. Nunca dejaré de amarte y desearte — murmuro, sintiendo el calor de su cuerpo contra el mío.

Henrique sostiene mi rostro entre sus manos un instante.

— Te amo y te deseo tanto que no sé si podré conducir hasta el motel.

— Sí puedes. Venga, arranca. No vamos a follar en la fiesta de quince años de Sophia.

Me obedece y sale del aparcamiento.

Le acaricio por encima del pantalón otra vez y me inclino para lamer su cuello mientras él conduce.

— ¡Nicole! — advierte, pero no me detengo, porque su voz salvaje despierta en mí un fuego incontrolable.

Agradecimientos

Hay historias que no se escriben solas. Este libro nació gracias al cariño, al apoyo y a la locura compartida con personas muy especiales.

Gracias, de todo corazón, a Paola, Paloma, Bruna, Priscila y Michelly por estar a mi lado en cada paso de esta aventura.

A Jussara y Sophia… vosotras sabéis. Escuchasteis cada uno de mis desvaríos, mis dudas y mis risas sobre lo que Henrique y Nicole podían hacer (¡o no!). Gracias por ser mi refugio creativo.

A mis compañeras de camino, especialmente a Vanessa, tan maravillosa y luminosa. Y a cada persona que ha llegado al final de estas páginas: gracias por confiar en mis palabras una vez más.

A ti, lectora nueva, que estás empezando este viaje conmigo: **Bienvenida a mis historias. Espero que te quedes.**

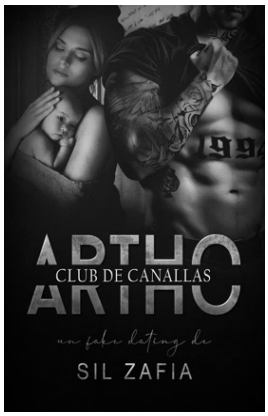
Os llevo a todas en el corazón.

Con todo mi amor,



ARTHO – CLUB DE CANALLAS

FAKE DATING, SLOW BORN , NEW ADULT, BAD BOY CON UN PASADO TRAUMÁTICO, PADRE SOLO, NIÑA ADORABLE, FOUND FAMILY, ROMANCE UNIVERSITARIO



Prólogo



São Paulo - Capital

Sweater Weather de The Neighbourhood. Hacía siglos que no escuchaba esa canción.
Son las 16:16 de una tarde ajetreada.

Tamborileo con los dedos sobre el volante del Jaguar mientras espero a que el semáforo cambie.

Acelero en cuanto la luz se pone verde y tiro del nudo de mi corbata para aflojarlo. Estoy deseando llegar a casa, quitarme el traje y darme una buena ducha.

Quedé con mis cinco mejores amigos para vernos esta noche en el club nocturno que Nathan y Gabriel abrieron hace poco: el Club de Canallas. Hoy gané mucho dinero con un caso y tengo que celebrarlo. Además, el club está teniendo mucho más éxito del que esperaban los gemelos.

No puedo conducir mucho rato; otro semáforo se cierra y me detengo junto a la acera, frente a un restaurante italiano.

Veo a la gente cruzar la calle, pero algo me obstruye la garganta y me deja sin aliento al reconocer un rostro familiar.

Lleva un vestido negro y sandalias de tacón, su melena castaña ondea sobre sus hombros como la de una modelo en la pasarela.

Busco su nombre en mi memoria. No necesito más que unos segundos para recordarlo.
Mi pulso se acelera. ¿Qué hace aquí, en São Paulo? Paso por esta calle todos los días cuando recojo a mi hija del colegio, y nunca la había visto.

Se me cae la mandíbula. Había olvidado lo guapa que es.

— Lograste quedarte aún más…— murmuro, viéndola pasar frente al Jaguar—. Joder que buena esta...

— ¡Papá! — me reprende mi hija desde el asiento trasero.

— Lo siento, cariño — digo, tocando su mano sobre mi hombro, pero no puedo apartar los ojos de la mujer. Llega a la acera y entra en el restaurante.

El semáforo se abre y un coche toca la bocina detrás de mí, pero aún puedo verla a través de la ventana del restaurante. El corazón me empieza a doler como la última vez que la vi.

Lleno mis pulmones de aire. El coche sigue tocando la bocina.

— ¿Quién es, papá? — la suave voz de mi hija me devuelve a la realidad y acelero de nuevo.

— Es alguien que conocí hace muchos años, cuando estaba en la universidad, en Bento Gonçalves — murmuro.

Intento convencerme de que el pulso acelerado y el nudo en la garganta se deben a la sorpresa de encontrarla, ocho años después.

Dejarla fue la cosa más difícil que he tenido que hacer en mi vida. Pero lo hice y conseguí olvidarla. Estoy seguro de ello.

Capítulo 1



Bento Gonçalves - Rio Grande do Sul

Sábado, 5 de agosto de 2017

El Bar Culture está a tres cuadras del Edificio Universitario. Hay muchos estudiantes fumando en la acera, con chaquetas con el emblema de la universidad y vasos de bebida en la mano. Puedo escuchar la música desde la calle.

Las paredes son de cristal y puedo ver las luces rojas del interior. *La luz roja me recuerda al cabaret*.

Raquel Mendes aprieta fuerte mi codo. Es mi nueva compañera de habitación, la persona con la que compartiré un

minúsculo dormitorio durante los próximos años.

Tengo la cabeza gacha, estoy tan nerviosa por estar aquí que se me revuelve el estómago.

— Son los chicos más guapos de la universidad — dice en voz baja.

Hace unas horas me he trasladado de Santo Antônio das Missões, una pequeña ciudad de unos diez mil habitantes en el noroeste de Rio Grande do Sul, a Bento Gonçalves, en la Serra Gaúcha, donde voy a estudiar Derecho en la Universidad Federal.

Apenas tuve tiempo de deshacer la maleta y mi compañera de habitación ya había conseguido convencerme para venir a este bar que, según ella, siempre está lleno de universitarios.

Ya me arrepiento de haber aceptado. Me pasé toda la secundaria metida en los libros, luchando por conseguir una plaza en una universidad federal, y nunca había estado en un lugar como este.

Raquel vuelve a sacudirme el brazo, hasta que levanto la cabeza y lo veo de pie bajo la farola.

— Es Artho Becker —murmura Raquel cerca de mi oído.

Está a menos de dos metros de nosotros, llama la atención porque es uno de los tipos más altos de aquí y lleva una corona de laurel tatuada en el cuello. Aunque lleva una chaqueta de cuero, puedo ver que tiene hombros anchos.

Analizo su rostro durante unos segundos, pero me moriría de vergüenza si me descubriera mirando. Tiene un mentón bien formado y ojos marrones, y se ríe mientras habla con dos chicos gemelos.

— Cinco reales por el couvert —dice la recepcionista en la puerta, distrayéndome de Artho Becker.

Levanto las cejas. No sabía que tendría que pagar para entrar.

Tengo que administrar muy bien el dinero que me ha dado mi madre, o lo voy a pasar mal fuera de casa.

Quiere que me dedique a mis estudios en el primer semestre de universidad. Ha reunido un poco de dinero para mantenerme durante los próximos meses hasta que consiga unas prácticas relacionadas con el Derecho.

Saco un billete de cinco reales del bolsillo y pago a la recepcionista. Me pesa la conciencia, no es por eso que mi madre trabajó tanto en turnos dobles como cuidadora de ancianos, para que yo gastarlo todo el dinero en bares y discotecas.

Por la cara que pone Raquel cuando le da el dinero, gastar le duele en el bolsillo tanto como a mí.

Entramos en el pub y ahora soy yo quien le agarra el codo, con miedo de quedarme sola en medio de todos estos desconocidos.

— Esos son las universitarias que viven en el ático de lujo — me informa Raquel, haciéndome mirar a un grupo de chicas guapas y elegantes que están cerca de la banda —. Cuanto más dinero tiene tu familia, más alto es el piso que ocupas en el Edificio Universitario, y ellas son muy ricas. Hacen las mejores fiestas en nuestro edificio, pero nunca me invitaron.

— Los pisos más baratos siempre están en las plantas bajas— digo.

— Por eso vivimos en el segundo piso con el resto de la *plebe*, es lo máximo que nuestros padres pueden pagar —dice Raquel.

Por su forma de vestir, me doy cuenta de que intenta disimular al máximo su clase social. Estudia moda y tiene una máquina de coser en su habitación. Me ha dicho que ella misma se hace la ropa.

La banda está tocando *Sweater Weather* de *The Neighbourhood*. Al menos la música es buena. Meto la mano libre en el bolsillo de los vaqueros, intentando controlar el temblor de ansiedad.

Soy la única chica en mi campo de visión que lleva pantalones rectos. Todas las demás que veo están con vestidos o minifaldas. Además, apuesto a que también soy la única que lleva zapatillas de correr y una camiseta de los personajes de película. No sé cómo Raquel se atrevió a salir conmigo vestida así.

Lleva una falda y una blusa rojas, un abrigo *oversize* negro y botas que llegan hasta la mitad de los muslos.

— ¿Vamos a comprar una bebida? — pregunta Raquel mientras me lleva hacia la parte más concurrida del bar.

No puedo gastar más dinero, pero la sigo de todos modos.

El lugar está lleno, y tardamos un rato en llegar hasta la barra. Ella susurra comentarios sobre cada una de las personas con la que nos cruzamos. Estoy demasiado nerviosa para prestar atención a lo que dice.

— ¡Ay, Dios mío, ¡Artho está en la fila! — dice, arreglándose el cabello rapidamente, y comienza a abrirse paso entre los jóvenes hasta llegar a donde quiere estar. La sigo con mi mano en su codo, chocando con los hombros de las personas.

Ella se lanza contra el chico que compra bebidas en la caja.

— ¿Artho? — dice, fingiendo sorpresa al verlo girarse —. Perdona, choqué contigo sin querer.

El chico, que antes estaba afuera con los gemelos, mira a Raquel y le guiña un ojo.

— No pasa nada— responde con voz grave.

— ¡Qué cliché! — susurro, riéndome de la escena, cuando me doy cuenta de que se está enroscando un mechón de pelo en el dedo, desplegando todo su encanto.

Debe de ser genial tener tanta confianza para ligar con los chicos. Yo, en cambio, siento el corazón acelerado solo de verla hablando con él.

— ¿Raquel Mendes, del curso de Moda? — le pregunta Artho, y ella asiente, contenta de que él sepa su nombre. — ¿Qué vais a beber?

— Cerveza — dice Raquel mientras le entrega un billete de diez.

— ¿Y tú? — pregunta Artho, mirando me rostro por primera vez y desviando la vista enseguida hacia mi camiseta —. *Bat... girl*.

Siento cómo mis mejillas se sonrojan por la atención que no esperaba recibir de él.

Meto la mano en el bolsillo buscando dinero, maldiciendo en silencio por gastar tanto en la primera noche.

— Una Coca-Cola— respondo con voz débil y le entrego un billete de diez.

El chico guapo y atlético compra las bebidas y nos devuelve el cambio. Doy un trago largo a la Coca-Cola fría, sintiendo cómo

refresca mi garganta al bajar.

— ¿Has venido aquí solo para beber refresco, *Batgirl*? — bromea Raquel, guiñándome un ojo.

Ignoro su provocación y bebo unos cuantos sorbos más. Estoy avergonzada por mi simple camiseta de *Batman*. Todo el mundo a mi alrededor está bien vestido, y yo no encajo aquí. Agradezco en silencio que, aparte de Artho, nadie más haya reparado en mí.

La banda empieza a tocar una canción más animada, y escucho al tatuado invitar a Raquel a bailar.

— Ve, tranquila —digo cuando me lanza una mirada preocupada. Tengo miedo de quedarme sola, pero no puedo exigirle que esté a mi lado todo el tiempo.

No me gusta el sentimiento que invade mi pecho al ver a Artho y Raquel alejarse hacia los otros pares que están bailando.

Frunzo el ceño mientras los observo moverse al ritmo de la música. Ella baila muy bien, y sujetándose de la mano del chico, mueve las caderas con sensualidad, atrayendo las miradas masculinas a su alrededor.

Veo a los gemelos sonriendo a su amigo. El pelo rubio oscuro de Raquel se ondula al compás de sus movimientos. Otras parejas empiezan a bailar, y yo me voy arrinconando cada vez más cerca de una columna de hormigón.

Aparto la mirada de ellos, dejo la lata de Coca-Cola sobre una mesa cercana y me quedo mirando a la banda tocar algunas canciones.

Las chicas ricas del ático están rodeando al vocalista con risitas y aplausos.
Es moreno, tiene el pelo largo hasta la altura de la barbilla y los ojos claros, además de que canta muy bien.

— Estás devorando a Victor con la mirada —escucho la voz de Artho Becker muy cerca de mi oído, y doy un respingo.

Llevo la mano al pecho mientras siento la sangre subir a mi rostro.

Raquel está colgada del cuello de Artho, pareciendo delicada entre sus brazos. Es varios centímetros más baja que él, incluso con sus botas de tacón alto. Noto que yo tampoco llego a la altura de los hombros de él.

— ¿Otra cerveza? —pregunta Artho.

— Claro —responde Raquel, entregándole el dinero.

Pongo los ojos en blanco; bien podría invitarle una bebida.

— ¿Otra Coca-Cola, *Batgirl*? — pregunta Artho.

Detesto cómo mi corazón se comporta de forma exagerada solo por recebir atención de un chico guapo. Me pregunto cómo mi compañera de habitación puede parecer tan tranquila.

— Es Charlotte — me armo de valor y digo mi nombre, ya que Raquel no nos presentó. Después me doy cuenta de que lo olvidará en el siguiente instante. — Todavía estoy bebiendo mi Coca-Cola.

— Artho está buenísimo, ¿no? —pregunta Raquel en cuanto Artho se aleja—. Además de guapo, dicen que aguanta toda la noche.

Abro los ojos de par en par y casi me atraganto, sorprendida por la naturalidad con la que habla.

— Y-yo no... —empiezo a tartamudear.

— Tendré que averiguarlo. ¿No te gustan los tatuados, Batgirl? —pregunta mientras me lanza una sonrisa traviesa.

— Nunca he probado uno —confieso. La verdad es que nunca he estado con ningún chico, y ahora me siento fatal al saber que ella se irá con él y yo tendré que volver al piso sola.

Necesito disimular, no puede darse cuenta.

— Ahí viene —Raquel se muerde el labio perfectamente perfilado, pintado con un pintalabios nude.— Quiero follar hasta que salga el sol.

— Espero que lo consigas —susurro mientras me recojo el pelo en un moño alto.
Artho se acerca y me mira a los ojos mientras le entrega la cerveza a Raquel. Aparto la mirada rápidamente, pero alcanzo a notar ese aire de superioridad que tiene. Quizás vive en uno de esos pisos caros, vecino de las chicas de las que Raquel habló. Seguro que tiene pasta, un típico playboy.

Por lo menos, Raquel va a conocer un ático de lujo.

Se están besando a mi lado, y no puedo evitar ver cómo sus lenguas se entrelazan mientras Artho aprieta a mi compañera de cuarto contra su pecho y la levanta del suelo. Raquel encaja perfectamente entre sus brazos.

Desvío mi atención de la escena y noto que sus amigos gemelos me están mirando. Seguro que piensan: *la amiga rara haciendo de sujetavelas*. Esto me irrita tanto que consigo tragarme mi timidez y los miro fijamente, uno tras otro, hasta que dejan de mirarme.

Vuelvo mi atención a la pareja.

Vuelvo mi atención a la pareja.

La mano de Artho agarra el pelo de la nuca de Raquel, con el otro brazo, la mantiene pegada a su cuerpo. Sus labios se separan, él la coloca en el suelo y ella le pasa los dedos por su boca para quitar las marcas de pintalabios. Los dos se sonríen el uno al otro.

Me siento ridícula por desear que alguien me bese así. Además de que Raquel está siendo super maja conmigo, Artho no es el tipo de chico que besaría a una chica como yo.

Raquel se da la vuelta y agarra mi mano sin que lo espere. Mi corazón late aún más rápido cuando ella frota su pulgar contra el mío, porque mi mente fantasea con que me va a ofrecer a Artho, para que él también pueda besarme.

El pensamiento es tan absurdo que me deja sin aliento, me niego a mirar a Artho ahora. Aunque parecer un playboy arrogante, es muy atractivo y no estoy preparada para sorprenderlo mirándome, no con las cosas que me pasan por mi cabeza ahora.

— Tienes un precioso hoyuelo en el mentón, Charlotte— dice Raquel y me acaricia mi cálida mejilla—. ¿No es hermosa, Artho?

Mi pecho se mueve rápidamente con una respiración rápida. Tomo coraje y lo miro por un momento. Tengo que morderme la esquina interior de las mejillas para aliviar la tensión.

Artho me parpadea con su ojo marrón, pero no responde la pregunta.

Me siento transparente, como si las personas que me rodean, incluidos los gemelos entrometidos, supieran lo que acabo de imaginar.

Raquel saca el móvil del bolso y me arrastra para salir en un story de Instagram con los dos.

— ¿Cuál es tu arroba, Artho? — pregunta ella.

— No tengo Instagram — responde él. — Ni Facebook.

Ella lo mira perpleja.

— ¿Y cómo te relacionas con la gente?

— Así — dice, tirando de ella para darle otro beso.

Giro la cara, avergonzada, acalorada y ansiosa.

Noto que la banda ya no está en el escenario. Un DJ tomó su lugar. Los gemelos desaparecieron. Las chicas del ático también, probablemente fueron a una orgía. Todos juntos, incluido el vocalista.

— ¿Quieres salir a comer algo? — pregunta Raquel. — Artho tiene coche. Y este sitio se va a descontrolar con el DJ. Muchas drogas.

— ¡No, no! — niego rápidamente. — Id vosotros, estoy cansada del viaje, voy a volver al dormitorio.

Me alejo con la plena conciencia de que fue una pésima idea venir. Además de sentirme incómoda la mayor parte del tiempo, ya he gastado suficiente dinero por una noche.

Pero la pareja me sigue hasta fuera del Bar Culture.

— Te acompañamos hasta el edificio — dice Artho Becker cuando llego a la acera, lejos del ruido alto de la música.

— Ni pensarlo — respondo, elevando la voz por los nervios. — No hace falta.

— ¡Charlotte! — Raquel me lanza una mirada de advertencia.

— Id a divertiros. Puedo volver perfectamente sola, son solo tres manzanas.

— ¿Estás molesta porque voy a liarme con él? — mi compañera de cuarto susurra al acercarse a mi oído. — Es tu primera noche, podemos pasarla juntas. No lo necesito a él.

— No, Raquel. Ni de broma. Puedes irte tranquila — ruego y me alejo unos pasos, pero ellos me siguen.

— Acabas de llegar a la ciudad. No voy a dejar que vuelvas sola a casa después de robarle su amiga en tu primera noche aquí — se justifica Artho —. Es tarde, y a estas horas hay muchos borrachos por la calle.

Me muerdo la lengua al darme cuenta de que solo pareceré cabezota si sigo insistiendo.

— Está bien.

Dejo que Raquel se enganche de mi brazo. Artho camina a mi otro lado, con las manos metidas en los bolsillos de su chaqueta. La brisa fría despeina algunos mechones de su pelo castaño claro, que caen sobre su frente.

Miro nuestros pies. Artho lleva botas militares marrones, Raquel, sus botas negras, y yo, mis zapatillas de correr.

Ella apoya la cabeza en mi hombro y agarra mi brazo con fuerza hasta que llegamos a la entrada del Edificio Universitario, hogar de la mayoría de los estudiantes que vienen de otras ciudades para estudiar en la UFBG.

— ¿Seguro que quieres quedarte sola? — insiste.

Intento ser optimista, pero la verdad es que me molesta un poco que Raquel prefiera salir con él antes que pasar el resto de la noche conmigo, aunque digo que no me importa.

— Ve y diviértete — digo y le doy una sonrisa forzada.

— Tienes un precioso hoyuelo en el mentón, *Batgirl* —dice Artho.

Mi corazón se acelera con su cumplido. Esbozo una sonrisa tímida y les doy la espalda a ambos.

Dentro del cuarto, decido terminar de deshacer las maletas y organizar mi ropa gastada en el pequeño armario que ahora es mío.

La antigua compañera de cuarto de Raquel fue expulsada, y dejó algunos percheros que uso para colgar mis camisetas de personajes y la chaqueta de lona nueva que me regaló mi madre.

Me doy una ducha y me meto debajo de las mantas, en una de las dos camas individuales con cabeceras de hierro, la que está más alejada de la puerta.

Es la primera vez que voy a dormir lejos de casa. Echo de menos a mi madre y su abrazo protector.

Me doy la vuelta en la cama y trago el nudo que tengo en la garganta. No puedo llorar como una niña, ya estoy bastante mayor y tengo que aprender a valerme por mí misma. Solo que no pensé que sería tan solitario, que me sentiría tan fuera de lugar.

Mi corazón pesa al recordar a los gemelos, la forma en que me miraron mientras Raquel besaba a Artho, y pongo mala cara.

No soy encantadora ni deseable como las chicas que estaban en el bar. Sé perfectamente que no me visto bien y nunca he hecho ningún esfuerzo por cambiarlo.

Debe ser por eso que estoy dando vueltas sola en la cama un sábado por la noche, en plena flor de mis dieciocho años, mientras Raquel va a pasar la noche follando con Artho.

Todo el mundo habla de la belleza interior, pero al final, lo que realmente importa es el físico.

Hasta yo quisiera tener un novio guapo y atractivo. No voy a ser hipócrita.

En medio de esos pensamientos autodestructivos, termino quedándome dormida.

Me despierto sobresaltada por un ruido en el cuarto. Escucho susurros. Intento enfocar la vista hasta distinguir a la pareja liándose cerca de la cama de Raquel.

— Eso no está bien —oigo murmurar a Artho Becker—. Charlotte se va a despertar.

¡Él acaba de decir mi nombre! No *Batgirl*, sino Charlotte, y suena tan… bonito en su voz grave.

— Está dormida —susurra Raquel en respuesta, mientras se quita la camiseta.

Dejé la luz del baño encendida para que no ella tropezara con los muebles al llegar, y por eso puedo ver cómo se despojan de sus ropas. Con cuidado, subo la manta hasta la cabeza, dejando solo los ojos al descubierto. Respiro con dificultad, y eso hace que mi corazón golpee con fuerza contra mis oídos.

Capítulo 2



Las cosas se ponen intensas mientras los observo bajo la tenue iluminación. El sujetador de Raquel cae, Artho se inclina hacia abajo y coloca su boca en uno de sus pechos. Hace ruido mientras él chupa. Raquel gime, y Artho murmura un *Shhh* para que se calle. Él sujeta sus muñecas cuando ella empieza a quitarle la camiseta, pero al final termina cediendo.

Nunca he visto a nadie teniendo sexo delante de mí. Sé que todos estamos mal. Ellos, por hacerlo mientras yo estoy en la habitación, y yo, por espiar sin que ellos lo sepan, pero no puedo cerrar los ojos.

Mi cuerpo se calienta como nunca.

La camiseta de Artho aterriza en el suelo, y puedo ver su cuerpo musculoso. Me esfuerzo por intentar verlo mejor, identificar los diseños tatuados en su piel, pero Raquel está delante.

Ella desliza los dedos por su pecho, su abdomen, y luego se arrodilla para desabrocharle los pantalones a Artho.

Me relamo los labios cuando ella empieza a chupárselo.

Es tan incorrecto que me hace arder por dentro.

Artho la pone de pie y murmura que deberían ir a otro lugar, pero Raquel lo agarra por el cuello hasta callarlo con su pecho en su boca. Las manos del chico empiezan a desabrocharle la falda. El resto de la ropa desaparece.

Estoy en shock cuando ella se tumba con las piernas abiertas sobre la cama.

Lo veo acostarse sobre ella. Raquel echa la cabeza hacia atrás y gime mientras él la penetra. Artho le tapa la boca con la mano y empieza a moverse despacio, entrando y saliendo.
Quiero saber tanto qué se siente, que muerdo la manta con desesperación. Inconscientemente, mi mano derecha alcanza mi

pecho. Cierro los ojos, pero pronto los abro de nuevo. Algo está pasando.

Miro a Artho y me quedo en shock al darme cuenta de que él también me está mirando. Mi mundo se desmorona.

Quiero apartar la mirada de sus ojos marrones, pero no puedo. Él sigue mirándome mientras se folla a Raquel.

No sé cuál de los dos es peor.

Pero, de repente, Artho se detiene. Ella parece haberse quedado dormida, y él empieza a levantarse de la cama. No quiero mirar su cuerpo, pero no puedo evitarlo. Recorro con la mirada cada centímetro de *él*.

De pie, Artho recoge su ropa y camina hacia el baño. Cierra la puerta, dejando la habitación a oscuras. Me quedo quieta, sin saber muy bien cómo procesar lo que acaba de pasar.

¿Me molesta que hayan empezado a follar mientras yo estaba en la habitación? ¡Sí! Pero me molesta mucho más que hayan parado.

Me siento una depravada. Más aún cuando Artho abre la puerta del baño y se queda bajo la luz. Su cabello castaño desordenado, sus labios entreabiertos, su cuerpo firme. Me está mirando fijamente.

— ¿Lo quieres? —le oigo susurrar.

Miro a Raquel, sintiendo cómo el sudor empieza a formarse en mi nuca.

— No se va a despertar —añade Artho.

Lo vuelvo a mirar y asiento con la cabeza una sola vez.

Él se acerca rápidamente, se mete debajo de las mantas y corre mi braguita a un lado.

No pienso en que esta es mi primera vez, ni en Raquel, ni en nada.

Muerdo su hombro cuando me penetra, sin siquiera besarme antes.

La cama cruje mientras él empieza a moverse. Quiero gemir, pero Artho cubre mi boca con su mano. Quiero cerrar los ojos e imaginar a otro hombre, pero todo lo que veo delante de mí son los

ojos marrones de Artho, sus labios rosados y su cabello pegado al sudor en su frente. Me mira como si supiera exactamente lo que quiero.

No pienso en nada más. Solo abro las piernas para que él se hunda cada vez más en mí y dejo escapar gemidos ahogados contra su mano, hasta que...

¡SIGUE LEYENDO EL LIBRO AQUÍ!

UN REGALLO PARA EL CEO

MATRIMONIO POR CONTRATO - EMBARAZO INESPERADO - CHICA INOCENTE - CEO VIUDO



Capítulo 1



Natalie

No era el hecho de estar tratando con hombres millonarios lo que me ponía nerviosa, sino hacerlo justo después de pasar por el mayor escándalo de mi vida.

Graduada en turismo, ya estaba acostumbrada a atender a personas ricas. No era eso lo que me inquietaba, ni los varios millonarios hospedados en el resort Colline Hotel, sino que el hombre del que intentaba esconderme había descubierto dónde estaba trabajando.

Él había arruinado mi vida.

Trabajaba como recepcionista en el mejor hotel de Itatiaia, en el estado de Río de Janeiro, cuando nos involucramos. Se había mudado de la capital a mi ciudad y me conoció casi de inmediato. El tipo de hombre con el que imaginas casarte, tener hijos, alguien en quien confías tanto que te entregas por completo, a quien estás dispuesta a presentar a tu familia. Hasta que, un día, mientras estás besándolo en su coche, cuando viene a recogerte después de tu trabajo, una mujer empieza a golpear la ventana, abre la puerta y te arrastra fuera.

Descubres, de la forma más humillante posible, que tu "príncipe azul" no era más que un canalla que escondió que estaba casado. Esa mujer furiosa era su esposa, madre de sus hijos, y acabas de perder tu empleo por haber estado involucrada en un escándalo justo frente a tu lugar de trabajo.

A partir de ahí, el chisme corre por el pueblo pequeño, y todos los que te conocen saben que estabas saliendo con un hombre casado, incluso si tú no tenías ni idea. La gente empieza a juzgarte, a susurrar a tus espaldas, y tu familia es la que menos te apoya.

Como si eso no fuera suficiente, descubres que, además de no ser un príncipe, ese hombre es violento, está involucrado con una peligrosa organización criminal, y comienza a insistir en quedarse contigo a pesar de todo, siguiéndote por las calles o cualquier lugar al que vayas. Por si fuera poco, la esposa traicionada también

empieza a acosarte con amenazas. Lo único en lo que puedes pensar es en huir de todo aquello.

Y aquí estoy, con los nervios de punta, intentando mantener la concentración mientras atiendo una mesa llena de ricachones importantes. No puedo cometer ningún error.

Hace una semana me mudé a un estudio minúsculo y conseguí este trabajo en un resort apartado del centro de Penedo. El salario es tres veces menor que el de mi antiguo trabajo en el hotel de Itatiaia, donde pensé que Luca, mi maldito ex, no me encontraría. Pero si inclino la cabeza hacia la derecha, puedo verlo.

Mi mundo está a punto de derrumbarse otra vez. No puedo perder otro empleo por su culpa. Me arrepiento cada segundo de haberme involucrado con Luca, sin saber que era un traficante peligroso.

Estoy perdida. Intento concentrarme en el vaso de zumo de naranja que estoy sirviendo a un hombre de unos treinta años, sentado en la cabecera de la mesa. Tiene ojos azules y una mandíbula bien definida. Sonríe con el rostro relajado mientras conversa con los demás, como si nada le afectara, como si no tuviera problemas en su vida. Y seguramente no los tiene. El dinero en sus cuentas puede resolver cualquier cosa.

Pienso que no notará que estoy temblando al servirle el zumo, ni siquiera percibirá mi presencia. Pero inclina la cabeza para darme las gracias, y sus ojos se fijan en el vaso, suben por mi mano temblorosa hasta llegar a mi rostro. Me observa, dándose cuenta del pánico reflejado en mi cara.

—¿Todo bien? —susurra tan bajo que solo entiendo sus palabras al leerle los labios.

—Sí, con permiso —respondo rápidamente, dando un par de pasos hacia atrás, sintiendo los ojos de él y de Luca clavados en mí.

Aprieto el borde de mi uniforme mientras me giro y empiezo a caminar hacia una terraza cercana a la cocina.

Debería esconderme allí, pero necesito aire fresco o me voy a desmayar. El encargado del mostrador, quien orienta a los camareros, me mira, pero pronto otro empleado llama su atención.

Deslizo la puerta de cristal y salgo al aire frío y limpio de las montañas que rodean Penedo. Me concentro en el río que fluye bajo el hotel. Estoy en el cuarto piso y el río parece diminuto desde aquí.

Sé que si no recupero el control pronto, si no retomo las riendas de mis emociones, voy a perder este trabajo. Y necesito mantenerlo. Gasté mis ahorros comprando una moto para venir a trabajar, además de muebles para mi estudio. No puedo volver a casa de mis padres. No soportaría seguir siendo la vergüenza de la familia, aunque mi madre insista en que regrese. No puedo enfrentarme al disgusto en el rostro de mi padre.

Aprieto la barandilla de la terraza y respiro hondo varias veces, diciéndome a mí misma que Luca no vendrá todos los días, que aún no sabe dónde vivo, y que podré trabajar en paz. Pero, ¿a quién intento engañar? Sé que estará esperando con el coche en la salida del personal, aguardando para seguir acosándome.

Muerdo mi labio con fuerza y me doy la vuelta para regresar al restaurante, pero me topo con Luca. Sus ojos color miel brillan cuando esboza esa sonrisa inocente.

—Pensé que no ibas a salir nunca —dice, inclinándose hacia mí.

—¿Qué quieres? Este es mi trabajo, no puedes arruinar también esto —murmuro, mientras él apoya una mano a cada lado de la barandilla, acorralándome. —¡Se acabó, Luca!

Sé que esas palabras son inútiles, pero no puedo evitarlo.

—No, Natalie, esto solo termina cuando yo lo diga. Y en este momento, te quiero de vuelta. No quiero que trabajes aquí, sirviendo a esta gente rica y esnob. Yo te voy a dar todo.

—¡No digas gilipolleces! —pierdo el control y alzo la voz dos tonos más de lo normal, haciéndome parecer más grosera que él. A pesar de estar metido hasta el cuello en el tráfico, Luca nunca deja entrever su verdadera naturaleza. Se comporta y habla con educación, lo que me hizo nunca sospechar. —Estás casado. Si tu mujer se entera de que sigues persiguiéndome, me va a destrozar.

—Rebeca nunca lo sabrá, ya te lo expliqué. Tú eres mía, Natalie, toda mía. —En ese momento, me agarra del brazo. No me aprieta, pero sujeta con firmeza suficiente para que no pueda escaparme. —¿Quién te mandó hacerme enamorar?

—¡Suéltame! Si no dejas de acosarme, iré a la comisaría y lo contaré todo.

Luca suelta esa risa por la que me enamoré y que ahora me provoca náuseas.

—Sabes lo que pasaría si lo hicieras. Muy bien lo sabes. Tu mamá no vería otro amanecer.

Quiero gritar, pedir ayuda, pero sé que nadie puede protegerme, que si alzo más la voz, la culpa recaerá sobre mí. Nadie quiere a una empleada nueva que cause problemas y escándalos.

—Voy a volver al trabajo —anuncio. —Y tú no puedes impedírmelo.

Su mano en mi brazo se endurece, sus dedos me aprietan con fuerza. La otra mano va a parar a mi cuello. El pánico crece dentro de mí. Quiero empujarle, mandarlo todo a la mierda, huir. Pero me sujeta con tanta fuerza que apenas puedo moverme.

—Quiero un beso —dice, apretando aún más mi cuello. El aire comienza a faltar, siento que me ahogo, intento toser mientras golpeo su pecho con mi mano libre. Sin aliento, no puedo gritar. —No soporto más la falta de esta boca. Vas a ser mía, toda mía. Tenemos que terminar lo que empezamos en aquel...

—¿Está todo bien? —escucho una voz masculina preguntar, interrumpiendo sus amenazas. En ese preciso momento, los hombros de Luca están encorvados hacia mí, amenazantes. Está tan concentrado que da un salto al darse cuenta de que alguien se ha acercado.

Mi corazón late con fuerza en el pecho, siento el temblor en las manos y respiro hondo cuando me suelta. Tengo tanto miedo que casi olvido mi trabajo y lo mucho que lo necesito.

Capítulo 2



Natalie

—Miro sobre el hombro de mi ex y veo a un hombre con traje parado detrás de nosotros. Reconozco su rostro de inmediato. No es mi jefe, sino uno de los millonarios hospedados en el hotel. Es el último al que le serví el zumo de naranja.

Abro la boca para decir algo, para disculparme por la inconveniencia, pero Luca se gira y lo encara. Aprovecho los segundos para secar las lágrimas y aclararme la garganta. Mi garganta duele.

El hombre es unos centímetros más alto que Luca y tiene los hombros más anchos. Mientras intento recomponerme, ahora tomada por la vergüenza de ser vista en una situación tan humillante, veo los labios de mi ex tensarse.

—¿Está todo bien? —repite el huésped, observándome.

Intento fingir, porque sé que es la mejor manera de mantener mi trabajo, pero el pánico es más grande que mi sensatez, y acabo negando con la cabeza levemente. No puedo ocultar lo que estoy sintiendo, pero contengo la respiración todo lo que puedo, en un intento desesperado de que no se me escapen más lágrimas.

Los ojos del hombre bajan hasta mi brazo, donde Luca aún mantiene la mano apretada. Veo cómo su mandíbula se tensa, luego entrecierra los ojos y mira a Luca con mucha seriedad.

Siento cómo la mano en mi brazo se afloja, y Luca da un paso atrás. Respiro aliviada.

—Está todo perfecto —responde Luca. —Solo estamos conversando.

El hombre alza sutilmente el mentón, pero ambos lo notamos. Es una señal de los ricos cuando no están interesados en escuchar disculpas.

—¿Es tu hora de descanso, Natalie? —pregunta el cliente al leer mi nombre en la plaquita dorada que lleva mi uniforme gris, cerca de mi pecho derecho.

—No, señor —respondo de inmediato.

—Entonces necesito que termines de servirme el almuerzo en mi suite. Tengo que atender una llamada y quiero más privacidad —dice el hombre, guiñándome un ojo azul.

Asiento, aliviada y a la vez sorprendida al darme cuenta de que lo dijo para ayudarme.

—Lo tendré listo enseguida, señor —digo, mordiendo el labio por aún no haber memorizado el nombre de todos los huéspedes del

resort.

Doy un paso atrás, alejándome de Luca y permitiéndome relajar un poco los hombros. Sigo al hombre como si mi ex no existiera, pero en el fondo, aunque haya recuperado el control de mi postura, sé que no me dejará en paz. Volverá cuando quiera y continuará con las amenazas. No puedo relajarme, sigo alerta. Mi nuca está caliente, temo que él se acerque, me agarre por el brazo dolorido y me arrastre fuera.

—¿Te está gustando tu estancia en el Colline Hotel?

—Es uno de los mejores —dice, sonriendo con una ligera y discreta sonrisa mientras pasamos por las puertas de vidrio del restaurante. Antes de ir al ascensor, añade: —Lleva mi almuerzo a la 613, por favor.

—¡Por supuesto!

Lo observo caminar hasta el ascensor más cercano. Luego voy a mi jefe y le cuento que uno de los huéspedes quiere ser atendido en su habitación.

—¿Qué esperas para hacerlo? —dice Bianco, el encargado de los camareros. —Prepara el carrito y ve rápido a la suite de Anthony Hoffmann.

Le doy la espalda y me dirijo a la cocina a recoger la comida, repitiendo su nombre varias veces para no olvidarlo. No miro hacia atrás, pero sé que si lo hiciera vería a Luca en algún lugar, observándome con furia. Ya no quiero verlo más, tengo tanto miedo que no puedo reaccionar como debería. No puedo defenderme de él. Aun así, soy consciente de que esto no es el fin.

—¿Qué hice para merecer esto? —me pregunto mientras preparo la comida para ese hombre de tan buen corazón. No sé qué habría pasado si él no hubiera llegado.

Me aclaro la garganta y respiro hondo para no volver a llorar. No puedo ser tan débil, debo ser dura, fuerte, pero las heridas en mi corazón siguen abiertas.

En pocos minutos, llego a la suite 613. No es el piso de la azotea, lo que me sorprende, porque pensaba que todos los hombres de esa mesa estarían en las suites de lujo. Sin embargo, su habitación no deja de ser lujosa.

Anthony Hoffmann está aflojándose la corbata cuando me atiende. Mi corazón, que se había calmado un poco, vuelve a latir agitado por la vergüenza de que un huésped haya presenciado aquello en la terraza, por saber que soy el tipo de mujer que deja que su novio la maltrate, que deja que un hombre le apriete el brazo y el cuello de esa manera.

Trago saliva y bajo la cabeza, no soporto esos pensamientos.

—Gracias —susurro, avergonzada, mientras empujo el carrito hacia dentro.

—¿Quién era ese hombre? —pregunta él.

—Un exnovio —respondo, encogiéndome de hombros, pero sin volver a mirarlo.

No puedo enfrentar una mirada de juicio ahora. Mi nuca está caliente otra vez, mis mejillas arden y mis manos comienzan a ponerse frías. Odio ser el centro de atención. No esperaba que un huésped de su nivel se fijara en mí. Recuerdo cómo él quiso saber si

estaba todo bien mientras le servía el zumo, y no sé qué pensar. Mi corazón late más rápido y siento como si mi piel fuera transparente.

—¿Él vino hasta aquí a molestarte?

Levanto la cabeza despacio y lo miro.

—No es asunto mío, lo sé —dice él.

—Perdón, él me está persiguiendo y es peligroso, pero juro que no sabía que vendría —digo rápido, intentando justificar esa escena. —No era para que él me encontrara aquí. Conseguí este trabajo en este hotel precisamente para esconderme de él, pero logró encontrarme. Lo siento mucho por el inconveniente. Haré todo lo posible para que no vuelva a ocurrir.

Estoy sin aliento cuando termino de hablar.

—¿Por qué pides disculpas? Era él quien te estaba maltratando.

—Lo sé, aquí no es el lugar, no debería recibirlo en mi horario de trabajo. Y no fui yo quien lo llamó aquí. Solo salí a la terraza para intentar... —Mi voz empieza a fallar cuando finalmente me doy cuenta de lo que Luca es capaz de hacer, de cómo no voy a poder mantener este trabajo tampoco, que él me va a atormentar hasta que se canse.

—No te estoy señalando por eso. Solo quiero entender qué pasó. Vi cómo estabas nerviosa antes, luego vi a ese tipo acorralándote y pidiendo un beso. Claramente te estaba acosando.

Lo miro a los ojos, ardientes de emoción.

—Siéntate aquí —dice, gesticulando hacia la mesa de la suite.

—No puedo sentarme. Vine a servir tu almuerzo. Muchas gracias por librarme de la presencia de Luca, pero no puedo sentarme contigo. Yo soy la camarera.

Anthony Hoffmann niega con la cabeza y sigue gesticulando hasta que dejo de resistir y me siento en una de las sillas tapizadas y elegantes de la mesa redonda.

—Gracias —susurro mientras él se sienta frente a mí. —Gracias por preocuparte.

Suelto un suspiro, afectada por toda la situación, luchando contra el nudo que empieza a formarse en mi garganta.

—Vi a un hombre acosando a una mujer, no podría ignorarlo.

—La mayoría de los hombres lo ignoraría —digo aún más bajo.

—Lo sé. Desafortunadamente —dice él, suspirando. Veo una línea de preocupación en su frente.

Recorro con la mirada su rostro, observando sus rasgos hermosos por un instante, luego regreso mi atención a sus dedos en busca de un anillo, pero no encuentro nada, sus dedos, con uñas limpias y bien cuidadas, están desnudos.

—¿Tienes una hija? —pregunto, aunque no esté segura de por qué. Tal vez se imagine a su pequeña hija en la misma situación que yo, tal vez piense en eso cada vez que ve a un hombre acosando o faltando el respeto a una mujer.

Él inclina la cabeza, como si mi pregunta lo perturbara, luego la sacude y cambia de tema.

—¿Por qué te sigue? ¿No aceptó el final de la relación? ¿Ya estás con otro, pero él insiste en que solo eres suya?

—No estoy con otro, pero sí, él no acepta el final —respondo con sinceridad.

—¿Salieron mucho tiempo?

—Menos de dos meses. Estaba empezando a ponerse serio cuando descubrí que estaba casado. Su esposa también se enteró y me hizo el escándalo frente al hotel en el que trabajaba. Al final, me despidieron. Conseguí este trabajo justamente porque el Colline Hotel está aislado aquí en las montañas, pensé que no me encontraría tan fácilmente.

—¿Por qué no vas a una comisaría? Busca una comisaría de mujeres. Sé que Itatiaia es una ciudad pequeña, pero debe haber una en Resende, a unos kilómetros de aquí.

Es mi turno de respirar hondo.

—En teoría, todo parece más sencillo, pero en la práctica... Él está involucrado con una facción de Río de Janeiro, si lo denuncio...

—Alguien acabará lastimado —completa Anthony. —¿En qué te metiste?

—No lo sabía. Nunca me habría involucrado con él si lo hubiera imaginado, pero parecía una persona decente, respetuosa, hablaba bien, era simpático. Dijo que se mudó para trabajar como gerente de carga en una empresa de automóviles importados. Todo era mentira, pero caí como una tonta. Me da vergüenza hasta contarlo. Todo se vino abajo cuando su esposa se enteró de nosotros. Mi mundo se derrumbó. Todos los que conozco se

enteraron. Solo supe quién era realmente cuando ya lo había dejado formar parte de mi vida, conocía hasta a mis padres.

Lo único que no le entregué fue mi virginidad, pero no necesito contarle eso a Anthony.

—No debería estar importunándote con esto. Es un problema mío, que no debería haber traído al hotel. Ya has sido muy amable al salvarme de esa situación —digo, levantándome. Sé que ya he molestado demasiado y que este no es mi lugar. —Muchas gracias, señor Hoffmann.

—No tienes que agradecerme —dice él, levantándose también.

—Por favor, siéntese, señor Hoffmann. Necesito servirle el almuerzo.

Él obedece.

Descubro la bandeja, revelando una porción de trucha a la parrilla con salsa de alcaparras y comienzo a servirle en su plato, pero él levanta la mano, señalándome para que pare.

—No me siento cómodo con que me sirvas —dice, y una extraña risa escapa de él. —Hay comida suficiente para los dos.

También me río. Siento mi rostro calentarse solo de pensar en almorzar con él.

—Gracias, señor Hoffmann, pero ya almorcé. Lo dejaré solo. Puede llamarme cuando termine de comer para recoger la mesa.

Él asiente con la cabeza y me giro para irme.

—Gracias una vez más —repito, antes de abrir la puerta para salir de su suite.

Nunca olvidaré lo que hizo este extraño: salvarme de una situación tan incómoda. No resolvió mis problemas, pero en ese momento fue suficiente.

—Espera, Natalie —dice Anthony, levantándose, alcanzándome mientras saca una tarjeta de su bolsillo. —Aquí tienes mi WhatsApp. Puedes mandarme un mensaje si él vuelve a molestarte.

—Es muy amable de tu parte —digo, agradecida por conocer a un hombre tan... servicial.

La tarjeta es negra con letras doradas. Sus iniciales están en relieve. Toqué la unión de la A y la H y lo miro.

—Puedes mandarme un mensaje a cualquier hora —añade.

—¿Tienes novia, señor Hoffmann? —pregunto con el respeto que puedo demostrar con mi tono de voz.

—No.

—¿Esposa? —Levanto una ceja mientras insisto.

—¿Por qué?

—Porque sería afortunada de tener un caballero como tú.

Él sonríe con una sonrisa torcida, tan hermosa que hace que la sonrisa de Luca parezca la mueca de un payaso.

—No tengo a nadie, Natalie.

¡SIGUE LEYENDO EL LIBRO AQUÍ!

Contratada Para Casarse Con El CEO

UNA OFERTA INDECENTE

Él, un viudo marcado por el pasado y padre solo

Ella, la niñera inocente de su hija que nunca imaginó este destino

Bajo el mismo techo, la tensión es inevitable

Pero ella tiene una regla: no puede enamorarse… ¿podrá cumplirla?



Capítulo 1

Llamo tres veces y espero. Es la primera vez que el señor De La Roche quiere hablar conmigo en las semanas que llevo trabajando como niñera de su hija.

Chasqueo los dedos, ansiosa por ser recibida en su despacho. Como llevo tanto tiempo trabajando sin que me llame ni tener una conversación con él sobre la educación de su hija, acabo creando mucha paranoia en este breve momento. No puedo perder este trabajo, la ciudad es grande y nueva para mí, no tengo adónde ir y no hay forma de que vuelva al lugar del que huí.

Pienso en la primera vez que le vi. Era mi segundo día aquí y había ido a la cocina a por papel de cocina para limpiar el polo que Alicia, su hija de siete años, había tirado al suelo de la terraza delantera de la mansión. Volví corriendo, despegando y deslizando los pies por el mármol blanco como una niña, me deslicé por el balcón con el rollo de toallitas de papel en la mano y me tropecé con él.

Recuerdo lo avergonzada que me sentí por mi torpe llegada, por haber estado a punto de chocar con él, pero sobre todo porque su aspecto me había desconcertado. Ese tipo de belleza que no pasa desapercibida para nadie, el magnetismo que atrae el cuerpo, que hace que quieras mirar a la persona una y otra vez.

Me sentía como "Cenicienta encontrándose con su príncipe azul", despeinada, con chanclas, leggings y una camiseta de tirantes con el cuello suelto. Apenas me miró, se me quedó mirando unos

segundos, haciendo que el corazón me martilleara en los oídos, asintió y me dedicó una sonrisa torcida.

- ¿Es usted la nueva niñera? - preguntó, y me di cuenta de que nunca había oído un tono de voz tan encantador.

- Sí, soy yo -respondí tímidamente, sin presentarme siquiera, avergonzada de lo chillona que sonaba mi voz. Bajé la cabeza y empecé a limpiar el polo derretido.

Alicia abrazaba y hablaba a su padre con devoción, encantada de su presencia como yo nunca había estado encantada de mi padre.

- Sólo he venido a casa a recoger unas plantas que me dejé en la oficina -le dijo a su hija, besando la parte superior de su rubia cabeza y poniéndose en pie-. - Tengo que volver a la empresa.

- Ah, padre... - Alicia protestó, pero no había mucho que pudiera hacer.

- Te prometo que te lo leeré antes de acostarte -dijo, y luego se volvió hacia mí, utilizando ese tono de voz suave y seductor como si no fuera injusto-. - ¿Carol lo ha arreglado todo contigo?

- "Sí, has acertado", le contesté, totalmente avergonzada, sintiendo la injusticia de encontrarme con un hombre como él, todo desaliñado, mientras que él estaba elegante con un traje azul marino, sosteniendo unas caras gafas de sol y calzando unos zapatos relucientes. - Me lo explicó todo.

Volvió a asentir con la cabeza, dedicándome otra sonrisa torcida que me dejó sin aliento, luego me dio la espalda y se dirigió hacia el despacho, dejándome allí de pie, perplejo.

Tardé unos segundos en darme cuenta de que estaba siendo ridícula con todos esos pensamientos sobre él. ¿Qué más daba que estuviera desaliñada o no? ¿Qué cambiaría si me vistiera mejor?

Nada, absolutamente nada, porque era mi jefe, un CEO multimillonario que lo único que quería de mí era que cuidara bien de su hija. Sería una tonta si empezara a albergar sentimientos por él.

Sacudo la cabeza para despejar estos pensamientos vergonzosos cuando oigo el clic de la puerta al abrirse y entonces aparece su imagen en el hueco, que se hace cada vez más grande hasta que puedo verle por completo. Mi corazón late más deprisa cuando el Sr. De La Roche me invita a entrar con un gesto de su mano derecha.

Entro en su despacho y cierra la puerta. Me resulta extraño que alguien como él me cierre la puerta a mí, una simple niñera. En su mano izquierda sostiene un teléfono móvil negro junto a la oreja. Sin prestarme mucha atención, me hace un gesto para que me siente en la silla frente a su escritorio.

Intento respirar con calma para tranquilizar mi corazón, que galopa desbocado, mientras rezo mentalmente para que no me

despidan, preguntándome qué habré hecho mal para que me llame a su despacho.

Me siento en la silla giratoria y él toma el sillón que hay detrás del escritorio, un objeto de cuero negro que se asemeja a un trono por su respaldo. El Sr. De La Roche mira el iPad que tiene sobre la mesa y desliza el dedo por la pantalla.

Mis ojos siguen su gesto, pasando por encima de su largo dedo con la uña pulcramente recortada. Inmediatamente escondo los dedos apretando las manos en puños, recordando que tengo las uñas sucias de raspar las pegatinas que Alicia había pegado en el dosel de su cama. Pero no me presta atención, así que sigo observándole en . Es la primera vez que puedo ver a mi jefe de cerca desde hace tanto tiempo. Puedo ver las venas abultadas en el dorso de su mano, subiendo hacia la muñeca, ocultas bajo el puño de su camisa blanca.

Debido a su posición, puedo ver la forma de su musculoso brazo, y sigo su mirada hasta sus anchos hombros. Tiene el cuello de la camisa desabrochado, la corbata y el traje tirados sobre el respaldo del sofá Chesterfield de cuero negro de la pared este del despacho.

Veo un atisbo de su pecho a través del ojal abierto. Desplazo la mirada por su cuello, observo más detenidamente su mandíbula, su nariz recta y, por último, sus profundos ojos verdes.

El Sr. De La Roche sigue centrando su atención en el iPad, mientras yo le observo sin darme cuenta. Es el hombre más importante, elegante y encantador que he visto en persona. El CEO de la constructora más cotizada de Natal, la capital del estado.

Sólo sé que Benjamin De La Roche heredó la empresa de su padre hace unos años y que desde entonces la dirige con éxito. Pero Carol, la secretaria y cocinera de la mansión, me ha dicho que no le gusta que le llamen Benjamin, sólo Ben.

Aparte de sus empleados, sólo están Benjamin y Alicia, su hija de siete años. Su mujer murió al dar a luz y él nunca volvió a casarse. Carol me contó que nunca tuvo citas, al menos nunca trajo a nadie a casa, nunca presentó a Alicia a una mujer.

Me muerdo el labio con fuerza, incapaz de decidir si esto es bueno o malo. Bueno porque puede ser un hombre de familia, no del tipo mimado, rico y gallina, sino alguien que espera a la persona adecuada. Por otro lado, es casi imposible llegar a su corazón endurecido por la pena.

Imposible llegar a su corazón... Suelto una risita al pensarlo, como si alguien como él no me viera solo como la niñera de su hija, alguien insignificante y reemplazable. Intento ahogar una carcajada más fuerte con la mano en la boca, pero el señor De La Roche me mira justo a tiempo, colocando su teléfono móvil sobre la mesa.

Aparto inmediatamente la mirada, con la cara ardiendo de vergüenza por la metedura de pata. Siento que sus ojos me

analizan, pero no tengo valor para devolverle la mirada.

- ¿Qué me pasa? - me pregunta, con una voz más aterciopelada ahora que hace un momento por teléfono, lo que me pone aún más tensa.

- Lo siento, señor, estaba recordando algo que ha pasado esta mañana -digo cada palabra con cuidado, evitando cualquier jerga del país para que no me considere una mala influencia en la educación de su hija.

- No hace falta que me llame señor, por favor", me dice con una amabilidad que no esperaba de alguien como él.

Levanto la vista para mirarle, pero su encanto me hace apartar rápidamente la mirada. Por dentro, estoy tensa; por fuera, intento parecer inquebrantable, utilizando el autocontrol que he desarrollado a lo largo de los años bajo la mirada de un padre extremadamente estricto y dominante.

- Lo siento, Ben -intento sonar lo más centrada posible, pero me parece mal llamarle así, como si estuviera forzando una intimidad que él no me ha dado.

No parece importarle, sus labios se curvan en una sonrisa torcida y su cara se ilumina, como si le gustara el apodo de mi voz.

Qué ridículo soy...

- Mucho mejor, "señor" me hace parecer mucho mayor", dice bromeando. - Terminaré esta llamada y podremos hablar, ¿vale?

- Por supuesto", respondo, aliviada por no tartamudear.

Benjamin coge el móvil que tiene sobre la mesa y vuelve a hablar con la persona que está al otro lado, parece que hablan de trabajo. Tengo menos de un minuto para recomponerme, porque se despide rápidamente y apaga el móvil.

- Siento el retraso, pero tenía que solucionar un problema con la empresa constructora antes de dar por terminado el día", me explica, dejándome aún más encantado por su amabilidad.

Su cara sigue iluminada, pero me doy cuenta de que sus ojos no lo están, como si cargara con algo de lo que no puede deshacerse.

- No hace falta que te disculpes. Alicia ya está haciendo sus tareas", le explico.

- No me gusta ocupar el tiempo libre de mis empleados, pero no hemos tenido ocasión de hablar desde que empezaste a trabajar aquí.

Empiezo a pensar que se ha enterado de que he venido a Natal huyendo, que he escapado de un compromiso no deseado y que mi padre ha descubierto dónde estoy y viene a recogerme.

- Nosotros no... - murmuro, cabizbaja ante la idea de volver a casa de mis padres y que me roben todos mis sueños con un matrimonio de conveniencia con el hijo del pastor.

Conveniente para ellos, no para mí.

- Pareces preocupado - Benjamin De La Roche me vigila, lo que sólo empeora mi estado. - ¿Necesitas salir? Podemos hablar en otro momento.

- No, no pasa nada. - digo rápidamente. - Sólo tengo miedo de que... me despida. Me encanta trabajar aquí, su hija es encantadora y parece que yo también le gusto.

- Sí, Alicia lo es", admite. - Virgilia, eres la chica a la que se ha adaptado más rápidamente.

- ¿Podrías llamarme simplemente Lia? - le pregunto, segura de que estoy cruzando una línea. - Casi nadie me llama Virgilia, solo mi ex, y eso me trae malos recuerdos.

Imagino que va a decir algo para ponerme en mi sitio, pero Benjamin se limita a dedicarme otra sonrisa torcida.

- Lo entiendo, a mí tampoco me gusta que me llamen Benjamin. Tenemos algo en común.

- "Lo hacemos", digo, relajando los hombros, empezando a confiar en que no me va a despedir y no se ha enterado de mi fuga y de que mi familia me busca como loca.

Se levanta del sillón y se acerca a mí, apoyándose en la mesa que tengo delante. De pie, parece aún más elegante. Puedo oler su perfume amaderado e incluso fantasear con su aspecto sin ropa.

El pensamiento momentáneo me acalora, me quema como si tuviera fiebre. Mi corazón late más rápido mientras él se mueve encantadoramente, cambiando su peso de una pierna a la otra.

- ¿Cuántos años tienes, Lia?

Mi nombre en su tono de voz suena sensual, tengo que morderme la comisura interna de la mejilla y recordarme que es mi jefe, no es digno tener ese tipo de pensamientos con él.

- "Veintidós", digo mirándole con la barbilla levantada, clavándome las uñas en las palmas de las manos para mantener la tensión.

- La edad que tenía cuando me casé. Unos meses después nació Alicia. Luiza, mi mujer, estaba embarazada cuando nos casamos", dice, como si estuviéramos cerca.

A pesar de la tensión que siento, parece fácil hablar con él, al menos Benjamin no me hace sentir inferior.

Lo que siento tiene más que ver con su aspecto, su belleza, que con su posición social. Me pone nerviosa, pero apuesto a que muchas otras chicas también se sienten así con alguien como Benjamin De La Roche. Está bueno, y punto.

- Te casaste demasiado joven", digo, sin saber si me estoy extralimitando.

- Luiza se quedó embarazada cuando estábamos en el último semestre de la universidad, fue un "accidente" -explica, haciendo comillas en el aire con los dedos, mientras yo fantaseo con caer en su regazo por accidente. - Mi familia no se lo tomó muy bien, pero decidimos casarnos de todos modos.

- Os queríais mucho", añado, para disipar mi último pensamiento.

- Era muy importante para mí", admite. - Incluso después de tantos años, a veces sigue siendo difícil hablar de ello.

Ben aparta la mirada, lo que me hace pensar que aún está afligido. Trago saliva y, al ver la tristeza visible en su rostro, siento la tentación de levantarme y abrazarlo para tranquilizarlo, como hago con su hija cuando está triste.

- Pero no te he llamado para hablar de mi viudedad -dice riendo, disimulando sus sentimientos-. - Carol me ha dicho que es tu primer trabajo aquí en la capital.

- Sí, pero he trabajado para otras familias en mi pueblo - le explico rápidamente. - Tengo experiencia con niños.

- No lo dudo, he visto tu forma de actuar con Alicia, te la ganaste muy rápido, y te aseguro que no es tan fácil.

- Alicia es encantadora, muy educada y tranquila, es un placer trabajar con ella", digo conteniendo la respiración.

- ¿Te has trasladado a Natal sólo por el trabajo o tienes otros intereses, ambiciones, aparte de trabajar de niñera? No es que no sea un trabajo decente, sólo quería saber si tienes otros objetivos.

Su pregunta me despierta curiosidad.

- Quería ir a la universidad, pero el curso con el que soñaba era demasiado caro y no conseguí plaza en la UFRN. Confieso que fui una tonta al pensar que podría pagarme los estudios trabajando de niñera. No es que no sea un trabajo decente - repito tus palabras.

- ¿Y qué curso soñaba hacer?

- Medicina -digo con una sonrisa, avergonzada de pensar que podría permitirme ir a la universidad con un sueldo mínimo. - He soñado con ello toda mi vida y no tenía otros planes, así que aún no he decidido qué voy a hacer, pero sí, claro que pienso estudiar, no quiero trabajar de niñera el resto de mi vida, aunque sea un trabajo excelente. Yo también quiero ser alguien, no empecé pronto la universidad por falta de oportunidades.

- Sé que no todo el mundo tiene las mismas oportunidades que yo tuve, no vivo en una burbuja -se defiende.

- No quería decir eso", me apresuro a aclarar.

- Ya sé que no, pero es mejor concretarlo. Tengo una empresa de construcción, quizá ya lo sepas, soy ingeniero y trabajo con muchos becarios y empleados que han pasado mucho para estudiar. Reconozco y admiro el esfuerzo de los que no nacieron en la vida como yo.

No sé si es una especie de regañina o simplemente un arrebato, pero parece mucho más serio que cuando empezamos a hablar.

- También admiro tu dedicación a dirigir bien tu empresa, no a todos los bien nacidos les gusta dedicarse a trabajar.

Asiente con firmeza.

- He tenido muchos amigos a lo largo de mi vida que sólo querían gastar el dinero de sus padres. No es que yo no gaste, pero nunca quise ser el hijo mimado que espera recibir una herencia.

- Te admiro por eso: acabo felicitándote antes de sopesar mis palabras. - Me refiero a tu dedicación. Carol me ha dicho que La Roche es el constructor más solicitado de la capital y que tú eres quien lo ha hecho posible.

- Mi abuelo empezó todo cuando llegó aquí desde Francia, mi padre siguió sus pasos y yo me limité a continuar el trabajo", dice modestamente.

Esbozo una tímida sonrisa, porque no sé qué más decir, cómo continuar la conversación sin que parezca un halago por mi parte.

Ambos permanecemos en silencio, y él sigue analizándome con sus ojos verdes. Me siento inquieta y acalorada, ansiosa, con ganas de moverme en la silla, de actuar de alguna manera, pero no puedo, me quedo quieta mientras me observan tan de cerca.

Fuera hace calor, pero aquí en su despacho el aire acondicionado está encendido a 23 grados, lo sé porque levanto la vista para comprobarlo. Aprovecho para mirar a mi alrededor, fijándome en los detalles de la decoración. Hay una obra de arte abstracta en la pared este, justo encima del sofá Chesterfield, miro las estanterías de madera oscura llenas de libros, y detrás de su escritorio hay puertas de cristal que dan al jardín.

Sus ojos siguen clavados en mí, y siento que se me calienta la nuca, clavándome aún más las uñas en las palmas de las manos. El corazón me late con fuerza, quiero saber por qué sigue mirándome, qué interés puede tener, pero no puedo formular ninguna teoría.

Vuelvo la mirada hacia él, observando el pantalón de sastrería color grafito, a la luz brillante de la habitación puedo ver la curva de los músculos de sus muslos, esperando estar siendo discreta, recorro con la mirada su pelvis cubierta por el pantalón, observando la marca de la cremallera, notando el volumen marcado por la tela de lino. Trago saliva, aún más curiosa por saber cómo es sin ropa, entonces me doy cuenta de lo que estoy haciendo y aparto la mirada, parpadeando para recuperar el control de mis pensamientos.

- ¿Puedo invitarte a cenar? - me pregunta, cogiéndome por sorpresa.

- ¿Jan-Cena? - balbuceo la pregunta. Noto el sudor en la nuca, fruto de la atracción que el cuerpo de Benjamin ejerce sobre el mío.

- "Tengo una proposición para ti", dice misteriosamente. - A menos que ya hayas cenado...

- ¡No! ¡No he cenado! - respondo rápidamente. - Le diré a Carol que no cenarás en casa... Quiero decir, ¡tú! Lo siento.

Es evidente lo nerviosa que estoy, más aún cuando vuelve a dedicarme esa sonrisa torcida.

- No tienes que decírselo a Carol, lo haré yo mismo. Voy a acostar a Alicia y a darme una ducha. Te veré en el coche en un par de horas, ¿vale?

- Por supuesto", digo negando con la cabeza, aún perpleja.

Ben se acerca al sofá, coge su traje y su corbata y abre la puerta del despacho. Solo me doy cuenta de lo agarrotadas que tengo las piernas cuando me levanto y tengo que concentrarme para pasar junto a él sin tropezar con mis propios pies.

- ¿Adónde vamos?", pregunto y me encojo de hombros, "sólo para saber qué debo ponerme".

- Un restaurante cerca de la playa.

No sé qué esperar, no sé qué puedo utilizar, ni siquiera sé si tengo algo a mi altura, estoy desesperado, pero sobre todo: no puedo prestar atención a las teorías de cuento de hadas que se están desarrollando en mi mente, escapando a mi control.

Capítulo 2



Actúa con gracia, despreocupada, como si ella no fuera la razón de mi insomnio de los últimos días. Sus rizos castaños enmarcan su rostro y la hacen parecer más joven de sus veintidós años.

- Puedes adelantarte", le digo cuando se detiene y me mira al llegar a la puerta.

Lia se pasa un mechón de pelo por detrás de la oreja y sonríe, haciendo que su barbilla puntiaguda destaque en su rostro bien dibujado. Asiente y casi alargo la mano para tocar su piel morena clara, delicada como el terciopelo, pero me controlo. No puedo ni quiero perder el control con alguien a quien apenas conozco.

Me mira fijamente un momento más, con sus ojos color miel llenos de dudas. Su piel brilla a la luz amarillenta del balcón de la oficina, luego sacude la cabeza y se vuelve hacia la casa.

- Lia -pronuncio su nombre, dándome cuenta de cómo la punta de la lengua me toca el paladar con la pronunciación. - Lia.

- ¿Cómo? - pregunta mientras se gira para mirarme, haciendo que las ondas de sus rizos se balanceen a su alrededor.

- Nada -digo, parpadeando, aturdida por el acto. - Nada, me estaba recordando a mí misma que ya no debo llamarte Virgilia. Sólo Lia.

Vuelve a sonreír y sale corriendo por el camino de piedra que atraviesa el césped recién cortado. La veo desaparecer por el jardín, en dirección a la casa, vestida con unos vaqueros claros, una camiseta blanca de tirantes y chanclas.

De pie, a la luz del balcón, la soledad es casi palpable, me deprime. Me giro para cerrar la puerta del despacho, consciente de que esta sensación de vacío me seguirá el resto de mi vida. No lo rechazo, no lucho contra él, simplemente lo acepto.

Respiro hondo y sigo el mismo camino que ella. Construí la oficina a unos metros de mi casa precisamente porque me gusta tener intimidad cuando trabajo.

Hace siete años enviudé, hace siete años me enfrenté al dolor más grande que he sentido nunca, juré que nunca volvería a

enamorarme, que nunca permitiría que otra mujer se me acercara lo suficiente como para entrar en mi corazón. Y así será por el resto de mi vida.

Prefiero ahogar mi deseo en cuerpos desconocidos, descargar mis frustraciones en mujeres que no me exijan ningún sentimiento. Una, dos, tres, tantas como quiera mi libido, según la noche.

Así es como he llevado mi vida desde que enviudé. Sexo sucio, fantasías libertinas y un corazón vacío. Me conozco lo suficiente como para saber que no podría soportar pasar por otro dolor como el que sentí cuando Luiza murió. No se lo deseo a nadie y no me permitiré volver a sentirlo. No puedes perder el amor si no te enamoras, y yo tengo el control absoluto de mi corazón y me aseguro de no dejar que eso ocurra.

Sí, el vacío es mejor que un dolor terrible, un dolor para el que no hay remedio.

Sin embargo, hace casi cinco años, mi padre me hizo una oferta: darme todo el poder de la empresa a cambio de que me volviera a casar. Un hombre de familia y un hombre de negocios necesitan una mujer a su lado, una madre para su hija, palabras de mi padre Raúl De La Roche.

Fue generoso y me dio cinco años. Si no me casaba en ese tiempo, recuperaría la empresa y la pondría en manos de un primo al que mi tío había mimado toda su vida. Un completo desastre. Y se me acaba el tiempo.

Durante cuatro años fingí que este trato no existía, y seguí con mi vida sin preocuparme por una boda, pero el tiempo no se detiene aunque uno quiera, sigue pasando con cada respiración, y necesito encontrar a alguien que acepte casarse conmigo sin involucrar sentimientos, alguien que necesite mi ayuda hasta el punto de escenificar un romance.

Lia es perfecta, no sólo por la necesidad de pagar la universidad, no sólo porque podría ser alguien que aceptaría un contrato matrimonial, sino porque es maravillosa con mi hija.

No hay nada en el mundo que quiera más que a Alicia. La quiero tanto que algunas noches, antes de tumbarme a dar vueltas en la cama y esperar el sueño que rara vez llega, voy a su habitación mientras duerme y le busco el pulso, en el cuello, en las muñecas o en el pecho, sólo para asegurarme de que sigue latiendo el corazón de alguien a quien quiero tanto, siento sus mejillas cálidas y la beso, rogando a Dios que no me la arrebate también. Y entonces, cuando me aleje de mi angelito, podré entregarme a la depresión de las noches en vela.

Sé que, por mucho que le dé a mi hija todo el amor del mundo, así como todo lo mejor, sigue necesitando una figura materna. No espero que nadie ocupe el lugar de Luiza, pero si mi hija es más feliz con alguien ahí que la quiera y la guíe, habré tomado la decisión correcta.

He visto cómo está Alicia desde la llegada de Lia, han sido semanas de cambios significativos.

Entro en la casa, atravieso el salón, paso las manos por el piano de cola sin hacer ruido, llego a la escalera y subo al primer piso, tirando mi traje y mi corbata en uno de los sillones del salón de esta planta. Con pasos apresurados, llego a la puerta pintada de blanco y llamo dos veces antes de girar el picaporte.

Viene corriendo hacia mí y se lanza sobre mí. La estrecho entre mis brazos y siento que el pecho casi se me llena de amor. Me aferro a este sentimiento, ignorando el casi, e intento olvidar el vacío.

- Painho, ¿por qué has tardado tanto? - me pregunta, con su dulce forma de llamarme.

- Tenía que arreglar unas cosas con Lia, tu niñera", le explico, oliendo el aroma a jazmín y hierbas en su pelo mojado y llevándola a su pupitre. Está en pijama y sus deberes están sobre la mesa.

- ¿Con Lia? No irás a despedirla, ¿verdad? - me pregunta con los ojos azules muy abiertos. - Painho, ya sabes cuánto me gusta.

- Sí, lo sé -dije, dejándola en el suelo y tocándole la punta de la nariz con el dedo índice-. - Nunca jugabas en el jardín después del colegio, ¿crees que no sé que las niñeras se quejaban de que pasabas tanto tiempo con el móvil, sin salir de casa ni para jugar?

La timidez se le nota en la cara, Alicia se encoge de hombros y mueve los dedos de los pies de un lado a otro con las manos a la espalda.

- Antes no tenía ganas de jugar", explica a la defensiva.

- No voy a despedirla -le aseguro, acariciándole la mejilla y tendiéndole la mano para darle confianza. - Lia te está haciendo bien, de hecho, quizá pueda ser algo más que una niñera para ti - termino por dejar escapar, emocionada ante la idea de encontrar a alguien que hace tanto bien por mi hija.

- ¿Qué quieres decir, papá? ¿Lia y tú vais a ser novios? - me mira con cara inocente, pero mirada de niña lista y observadora.

Es mi turno de esbozar una tímida sonrisa, sin dejar de mirarla. A veces puedo hablar con ella con solo mirarla.

- ¿Alguna vez me has visto con una novia?

- No... - admite, tomándose su tiempo para pronunciar la palabra.

- ¿Por qué pensaste eso? ¿Lia y yo saliendo?

Se ríe suavemente y se tapa la boca con la mano.

- Porque nunca he dejado de soñar con tener una mamá, aunque sea mentira", admite mi hija, y aunque sonríe, sus palabras me rompen el corazón.

Me siento culpable por no permitírmelo nunca, por no dejar que ninguna mujer se acerque lo suficiente, por cerrar mi corazón, y sé lo mucho que le afecta, pero me doy cuenta de que no sería capaz de cuidar de Alicia si me volvieran a romper el corazón.

Me arden las fosas nasales y los ojos, me trago la aspereza de la garganta y fuerzo una sonrisa amarilla.

- ¿Te gustaría que fuera Lia? - pregunto, arrepintiéndome al instante siguiente. Ni siquiera sé si aceptará la propuesta, ni siquiera sé si tendré el valor de proponérselo, no debería dar esperanzas a una niña que ya ha sufrido tanto por la falta de alguien.

Ella asiente con la cabeza.

- ¡Me encantaría, papá! - dice con esa sonrisa que destruye toda mi coraza.

- No nos dejemos llevar", le advierto. - ¿Echamos un vistazo a tus tareas?

*

Después de leerle a Alicia y de que por fin se duerma, cruzo el pasillo y entro en mi habitación. Las cortinas están abiertas y puedo ver el jardín a través de la ventana panorámica. Voy directa al baño, me quito la ropa y me meto en la ducha.

Los recuerdos de Lia llenan mi mente mientras el agua caliente me calienta, pienso en su sonrisa, su piel aterciopelada, la

forma en que se mueve cuando no sabe que la estoy mirando. Por ella tardo cada vez más en ir al baño, sobre todo hoy que voy a estar tan cerca de ella y necesito tener el control.

Me dejo la barba sin afeitar, porque tener la cara lisa me hace parecer más vulnerable. Intento elegir una camisa que no muestre mi desesperación al declararme, pero me rindo y cojo la primera que se me pone por delante cuando me doy cuenta de que no tengo ni idea de lo que estoy haciendo. Me pongo pomada en el pelo para mantenerlo en su sitio, mi perfume favorito, me meto la cartera y el móvil en el bolsillo y bajo las escaleras jugando con la llave del coche para controlar mi ansiedad.

Ya no sé cómo tratar con mujeres como ella, no sé cómo conquistarlas. A todas las mujeres que me follo no hace falta conquistarlas, me basta con darles una mirada para conseguirlas. Vienen cuando las llamo, me satisfacen de la manera que yo exijo... pero ¿a quién quiero engañar? Eso realmente no me satisface, y ya no sé cómo conquistar a una chica. No es que quiera ganarme el corazón de Lia, pero estaría bien al menos poder mantener una conversación agradable.

Llego a la zona donde están aparcados los coches, un garaje abierto cubierto de enrejados de madera y enredaderas que caen en cascada. Elijo el todoterreno negro, temiendo coger el descapotable y parecer esnob.

Me apoyo en el lateral del coche y miro la hora en el móvil. Llego pronto y aprovecho para saber cómo van mis finanzas, qué inversiones han caído y cuáles han dado beneficios. Mi empresa está teniendo un día excelente.

Una figura me llama la atención y levanto la vista de la pantalla del móvil para ver a Lia bajando por el camino empedrado. Respiro hondo ante la sorpresa de verla con un vestido. Es amarillo con estampado de flores, con tirantes, ceñido alrededor de los pechos, haciéndolos resaltar perfectamente, y suelto alrededor de las caderas, llegando hasta la mitad de los muslos, mostrando unas piernas suaves que nunca antes había visto. Lleva sandalias sin tacón con tiras y un bolso cruzado. Su pelo castaño enmarca su bonita cara, cayendo alrededor de sus hombros en rizos.

Siento que algo se revuelve en mi interior cuando se detiene frente a mí, sujetando la correa de su bolso, sin aliento. Pronto me doy cuenta de que el tiempo extra que he pasado en la ducha ha sido inútil, que no importa que me haya descargado en la ducha, no puedo estar satisfecho cuando tengo cerca a una mujer tan sexy.

¿Se da cuenta de su efecto sobre los hombres? ¿Se da cuenta de que puede tener a cualquiera a sus pies? En mi mente sucia, pienso en cuántas veces habrá sido honrada por tipos que no tenía ni idea de que existían. En mi mente perturbada, les enseño el dedo corazón a todos ellos, porque es conmigo con quien esta maravillosa chica va a cenar esta noche.

- Parece que te has precipitado: digo lo primero que se me pasa por la cabeza y luego me arrepiento.

Me asusta la forma en que llena mis pensamientos, la forma en que hace palpitar la polla de mis pantalones, a pesar de que la noche anterior me follé a tres chicas y me alivié antes de conocerla, pero sé que mi corazón está a salvo, que el muro que he construido a su alrededor tiene la firme estructura de los edificios que he diseñado.

Lia me desconcierta de otra manera, es sexual, despierta mi peor lado y, en ese momento, pienso en estrecharla entre mis brazos, tomar su boca, saborear su lengua, morder uno de los pezones de sus pechos resaltando contra la frágil tela de su vestido. Me pregunto en qué pensó cuando eligió las bragas que lleva ahora, voy más allá imaginando qué pensó cuando estaba en la ducha, si sus manos bajaron hasta su coño, qué aspecto tiene. ¿Cuántos días lleva sin sexo? ¿Quién fue el último hombre al que dejó en ridículo? ¿Por qué rompió con su novio?

Fantaseo con llevarla al asiento trasero, ponerme a cuatro patas y lamerle el culo, apretar su piel suave y cálida, imaginarla moviendo las caderas para tentarme aún más y entonces... estoy empalmado delante de ella y tengo que disimular, porque no puedo dejar que sepa lo que me gustaría hacerle.

No hay manera de que pueda hacer una propuesta así a alguien como Lia, pero tengo que hacerlo, y será esta noche.

¡SIGUE LEYENDO EL LIBRO AQUÍ!

RECHAZADA POR EL CEO... CON UN BEBÉ EN CAMINHO



CEO MULTIMILLONARIO - DIFERENCIA DE EDAD - ÉL ES EL DUEÑO DE LA EMPRESA Y ELLA SOLO UNA BECARIA - UN MALENTENDIDO LOS SEPARA - ELLA SIENTE QUE FUE RECHAZADA - BEBÉ INESPERADO - SEGUNDA OPORTUNIDAD - CORAZÓN RENDIDO



Capítulo 1

Abigail

¿Alguna vez has mirado a alguien y has visto en esa persona a los hijos que tendrías? El futuro de una vida pasando por tu mente en el instante en que tus ojos se cruzan con los de esa persona...

Yo sí, pero no servía de parámetro para ser comparada, al fin y al cabo me enamoraba con tanta facilidad que podía imaginar mi boda con un chico que me miraba por una fracción de segundos en la calle.

El corazón blando y un alma demasiado optimista que podían llevar a cualquiera a la ruina.

Así era yo, una romántica incurable, pensando que un día encontraría a alguien a quien amar el resto de mi vida, un hombre con quien construir un hogar feliz, diferente de la casa en la que vivía, donde las peleas eran constantes.

Sí, yo era una ilusa. Hasta que conocí a Sebastian Roux.

La historia de cómo me quedé embarazada del CEO más cascarrabias y arrogante que he tenido el desagrado de conocer comenzó en una fila de entrevista de prácticas en el pasillo del hotel más lujoso de la ciudad.

Aguardaba al lado de una chica muy arreglada y su novio guapísimo. Él la miraba y la cuidaba exactamente como yo soñaba en ser cuidada algún día.

Estaba distraída, pensando en cómo la vida era tan generosa con algunas personas, cuando oí pronunciar mi nombre.

— ¿Abigail Oliveira? — llamó una mujer elegante, sujetando la puerta del despacho donde el CEO del Colline Hotel comenzaría las

entrevistas.

— Soy yo — respondí, ansiosa. Me presentaba a la plaza de unas prácticas como asistente de músicos mundialmente famosos que pasarían una temporada en Brasil.

Me levanté, arreglando el vestido blanco de verano, rogando que la base de maquillaje aún cubriera mis pecas. No quería ser rechazada por una cuestión de apariencia. Agarré mi bolso color caramelo y me puse de pie.

— Serás la primera — dijo la mujer.

— ¿Yo? — Me tragué en seco. Había una fila de otras chicas arregladas y elegantes. Con mi vestido sencillo y las sandalias planas, sería olvidada en el mismo instante en que saliera de la sala.

— Es por orden alfabético — explicó ella, pero sonó un poco irónica, más aún cuando me miró de pies a cabeza.

Caminé por el pasillo de suelo de mármol y boiserie en las paredes, nerviosa, mordiéndome con fuerza el labio inferior, ya que era feo morderse las uñas en público.

Ella sostuvo la puerta abierta para mí y se aclaró la garganta, mirando directamente a mi vestido. Me subí el escote para cubrir totalmente los pechos, un instante antes de entrar en el despacho, sin saber lo que encontraría allí dentro.

Sentí que la puerta se cerraba tras de mí, con el corazón martilleando en los oídos, respirando por la boca, y me quedé allí plantada, mirando al hombre moreno, alto y sexy, preparando un cóctel en un aparador situado en la esquina este del despacho, un ambiente claro y minimalista.

Me tragué la saliva. Lo último que esperaba encontrar allí era un dios griego como entrevistador. Intenté controlar el corazón blando, mientras observaba su rostro de perfil y recorría con la mirada los dedos de manos grandes y tatuadas, buscando un anillo de matrimonio, pero no había nada.
Contrólate, gritó mi mente.

— Hola — susurré cuando el hombre no me miró.

Entonces, lo vi volver el rostro lentamente, como si hubiera cometido un crimen al saludarlo. Cuando me vio, su semblante cambió de ira a conmoción. Fue como si hubiera pensado que me conocía, encontrándose con alguien a quien no veía desde hacía mucho tiempo.

Yo tenía la certeza de que nunca lo había visto antes, no era una persona que pasara desapercibida. Llevaba traje de grafito, camisa gris y corbata, además de zapatos que debían valer más que toda la ropa de mi familia junta.

— Soy Abigail Oliveira — dije, mostrándole una sonrisa simpática y caminando hacia él con la mano extendida para saludarlo.

Él seguía mirándome fijamente, como si mi rostro lo hubiera conmovido tanto que su mente se había vaciado. Aquel día, me pareció la cosa más romántica del mundo. Un hombre como aquel, guapo y rico, encantado por mí. Aparté de mi cabeza la idea de que quizá le recordara a una ex de su pasado y lo miré con más intensidad.

— Sebastian Roux — murmuró él, desviando la mirada de mi rostro a mi mano extendida, como si no conociera el saludo. Solo entonces, después de analizarme, me estrechó la mano.

Su piel era suave y cálida.

Yo nunca me había acercado a un hombre tan atractivo y poderoso, dueño de una cadena de hoteles de lujo, y sabía que, si no conseguía aquellas prácticas, probablemente nunca volvería a hacerlo.

Necesitaba dar lo mejor de mí para impresionarlo. Las chicas de fuera llevaban ropa cara, los estudios y la inteligencia. Yo solo tenía el último punto, además de algo en mi apariencia que pareció llamar bastante su atención.

— Me encantó el hotel — comenté, intentando parecer encantadora, arreglándome el pelo detrás de la oreja.

Él observó mi movimiento con atención, respirando por la boca. Luego me señaló una silla frente a su mesa. Me senté, sujetando el bolso en el regazo, y crucé las piernas. El vestido llegaba hasta mis pantorrillas. Verifiqué que mis pechos grandes estuvieran bien cubiertos y respiré aliviada.

Sebastian se acercó más a mí; era alto y parecía tener músculos rígidos bajo la ropa. El cabello era castaño oscuro y liso, echado hacia atrás de la manera más encantadora posible. El arco de cupido de sus labios me daban ganas de besarlo.

Yo no era interesada, ni tampoco lanzada; para ser sincera, no había estado con nadie desde el feriado de la independencia, pero él era una mezcla de tantos atractivos que perdí la noción.

— ¿Te gustan las pelirrojas? — pregunté, incapaz de controlarme.

El hombre se quedó aún más pasmado.

— No estoy flirteando — tuve la decencia de aclarar —, solo lo comenté porque me estás mirando así.

— No me importa que flirtees conmigo — dijo, y la comisura izquierda de su labio se curvó hacia arriba en una sonrisa tan seductora que me hizo jadear.

— ¿No? — pregunté, sintiendo que la respiración me fallaba.

— No — susurró él, yendo hasta su mesa y acomodándose en la silla de cuero con respaldo alto, como un rey en su trono.

Con las manos tatuadas, Sebastian Roux tomó mi currículum sobre la mesa, reclinándose hacia atrás mientras leía.

— ¿Has trabajado con celebridades, Abigail? — quiso saber, sin apartar los ojos del papel.

— Aún no he tenido la oportunidad — respondí, poniéndome seria y enderezando la postura.

— ¿Y qué te hace pensar que estás cualificada para esto? Veo aquí que solo has hecho cursos rápidos y simples, no tienes experiencia ni...

— Aprendo rápido y soy determinada — lo interrumpí. — Puedo trabajar bajo presión, seré la mejor asistente que haya trabajado para usted.

Sebastian me escuchaba muy serio, pero la sonrisa torcida apareció en cuanto me miró de nuevo, como si no pudiera disimular.

Podía sentir la tensión entre nosotros; él me atraía de una forma que me ponía caliente, me hacía querer saber cómo era su tacto y el sabor de su beso, a pesar de que solo tenía veintiún años y nunca me había relacionado con alguien mucho mayor que yo. Él probablemente rondaba los treinta y tantos.

— ¿Planeas almorzar con alguien hoy? — quiso saber, con voz suave.

— No tengo planes — respondí, rápido.

¿Era tan vergonzoso aceptar la invitación de mi entrevistador? A mí no me importaba.

— ¿Quieres almorzar conmigo, Abigail?

Me encantó la forma sensual en que pronunció mi nombre.

— Sí, quiero — dije, arreglándome de nuevo el pelo detrás de la oreja e intentando respirar tranquilamente, consciente de que ni siquiera sabría usar los cubiertos correctos en un almuerzo con un hombre así.

— Vuelve a las once, cuando las otras ya hayan sido entrevistadas, sé discreta — dio las instrucciones, como si hablara de trabajo pero, en ese momento, ni me importó.

— Vale. ¿Estoy... contratada?

Sebastian intentó ponerse serio, pero terminó esbozando de nuevo aquella sonrisa torcida.

— Me convenciste cuando dijiste que trabajas bajo presión. Un buen currículum no vale nada si no manejas bien el estrés de ese mundo — dijo y humedeció el labio inferior con la lengua. — Puedes irte ahora.

Asentí con la cabeza y me levanté, rodeando la mesa y acercándome para despedirme con un apretón de manos.

Extendí el brazo, pero Sebastian agarró mi muñeca con firmeza, tirando de mí hacia él. No resistí, y caí sentada en su

regazo. Mi intimidad palpité cuando una de sus manos agarró los mechones de mi pelo anaranjado. Me acerqué aún más hasta casi rozar su boca con la mía, aspirando el olor a whisky en su aliento.

Sujetando un mechón de mi pelo, pasó la nariz muy cerca de mi cuello, como si me olfateara, en un gesto muy íntimo.

Tuve que apretar los muslos para no temblar en su regazo. Toqué su pecho por encima del traje y me mordí el labio, gimiendo bajito cuando sus labios rozaron mi mandíbula.

— Vete ahora — pidió Sebastian. — Estoy tan hambriento que si te quedas un segundo más, te devoraré, en lugar de entrevistar a las otras chicas.

¿Y si alguna de ellas le interesa más?, pensé en preguntar, pero me contuve; no quería parecer insegura.

Me levanté de su regazo, agarré el bolso y salí caminando. Solo me di cuenta de que había flirteado con el CEO del Colline Hotel cuando llegué a la puerta. Lo miré por encima del hombro y me mordí el labio, sintiendo el corazón desbocado, luego abandoné su despacho.



Capítulo 2

Sebastian

Era una forma que ella tenía de mirarme con la cabeza baja, haciéndose parecer pequeña, con una falsa inocencia que intentaba disimular la sensualidad visible en sus ojos claros.

El hecho de ser pelirroja era solo un detalle. Ella no sería la primera mujer de cabello color fuego con la que me acostaría, mucho menos la última.

Las mujeres eran mucho más fáciles ahora que tenía dinero y un nombre reconocido. Caían en mi regazo sin que necesitara hacer ningún esfuerzo. Aun así, todavía me gustaba la conquista, el suspense de no saber si sería aceptado o recibiría un rechazo. El problema es que ellas siempre abrían las piernas y la conquista perdía sentido.

Me gustaban los desafíos.

Miré a la pelirroja parada en la puerta de mi despacho, con ropa barata y el rostro cubierto por una capa de maquillaje. Económicamente, y en cuanto a lo que vestía, no era mi tipo.

Solía salir con mujeres de clase media o alta y, desde luego, que no trabajaran para mí.

Pero no había tenido sexo en casi tres semanas. Andaba demasiado estresado con los asuntos del evento para ir a un bar a ligar. Nunca repetía el mismo encuentro sexual dos veces y aborrecía la idea de pagar a una prostituta. No tenía una mujer a la que llamar desde que mi compromiso había terminado desastrosamente hacía más de doce años, cuando la mujer que creí que me amaba, me dejó plantado en el altar, frente a todos los invitados.

Me había concentrado en mi trabajo el último mes, olvidando las juergas y las conquistas vulgares. Pretendía expandir los negocios, convertir mis hoteles en la opción número uno para grandes eventos con celebridades; no podía perder el enfoque.

Ahora, las cosas se encaminaban como planeaba, y ligar un poco no iba a entorpecer mis negocios.

Miré a la pelirroja con más atención, pensando en cómo sería estar con alguien como ella. Pasé la vista rápidamente por su mano, solo para asegurarme de que no había anillo. No toleraba la idea de relacionarme con una mujer comprometida, aunque fuera solo por una noche.

Ella me miraba de vuelta, pareciendo curiosa, haciéndome desear saber qué estaba pensando.

Se presentó, y siguió con la misma mirada misteriosa. No era la misma mirada que recibía de las otras chicas, que me observaban como alguien que pagaría una cena. Era diferente.

Al final de la entrevista, ya estaba casi ofreciendo un cheque por sus pensamientos, cuando la invité a almorzar y ella aceptó.

Sabía que debía tener cuidado, que haría prácticas conmigo en las próximas semanas y que sería pésimo tener a una mujer ilusionándose conmigo durante ese tiempo, pero yo sabía cómo comportarme para no ilusionarlas.

No solía sentir ansiedad por quedar con una chica desde hacía mucho tiempo.

Mientras las entrevistadas iban pasando, me pregunté si Abigail me estaría esperando para almorzar o si se había ido, y eso me puso ansioso. Me gustó probar aquella emoción de nuevo.

Cuando la última entrevistada salió, una chica de clase baja que había llegado tarde, llamada Emily Costa, pregunté a Karine, mi secretaria, si Abigail estaba fuera.

— Sí, Sebastian — respondió.

— Entonces prepara la mesa.

— ¿Pretendes almorzar aquí, con esa... chica? — preguntó Karine, como si fuera asunto suyo.

— Mesa para dos — respondí, seco, sin alzar la mirada para enfrentarla. Ella me conocía, sabía exactamente lo que mi indiferencia quería decir. — Mándala entrar.

Karine salió moviendo el trasero enmarcado por la falda ajustada, visiblemente irritada porque había invitado a una simple becaria a almorzar conmigo en el salón privado.

Abigail apareció tras ser llamada, agarrando con fuerza la asa del bolso barato. Pensé en pedirle a mi secretaria que le comprara un bolso de diseñador, pero pronto desistí de la idea. Sería algo para que se encariñara, y yo nunca repetía el mismo polvo dos veces, ¿por qué regalaría algo a una chica?

— ¿Entrevistó a muchas personas? — quiso saber, en cuanto se acercó, parándose con las manos sobre mi mesa, apoyándose, sin darse cuenta de lo apretados que estaban sus pechos dentro del vestido.

Quizás hasta lo notaba y solo me estuviera provocando, intentando seducirme aún más. Sin embargo, algo en su mirada decía que ella no era como las otras mujeres con las que solía salir, que Abigail no tenía habilidad para seducir, que no estaba acostumbrada a salir con una docena de hombres al mes, que no era del tipo que follaba casualmente. Una mujer más decente, ingenua.

Debería haberme sentido repelido, pero la idea hizo que mi polla se pusiera dura como una piedra. Incluso con una mirada pícara, sentía que ella no era alguien que abría las piernas en la primera cita. Y si realmente era como pensaba, ¿por qué no la echaba?

Miré la piel suave de sus pechos en el escote y tuve que cerrar las manos en puños para controlarme y no invitarla a acercarse más, no tirar de las tiras de aquel vestido barato y hundir mi boca en sus pechos, mientras la tocaba por dentro de las bragas.

— Algunas, pero la mayoría no pasó — respondí, imaginando sentarla frente a mí y almorzar su coño, llenar mi boca de su sabor, su olor, sentir su clítoris hinchado palpitar contra mi lengua, luego chuparla hasta hacerla gritar de tanto deseo.

— Debes ser muy exigente — dijo Abigail con aquella mirada y mordió la comisura del labio.
Clavé la mano en el brazo de la silla, sintiendo el corazón en la garganta, imaginando agarrar su barbilla y meter mi lengua en su boca. Apreté la polla por encima del pantalón, preguntándome si estaría dejando traslucir mis pensamientos e intenté sonreír.

Por más que ella me dejara hambriento, quería retrasar aquel polvo el máximo tiempo posible, dejándome seducir, lanzando cebos para que se soltara, mostrándome cómo era realmente.

— Lo soy — respondí con voz ronca de tensión. — ¿Qué sueles comer en el almuerzo?

Ella soltó una risita y, pareciendo aún más inocente, se encogió de hombros.

— Suelo comer arroz e feijão todos los días — confesó, arrugando la nariz que revelaba tener una piel con pecas bajo la capa de maquillaje. — No suelo salir a almorzar fuera. Pero te aseguro que como de todo.

Aquello debería haberme alertado; claramente no estaba fingiendo, realmente no estaba acostumbrada a salir. Debería haberle pedido que se fuera y buscado a alguien de mi estilo para ahogar aquel deseo, pero no pude hacerlo.

— Tenemos una cocina variada. Hoy comerás lo que desees — dije, poniéndome de pie y quitándome el traje.

Lo coloqué sobre el respaldo de la silla y observé cómo sus ojos claros brillaban, como si comer fuera uno de sus mayores placeres.

¿Sabría ella que sería mi postre?

¡SIGUE LEYENDO EL LIBRO AQUÍ!



Redes sociais

Instagram: autorasilzafia